

La Cúspide del Adoctrinamiento

Arik Eindrok

*Solo hace falta derribar el muro
creado por los arcontes del cabal,*

*y entonces se descubrirá, en el interior,
lo que esconde el reino de los sueños.*

I

Era una tarde cualquiera, más banal que de costumbre en la humanidad. En una ciudad triste en donde el sol brillaba intensamente y donde por momentos se ocultaba tras la contaminación que diariamente era esparcida por los habitantes y las fábricas, donde los químicos intoxicantes dominaban el cielo, había un joven estudiante de filosofía, cuya vida era turbulenta y su modo de pensar era ligeramente distinto al de las otras personas. Lezhtik llevaba una vida frugal, con apego estricto a su carrera universitaria y de acuerdo con los libros que había leído. Si alguna vez existió alguien que pusiera en práctica lo que leía, era él. Su principal interés era convertirse en monje, en un seguidor de la verdad suprema. A pesar de que estudiaba filosofía y de que estaba ya en la parte

media de su carrera, las teorías no le parecían convincentes, no denotaban esos sistemas lo que él era y creía. De hecho, la escuela era para él un campo de guerra donde sostenía intensos discursos filosóficos con los profesores a causa del choque de ideas. En realidad, le fastidiaba escuchar a esos viejos hablando sobre tantas cosas inútiles.

Al salir de la facultad, los estudiantes solían tomar rumbos muy variados. El ambiente se prestaba para pasar el rato leyendo bajo la sombra de un árbol, cosa que era hecha por los menos. Algunos más gozaban de la compañía de sus parejas, se entregaban a juegos románticos y se incitaban mutuamente en una especie de coqueteo mal disimulado. Los besos largos eran algo insoportable, y ni hablar de esa forma de hablar estulta que impera en los fanáticos y fútiles enamorados. Por otra parte, estaban aquellos que disfrutaban de su soledad, los que no requerían estar en compañía de las demás personas, pues bien sabían que en su mayoría eran gente imbécil. Entre este grupo de personas se hallaba Lezhtik, quien solía pasear con sus pensamientos y sus libros. Otrora había sido amigo de algunos cuántos estudiantes, pero desde que el sistema se había reformado, había también él reformado su actitud y su esencia.

El sol golpeaba aquella tarde con una intensidad bárbara, derritiendo las pieles de los ahí presentes, sofocando y obturando la visión de por sí precaria de la vida. El señor de los helados estaba encantado con las cuantiosas ganancias que recibía. Uno tras otro, como poseídos, los alumnos y hasta los profesores conformaban una monstruosa fila que no tenía otro fin sino el de recibir esas dos bolas de refrescante nieve de limón. Ya muchos infames hasta babeaban en su delirio por degustar aquel placer ficticio producto de una compleja red en la que habitaban los humanos. Todo el bullicio era apabullado por la hora en que se debía regresar a clases. Si bien es cierto que en años anteriores todos, o casi todos, solían saltarse asignaturas, con la reforma al sistema y el grado de demencial puntualidad y cuidado que se guardaba ahora en toda la facultad, difícilmente algún valiente se atrevía a pasar por alto las reglas.

Se había formado un club, apenas el año pasado, apenas después del cambio que Lezhtik había decidido hacer en su comportamiento, si es que

él realmente lo había decidido. Dicho club era el de *los soñadores declarados*. Se juntaban cada viernes en el bosque para encontrar al monje, historia bien conocida de la facultad. Además, incitaban a la vida ahíta de libertinaje y diversión. Mantenían sus notas en el promedio, ni eran buenos ni malos estudiantes, solo aprendían lo suficiente y su interés era la beca que la facultad otorgaba a casi todos los estudiantes que no tuviesen asignaturas reprobadas. Los integrantes de este club solían contarse sus vivencias e intentaban apoyarse. Algo los unía, y es que absolutamente todos habían tenido vidas trágicas, ninguno se salvaba. Todos habían crecido siendo miserables y una mentalidad de rebeldía e inconformismo los impulsaba.

Siempre estaban juntos por las tardes, fumando marihuana o probando alguna otra droga extraña. Eran apasionados de la poesía, el arte y la filosofía, obviamente. Se nutrían de libros que robaban de las bibliotecas aledañas y pedían limosna. Algunos de ellos tocaban instrumentos musicales, componían música y la hacían de oradores. Otros, más reservados, pintaban y escribían. Todos en la facultad los miraban con ironía y a veces con disgusto. A los profesores no les parecía agradable que este grupito de holgazanes y farsantes filósofos anduvieran por ahí vagando. Argumentaban que en algún momento se iban a descarriar y que comenzarían a asaltar y a imponer ridículas tendencias; en pocas palabras, que impondrían ideologías adversas a la facultad utilizando la filosofía como subterfugio. Sin embargo, como en realidad no había pruebas de estas habladurías, no se les podía imputar por cargo alguno y se les dejaba andar libremente. Algunos profesores menos radicales en sus observaciones, los miraban como locos soñadores, valiéndose del nombre que ellos mismos se habían adjudicado, y argüían que terminarían muertos en poco tiempo.

Era curioso este club y cualquiera podía unirse, el único requisito era ser totalmente rebelde. Para el club, ser rebelde en absoluto representaba ser libre. No respetaban creencia alguna ni ideología social, política o moral. Tenían sus propias reglas y hasta habían diseñado su escudo. Algunos alegaban que se trataba de una secta secreta, pero otros decían que eran solo unos locos universitarios a los que algún día les

llegaría el momento de trabajar y ahí terminaría su locura. De hecho, entre las principales ideologías del grupo estaba la de no poseer bien material alguno, pues eran fervientes creyentes de que nada proveniente del materialismo o del dinero podría ser valioso. Como esta, tenían muchas otras ideas radicales y rechazaban todo tipo de apoyo monetario que no fuera a cambio de algún servicio o de la limosna. Y entre dichos servicios se encontraban los ya mencionados de escribir, componer música, tocar instrumentos, pintar, hacer malabares, etc. Todos eran muy talentosos en lo que hacían, y ni hablar del trabajo, eran opositores a toda explotación y forma de control. La forma de libertinaje y diversión que proponían era lejos de la sociedad y su ruido, a través del consumo controlado y preparado cuidadosamente de estupefacientes para liberar la consciencia.

Muchos estudiantes habían intentado unirse dada la atractiva descripción que recibían en forma de chismes. Empero, la mayoría terminaba por desertar unas cuantas semanas después de haber sido aceptados. Las razones siempre eran las mismas: su forma de pensar. En el club de los soñadores declarados se rechazaba toda creencia y forma de acondicionamiento. Así, los que buscaban integrarse se encontraban con una confrontación inextricable en su interior, con un rompimiento de todo aquello que habían creído y que les había sido transmitido. Entre este tipo de desenlaces fatídicos estaban los casos de aquellos que no podían abandonar sus creencias religiosas o sus convicciones políticas, otros sufrían por no quitarse el velo de una moral humanizada o de una devoción hacia sus mayores. Es de este modo que el club se limitaba cuando mucho a cinco integrantes. El fundador de aquel peculiar club era un tipo bien conocido en la universidad, su nombre era Filruex.

Justamente el nombre del club era una especie de ironía hacia la forma de vida de las personas. Con ese adjetivo, se burlaban de la forma en que los habitantes de este miserable planeta existían. Y siempre inquirían quienes eran los auténticos perdedores, si ellos que vivían sin obedecer ley alguna y haciendo lo que les venía en gana, innovando y entregándose a lo que amaban hacer, o los humanos acondicionados que tenían que pasar intensas jornadas en una empresa para no morir de

hambre. Desde luego que detestaban a los ricos y se rumoraba que dentro de los planes del club estaba el convertirse en ladrones de bancos. Pero tantas habladurías nunca se confirmaban. Lo único que podía presenciarse en carne propia era una intensa convicción hacia los ideales planteados, especialmente por Filruex, quien no cedía ante nadie en su forma de pensar y defendía sus ideales rebeldes sin importar de quien se tratase. Ya esto le había ocasionado querellas con profesores, pero se calmaron cuando se hizo amigo de Lezhtik. No justamente porque este fuese menos rebelde, sino porque tenía una forma mucho más sutil de decir las cosas.

II

Lezhtik y Filruex se conocieron en el primer año de la universidad y habían sido amigos desde entonces. El segundo inculcó en el primero ese sentido de rechazo hacia la autoridad y de desprecio por el mundo tal como lo concebía la sociedad. Compartieron mucho tiempo platicando acerca de sus extrañas teorías. Los demás estudiantes solían hacer burla de ellos como pareja, pues discutían intensamente sus ideas y nunca cedían. En Lezhtik, Filruex había encontrado a ese compañero que jamás creyó, y viceversa. Ambos tan distintos y a la vez tan idénticos. El problema radicaba en que Lezhtik no quiso unirse al club de los soñadores, pues argumentaba que no le interesaba ser parte de esos grupos ociosos y que, de cualquier forma, no tenía tiempo para ello. Además, no le gustaba estar en grupo y prefería pasarla en su cuarto elucubrando.

Filruex insistió cuanto pudo, pero, al fin y al cabo, cuando la reforma en la facultad cambió el sistema, todo se fue al carajo. Filruex consolidó su rebeldía y se refugió en su club, mientras que Lezhtik se ensimismó con sus misteriosos estudios que realizaba hasta altas horas de la noche, y no precisamente de la facultad. Así, ambos habían tomado derroteros

separados, pero mantenían una comunicación moderada, al menos hasta el día en pie, cuando Filruex decidió acercarse nuevamente a su antiguo compatriota.

-¡Qué tal, viejo amigo! ¿Qué has hecho últimamente? Casi no te juntas con nosotros para ir los viernes por la noche a tomar. Deberías ir un día de estos, no tiene nada de malo, podrías hallar algo interesante como siempre quisiste -dijo Filruex a su antiguo amigo al salir de clases.

-¡Ah, Filruex! Pensé que nunca volveríamos a dirigirnos la palabra después de que rechacé constantemente tu invitación a tu famoso club. Suena interesante, pero no, gracias. No puedo perder mi tiempo en cosas como esas, tú sabes que soy un hombre muy ocupado.

-Ocupado ¿en qué? ¿En jugar videojuegos? Te la pasas toda la tarde encerrado en tu cuarto, casi no sales de un tiempo para acá. Nunca has querido convivir con los demás estudiantes de la universidad, eres raro.

-No es eso, Filruex. No tengo nada en contra de ti ni de tu ideología. Es solo que considero esas actividades como una pérdida de tiempo. Tengo mis propios proyectos y no puedo perder ni un solo minuto, debo dedicarme a ellos. Ya sabes, ambos buscamos superar al humano a nuestra manera, ¿no es lo que prometimos la última vez que nos emborrachamos hace un año?

-Nunca lo olvidaría, eso solíamos buscar y pensé que lo habías olvidado. Pero dime, Lezhtik, ¿de qué proyectos hablas? Eres el mejor alumno de la clase. Tus padres te quieren y tienen solvencia económica, no te hace falta nada, puedes tener tus momentos de ocio, los cuáles son parte inmanente de nuestra naturaleza más baja. No estarás drogándote a solas, ¿verdad?

-Desde luego que no, pero ya te dije que estoy seriamente ensimismado con mis cosas. La carrera exige bastante, y, aunque me parece absurdo el nuevo derrotero que se ha impuesto, no puedo fallar. Tengo como objetivo realizar una maestría y posteriormente un doctorado. Quiero ser profesor, quizá así pueda cambiar estas reglas que no conllevan a una buena educación.

-Tú ¡sí que te quieres ir por el camino grande! ¿Sabes cuánto tiempo toma realizar todos esos estudios? Quedarás más loco de lo que estás, y, al final, formarás parte de este círculo vicioso, serás uno más de esos viejos empedernidos y acondicionados.

-Eso no lo veo así, yo tengo otra mentalidad. Quiero profundizar todo lo que pueda en la filosofía porque sostengo una idea. Pienso contundentemente que se trata del camino hacia la verdad de las cosas. Sabes Filruex, desde que entré a la universidad todo ha cambiado para mí y jamás olvidaré lo que tú me has enseñado, esa rebeldía, pero quiero canalizarla de otro modo. De hecho, quizá sea una persona que cambia mucho. Apenas el semestre pasado solía pasar las tardes contigo, charlando sobre zarandajas y bebiendo o drogándome; sin embargo, ¡veme ahora, abstraído del mundo y por mi propia voluntad!

-Pero eso puede cambiar cuando tú lo decidas. ¿Sabes algo, amigo? Me agradaba más el Lezhtik de antes, ese que sonreía afablemente y que no escatimaba en fumarse un porrazo para inspirarse. O ese que se embriagaba cada tarde después de que su novia lo había cortado. Ese sujeto me caía mejor, y quisiera verlo de vuelta. No debes reprimir lo que eres, un tipo al que le gusta pasarla bien. No me digas que ya olvidaste esa tarde cuando fuimos al burdel y creías estar enamorado de una prostituta.

En este punto, Filruex se desternilló y miró al cielo en busca de aquellas memorias. Era extraño incluso para él saber dónde y cómo los recuerdos se almacenaban en alguna parte de la mente. Lezhtik le había hablado sobre ello en alguna ocasión. Constantemente decía ese tipo de cosas raras que lo anonadaban. En sus elucubraciones, cuando más borracho o marihuana se hallaba, se dedicaba a escuchar las teorías más elaboradas de su retorcida mente.

-Es interesante lo que dices, me has hecho recordar y eso no lo esperaba. Yo no he olvidado aquellas tardes donde fumábamos hierba y bebíamos ron, donde contábamos locuras y discutíamos sobre mujerzuelas. No he olvidado, solo he cambiado. Ahora estoy dedicado a la escuela, a aprender tanto como pueda. El mundo fuera de aquí me espanta

Filruex, es horrible vivir como los humanos lo hacen. Además, ni siquiera sé si esto que hago es mi voluntad. ¿No recuerdas el día que te conté sobre el eterno dilema entre el libre albedrío y el destino?

Así, la plática entre ambos compatriotas se entabló y caminaron en dirección a la plaza. Y, ya una vez ahí, Filruex insistió en sus cosas.

-¿Qué te parece si vamos a ese viejo burdel que tanto nos gustaba? Solo un poco, para platicar como hace tantos meses atrás. De hecho, extraño escucharte, nadie en el club es como tú. ¿Qué dices?

-No estoy seguro, Filruex. Tengo que hacer algunas cosas, estudiar para los exámenes que ya vienen...

-¡Solo será un poco, vamos! No digas que no, por los viejos tiempos. Yo invito, tengo algo de dinero que gane por pintar al presidente lamiendo sus genitales. Ya sabes, siempre se me ha dado bien eso del arte.

-¿Sigues creyendo que el arte tiene algo mágico que ofrecer a la creación?

-La creación misma es arte, tú siempre solías decirlo.

-En eso tienes razón. Sin embargo, no toda creación termina por ser arte y eso es una pena. Es un vilipendio, por ejemplo, que los humanos hoy en día vivan tan estúpidamente, y aun así existe en ello un arte oculto en lo más profundo de sus corazones.

-Pero no has dicho nada acerca de mi propuesta sobre ir a charlar. Es más, solo yo tomaré y quizá manoseé a alguna puta, tú no harás nada. ¿Cómo ves?

Finalmente, sin mucho ánimo por la propuesta, Lezhtik cedió y termino por acompañar a su antiguo amigo. Después de todo, solo serían un par de horas y luego tendría nuevamente esa amada y monda soledad que no podría concebir en compañía de los monos parlantes. Mientras caminaban hacia el burdel *Fantasías Inducidas*, continuaron la plática que habían dejado pendiente. El primero en retomar la palabra fue Filruex, quien ya venía un poco entonado.

-Nunca podría olvidarlo. Recuerdo muy bien ese día, parecías como un loco; de hecho, pienso que fuiste poseído por alguien.

-Tampoco digas esas locuras, Filruex. Solo me pasé un poco con la hierba, pero tú fuiste el culpable.

-De hecho, ese día no fue la hierba, fue una dosis muy ingente de LSD la que te metiste, ¿no recuerdas?

-¡Ah, sí! Ya decía yo que la hierba no pudo haber sido, no sé por qué siempre olvido ese detalle.

-¡Así es, loco! Te dije que solo un poco, pero tú quisiste probar más de la cuenta.

-Eso no es cierto, ¡tú no permitiste que retirara el cuadro!

-Pues ahora ya ni lo recuerdo... El punto es que ese día dijiste cosas muy extrañas, demasiado intrincadas para mí.

-¿Puedes aún recordarlo? Yo ya no puedo hacerlo, la memoria a largo plazo no es hoy en día uno de mis mejores aliados.

Por fin, los jóvenes otrora inseparables arribaron al dichoso burdel. Por fuera, lucía como cualquier otro, como si nada ocurriese en el interior de aquel sitio donde mujerzuelas entregaban sus cuerpos a viejos que podían pagar por ellas. Ahí, los corazones rotos y las almas acongojadas asistían para purgarse con inmensas cantidades de alcohol. Cada uno decidía con qué emborracharse y con quien pasarla de maravilla. Era, ciertamente, el lugar ideal para alguien como Filruex, quien rechazaba toda clase de concepción, moral, valor y creencia; nada parecía importarle. Por otra parte, Lezhtik había frecuentado ese lugar en compañía del susodicho y hace un año le había parecido agradable, pero ahora sentía náuseas.

-¿Aún recuerdas la primera vez que vinimos a este sitio, Lezhtik?

-Desde luego que sí, fue uno de los primeros que visité juntándome contigo. En aquella ocasión terminaste agarrándote a golpes con un sujeto que quiso violar a una de las rameras. Como cerecita en el pastel, me

abandonaste para pasar la noche con ella y tuve que regresar a casa solo y temeroso. Fue, ciertamente, la primera vez que llegaba tarde, pero no fui regañado, afortunadamente.

-Lo lamento -expresó Filruex con indiferencia-. No creí que eso hubiera pasado, nunca lo mencionaste.

-¡Qué va! Pero eso ahora ya no importa, solo fue curioso. Ahora entremos, que me estoy derritiendo con este calor.

Una vez dentro, los jóvenes, desde una perspectiva distinta, tomaron como familiar la mezcolanza de olores. Por una parte, apestaba a perfume, a muchas fragancias que luchaban para ver cuál era la que reinaba y almizclaba más intensamente. Unas dulces y otras amargas, cada una de aquellas mujercuelas se bañaba en un perfume muy peculiar y propio. Por otra parte, estaba el abominable aroma a esperma y a fluidos que eran expulsados constantemente en las cabinas del ominoso patio trasero. No podía faltar ese singular almizcle a alcohol fermentado y a cigarro, que era el más molesto para Lezhtik. En conjunto, no se sabía si se estaba en el cielo o en el infierno cuando de aquello se trataba. Anteriormente, los dos amigos habían ido ahí a pasarla bien, pero ahora solo uno seguía frecuentando ese sitio de mala muerte. Prosiguieron con el coloquio sobre ese extraño día en que Lezhtik se excedió con la dosis de LSD, rememorando cada circunstancia de aquel suceso.

-Sí recuerdo tu discurso, Lezhtik -dijo Filruex llevándose un cigarrillo a la boca y ordenando una cerveza bien fría-. No son exactamente tus palabras, pero algo así es lo que ha quedado en mí, te lo relataré para refrescarte la memoria... Todo comenzó tras unos minutos después de haber recibido la dosis. Primeramente, dijiste que la percepción se había tergiversado. Describiste el bosque como el paraíso de los muertos vivientes. Dijiste que hacía mucho calor, pero que en tu interior sentías frío, uno más fresco que de costumbre. Te pusiste de pie y lamiste tus brazos, coligiendo que sabías a carne de pescado mal cocida. A continuación, vagaste por los árboles y sonreíste. Al describir el lugar todo se tornó excesivamente colorido, según recuerdo. Podías mirar la mezcolanza de iridiscencias que impactaban el suelo, el cual a su vez no

existía, pero nos mantenía en el plano. Se derretía el sol y las nubes se abrazaban formando una película romántica de pésimo gusto. En cierto instante, te aventaste hacia mí y aullaste, luego te pusiste de pie y dijiste que podías ver con los oídos y oler con la boca. Según tú, había un sonido muy dulce y etéreo, como el de una flauta misteriosamente tocada. Trepaste a un árbol y caíste, aunque no te golpeaste de gravedad, pues en realidad no habías ascendido demasiado. La verdad es que comenzaste a expresar frases ininteligibles para mí. Pensé por unos instantes, con temor, que habías quedado retrasado mental, pero no. Al cabo de un tiempo, te callaste y te serenaste. Fue entonces cuando empezaste a dialogar sobre el destino y el libre albedrío, aunque no parecía que lo hicieras conmigo. Hablabas de una forma inusual, como deslumbrando una sabiduría excelsa. Y, aunque eras el mejor alumno de la clase, tu discurso no se comparaba con aquellos sermones que solías dar a los profesores. Fue intrincado seguirte el ritmo, tus palabras resultaron muchas veces incomprensibles para mí. Algo de lo que pude captar y que traduje a mi nivel, fue que, según tú, el destino y el libre albedrío estaban tan asquerosa y ridículamente mezclados, que el humano no era sino la burla de los elementos ocultos. En el destino se intentaba encontrar a dios, pero se llegaba al infierno cuando se le podía atisbar paseando esplendorosamente en el carruaje del azar. Las decisiones, si bien parecían entrelazadas, no seguían una secuencia única. Existían, ocultas e inherentes a la existencia, diversas opciones que confluían en múltiples universos. Cada decisión era respetada y transformada en una vida con oquedades diferentes. Las personas que conocíamos, los momentos y los sucesos, todo eso formaba una gran telaraña que era tejida por el azar. El libre albedrío era el juego del destino, la formalidad se retorció entre caprichosos destellos de energía. Dios podía controlar este juego dada su posición. Si el humano quería controlar su destino, debía jugar y ganar, pero la muerte no cedía ante la insistencia. El azar, que parecía ser el rey victorioso y único gobernador de la naturaleza terrenal, en ocasiones cedía el trono a un usurpador del tiempo, posiblemente el libre albedrío. Si el destino no era determinístico, entonces ¿cómo hablar de él? O, si el azar debía ser forzosamente estocástico, entonces era una repetición inminente de los términos. Tal como el ser entendía y creía existir en su

ignorante visión de sus decisiones inherentes, no resultaba vencedor alguno de los factores en la afectación del sistema.

-Y eso es todo lo que recuerdo. O, mejor dicho, lo que logré dilucidar de tus inextricables explicaciones. Me he quedado distante de expresar la grandeza de aquel discurso, pero es todo lo que puedo decirte. E incluso sentí que no eras tú.

-¡Vaya que tienes buena memoria, Filruex! Yo no recordaba con tanta precisión eso. Gracias por contarme. Y justamente espero que eso conteste tus dudas sobre lo que hago encerrado en mi habitación.

-Pues no del todo, tienes que explicarme mejor.

Lezhtik torció el gesto y rio someramente, terminó de comer su emparedado de crema de maní que tanto le gustaba y que su madre le preparaba cada mañana, y procedió con el coloquio.

-Pero si ya lo sabes Filruex, me enfrasco en teorías y en ideas. Lo que hago es básicamente estudiar y leer, pensar y meditar. Ya te dije que quiero ser doctor en filosofía y enseñar cosas nuevas, quiero postular mis propias ideas, no repetir lo que ya está en los libros.

-Sabes bien que eso es imposible. Debes apegarte a lo establecido por los sistemas educativos o, sino, terminarán por echarte de todas las escuelas. Incluso ahora lo haces, mírate, sigues los patrones de la nueva reforma.

-En eso podrías tener razón, pero no. Lo que hago es solo fingir para no tener problemas. Sabes bien que rechazo todo sistema que se imponga y más aún en la facultad de filosofía, donde se supone las personas tienen pensamientos propios.

-En realidad, ese es el problema; eso es lo que crítico y lo que busco con mi club. Ciertamente, nunca tuve la oportunidad de explicártelo, pues en cuanto fundé el club vino lo de la reforma al sistema y tú decidiste tomar otro camino.

-Siempre me reprocharás por eso, es indudable. Pero no importa, tengo mis propios motivos. Dudo mucho que en alguna asociación como la

que fundaste pueda hallarse el progreso, creo que es más personal.

-Posiblemente tengas razón. Siempre discutíamos eso y teníamos puntos de vista opuestos. Yo creo que en la unidad está la fuerza, pero necesitamos comenzar a cambiar la mentalidad de las personas. Y lo que critico es la falta de creatividad, imaginación y creación en las personas.

-Cosa normal en el mundo actual, Filruex. Tu gran error está en creer que las personas querrán escucharte, o que incluso anhelan ser liberadas de este sistema. La verdad es que están conformes, están muy a gusto con sus vidas tal cual las tienen. No les interesa imaginar nuevos mundos donde haya justicia y libertad, pues eso es exactamente a lo que han renunciado desde el instante en que decidieron vivir como humanos.

-Me alegra ver que, a pesar de todo, parece que algunas cosas jamás cambiaran en ti. En especial me atraen tu amargura y tu desdén hacia el mundo.

-Tampoco se busca la curiosidad en la gente ni mucho menos la creatividad, esos dos factores están exterminados por la preservación del nuevo orden. Si las personas se dedicasen a crear algo, pondrían en peligro lo establecido. El punto es que ya nadie proponga ni invente, sino que siga los patrones que se han enseñado como costumbres y tradiciones a cerebros que nada cuestionan y todo obedecen. Y me alegra que en tu club realices esas actividades que considero sublimes: leer, estudiar, componer música de verdad, crear poesía y escribir, dibujar, etc. Todo eso es sumamente valioso, quizá lo más justo que hay en el mundo es lo que no se puede comprar con dinero y que se hace con un corazón sincero.

-Entonces, si eso piensas, tú deberías de estar en el club -replicó Filruex con cierto desasosiego en su rostro, como suplicante y a la vez irónico-; es más, serías el líder. Yo no tengo tu visión ni tu elocuencia, tú podrías hacer cosas grandiosas si te lo propusieras.

-Eres muy amable, pero, aunque tenga los pensamientos y las convicciones, aún me hace falta mucho; todavía sigo en la entelequia de lo que quiero ser. Tú eres el mejor para liderar ese club, lo has sido y lo serás.

-Siempre seguiré insistiendo en que te unas a nuestro club, sin importar cuánto te niegues. Algún día tendrás que ceder y entonces proclamaré mi victoria.

-Pues ya veremos, espero que ese día no tenga que llegar. Me siento bien con mi estilo solitario, es renovador.

-Eso siempre lo dices. Además, ¿por qué no piensas en divertirme un poco? Te complicas demasiado la vida, no tienes por qué vivir así. Mejor diviértete, lo que te hace falta es una novia. Piensa en los profesores de la facultad, todos están viejos y solterones. Y los más jóvenes siguen ese patrón, solo transmiten cosas que otros les dijeron y escribieron. Tú no podrás cambiar este sistema, ni siquiera con tu estilo solitario, pues, como bien dices, está diseñado para funcionar de este modo y nada ni nadie puede evitarlo, necesitamos para ello la fuerza de una asociación que ponga el ejemplo. No querrás ser uno más de estos profesores amargados que viven pensando en su amor de secundaria, en sus teorías filosóficas que nunca publicarán y en cómo sobrevivir con el sueldo miserable que tienen. ¿No crees que es frustrante eso? Estudiaron tanto para estar aquí, enseñando cosas aburridas a gente más aburrida. Lo mejor es ser libre de todo.

-¿En verdad crees eso, Filruex? -exclamó Lezhtik con disimulada sorpresa-. No entiendo por qué estás aquí si no es lo que deseas.

-Bueno, en este mundo uno difícilmente está donde quisiera. Eso solo lo logran las personas con dinero, esos bastardos miserables que se enriquecen mientras otros mueren de hambre. En este mundo injusto lo mejor que podemos hacer es ser rebeldes y libres, como tú solías serlo.

-Pero aún sigo siéndolo, Filruex. Solo deseo aprender y cultivarme, eso es todo.

-Quizá tienes razón, o es solo que nuestros puntos de vista son muy diferentes y parecidos al final. Yo soy diferente a ti Lezhtik, yo no tuve unos padres que me quisieran y me dieran amor y cariño. A pesar de todo, no envidió a las personas que lo han tenido, siento lástima por la mayoría de ellos. No crecí como tú, con alguien que me acompañase, y tal vez por

eso no quiero estar solo. Solía creer que las personas como tú eran todas unas imbéciles, pero te encontré a ti.

-¿A qué te refieres con eso? Jamás de hablaste seriamente de ello, siempre evadías la cuestión. Solo sé que tuviste una infancia muy dura, era lo que te atormentaba hace unos meses.

-Supongo que sí. Quizás aún no confiaba en ti. Esto es algo que solo tu sabrás, ni siquiera en el club deben saberlo, así que por favor no digas nada.

-Sería incapaz de revelar algo así, puedes contármelo con todo gusto.

Tras terminar con su quinta copa de ron, Filruex prendió el sexto cigarrillo y permaneció en silencio unos minutos, con la mirada fija en el horizonte, luego se decidió y habló:

-Yo crecí entre las coladeras, tratando de sobrevivir en un mundo donde solía observar personas que tiraban comida, que desperdiciaban y cuyos lujos y excesos humillaban mi patética situación. Fui huérfano, jamás nadie cuidó de mí, todo lo que tenía y tuve por siempre fue a mí mismo. Rechacé toda idea de dios, pues en un mundo donde reina la injusticia y la miseria, sería imposible que éste existiera. Y, si lo hacía, entonces era un maldito hijo de puta.

-Tranquilo, Filruex. No tienes por qué culpar a algo que posiblemente no existe. Como dices, no podría ser cierto eso del creador y de su amor hacia los hombres. Por lo tanto, no hay razón para exasperarse.

-Sí, lo siento, pero a veces soy muy impulsivo. No sé por qué te estoy contando esto, eres la primera persona que lo sabe y ni siquiera nos hemos visto en un año.

-No te preocupes, me recuerda tanto al día en que nos conocimos... Pero prosigue, aún tienes mucho qué contar, supongo.

-Así es... Pues verás, yo no tuve familia nunca. Jamás hubo navidad ni reyes magos, tampoco día del padre o de la madre, ni vacaciones ni

obsequios. Y, mientras todas las personas pasaban sus días en una habitación caliente, en sendos automóviles y lujosos atavíos, yo pasaba mis cumpleaños en la compañía de un cartón y un sillón viejo que había recogido de una casa donde solía robar la comida destinada a los perros. Vivía debajo de un puente, fumaba marihuana y era apenas un niño de 12 años. A los 8 años me corrieron del orfanato por haber golpeado a un tipo que quiso sobrepasarse con una compañera; desde ahí, siendo tan pequeño, supe que no estaba dispuesto a tolerar las injusticias. Cuando me ofrecieron disculparme con aquel malnacido me negué y preferí una vida en las calles, todo por orgullo, tal vez, o por eso que las personas creo han perdido.

-Eso nunca me lo habías contado, no sabía esa parte de tu vida. Ahora que lo pienso no sabía de ti más que las apariencias, pero eso es normal, pues es lo que siempre se busca en la gente.

-No te preocupes, no es algo que cuente a menudo. Ya te dije que nunca había abierto mi corazón de este modo, pero ahora es algo que estoy disfrutando hacer.

-Muy posiblemente sean los efectos del ron. Ya deberías de dejar ese tonto vicio, no te traerá nada bueno.

-Sí, pero solo un poco más, no le des importancia. Lo importante es que tuve que trabajar desde pequeño, vendiendo periódicos o barriendo calles, limpiando parabrisas, recogiendo basura, cargando bultos y cantando en los vagones del metro. Nunca pude comer bien y no creía vivir más de unos tres años. Fue así como crecí, hasta que la persona que yo llamo "mi padre" me recogió de las calles y me dio una identidad.

-¿Tu padre? Nunca me habías hablado de él. No entiendo por qué justamente ahora que me he negado a asistir a tus reuniones en tu club es cuando has decidido abrir tu corazón.

-Eso no importa -replicó Filruex, quien estaba sumamente briago-. Mi padre, o a quien yo reconocía como tal, fue un hombre extraño. Solía estar tomando todo el día, se la pasaba desperdiciando su herencia en la cantina alemana al hogar, llevaba mujeres a la casa y se acostaba con ellas.

Cuando estaba en casa miraba todo el día el televisor, le fascinaba el fútbol y se enojaba si perdía su equipo favorito, no comía en toda la tarde cuando esto pasaba. Tenía muchos otros vicios y defectos, pero, a pesar de todo, ese hombre malogrado y pestilente, me alimentó y me vistió. A partir del momento en que me recogió, siempre se preocupó por mí. Hizo un espacio en su pequeña vida miserable para acoger a un huérfano. Comía todo lo que quería cuando quería, vestía ropas a mi gusto, podía bañarme y tenía un lugar que me protegía de la lluvia. Ya no era más un vagabundo, ahora era alguien. Por fin me sentía parte de una familia, y es que ese señor en verdad creo que me quería.

-¡Vaya que sí! No cualquiera recoge a un niño de la calle y lo mantiene. Debe haber sido un buen hombre.

-Ese hombre pagó mi educación también, sin importarle nunca la cantidad de dinero que yo le solicitase. Siempre, cada noche, había dinero en mi mueble. Jamás se quejó por los gastos, nunca hizo protesta alguna. Y, cuando ingresé a la preparatoria, solía conversar conmigo cada noche tras haberse tirado a alguna zorra y estar briago. Me contó de sus viajes, había sido un hombre feliz en alguna ocasión. Sinceramente, solía dormirme con sus pláticas, pero creo que eso no le importaba, lo único que anhelaba era ser escuchado, tener a alguien que hiciera más dulce su soledad. Estábamos igual de vacíos en el fondo y eso quizá nos unió, ambos hicimos más llevadera esa parte de nuestras vidas. Es extraño cómo suelen encontrarse los destinos, o, no sé, tal vez sería inverosímil hablar del azar.

III

En el fondo, Filruex y Lezhtik eran más similares de lo que imaginaban. Si bien es cierto que sus temperamentos y actitudes discrepaban demasiado

en cuanto a lo común se refiere, ambos conservaban intacta su libertad espiritual. Los dos locos soñadores tenían un mismo ideal: cambiar el mundo. Desde siempre, habían divagado con un cambio absoluto, con la destrucción definitiva de la matrix donde tan plácidamente se suspendía la humanidad. Sin embargo, aquel par de dementes no tenía la más mínima idea de lo complejo y atrevido de tal empresa. Aun así, era algo bastante emotivo pensar que todavía existían personas en este mundo quienes no aceptaban las imposiciones de las élites y se rebelaban a su modo. Eso era precisamente lo que hacía falta para purificar este infierno y resucitar el paraíso que alguna vez arrojó a tan miserables criaturas humanas. Destruirlo todo para construir un nuevo mundo, una civilización donde solo existieran personas evolucionadas y sublimes. Aquella utopía estaba firmemente enclaustrada en los corazones de aquellos quienes suspiraban por un ápice de verdad en este pantano de infinita mentira e hipocresía.

-Entonces ¿crees que haya sido el destino el que te llevó hasta ese hombre?

-No lo sé, amigo. Quisiera no pensar en eso, siempre me ocasiona un dolor de muela.

-¿En serio? A mí nunca me ha pasado y eso que lo hago diariamente. Lo único que me ha ocurrido es un infame dolor de cabeza cuando un día dormí solamente una hora por elucubrar sobre la clase de lógica.

-Como sea, déjame continuar. Ese hombre que yo reconocí como mi padre había envejecido, pero tenía todavía muchas fuerzas. Y, en el último cumpleaños que pasó conmigo, supe su pesar. Era como si ya supiera que las fauces de la muerte iban a recogerlo pronto.

-¡Qué curioso! He escuchado y leído que la muerte puede presagiarse, pero eso no lo creo muy posible. En todo caso, ¿qué sentido tendría que así fuera? Uno podría morir hoy o mañana, o en veinte o treinta años, y sería lo mismo. A final de cuentas, no dudo que algunas personas intentasen a toda costa evitar la muerte anunciada. O, quizá, la muerte va más allá del destino y del azar, aunque estos dos conceptos son vagos y no están claros para mí. Los supongo opuestos, pero algo me dice que encierran más relación de la que imagino.

-Siempre tan reflexivo, es algo que admiré de ti. Volviendo al tema, mi padre me contó lo siguiente: en un acto de locura, había decidido robar un banco y largarse muy lejos, abandonando a su esposa y a sus dos hijas, dejándolas a su suerte. Se había ido con su amante para comenzar una nueva vida; sin embargo, tan solo unos meses después, su nueva mujer lo desfalcó y se fue con un hombre más apuesto. Esto lo hundió en la miseria y la desilusión, recordándole a su antigua mujer y sus dos hijas. Y la familia que había rechazado lo atormentaba en sueños. Entonces tomó la decisión de volver y, cuando lo hizo, fue demasiado tarde, pues su otrora esposa había contraído matrimonio con otro hombre, y él ya no tenía nada por que vivir.

-Eso suena muy triste, parece la historia de un hombre atormentado por el karma.

-Y eso no es todo -se apresuró a proseguir Filruex, ya borracho-. Ya sin deseos de vivir, una noche salió con un arma, decidido a quitarse la vida, a terminar con su agonía. Sin embargo, cuando estuvo a punto de hacerlo, en un callejón solitario y pestilente, escucho los quejidos de una mujer. Decidió que echaría un vistazo y grande fue su sorpresa al reconocer a una de sus hijas siendo violada por su padrastro. Se abalanzo contra él y lo golpeó hasta matarlo, tenía la mano pesada, y aun así lo remató con el revólver, descargándolo todo sobre el cadáver de aquel malnacido. No tardo en pasar el tiempo cuando apareció su antigua mujer con su otra hija y, viendo lo acontecido, maldijeron a mi padre e inventaron la historia de que él había sido el que intento abusar de su propia hija, y que había matado al hombre que intentó detenerlo. Los policías decidieron creer la historia, nadie abogó a su favor y fue encarcelado.

-Eso suele pasar, siempre la supuesta justicia defiende a los criminales -replicó Lezhtik un tanto molesto y ya con deseos de irse-. Supongo que es como el mundo funciona, las cuestiones que creemos sensatas nunca son las que están en los acontecimientos. Y, sin embargo, seguimos viviendo de manera ilógica, sin razón alguna, o eso me parece a veces.

-Así es, Lezhtik, pero todavía hay más. Curiosamente, el día en que mi padre fue liberado, es cuando me encontró. Me contó sobre lo extraño de aquel suceso, pues fue una casualidad que él pasara por ese callejón donde yo estaba refugiado en esa ocasión. Verás, hacía un frío infernal y yo había decidido que moriría esa noche, no había comido nada en semanas y estaba enfermo de pulmonía. Ese hombre me encontró y salvó mi vida, me ofreció el calor de su hogar y el cariño de un padre que jamás tuve. Y, aunque era considerado un hombre malo por su forma de vivir, era todo lo que yo tenía, era todo lo que me mantenía con vida. Aquel joven malviviente ahora finalmente conocía lo que era no pasar hambre ni sed, asearse y vestirse decentemente. Con ilusión, esperaba cada noche después de que culminaba con sus excesos para conocer de esas historias que me relataba sobre sus vivencias. De él aprendí todo lo que sé de un hombre y lo que respecta a la injusticia, de ese hombre inmoral y malvado comprendí lo que era el bien sin jamás haberlo visto.

-Y ¿por qué mencionas lo del destino? ¿No dices que fue una casualidad solamente?

-Quizá sí, quizá no. No lo sé, y lo que me contaste aquel día me dejó con más dudas. El callejón al que mi padre regresó ese día fue el mismo en que ocurrió aquel suceso donde fue encerrado. Él había jurado nunca volver ahí, nunca en su vida quería recordar aquella blasfemia. Pero hubo algo, según me contó, una fuerza misteriosa lo hizo volver. Estuvo a punto de no hacerlo, de ignorar ese instinto, aunque no pudo. Y, cuando volvió, acongojado y temeroso, encontró a un chiquillo huérfano y maloliente.

-Suena interesante analizar ese punto. Yo no podría decirte algo contundente, pues de igual forma busco respuesta a ello. Creo que a veces hay señales Filruex, mismas que deben ser entendidas en su forma oculta, pero los humanos hemos perdido esa habilidad.

-Y solo me quedó una duda en toda la vida de mi padre. Nunca le cuestioné algo, excepto una sola cosa. ¿Cómo lograba mantenerse impasible ante la vida que había llevado? ¿De qué modo puede un hombre aniquilar las emociones y amortiguar las volteretas malditas de la existencia?

-Bueno, no sabría qué decir al respecto. Dicen que con la edad viene la experiencia, pero no creo que sea solo eso, debe haber algo más, algo que pueda deshacer esa preocupación por los acontecimientos terrenales en que los humanos nos vemos involucrados, ora consciente ora inconscientemente.

-Tienes razón, yo tampoco creo que un hombre pueda por sí mismo mostrarse indiferente ante la existencia, tiene que estar preparado espiritualmente para no caer en la locura del suicidio ante tales altibajos.

-Y, aun así, puede que ni eso lo salve de su destrucción. En cierta forma, es el renacimiento lo que hace del hombre una criatura menos terrenal. Pero este renacimiento no se da por causas externas, debe surgir del interior.

-Es como lo que dices del mundo actual, ya todos han elegido una muerte que los mantenga en la ilusión de los placeres terrenales, y han rechazado una que los eleve a la divinidad que podría liberarlos de la miseria.

-Aunque, como siempre te lo dije, no vale la pena intentar salvar al mundo, pues ellos mismos hacen todo lo posible por hundirse. Tal como expones en tu club, los humanos ya no quieren realizar algo que no sea recompensado con dinero.

-Sí, tanto la poesía como el arte están prácticamente divorciados de aquello que las personas añoran. Ni hablar de la filosofía, la literatura o el misticismo, nada de eso le interesa al ser actual que ni siquiera sabe apreciar lo que es la vida. Aunque, ciertamente, yo no soy quién para decirlo.

-Una vez leí que la vida es el mayor regalo que pueda tener el ser -afirmó Lezhtik con cierta superstición-. Sin embargo, al mirar las condiciones en que el mundo se halla, el mundo que los humanos han diseñado, siento repulsión de pertenecer a esta raza tan trivial.

-Lezhtik, yo pienso algo similar. Creo que el mundo es bello, que hay cosas que pueden todavía ilusionarnos y mostrarnos lo etéreo y sempiterno de la existencia. Los paisajes idílicos como el bosque de

Jeriltroj, los ríos y mares que brillan y reflejan la hermosura de los cielos azules, los animales y sus complejas formas biológicas, las matemáticas y sus misteriosos teoremas, la física con sus teorías desafiantes, la filosofía con sus postulados atrevidos, la poesía con sus letras acendradas, el arte y la literatura con su toque especial y mondo. Sabes, he hallado más belleza en todo eso de lo que carece el humano que en lo que le brinda placer; empero, yo no soy diferente a los demás, tú sí.

-Yo tampoco creo ser diferente. Por más que lo intente, sigo cayendo en la misma miseria que impera en el mundo. Pero, a mi modo, quiero cambiar.

-¿Qué es lo que más te molesta del mundo? ¿En verdad odias tanto estar aquí y ahora existiendo?

-Supongo que solo damos vueltas, ya hemos dicho eso antes. Pero bien, si tengo que responder te diría que es lo mismo que tú detestas. Por caminos diferentes, llegamos a la inevitable conclusión. Miro a las personas y noto algo que no puedo definir fácilmente, pero diría que considero fútil su estancia en el mundo. Viven idiotizadas con zarandajas y preocupadas por gente que jamás han conocido y que, en todo caso, es igual de trivial que ellos. ¿Qué clase de ser daría la espalda a sus dotes divinos y rechazaría esa supremacía por simples pasatiempos y placeres terrenales?

-Ya veo, tienes una molestia por la forma en que las personas piensan y viven. Eso es naturalmente obvio para seres como nosotros, pero ¿cómo podríamos hacerlo notorio para los demás? Quizá ya estén totalmente consumidos y nada podamos hacer por ellos. Aunque a los humanos tontos se les otorgue el poder para crear mundos, seguramente terminarían por conformarse con uno como este. He intentado organizar círculos de lectura, de estudio, de dibujo y de literatura; no obstante, en todos los casos termino por quedarme con mi soledad. Son contadas las personas que hoy en día pueden ver más allá del dinero y que se interesan por estas actividades que nosotros creemos elevadas.

-Recuerdo que muchas veces le presté libros a mi padre, jamás los leyó y terminé por guardarlos en un viejo cajón. Lo mismo pasaba con mis

compañeros, a nadie le preocupaba leer; en cambio, sí les interesaba saber cuál era el jugador que había ganado el balón de oro, qué actor se había divorciado el mes pasado, entre otras cosas.

-Lezhtik, te aprecio como un ser libre y que no acepta los preceptos que esta sociedad vacía impone y cuyo fin es limitar al humano. Ojalá que nunca pierdas ese fuego que arde en tu interior, que nunca te doblegues ante la injusticia y la falsa moral de estos seres acondicionados.

-A veces no entiendo la forma en la que haces las cosas, pero supongo que tenemos diferentes formas de actuar. Si pudiera cambiar algo en el mundo, sería nuestra existencia. Pediría que los humanos nunca hubieran aparecido en este planeta, así el mundo y las demás especies serían inmensamente felices, seguramente. Tan solo pienso en cuánto mal el humano ha acumulado a lo largo de estos tiempos, y quizás este es el mundo que merecemos, así de nauseabundo es nuestro interior. Esta realidad, es solo la proyección del ser que hemos fraguado muy dentro de nosotros.

-¡Qué humanidad tan pobre espiritualmente es la que se ha consolidado, incluso intelectualmente somos una basura! -aseguró Filruex con una insolencia inmensa, presa del alcohol y de una clase de locura muy propia de él-. Veme aquí Lezhtik, borracho y miserable, intentado ser un super hombre y viviendo bajo mis propias formas, y, a final de cuentas, sin poder escapar de este sistema. Pienso que es imposible que un humano logre zafarse de esta enredadera blasfema que es la matrix. Nunca se logra estar fuera, solo más lejos del centro, que es donde están la mayoría, acumulados y arrodillados frente a sus ficticias concepciones morales y religiosas, que les imponen vivir bajo esquemas funestos implantados por personas todavía más insolentes.

-Quizás así sea eternamente -replicó Lezhtik, hundiéndose en sus elucubraciones internas-, la idea de un hombre divino la he desechado ya. Es como vivir en una burbuja, eso noto; es como ese ciclo que se repite incansablemente. Nacer, crecer, estudiar, seguir creciendo y acondicionarse, seguir patrones e ideologías, no cuestionar, trabajar, casarse, tener hijos, vivir una tonta vida familiar, tener nietos, envejecer y

morir. ¿No crees que es una historia muy repetida? No me concibo llevando una vida tan común. Y es cuando me duele ver al mundo, es entonces cuando me cuestiono el por qué los humanos se sienten a gusto viviendo de ese modo tan repetitivo.

-Supongo es porque se encierran en su burbuja y solo pueden pensar en dinero, es como un vicio que nunca se puede cumplir; la ilusión de un vicio, mejor dicho. Y, así como dices, así a las personas gustan vivir. Les gusta ir a esas plazas donde hay tiendas de ropa cara y helados todavía más caros, restaurantes elegantes, joyas, celulares, aparatos electrónicos, bancos, cines, supermercados, etc. Ahí, en esos sitios que considero como los mayores centros de acondicionamiento, el humano es como un pez en el agua. Ni hablar de sus diversiones, pues se idiotizan con el fútbol y el sexo, exactamente como lo has mencionado antes.

-Un ser que ha perdido el interés en crear, aprender e imaginar es un ser que camina por inercia, pues ha muerto hace tiempo. Así es como resumo esta situación que es la del mundo de los humanos modernos.

-Eres interesante, Lezhtik -afirmó Filruex, quien no paraba de tomar y fumar-. Me gustaría que vivieras y enseñaras a los hombres. De algún modo, tengo el presentimiento de que te espera un gran destino y, aunque sufrirás, te elevarás por encima de la podredumbre. Debes vivir y mostrarles a estos humanos la miseria en que han decidido vivir. Tú ya no eres un hombre, ahora solo debes caminar un poco más hacia esa luz y te convertirás en un dios. Como una vez dijiste, ¿qué clase de ser sensato se sentiría a gusto en un mundo así? Pues eso es lo que hay que ilustrar.

-Pero es complicado, Filruex -replicó con desaliento y pesimismo el joven de hermosos ojos verdes con matiz esmeralda-. Ya lo hemos dicho también, no podemos salvar a quien no quiere ser salvado y ni siquiera se da cuenta de que debe serlo. No existe poder alguno que pueda abrir la mente de las personas y hacerles ver su mediocre forma de vida y lo patético de sus metas materialistas. Nadie se interesa por cosas del intelecto y mucho menos del espíritu. Me pregunto cuántas personas se han cuestionado alguna vez el sentido de sus vidas de manera profunda.

Los humanos caminan a ciegas en una frontera interminable de sinsentido.

-Lo sé, pero debemos continuar intentando, ¿no sería ese el sentido de nuestra existencia? -exclamó Filruex colérico, luego pidió otra copa más y se quedó pensando-. Hablando de eso, quería contarte un secreto, pero no se lo digas a nadie.

-¿De qué se trata? ¿Es algo grave? Siempre tienes secretos por contar.

-Bueno, quizás en la facultad nos echarían por esto. A mí no me interesa, pero sé que a ti sí, por lo cual debes ser cauteloso. Veo que hablas sobre cosas que se relacionan con el sentido de la vida y quiero recomendarte unos libros.

-¿Qué clase de libros? ¿Acaso están prohibidos? O ¿por qué tanto misterio? ¿Son de ocultismo o magia negra?

-No, nada de eso. Me gustaría poseer algo así, pero no tengo la fortaleza para tales lecturas. En realidad, es algo más simple y a la vez más intrincado, es paradójico.

Lezhtik no entendía a qué se podía referir su amigo y por qué hablaba con tanta reserva, pero sospechaba un asunto importante. Una prostituta comenzó a acariciar el hombro de Filruex, quien ya briago no se resistió y comenzó a toquetearla.

-¡Oye, muchacho! ¿Estás loco o qué te ocurre? ¡Esa es mi perra! -gruñó un viejo fornido que usaba un carcomido sombrero de paja y cuyo cuerpo estaba cubierto de tatuajes, era uno de los carniceros del pueblo.

-Filruex, lo mejor será que dejes inmediatamente a esa mujer o estaremos en problemas. Sabes que podría hacernos pedazos...

-Tú tranquilo, que yo me encargo de ese pedazo de basura. ¡Ya verás cómo lo hago papilla!

-No, por favor. Te pido que te calmes, mejor deja a esa mujer en paz y larguémonos de aquí cuanto antes.

El fortachón caminó hacia los dos jóvenes en tono amenazador, y, con una mueca de disgusto, golpeó sobre la mesa contigua, como para imponer respeto y autoridad; el muy imbécil derramó las copas que estaban servidas. Lezhtik miró el líquido que escurría y extrañamente le pareció que se dividía en dos chorros, como si hubiera dos posibles caminos qué elegir.

-Está bien, Lezhtik, como tú digas. Además, yo fui quien insistió en venir y no quiero meterte en problemas; que tengo demasiados, por cierto. Sin embargo, en otra ocasión regresaré y pondré en su lugar a este hombre mediocre.

Filruex soltó a la ramera que mantenía ceñida a sus hombros y apenas se pudo poner de pie, producto de la ingente cantidad de alcohol que había bebido. Era bueno para las peleas; de hecho, lo hacía cada viernes al salir de la preparatoria. Su padre en alguna ocasión le enseñó unos cuantos movimientos, los cuáles le habían resultado útiles sobremanera en sus peleas callejeras. Sin embargo, ahora difícilmente podría poner en práctica aquellos fugaces movimientos, pues estaba bestialmente ebrio.

-¡Cobardes! ¡Sabía que no eran lo suficientemente hombres! Pero es así como los perros temen a sus amos.

El fortachón lanzó toda clase de imprecaciones contra los dos jóvenes, quienes lo ignoraron hasta que...

-¡No son más que unos pobres diablos! ¡Sabía que ustedes no eran hombres rebeldes con dicen ser los de ese despreciable club que atosiga a la universidad!

Filruex, sin poder contenerse más, dio media vuelta y se dirigió hacia el fortachón. Nada podía insultarlo más que tales palabras, y en especial escupidas por un miserable carnicero. Jamás permitiría que insultaran sus principios y su club aquel joven que no reconocía autoridad alguna y que vivía de acuerdo con sus propios principios. Se acercó y, a pesar de los intentos por parte de Lezhtik de pararlo, logró soltar el primer golpe.

-¡Se están peleando! ¡Van a destruir todo el lugar estos mugrosos!

-¡Malnacidos vagabundos! ¡Lárguense de aquí! ¿Qué no ven que espantan a la clientela? Además, ninguno querrá pagar los daños.

Pero ya era demasiado tarde, ya nadie podía detener la querella. Filruex en verdad se movía bien, con ese cuerpo alargado y correoso. Sus ojos café oscuro fulguraban con un fuego infernal, sus cabellos lacios y gruesos se agitaban de un lado para el otro, su piel blanca y ese aspecto de maleante le daban un toque especial. A pesar de su fortaleza, no pudo tocar a aquel fortachón tan robusto que, aunque lento, tenía maña. Filruex pudo haberlo vencido en estado normal, pero ahora tan ebrio no le hizo ni cosquillas. El carnicero tatuado lo derribo con un gancho bien colocado directamente a la mandíbula. Filruex cayó y, en su mente, surgió un irrefrenable deseo de odio. Dos caminos se abrían cual alas de una azarosa mariposa en sus aleteos aleatorios, o quizá solo representante de los destinos no comprendidos por los mortales.

-¡Te dije que no eras más que un imbécil! Ahora mismo voy a darte el golpe de gracia -afirmó el fortachón mientras se acercaba maliciosamente hacia Filruex.

Este, por su parte, había sacado de su estuche un filoso cuchillo que siempre cargaba por seguridad. Según él, incluso para dormir lo tenía bajo la almohada, pues la injusticia llenaba cada rincón del mundo y en nadie se podía confiar lo suficiente para dormir apaciblemente, quizás eso explicaba las ojeras tan marcadas en su rostro. Por unos instantes estuvo a punto de arremeter contra aquel animal y apuñalarlo una y otra vez, ¡cómo habría disfrutado tal escenario! El sentir la sangre de ese perro faldero escurriendo por sus manos lo emocionaba, saborear ese dulce aroma a venganza y, además, librar al mundo de un parásito más; sin embargo, se contuvo, alguien había aparecido repentinamente en la puerta de aquel burdel de pesadilla.

-¡Papá, por favor, detente! ¡Ya no lastimes más a ese muchacho! - suplicó una jovencita que llevaba un jorongo el cual le cubría casi todo el rostro, solo sus labios rosados en constante movimiento podían ser observados.

-¿Qué está pasando aquí? -inquirió un policía que había sido alertado por el dueño del burdel.

Las putas y los demás borrachos abandonaron el lugar tan pronto como otros dos oficiales aparecieron detrás del primero. Filruex, tirado en el suelo cual triste perdedor, se limitó a sobarse la mandíbula e intentó esconder el cuchillo.

-Este malnacido me molesto. Yo estaba bebiendo tranquilamente cuando él se metió con mi chica. Usted juzgue, oficial, si este gusano es digno de tal comportamiento.

El fortachón era amigo de los oficiales, pues constantemente les hacía ofertas y hasta les conseguía cigarros clandestinos, aunado a la carne inyectada que tan fácilmente distribuía en el pueblo.

-Como siempre usted en problemas, Filruex -afirmó el oficial, quien también conocía las andadas del chico, y no precisamente eran amigos.

-Y ¿qué es eso que traes ahí? ¡No trates de ocultarlo muchacho, ya lo vi! -afirmó otro de los oficiales en relación con el cuchillo que Filruex había desenfundado.

-¡Bribón! ¡Así que pensabas jugarme sucio! ¡Ahora verás lo que te toca!

El fortachón se dirigió nuevamente hacia Filruex, quien se hallaba totalmente ebrio. Sin embargo, uno de los oficiales se interpuso y los otros agarraron al fortachón, quien se calmó a final de cuentas.

-Ya vete a tu casa, es momento de que descanses. No quiero que te involucres más en esto, nosotros nos haremos cargo -dijo el oficial al fortachón.

-Pues eso espero, oficial. La verdad es que no me agrada este sujeto. Es solo un revoltoso que se la pasa sin trabajar, y tampoco creo que estudie.

-Ya cálmate, nosotros veremos cómo reprimirlo. Tú retírate ahora mismo.

El fortachón salió acompañado por la misteriosa jovencita de voz peculiar. Lezhtik, quien solo observó todo el incidente sin intervenir, quedó sorprendido por ese tono tan único con que habló la encapuchada. Hubiera querido seguirla y averiguar su identidad, saber a quién pertenecían esos labios rosados que se expresaban con tanta soltura. Por primera vez en su vida, había sentido eso que los hombres llamaban atracción.

-Ahora, lamentablemente, tendremos que llevarte a la comisaría, jovencito. Así que entrérganos ese cuchillo y no opongas resistencia, o si no... -dijo uno de los oficiales con tono amenazador, dirigiéndose hacia Filruex con las esposas en las manos.

IV

Filruex se desvaneció y fue subido a la patrulla, donde sería trasladado y pasaría seguramente unas cuantas horas en la celda. Después de todo, ya estaba acostumbrado a las condiciones extremas y también a ser arrestado, no era algo que desconociese. Por su parte, Lezhtik logró zafarse del enmarañado y regresó a su casa, pensativo. Desde la plática con Filruex hasta el incidente, en su cabeza rondaban aquellas mujerzuelas que se acostaban con esos hombres asquerosos a cambio de algo para alimentar a sus familias. Todo era confuso y se le revolvió el estómago, apenas si durmió.

-¡Qué bueno que has llegado, hijo! Nos tenías ligeramente preocupados. Dinos, ¿has estado haciendo tarea en la casa de algún amigo?

-Hola, mamá. No quise preocuparlos, lo lamento. Y sí, tuve que quedarme un poco más de lo normal para terminar la exposición de mañana.

-Me da tanto gusto que te apasionen por los estudios.

-Sí, iré a saludar a papá.

El padre de Lezhtik, como siempre, se hallaba aplastado en su sillón predilecto, mirando el fútbol. Era algo que hacía todos los días y a toda hora en cuanto llegaba del trabajo. Los fines de semana se despertaba para mirar los partidos y pasaba el resto del día ahí, pegado al televisor. Observaba resúmenes, repeticiones y partidos de otros países. Era todo un aficionado al deporte más hermoso, como él decía. Lezhtik lo saludó y luego regreso con su madre a preparar su cena.

-¿Por qué papá no hará otra cosa más que mirar el fútbol y dormir? ¿Cómo puede ser que viva así? -preguntó Lezhtik a su madre antes de hallarse en su recámara, sin obtener una respuesta convincente.

Recordó entonces que su madre le contó una historia. Cuando su padre era joven, había sido un excelente futbolista, pero, por desgracia, una lesión lo había dejado fuera de las canchas a muy temprana edad. A parte de ese momento, se había convertido en fanático seguidor de todo lo relacionado al fútbol. A Lezhtik no le parecía lógica tal relación entre una lesión y tal fanatismo, pero lo había aprendido a sobrellevar. La verdad es que le entristecía encontrar a su padre mirando la televisión cada vez que llegaba a casa; empero, nada podía hacerse para cambiar esta deplorable situación. Había intentado que su padre hiciera ejercicio, que leyese los libros que él había devorado meses atrás, que enfocara su atención en aprender otras cosas, que creara algo, que no fuera el mirar el fútbol parte fundamental de su vida, pues era ridículamente absurdo. Tampoco su madre estaba exenta de tales desgracias, pues aquella pobre mujer que diariamente lo atendía vivía refugiada en la religión y en creencias que le fueron inculcadas por personas igual de vacías como sus abuelos, y que jamás quiso cuestionar. A pesar de que ella sí leía los libros que Lezhtik le prestaba, sentía que no los tomaba en serio y que los leía por obligación más que por gusto o por querer cultivarse. Esto lo entristecía sobremanera, pues su existencia era una constante lucha entre lo que él era en verdad y lo que sus padres esperaban que fuera.

Una de las cosas que más lo atormentaban era justamente esa dualidad que ahora sentía. Sus padres eran buenas personas, pero ser buena persona no bastaba para merecer existir. No le hacían daño a nadie, no se metían en problemas, llevaban una vida apacible y común. Su madre era ama de casa, frustrada por no haber podido cumplir sus sueños de ser historiadora. Su padre, él sí había estudiado, pero no lo que hubiese querido, pues encontró muy tarde su auténtica vocación. Claro que quería ser futbolista, aunque, al verse limitado a la vida estudiantil debido a aquella lesión ominosa, se inclinó por estudiar contabilidad. Le parecía fácil y se le daba de maravilla, incluso ayudó a varios de sus compañeros en los exámenes extraordinarios durante toda la universidad. A pesar de todo, lo que hubiese querido ser no lo fue, y se trataba de estudiar ingeniería civil.

A Lezhtik le parecía miserable la forma en que vivían las personas y sus padres no escapaban a sus elucubraciones. Todos eran tan comunes, nadie buscaba escapar del margen. Como lo comentó con Filruex en aquel burdel pestilente, las personas ya no buscaban crear, imaginar ni ser curiosos, estaban a gusto con sus vidas triviales, o así lo percibía él. Y esa sensación le era repugnante y a la vez reconfortante. Llegaba a sentir un desprecio sin igual por sus padres, y más aún por él mismo, porque gracias a que él nació ellos abandonaron sus sueños. Además, le parecían personas que ya no tenían algo que aportarle al mundo y eso era desalentador, aunque él tampoco lo hacía. Sus padres, esos que le dieron la vida, no eran menos absurdos que el resto de los seres supuestamente racionales. Y, por otra parte, los quería demasiado, pues siendo hijo único siempre lo habían procurado y apreciado; él era todo lo que ellos tenían. Estaban orgullosos de que asistiera al colegio más importante de la localidad, uno de los más prestigiados a nivel mundial, aunque tuvo disputas con su padre en relación con la carrera que debería tomar y la forma en que debía vivir.

Su padre, como todo ser acondicionado, quería que siguiese sus mismos pasos. ¡Cómo le hubiera encantado a ese señor que su hijo estudiase alguna ingeniería! Sí, alguna cosa de esas que suenan complicadas y que son tan bien remuneradas en las compañías. Lezhtik no

lograba rechazar sus deseos por completo, pero terminó por imponerse su sentido de la rebeldía y eligió filosofía, aun contra toda clase de críticas e improperios por partes de sus familiares. Absolutamente nadie estuvo de acuerdo con tal decisión, pero ¿qué importaba?, estaba tomada. Esto era sustancialmente la principal causa del disgusto de Lezhtik, que sus padres querían que él viviera como ellos querían que lo hiciera. No eran suficientemente sensatos para admitir que él era distinto, y quizá a la vez no, pero no percibía la vida como ellos.

Él no tenía esa ambición de dinero, esos deseos infames de viajar a playas y sitios elegantes, de comprar ropa cara en tiendas de lujo, de poseer automóviles del año o adquirir mansiones. Sus padres habían criticado y conminado su actitud al haber elegido esta carrera. No estaban seguros acerca de cómo iba a sobrevivir allá afuera una vez terminada la carrera. Y, a pesar de todo, a pesar de las quejas y los lamentos, adoraba a sus padres, pues ellos siempre habían visto por él. Y ¿qué sería de él si no fuera por ese señor que trabajaba incansablemente para, semana con semana, poder destinar dinero a su educación? A Lezhtik le parecía un tormento ese modo de vivir y no se contemplaba haciéndolo: el trabajar ocho horas en una compañía, privado de su libertad y sin poder hacer lo que le gustase. Y, sin embargo, su padre lo hacía, todo con tal de mantenerlo. Esa dualidad en la cual rechazaba fehacientemente y condenaba el modo en que sus padres vivían, y a la vez dependía de ellos y de esas actividades que criticaba, no le parecía nada agradable. Todo daba vueltas, todo era trivial entonces. Las empresas que tanto criticaba eran las mismas que proporcionaban el dinero para que él pudiese alimentarse, entretenerse y vestirse. ¿Se podría contemplar algo más horroroso que eso?

No comprendía el por qué su padre no intentaba ese cambio y pasaba del televisor a la lectura. Habían tenido ya algunas discusiones debido a la forma de pensar tan opuesta de Lezhtik, quien defendía sus ideas a capa y espada, sin dejarse intimidar por nada ni nadie. Sus padres insistían en que esa carrera no le dejaría nada bueno, en que debía cambiar de ideas y socializar más, vestirse mejor. Todo en su persona debería cambiar, pues ahora pertenecía a la gente decente. Esto

molestaba a Lezhtik, quien indudablemente rechazaba tal forma de vida y solo le interesaba conocer la verdad del universo. Sin embargo, estaba considerando mudarse en un futuro cercano, así evitaría más problemas. Entre más lejos de la familia, mejor; eso pensaba a veces. En otras, los apreciaba y agradecía cada momento que pasaba con ellos. Sabía que sus padres lo querían, pero de una forma que él no lograba entender.

-Entonces ¿sí te autorizaron el cambio de turno? Ya no me contaste qué pasó con eso -dijo la madre de Lezhtik, algo inquieta- ¿Se cumplió tu capricho de pasarte a la tarde o no?

-¡Ah! Lo había olvidado. Pero todavía no he recibido respuesta, comienzo a pensar que incluso lo han olvidado ellos también. Mañana preguntaré.

-Sí, por favor. Yo lo digo para ver cómo quedaremos organizados y saber a qué hora tomar mis clases de zumba.

-Sí, no te preocupes por ello. Espero tener la respuesta pronto.

-Bien, iré a descansar, buena noche. Recuerda meter la leche al refrigerador si te levantas en la madrugada.

-Trataré de recordar, buena noche.

Sin embargo, Lezhtik estaba lejos de acostarse, recién había comenzado el día para él y sus actividades. Sin perder ni un solo instante, se lanzó como un desesperado hacia sus libros y comenzó con los estudios que realizaba todas las noches desde hace unos meses. Le interesaba sobremanera repasar casi todas las corrientes filosóficas. La lógica, particularmente, le distraía y lo veía como algo divertido. La estética no le venía mal, solía dormirse en clase dadas las extensas exposiciones del profesor, pero siempre salía con el puntaje más alto en el examen. Y, sobre todo, la metafísica le atraía bastante. No era propiamente una materia que llevase, pero algo interesante había en ella que no lograba sacar de su cabeza. A veces sentía que debía haber libros más profundos y con enseñanzas más atrevidas, pero no sabía dónde conseguirlos. Fue entonces cuando recordó los libros de los que Filruex le habló, esos que estaban prohibidos en la facultad, por considerarse incitaban a la rebeldía.

Curiosamente solo el club de Filruex poseía algunos de los últimos ejemplares. Lezhtik, más allá de conformarse con solo estudiar, se dedicaba a aquello que consideraba su verdadera vocación: escribir ensayos filosóficos sobre un despertar y una evolución de la consciencia. Solía fingir que le interesaba realizar un doctorado en filosofía para que no lo molestasen sobre sus actividades nocturnas, las cuáles constituían su más sublime talento. Al final, antes de dormir, ya muy entrada la madrugada, a veces pensaba que todo lo que hacía no tenía fin alguno sino solo desaburrirse del mundo que lo rodeaba y del cual siempre se había sentido como un extranjero, pues en ningún lugar hallaba esa sensación de paz. La universidad por ahora le proveía de una beca y sus padres lo mantenían, pero ¿por cuánto tiempo? Le atormentaba pensar en ser un mantenido, aunque en realidad creía que eso no debería de preocupar a un perseguidor de la verdad.

-¿Cómo entender este mundo y la injusticia que en él impera? -se cuestionaba en voz alta cada noche mientras estudiaba y escribía sus ensayos-. No quiero vivir así, observando cómo lo único que hay es maldad y estupidez. No puedo aceptarlo. Y, por más que quiera, algo en mí me lo impide...

Siempre había tenido Lezhtik comida y techo, nunca había batallado por algo. Siempre podía estudiar y sentirse en calma, con esa seguridad de llegar a un lugar en donde podría descansar, donde sería bien recibido y era querido, a pesar de sus extrañas ideas. Y, aunque él y sus padres no se entendiesen muy bien en los últimos meses, los quería demasiado. No podría ser y hacer todo lo que era y hacía sin ellos. Su madre le arreglaba toda su ropa y preparaba exquisita comida para él. Su padre, ese al que tanto criticaba por pasar todo su tiempo libre mirando el televisor, pagaba sus pasajes, sus comidas fuera de casa, sus diversiones, sus libros, sus prendas y absolutamente todo. Jamás se mostraba indispuerto con respecto a los gastos, le agradaba ver a su hijo estudiar, a pesar de no ser algo que él hubiese querido que estudiara. Y, en cierta forma, le recordó al padrastro de Filruex, ese que a pesar de sus defectos también le mantuvo siempre.

Pero, más que todo lo anterior, había algo que lo atormentaba sobremanera, y era el hecho de haber perdido su anterior hogar. Lezhtik no siempre había vivido en esa casa; de hecho, tenía no mucho tiempo ahí. Anteriormente, el joven aspirante a la verdad suprema residía en un pueblo más céntrico, que tenía por nombre Saint Mictrell. En ese lugar fue donde por primera vez recibió los primeros rayos del astro rey, donde se escucharon sus primeros lloriqueos, donde creció, padeció y aprendió todo lo que un menor debe de. Ahora le parecía que ese sitio representaba su acondicionamiento, más bien. De cualquier modo, Lezhtik se acostaba todas las noches con los recuerdos de esa casa de dos pisos donde vivió 16 años de su vida, hasta que el demonio de su tío los echó a la calle. Ya desde hace un año antes del ominoso incidente habían tenido problemas.

En efecto, según recordaba Lezhtik, todo empezó desde que su tío, tan querido por toda la familia, se hundió en sus vicios y sus problemas. Su padre, una vez recibiendo la noticia de que serían echados, jamás hizo algo por remediar la situación ni por buscar un nuevo hogar. Era una de las cosas que Lezhtik más le reprochaba en el interior. Y, de cierta manera, culpaba a su padre por todo lo que padeció desde que fueron expulsados de su anterior hogar. Quizás en el fondo su padre tenía la vana esperanza de que todo se remediase y que pudiesen continuar su vida tranquilamente en esa casa tan querida por Lezhtik, pero el destino tenía otros planes. Y así fue como una tarde fueron desterrados para siempre de un lugar sagrado para aquel joven. Quizá no estaba ubicada en el mejor barrio de la ciudad, tal vez era ya una casa fea y con averías, cualquier cosa podría argumentarse en su contra; sin embargo, el llegar y encerrarse en su cuarto era todo lo que ese ávido lector de ojos centelleantes adoraba. Ahí, en la seguridad y calidez de esa habitación, era el rey de sus sueños.

Como sea, el tiempo pasó y devoró toda esperanza. Fueron expulsados sin recibir ni un solo peso de lo que el padre de Lezhtik invirtió, pues ha de saberse que las escrituras estuvieron siempre a nombre de aquel ahora odiado tío. Y, sin quedarles otra opción, aquellos desamparados fueron a parar a un maldito cerro, a una casa similar a un calabozo donde pudieron recibir asilo por parte de una tía de Lezhtik,

hermana de su papá. Aquí fue donde él, joven e incauto, se entristeció bruscamente y su vida dio más giros que nunca. Ya todo era distinto y jamás volvería a ser como antes. Su tío perdió la casa y fue demolida, mientras que ellos tenían que soportar el alto volumen con que aquellos malditos parientes gustaban escuchar música.

Esto y más le parecía a Lezhtik el mayor de los vilipendios, y constantemente se recostaba siendo presa de una infernal melancolía y frustración. La situación empeoró cada vez más durante los tres años que pasaron en ese calabozo, llegando al punto máximo de la desesperación cuando una de sus primas tuvo a su hija, la cual no cuidaba y ésta lloraba como una mendiga desquiciada todo el día, distrayendo así a Lezhtik de sus estudios. Ya nadie podía estar ahí, ya nadie quería. Más de una vez el joven, cuyo corazón se hacía más amargo cada día, estuvo a punto de irse, de largarse para siempre. Lo único que lo detuvo fue el gran aprecio que sentía por sus padres. No concebía la idea de irse cuando ellos tendrían que quedarse ahí a soportar la inadmisible situación.

Fue entonces que su papá tuvo la oportunidad de obtener un crédito para una casa dúplex. Por fortuna, ésta se ubicaba cerca de la universidad a la que Lezhtik quería ir. Todo se desarrolló de manera lenta, tanto que les parecía como si jamás se fuesen a largar de aquel endemoniado cerro. Finalmente, un día, ya terminando Lezhtik sus estudios de la preparatoria, partió junto con sus padres hacia un nuevo hogar. Se suponía debía estar feliz y no lo estaba. Tanto había deseado irse de aquel cerro execrable que ahora lo extrañaba, pues pasa que siempre se extrañan las cosas que ya no se pueden tener más y que en su momento se rechazan. Ya era demasiado tarde, ya demasiadas espinas se habían clavado en aquel muchacho de cabellos oscuros y ojos tristes. Fue así como comprendió y pudo abrir los ojos, en ese ignominioso lugar Lezhtik entendió tantas cosas que, de otro modo, jamás habría podido siquiera imaginar.

-Después de todo, aprecio lo que pasó -se decía a sí mismo en las largas caminatas que solía dar-. Si no hubiera sido por aquel incidente, ahora seguiría siendo tan común. Aunque odié ese lugar, también lo aprecié. Sin percatarme de ello, fue acogido por la nostalgia. Y cada vez que lo necesité siempre tuve techo y comida. Lo que no logro entender es

por qué ahora siento este vacío, por qué ahora que tengo un hogar nuevamente no logro sentirme parte de él.

Y así, en sus recorridos por el parque adyacente a su nuevo hogar, Lezhtik elucubraba sobre todo lo acontecido en su vida. Le parecía que jamás olvidaría su primera casa, pues en ese lugar fue donde conoció la vida como tal. Y tampoco olvidaría la segunda, porque ahí sufrió, lloró, rio, se enamoró incluso; conoció tantos sentimientos encontrados y maldijo infinitas veces su suerte. A pesar de todo, tuvo siempre el apoyo de sus padres y nunca le faltaron las cosas más fundamentales. Pudo estudiar, quizá no como él lo hubiese querido, pero lo hizo. Aunque realmente bien se sabe que las cosas jamás pasan como uno quiere, pues el libre albedrío humano es quizá la mayor ilusión que se tiene en un mundo tan irreal como este. Sin hallar más explicación al maridaje de preguntas que diariamente lo acechaban, Lezhtik cerró los ojos y dormitó, rememorando esos días fatídicos en que caminaba cuesta arriba con la frente sudada bajo el refulgente rayo de un sol que sentía lo iba a devorar, caminando con pesar y sintiéndose cada vez más extraño en una realidad incomprensible para un ser tan despierto.

V

Era una mañana cualquiera y en la universidad se respiraba un aire fresco, uno que vivificaba los ánimos de otro día más, de otro rutinario horario y de las clases que nunca dejaban algo más allá de la tarea y ridículas concepciones sobre el mundo. Además, con las nuevas reglas todo se estaba tornando demencial y absurdo. Pero los estudiantes y los profesores en la facultad de filosofía parecían aceptarlas cada vez con mayor confort, el periodo de resignación ya se había gestado en aquellas mentes mal guiadas y programadas para solo actuar sin cuestionar. Solo algunos cuántos luchaban todavía por el pensamiento propio y defendían

sus ideas a capa y espada. Así era la vida, la mayor parte seguía al rebaño y unos cuantos locos se atrevían a pensar diferente.

-¡Buenos días, profesor Fraushit! ¿Va a querer lo de siempre o le ofrezco algo distinto?

-Lo de siempre está bien -contestó un sujeto delgado y canoso, con aspecto serio y solemne, con un tono de voz peculiar y llamativo, con un halo de sapiencia fulgurante.

-Su emparedado, ¿con aguacate o sin? -inquirió la señora de la tienda, que siempre olvidaba esa parte a pesar de que el profesor Fraushit compraba ahí su emparedado desde hace ya más de diez años.

El profesor Fraushit era uno de lo más controvertidos en la facultad de filosofía, pues, ciertamente, no era como el resto. De entre los escasos profesores que simpatizaban con el club rebelde de los soñadores declarados, él era el principal aliado y amigo incansable de Filruex. Le había recomendado reservarse ciertas cosas, pues en esta sociedad era difícil querer realizar cambios sustanciales a personas que jamás podrán mirar más allá de sus metas personales y sus ambiciones materialistas. También era amigo de Lezhtik, aunque con él platicaba de temas más filosóficos y conspirativos. Todos en la facultad lo detestaban por su rebeldía ante las autoridades. Los alumnos tenían opiniones variadas, unos decían que era excelente docente y otros lo condenaban como el profesor más chiflado y estulto.

Lo que era verdad era que el profesor Fraushit tenía un punto de vista distinto del resto. Sabía de antemano que este mundo era un vil complot y que el gobierno en conjunto con la religión eran los principales enemigos del ser libre. También, se le escuchaba decir que la vida era absurda, tesis que apoyaba mencionando libros prohibidos en la universidad, lo cual le valió tremendas reprimendas por parte de los directivos. En los últimos años ya había perdido un poco la fuerza de la resistencia, pero aún conservaba ese aire guerrero en contra de la opresión. Apreciaba a los estudiantes que no sabían ceder ante la autoridad y los incitaba a defender sus ideas ante cualquiera.

-Siempre, ante todo y ante cualquier persona, sin importar el momento o situación, se debe ser fiel a lo que se cree y sostenerlo aun cuando esto implique el rechazo de nuestros propios creadores - comentaba a la encargada de la cafetería mientras esperaba su desayuno.

Tales ideas radicales le habían valido el desagrado de sus colegas y sus superiores. Su formación original era la de matemático; de hecho, entró a la facultad dando clases de lógica. Más tarde realizó sus estudios de posgrado en filosofía y de ese modo era cómo había conseguido ser aceptado como profesor. Desde su ingreso a la docencia, siempre demostró una actitud distinta a sus colegas, no permitiendo que sus estudiantes fueran ortodoxos en la enseñanza que pretendían los demás profesores. Su vida personal era un completo misterio, nadie nunca había logrado sacarle tan solo el más mínimo rastro de ella. Se limitaba a dar sus clases, a contar teorías de oposición y de conspiración. Sentía un rechazo bien solidificado hacia toda clase de imposición por parte de sus superiores y en múltiples ocasiones se le vio en querellas y revueltas.

Era partidario de los rebeldes, de aquellos que luchaban contra la autoridad. Por esto mismo, se le vio en más de una ocasión apoyando a Filruex y al club de los soñadores declarados. De hecho, se rumoraba que era él quien en el fondo mandaba en este club, pero no se sabía con seguridad. A pesar de todo, era un buen sujeto, siempre benevolente y decidido. Lo único que no era aceptado en él era su falta de sumisión y el abandono de sus ideales a cambio de los impuestos por el sistema. A los estudiantes les gustaba tomar clases con él debido a que se emocionaba tanto en sus disquisiciones que terminaba por perder el hilo de la materia que estaba impartiendo. De tal suerte que, de la hora y media de clase, solo unos 20 minutos eran acerca de temas indicados en el temario, mientras que la mayor parte del tiempo se dedicaba principalmente a sus teorías y a recomendar a los estudiantes el no dejarse lavar el cerebro a tan temprana edad.

-Buenos días, profesor Fraushit. ¿Cómo está usted? ¿Qué clase tiene? -preguntó el profesor Saucklet.

-Buenos días, doctor Saucklet. Me da gusto saludarlo, la verdad es que mi clase empieza en unos minutos, así que colegí que sería buena idea salir a tomar el aire fresco y comer algo antes de empezar mis labores. ¿Gusta usted que nos sentemos por allá a conversar un poco? Todavía no desayuno, usted ¿ya lo hizo?

-Sí, desde luego, platiquemos un poco. No he desayunado aún, es que estoy esperando una llamada por parte del centro de investigación de energía nuclear en Alemania.

-¡Qué bien, doctor! -replicó el profesor Fraushit-. Ustedes los investigadores siempre tan ocupados con su investigación, lástima que nada de eso sirva de algo.

En la facultad ya las clases habían comenzado, parecía más un cementerio que una escuela. Desde la llegada del nuevo director, todo había cambiado, nuevas reglas estaban vigentes. Absolutamente todos los estudiantes debían seguirlas con estricto apego o, de otro modo, eran expulsados. Nadie podía comer a deshoras, había horarios específicos. La hora de desayuno era a las 8, media hora después de la entrada. La de comida a la 1, y si no, tenían que esperarse hasta la salida, que era a las 3, y retirarse a sus casas a comer. Además, si alguien era sorprendido ingiriendo alimento alguno en clase, o tan solo bebiendo agua, se le echaría también. Solo se podía ir al baño tres veces durante la estancia en la escuela, o, si no, se les multaba restándoles calificación. No estaba permitido articular una sola palabra mientras el profesor hablaba y, si alguien lo hacía, era sancionado con dinero. Y así con todas las reglas, que eran aplicadas con sumo apego.

A la más mínima violación, el estudiante era echado. Y, para ser de nuevo aceptado, debía pagar cierta cantidad monetaria, que según decían serviría de lección y formaría a los estudiantes. Además, este dinero se usaría para reestructurar ciertas áreas que necesitaban de una mejora inmediata, supuestamente. Lo más aterrador era que tanto los alumnos como sus tutores habían firmado el reglamento nuevo sin leerlo, pues era una costumbre que se había perdido hace tanto. Los padres, al estar sus hijos en la universidad, se sentían desligados de cualquier trámite, y éstos

últimos tampoco permitían que aquellos intervinieran en sus asuntos, pues ya eran adultos y podían lidiar con sus vidas por cuenta propia, según decían.

-¿Por qué dice eso de los investigadores? Si somos los que más dedicamos nuestro tiempo a descubrir cosas que sirvan, cosas que innoven -argumentó el profesor Saucklet, quien tenía un doctorado en física nuclear y cuya investigación estaba enfocada a la obtención de energía por medios naturales, supuestamente.

Tanto las facultades de ciencias biológicas, exactas y sociales se encontraban adyacentes, por tal razón los profesores y alumnos de diversas carreras podían convivir y de ese modo se enriquecería más lo aprendido, según se decía. Algunos profesores, entre ellos el profesor Fraushit, creían que esto no era tan correcto, pues, aunque a primera instancia parecía una buena idea, en el fondo encerraba un plan para reciclar profesores; esto es, un profesor que daba una materia en la facultad de ciencias exactas, podía darla también en la de sociales, hablando de materias de tronco común. Todos lo veían bien, pero el profesor Fraushit sabía que era una trampa, que un estudiante de economía no podía llevar el mismo curso de cálculo que uno de matemáticas, pues, a pesar de ser mismas asignaturas, el punto de vista y el enfoque debían ser diferentes. Ese era el problema de la educación, solía decir, que siempre se buscaba generalizar todo. Y lo que nadie sospechaba es que esta treta tenía como verdadero objetivo explotar más a los profesores y ahorrarse personal. El salario destinado a este personal que no se contrataba era destinado para el nuevo director.

-No me parece acertado lo que usted dice. Yo casi nunca he visto que esos proyectos se lleven a cabo aquí en el país. Lo único que hacen es trabajar para la gente poderosa, para la que puede pagar por ellos. Sin saberlo, ustedes los investigadores están proveyendo de tecnología a la gente rica, a los americanos y a los europeos. Usted, doctor Saucklet, y todos sus colegas, no trabajan para su patria y para ayudar a sus semejantes, solo son los peones de los explotadores.

El profesor Saucklet se mostró en descontento con tal afirmación, pues a él no le parecía que fuese así. Él amaba la ciencia más que nada y creía estar trabajando en proyectos para ayudar al medio ambiente.

-Yo amo la ciencia más que nada, profesor Fraushit -respondió el profesor Saucklet con arrogancia y molestia, mirando incisivamente a su colega-. Además, nosotros los investigadores sí contribuimos a las mejoras del país, no como los filósofos. ¿Qué hacen ustedes por sus semejantes? Se la pasan todo el día reflexionando sobre cosas que no existen, sobre el ser, la existencia, el universo, la razón, y, al final de todo eso, ¿qué hay? Sabe usted una cosa, mi padre era filósofo y tenía muchos libros; jamás tuvo tiempo para mí y para mi madre menos. Ella fue quien me mantuvo trabajando día y noche en una cantina, lavando platos y haciéndola de mesera. Y ¿qué hizo él por nosotros? Nada, pues todo lo que hacía era vivir como un filósofo, o sea, ser un parásito más del mundo. Para mí, los filósofos son lo mismo que los políticos, solo saben hablar bien y nunca actúan para ayudar.

-Me parece bastante triste que usted no entienda la esencia de la filosofía, pero no discutiré eso. Es cierto que los filósofos parecemos egoístas e insensatos muchas veces, y que no nos importa la vida, pero es lo que más buscamos entender. Ustedes, la gente normal, nunca entenderían nuestra agonía. Y es justamente eso lo que nos diferencia, que nosotros no podemos vivir como ustedes, enfrascados en el mundo real, sino que buscamos uno más sublime, más etéreo. Nuestra búsqueda puede durar años, pero incluso eso es más valioso que engañarnos con un mundo de caricatura como el que impera. Y ¿sabe usted una cosa? Yo fui matemático antes, quise ser investigador, pero me di cuenta de que no llegaría a nada contundente, tan solo daría vueltas en círculo.

-Y ¿a qué ha llegado siendo filósofo, profesor Fraushit?

-A una sola verdad que tristemente no puedo cambiar, pero no lo entendería. Por otra parte, insisto en que la ciencia tan manipulada que se tiene hoy en día no podría acercarse al ser a la verdad, dudo que ese sea el camino. Jamás he visto que un científico o un investigador trate de ayudar a las personas pobres, que luche por abrir un hospital o una escuela. Y, si

algunos lo hacen, son contados. La mayoría solo obtiene su grandiosa beca y se hacen tontos en algún centro, investigando cosas que solo sirven para presumir y que no ocasionan cambios en el mundo si no es a favor de los poderosos.

-Y, aunque así fuera, yo ¿qué culpa tendría? Yo no soy culpable de la miseria del mundo ni de los pobres. Yo solo quiero ser feliz haciendo lo que me gusta, y me siento muy a gusto con mi puesto aquí y en el mundo.

-Es usted muy ingenuo. La felicidad, tal y como es concebida por el humano, solo es una ilusión. Nunca he conocido a un hombre que, siendo sensato y habiendo percibido la verdad, quiera y pueda ser feliz en un mundo como este. Debe entender usted, doctor Saucklet, que un hombre que se siente a gusto con esta realidad no puede ser un buen hombre.

-Y ¿se puede saber de una vez cuál es esa maldita verdad a la que tanto se refiere?

-No tiene caso, alguien tan acondicionado como usted no podría percibirlo. Los doctores hoy en día solo son hombres que han aprendido cierta ciencia y no son menos ignorantes que los barrenderos, pero que se creen semidioses. Ustedes no son diferentes del rebaño, eso lo he sabido siempre. A veces incluso el barrendero es más consciente de la verdad, pero ustedes carecen de eso, ya no pueden abrir los ojos, están cegados como los religiosos, los políticos y las demás personas que solo buscan algo con qué engañarse.

-Pues yo no creo que los filósofos sean diferentes de nosotros. A mí no me importa lo que usted crea de mí o de la ciencia o mis compatriotas. Y, si así lo quiere ver, yo me siento bien conmigo mismo. Tengo una bonita casa, un auto y dinero. Tengo un buen horario, salgo con mi novia y nos divertimos. Me gusta pasear, viajar y hospedarme en lujosos hoteles, ir a plazas y al cine, disfrutar de una fiesta. Y eso no me hace menos que ustedes, incluso tengo mi doctorado y soy importante aquí, más que usted tal vez.

-Sí, así es -dijo sin inmutarse el profesor Fraushit-. Justamente es como ellos, como la clase de personas que jamás podrían entenderlo. Los

filósofos también están ciegos y, aunque su título diga filósofo, en realidad no lo son. Un verdadero filósofo no necesita de un título universitario o de una institución, ni siquiera de estudios en una escuela. El auténtico filósofo es el que tiene la percepción para percatarse de la verdad del mundo y para reflexionar, para elucubrar y formarse criterios propios; es alguien que crea, imagina y es curioso, esas son sus principales armas. El filósofo verdadero no dice que lo es, lo siente y lo vive a cada momento rechazando la realidad y sus imposiciones. Vive frugalmente, busca y jamás cede ante los ideales de otros, se mantiene y defiende los suyos a costa de todo. Eso es un filósofo, profesor Saucklet, un ser que no se ha conformado con el mundo tal como es ahora.

-Y usted ¿es filósofo, profesor Fraushit? O ¿solo persigue deseos imposibles?

-Yo no lo soy, pero aspiro a serlo. Y trato de formar filósofos, no gente como usted y sus colegas, que solo sigan patrones impuestos por la sociedad. Enseño lo que es y no lo que debiera ser, muestro la realidad en su mediocridad completa y pregonó el rechazo a la autoridad. Y, aunque yo fracase en mi lucha, vendrán otros, quizá pocos, pero sé que vendrán. Y esos otros escribirán libros y darán clases, y aprenderán y enseñarán a ser rebeldes y a defender los ideales propios, a no permitir que este sistema arrebatase nuestros sueños con sus artimañas y sus vicios superfluos que a usted ya lo han consumido. Sé que esos nuevos seres lucharán como yo por transmitir este mensaje ignorado por tantos y solo entendido por algunos. Y le diré mi verdad, la que está prohibida mencionar aquí en la facultad desde estas nuevas imposiciones. Lo que yo creo como verdad es que: absolutamente nada en este mundo tiene sentido.

-¡Ja, ja, ja! ¡Está usted loco de remate! ¡Ahora sí me hizo desternillarme! -dijo entre carcajadas vacilantes el presuntuoso investigador-. ¿Cómo puede usted pensar eso? Quizá su vida no tenga un sentido, pero la mía sí. Tengo gente que amo y me ama, tengo un trabajo donde soy importante, una vida y sueños, quiero viajar, aprender y hacer ciencia. Yo le doy un sentido a mi vida, no soy títere de nadie ni sigo los patrones de la sociedad.

-Su existencia es miserable, pero no es capaz de dilucidarlo, pues este sistema lo ha trabajado bien. Las personas siempre basan el sentido de sus vidas en otras personas, en otros lugares, en sus estudios y sus trabajos, pero eso no es trascendente. Todo lo que usted hace solo forma un ciclo absurdo del cual no es posible escapar, porque, además, usted no quiere salir de él. En realidad, nada en la vida, tal como es, vale la pena tanto como para vivirla. Y por eso le hablé a usted del engaño que hace la gente para soportar esta existencia, cada uno busca algo con qué enmascarar la banalidad que yace en todo lo que es.

-Y entonces ¿por qué sigue usted vivo, profesor Fraushit? Si su vida no tiene sentido, y si, según usted, la de nadie lo tiene, ¿por qué vivir?

-Eso es lo que me pregunto cada mañana al despertar, sigo levantándome de la cama y me arrepiento de existir. Pero, sabe una cosa, desde hace años ya no creo estar aquí y ahora, ya no siento nada, ya no creo ni quiero nada, todo me resulta insípido, y es porque no puedo engañarme más como usted y los demás. Y lo que ha pasado en mi vida lo agradezco, pues ha contribuido a abrirme la mente. Incluso ahora, no estoy seguro de estar aquí, solo soy un fantasma que finge una supuesta existencia y un supuesto sentido ante una realidad triste y miserable. No estoy seguro de que todos estos años haya vivido realmente, pues tengo la peculiar sensación de no sentirme parte de esos seres que llaman vivos. Respiro y hago todas mis actividades por inercia, he perdido los sentidos y cualquier clase de apego. No vivo realmente, profesor Saucklet, solo intento sentirme menos muerto quizá.

-No logro entender lo que me dice. Yo no puedo aceptar eso, yo sí estoy seguro de mi existencia.

-Y ¿por qué? ¿Cómo tiene esa certeza? Es algo que se acepta desde un principio, jamás nadie lo ha demostrado. Usted tan solo es producto de las creencias y costumbres de una historia construida por gente ambiciosa; en resumen, un ente moldeado para tomar como propias ideas y concepciones que la sociedad le impondrá y que usted, ingenuamente, incluso defenderá. Pero eso somos todos de alguna manera, no se sienta usted único.

-Pues no, pero es algo obvio que existimos y que somos reales. Si no, entonces ¿cómo explica el que podamos fornicar, comer, correr, respirar y las demás actividades?

-Bien podría tratarse de una mera ilusión, como nosotros, como todo este mundo. Solo un holograma en el cual el tiempo y el espacio limitan nuestra percepción.

-Esas son tonterías, me niego a aceptar esas teorías que usted pregona. No sé de dónde ha sacado tantas cosas, pero le recomiendo que visite a un psiquiatra, usted necesita ayuda.

-Muchas gracias, pero así estoy bien. Me gusta que las personas creen que estoy loco, porque yo creo que ellas son seres cuerdos y comunes; todos tan igualmente programados para un mundo de fantasía, y eso sin importar su grado académico, social, económico o cualquier otra distinción.

Un celular sonó en esos momentos, era del centro de investigación; paralelamente, el reloj marcó la hora en que el profesor Fraushit tenía que ir a su clase. Con estas nuevas normas ya no se sabía cuándo caerían los descuentos. Extrañamente, a los allegados del nuevo director parecían no aplicárseles bien las reglas, pero quizás eran alucinaciones del profesor Fraushit, quien sospechaba de todos siempre y creía que todos estaban en su contra. Ninguno de los dos profesores se despidió, ambos habían quedado emocionados con la plática, pero quizá nunca la terminarían.

Así fue como prosiguieron las clases en la facultad. La opresión estaba llegando al límite, los muchachos cada vez veían con más resignación las nuevas reglas. Se habían organizado juntas y algunos padres de familia argumentaron que no era justo el trato que estaban recibiendo sus hijos, pero, cuando se les dijo que todo era a favor de su educación y que después de tales reglas estarían listos para el mundo laboral, quedaron satisfechos. El nuevo director incluso prometió que vincularía a la facultad de filosofía con un programa de becarios donde se les aceptaría en el área de filosofía empresarial, a cambio de proponer nuevas ideas sobre la forma de gobernar a sus empleados. En un comienzo todos podrían participar, según se dijo, pero solo algunos cuántos se

quedarían; los otros podrían ser auxiliares y esperar hasta que se abriera otra plaza.

Los únicos que aún no se rendían ante tales imprecaciones eran Lezhtik, quien disimulaba acatar las reglas, pero se desvelaba para romperlas en su habitación, y aquel funesto grupo rebelde donde estaba Filruex, quien en su club le daba la contra a cada discurso del profesor acondicionado. Tristemente, cada vez menos estudiantes estaban interesados en sus coloquios o sus revueltas, pues se habían resignado a acatar las reglas. Emil, otro integrante del club de los perdedores declarados, también continuaba su rebelión a su modo, dibujando cada que podía y a escondidas de los profesores y de sus padres, quienes tampoco estaban de acuerdo con que realizara tal actividad. Paladyx, una antigua amiga de Lezhtik y Filruex, también se defendía como podía y era miembro activo del club; no obstante, era atormentada por extrañas visiones que le indicaban presagios y todos decían que estaba loca, pero ella no prestaba atención. Casi no dormía dado que se esmeraba en cumplir con su tarea y a la vez pensaba en todos los discursos de Filruex, tratando de encontrar el modo de romper con el sistema impuesto.

A los estudiantes restantes se les veía cada vez más conformes, ya casi nadie cuestionaba las decisiones del director, todos lo terminaban por aceptar. A algunos hasta les parecían justas las nuevas reglas, y más desde que se autorizó que, a media jornada de clases, se implementaría un momento para jugar videojuegos. Ahí se podía ver a todos los estudiantes como zombis, sosteniendo el control en sus manos y obsesionándose con esas realidades ficticias, las cuales les hacían olvidar su miseria. Ya lo único que esperaban era justamente la hora de los videojuegos, donde sus fatigadas cabezas podían distraerse someramente para luego volver a las clases. El único sentido que le hallaban a la escuela era la hora de los videojuegos.

Por otra parte, se había alabado la iniciativa del nuevo director de implementar el deporte en los estudiantes, quienes, dada la naturaleza de sus carreras, solían vagabundear y holgazanear. Se habían establecido tres deportes principalmente: fútbol en todas sus variantes, boxeo y carreras. De hecho, todo aquel que buscara practicar algo distinto se

encontraba con muchas complicaciones y papeleo innecesario. Por tal razón, de una u otra forma, todos los estudiantes terminaban por inclinarse ante uno de los tres deportes mencionados. Cada uno de éstos era practicado en días distintos de la semana, así un practicante de fútbol podía también hacer boxeo o participar en las carreras. Y, a su vez, cada deporte tenía su sentido, o eso el director hacía creer a los estudiantes. En el fútbol, se les incitaba a olvidarse de sí mismos, a darlo todo en favor de la sociedad, que en este caso era el equipo. ¡Cómo causaba emoción ver a los participantes del partido corriendo tras ese balón!

Siempre los torneos se organizaban en épocas donde el director presentaría una nueva imposición, invitando hasta a los padres de familia. Todos estaban encantados con esa iniciativa y hasta habían ya pensando en formar un club profesional para las grandes ligas. Se decía que los mejores futbolistas del barrio estaban ahí en la universidad. En los pasillos solo se escuchaban conversaciones sobre el fútbol y quién era mejor o peor, o qué equipo ganaría y cuál sería descalificado inmediatamente. La euforia y pasión del fútbol hacían que los estudiantes olvidaran las condiciones patéticas y absurdas en que se hallaban, pero ¿qué más daba? Todo lo que importaba en el universo era llegar a ser como esos futbolistas millonarios. Luego estaba el boxeo, aquí se levantaban los ánimos casi tanto como en el fútbol.

Clandestinamente, los profesores, e incluso el director, habían organizado una red de apuestas con las cuáles podían obtener ganancias extra aparte de sus nada malos sueldos. A veces prometían puntos extra a los estudiantes con tal de que dieran lo máximo, pero luego decidían no cumplir sus palabras argumentando que, de cualquier modo, habían perdido la pelea. Y, similarmente al fútbol, donde los estudiantes parecían como hipnotizados siguiendo el balón que iba de un lado para otro, afuera del escenario de batalla y emocionados hasta el tope, los estudiantes vociferaban y lanzaban imprecaciones. Parecía que, de una forma extraña, les agradaba mirar la decisión con que se golpeaban los boxeadores, esa violencia y esos golpes secos los alimentaban, los potenciaban y generaban euforia en sus cabezas. En conclusión, los estudiantes adoraban observar las peleas y parecían regocijarse mirando el

sufrimiento de los combatientes, todo a favor de su entretenimiento. Desde luego que el director estaba encantado con esa clase de actitudes.

Y el tercer deporte más popular eran las carreras. En apariencia el menos dañino y a la vez el que mejor representaba la mentalidad del nuevo director. En estas competencias se hacía un énfasis demencial en la rivalidad y la competitividad. Se incitaba a los estudiantes a rechazar todo sentido de amistad y de unión. En lugar de ello, se alentaba la individualidad como un método de superioridad. Se enseñaba a los competidores a preocuparse solo por ellos mismos, a ganar sin importar cómo ni a costa de qué. Se rumoraba que la mayor parte de los corredores consumían sustancias prohibidas que, para mayor sorpresa, habían sido otorgadas por el nuevo director, quien lo negaba a cada momento. Durante las carreras, siempre al comienzo, aparecía una de las muchachas con mejor ver de la universidad sosteniendo una antorcha que fulguraba extrañamente, y que, según el director, representaba el poder con que aquel espectáculo conseguía poner de manifiesto que dos personas no podían ni debían ser nunca compañeros en ninguna circunstancia, y que la rivalidad debía buscarse siempre a toda costa; aunque lo negase cuando llegaba la hora del fútbol, afirmando todo lo contrario.

Así, a través de videojuegos y deportes, se había conseguido que los estudiantes calmaran sus quejas y aceptaran más sutilmente las imposiciones que el nuevo director hacía, buscando con ellas una disciplina que formara verdaderos profesionales, según decía. A veces hacía comentarios diciendo que, si alguno de aquellos estudiantes deportistas prefería dedicarse al deporte en lugar de proseguir con sus estudios, él sería el primero en apoyarlo y vincularlo. A final de cuentas, había más dinero y éxito en estas actividades que en los estudios. Algunos profesores habían estado en desacuerdo con esto en un principio, pero luego terminaron por aceptarlo cuando se les otorgaron más vacaciones de las normalmente dadas. Los únicos que no estaban envueltos en estas competiciones ridículas eran: el profesor Fraushit, quien se declaró en contra no de la práctica deportiva, sino del modo en que se llevaba a cabo, señalando al nuevo director como un abusivo corrompedor de mentes; Filruex, quien estaba totalmente opuesto a tales entretenimientos que

consideraba vulgares; y, por supuesto, todos los integrantes de su club, que también se resistían de participar: Emil, Paladyx, Justis y Mendelsen. Lezhtik ni siquiera fue invitado a estas prácticas deportivas de dudosa reputación, pues seguramente habría contestado con su famosa frase: me es indiferente.

VI

Los días continuaban tan insignificantes como siempre. Los estudiantes asistían a sus monótonas lecciones y se conformaban con repetir lo que emanaba de las bocas de aquellos viejos a quienes admiraban y elogiaban en demasía. Se tenía ahora la peculiaridad de que la comida que se ofrecía en la cafetería había experimentado un incremento ingente, según con el único fin de poder construir una sorpresa que agradaría a estudiantes y profesores, pero que no se revelaría ni se sabría algo de ella, sino hasta en el momento oportuno. Todos los demás puestos que anteriormente vendían alimentos en ubicaciones aledañas a la facultad fueron expulsados debido a la mala higiene en sus productos, supuestamente. Tampoco se permitía ya que los estudiantes ingresaran con comida a la universidad, pues, según se dijo, éstos eran demasiado sucios y arrojaban su basura en el suelo y debajo de las bancas.

Además, no era correcto que los estudiantes consumieran cualquier tipo de comida, para eso estaba especialmente diseñada la cafetería, por cierto, remodelada. A pesar de esto, algunos estudiantes, entre ellos Emil y Justis, afirmaron que la comida era igual o peor que la que traían de casa. Cuando presentaron sus quejas fueron reprimidos y hasta se les amenazó con ser expulsados. Todos los demás estudiantes aceptaron que la comida de la cafetería especialmente diseñada para ellos era la más adecuada, pues les parecía muy bien condimentada y salada, además de

que el postre era extradulce y esto les daba energía suficiente para soportar las intensas jornadas académicas.

También otra medida en un principio aborrecida había sido impuesta unas cuantas semanas después. Resultaba que, a raíz de la desaparición de un conjunto de artefactos que misteriosamente no fueron hallados en el laboratorio de cómputo, los estudiantes eran ahora revisados minuciosamente tanto en la hora de la entrada como en la de salida. A los hombres se les revisaba hasta donde no, y a las mujeres no les iba mejor. De hecho, más comúnmente de lo que se esperaría, el director era quien se encargaba de revisar a las jovencitas, quienes argumentaban que las había tocado en zonas íntimas. Sin embargo, cuando decidieron quejarse, encabezadas por Filruex y Paladyx, fueron inmediatamente reprimidos con el argumento de que en esas zonas era donde seguramente se escondían las cosas. Al estar Filruex entre el grupo que reclamaba, fueron amenazados y hasta se les quiso adjudicar que habían sido ellos los que tomaron los artefactos desaparecidos. Según Filruex, se les trataba ya como prisioneros, pero otros de sus compañeros comenzaron a ver aquella medida como justa y nadie tuvo el valor para cuestionar de nuevo aquella revisión aprovechada.

Uno de esos días en donde las cosas eran más absurdas que de costumbre, Emil corría para recoger uno de sus dibujos, olvidado por él mismo horas antes, con el temor de que fuese descubierto por los profesores, o, peor aún, por el director. Su mayor temor se hizo realidad cuando su dibujo, impulsado misteriosamente por el viento que soplaba maliciosamente aquella tarde, fue a dar con los zapatos del director justo cuando iba saliendo de su oficina. Al verlo, Emil se quedó impávido. Y, asomándose descaradamente, le pareció atisbar los supuestos artefactos desaparecidos del laboratorio de cómputo. Inmediatamente el director lo reprimió y cerró la puerta de su oficina violentamente, diciendo a Emil que aquello era el nuevo equipo que había llegado y que se instalaría en breve. Luego, procedió a reprimirlo por dibujar e hizo añicos su dibujo, añadiendo que, por esa ocasión, le perdonaría la tan grave falta.

Emil pudo notar, sin embargo, que el director estaba demasiado nervioso y que se alejaba raudamente. De hecho, nadie podía nunca entrar

a su oficina, salvo sus dos sobrinos, que eran igualmente profesores, Saucklet e Irkiewl. Los cristales de su oficina, la cual resaltaba por el lujo que ostentaba, estaban polarizados y un inmenso candado servía como protección extra. Lo más curioso es que Emil nunca pudo presenciar que en las siguientes semanas se instalara equipo nuevo en el laboratorio; de hecho, desaparecieron más artefactos y fueron expulsados dos alumnos que decían tener información sobre los autores del crimen, culpándoseles paradójicamente de éste.

Eso y más cosas seguían ocurriendo, con reglas cada vez más ridículas que, si bien en un principio eran rechazadas por la mayoría, al cabo de unos días terminaban por ser aceptadas y hasta tomadas como justas. Los únicos que continuaban oponiéndose a esta blasfemia eran el profesor Fraushit, el club de los soñadores declarados y Lezhtik, aunque éste último nunca participase explícitamente en los supuestos reclamos, simplemente se limitaba a quejarse todo el tiempo. La última imposición parecía haber sido la gota que derramó el vaso, pues ahora ya nadie podía salir de la universidad salvo en determinados horarios. De esto se especuló demasiado, argumentando que ahora sí se trataba de la cárcel misma. Fueron incrustados en la entrada sendos barrotes que bloqueaban el acceso y la salida del plantel. Además, se instalaron máquinas para que los estudiantes registraran sus horas de llegada y de partida.

Cualquier clase de omisión eran puntos menos en la calificación final o, casualmente, se podía llegar a un acuerdo con el director y pagar cierta cantidad de dinero para reparar las omisiones. Si se checaba un minuto tarde, ya era omisión. Si se checaba un minuto antes de la salida, ya era omisión. Si se olvidaba checar la entrada o la salida, también era omisión. Dos omisiones correspondían a medio punto menos o, en su defecto, a una cantidad grande de billetes. Además, había que llegar unos veinte minutos antes del chequeo, pues la fila para la revisión corporal y de las pertenencias era larguísima. Tales amonestaciones monetarias eran encubiertas con el nombre de cuotas para justificar la perversión.

Se decía que el club de los soñadores estaba planeando una forma de detener esta medida patética y también las anteriores. Sin embargo, ahora los estudiantes lucían ya conformes con estas nuevas prácticas y

solo se les escuchaba hablar de la hora de los videojuegos y del torneo de fútbol o las peleas de box. Como cereza del pastel, el director había firmado un decreto en el cual se le daría cerveza a los estudiantes cada viernes al salir de clase; de hecho, se acortaría el horario de ese día unas dos horas con el fin de que los estudiantes pudieran disfrutar de su momento de convivencia social. También se habían instalados pantallas gigantescas en el patio principal y el trasero, donde se proyectaban los partidos de las grandes ligas de soccer. Así, el viernes era anhelado por todos esos estudiantes incautos, incluso más que su libertad. Con esta medida, todos estaban ya contentos y nadie pensaba en alguna clase de reclamo, excepto los mismos de siempre. Al final nada aconteció y todo siguió su curso cotidiano.

En tanto las ominosas condiciones en la facultad proseguían, Lezhtik se hallaba ahora en su recámara, un poco fatigado tras tener que soportar esas imposiciones cada vez más estúpidas. Ya no faltaba mucho para que su pasividad se rompiera, hasta había considerado unirse al club de los soñadores y así organizar una queja. Poco a poco, sin embargo, el sopor se apoderó de él. Y, entre dormido y despierto, las vivencias que había mantenido sepultadas en alguna parte de su cabeza emergieron cual fulgurantes destellos. Podía rememorar esos paseos con su camarada Filruex y esa forma de ser que ya había dejado atrás. Tantas cosas se mezclaban en su cabeza que no supo cómo afrontarlas y entró en una especie de trance. Ahora, en su mente, se repetían los sucesos de manera inextricablemente real, todo parecía estar atrapado en el tiempo, y el espacio era paralizado por las distorsiones. Se miraba a sí mismo en otra proyección de su mismo ser, hace ya algunos meses...

Un cierto día, después de haber recibido la lección de lógica, Filruex y Lezhtik habían decidido ir al bosque a pasarla bien. Esta ocasión, una jovencita de nombre Paladyx los acompañaba. Era nueva en la facultad y los dos amigos le habían ofrecido su amistad. Era pelirroja y sus senos lucían firmes y apetitosos para dos hombres con la testosterona elevada al máximo. Se masturbaban diariamente y dedicaban ingentes gemidos para la joven, quien, sin saberlo, ahora caminaba de la mano con sus adoradores sexuales. La tarde transcurrió normalmente, todo estaba en

calma, como siempre. Nada indicaba la tragedia que estaba por ocurrir, las cosas se acomodaron en favor del placer. Los tres jóvenes caminaban hacia el Bosque de Jeriltroj, que era un lugar mágico algo alejado de la ciudad. Al llegar, Paladyx se asombró con la majestuosidad del lugar. El bosque irradiaba una acendrada frescura y una sensación monda, una que jamás había sentido; parecía ser el bosque de los filósofos, de los hombres intelectuales y los ávidos lectores.

Una quietud demencial llenaba el lugar, se podía respirar un aire inmaculado de las execrables ciudades, los pajarillos con sus plumas multicolor abundaban y proporcionaban un toque mágico a los árboles frondosos y rebosantes de vida. Los insectos y los animalillos que podían observarse se solazaban andando de un lado para el otro, exclamando una felicidad que jamás fue antes vista, ni siquiera imaginada. Lo más desconcertante de todo era, sin duda, esa impresión de una estabilidad inefable, de una calma perenne, de una fragancia eviterna de paz y un dulce petricor de ataraxia. El bosque era más que una simple forma o expresión de la naturaleza, parecía ser un hermoso y lozano dibujo de algún pintor que en su delirio había consagrado sus últimos días a tan magnificente y beata obra de arte. El Bosque de Jeriltroj era, por sí mismo, el arte materializado de una inteligencia divina.

-Quizá por esta razón es que está vetado -afirmó Paladyx, consternada aún por la beatitud de aquel idílico paisaje-, por ello es por lo que se nos prohíbe venir aquí.

-¿A qué te refieres con eso? No lo comprendo bien -replicó Filruex.

-Es fácil de entender. Mira a tu alrededor, algo así no está hecho para los humanos.

-Como el amor tampoco lo está, ni la felicidad o la impasibilidad -interrumpió Lezhtik.

-No seas tan extremista, no quise decir eso. Lo que quise expresar es que en este sitio se cuentan cosas horripilantes, se dice mucho de las tragedias acontecidas aquí. Pienso que el único crimen que se comete es

el que nosotros, siendo seres tan humanos, estemos pisando este sitio magnificante.

-Y decías que Lezhtik era el extremista. Ya déjense los dos de sus cosas, mejor vamos a fumar un poco y luego veremos qué pasa.

Filruex, que en ese tiempo que era el drogadicto más famoso de la facultad, había conseguido un poco de DMT, la famosa droga de la cual se decían tantas cosas maravillosas y alucinantes.

-¿En verdad vas a probar esa cosa, Lezhtik? -inquirió Paladyx, consternada.

-No le veo nada de malo. Además, hace tiempo que he querido hacerlo, he escuchado cosas maravillosas.

-Pero hay un rumor, o eso creo... -replicó la joven, dubitativa.

-¿Qué clase de rumor? ¿A qué te refieres? -preguntó Filruex, que ya venía saboreándose el viaje.

-Pues no estoy muy segura de su certeza, pero mi abuela conoció a un conjunto de indios que solían consumir DMT, aunque ellos le llamaban Ayahuasca.

-Y ¿qué hay con eso? ¿Es tan malo fumarla? ¡Cuéntanos!

-No es eso, quizá sean solo locuras, aunque me parece interesante. Los indios le dijeron a mi abuela que no cualquier ser podía con la Ayahuasca, que es la droga en su forma más pura.

-¿Cómo que no cualquiera podía? No te entiendo -exclamó Lezhtik, desconcertado.

-Sí, no todo humano es digno. Los indios creían que ciertas plantas elegían a sus consumidores, por así decirlo. Podían mostrarle a los elegidos cosas asombrosas que ningún mortal podría alguna vez imaginar. Podían mostrar impensables cielos y brindar experiencias inefables a aquellos que considerasen sus protegidos; empero, si la planta no lo elegía a uno, podría mostrarle visiones horribles y transportarlo a los peores

infiernos, lo cual podría llevar a su consumidor a la locura, o, peor aún, a la muerte.

-¿Cómo va eso de que la planta lo elige a uno? Yo he consumido muchos tipos de drogas y nunca me ha pasado nada malo -afirmó Filruex sin comprender la profundidad de las palabras de Paladyx.

-Pero la Ayahuasca, al igual que algunas otras sustancias de índole más espiritual, es distinta a las drogas mayormente consumidas en la sociedad. Según los indios, solo las drogas naturales son las que debe consumir el humano. Y, como te comenté, si no eres un ser de corazón puro, de espíritu divino, la planta te rechazará y te hará pasar un muy mal rato, quizás hasta te mate.

-Eso no es posible -replicó Filruex, que solía ser muy incrédulo-. No puede ser que las drogas tengan voluntad propia.

-Pues eso es lo que aquellos indios le contaron a mi abuela, y ella me lo relató. Todos en la familia la creían loca, siempre dijo ver cosas que nadie más. Por otra parte, era una ferviente creyente de que todo lo que entraba al cuerpo no solo influía en éste, sino que afectaba directamente el espíritu.

-Me cuesta creer lo que dices, no soy tan partidario de esas teorías. Quizá si crea algo en eso del espíritu, pero no lo suficiente. ¿Tú qué dices, Lezhtik?

El joven de cabellos oscuros y ojos tristes, que hacía rato parecía elucubrar profundamente, se limitó a hacer una mueca que reflejaba incertidumbre, pues dudaba de casi todo y esto no era la excepción. Esa era su peculiaridad y lo que lo hacía tan único entre todos los estudiantes, y quizá entre los humanos también. Lezhtik nunca aceptaba algo, se cuestionaba de todo. Bien había puesto en duda lo transmitido por sus padres desde pequeño y por sus profesores más tarde para descubrir que todo era solo un conglomerado de tradiciones heredadas estúpidamente.

-¡Te hablo, Lezhtik! ¿Por qué te comportas tan extrañamente?

-No es eso, es solo que no tengo respuesta. Es decir, me encuentro como indiferente ante la existencia.

-Bien, pues espero que pronto la tengas. Me gustaría saber qué opina el mejor estudiante de la universidad al respecto -dijo sarcásticamente el joven larguirucho mientras se fumaba otro porro.

-Iré a caminar un poco, siento algo raro en mí y como si un mensaje muy lejano llegase desde cierta puerta.

-Ni siquiera llevas la mitad de lo que yo y ya estás alucinando. Será mejor que te relajes, Lezhtik.

Sin prestar atención a las recomendaciones de su inseparable amigo, Lezhtik partió misteriosamente hacia lo profundo del bosque, ahí donde se rumoraba aquella historia tan peculiar. Caminó incansablemente hasta que se percató de que Paladyx lo seguía a muy poca distancia. La joven, sin prestar atención a Filruex, que se había quedado arrinconado a la sombra de un árbol leyendo poesía, había decidido seguir a Lezhtik. En el fondo, a ésta le había parecido muy simpático aquel desde su llegada a la universidad, solo que, siendo éste tan serio, no había tenido la oportunidad de acercársele y conversar. Se había hecho amiga de Filruex muy rápido y estaba en el club de los soñadores declarados porque mantenía sus ideales; sin embargo, su verdadera intención era llegar a entablar conversación con aquel joven de ojos tristes que reflejaban tantos sentimientos encontrados. Ahora, en aquel bosque, sentía una atracción increíble hacia sus labios.

El Bosque de Jeriltroj no era frecuentado por nadie, pues se conocía una historia que atemorizaba a todos... Se contaba que, bajo dos árboles, hace ya algunos años, solía verse a un monje que meditaba día y noche, sin importar el clima o las condiciones. Algunos soñadores, que en su tiempo libre rondaban por el bosque, dieron testimonio de tales apariciones, aunque más tarde lo negaron de manera incondicional. Se rumoraba que solo aquellos con el corazón puro y una verdadera convicción de la verdad podían visualizar al monje. Nada ni nadie podía afirmar o desmentir sus apariciones, solo parecían contribuir al misterio de tal personaje. Los profesores no estaban muy a gusto con este ser

místico que era ya leyenda entre los estudiantes, menos aún por la mala fama que esto les traía dado que ellos no podían mirar al monje. Entonces se decía, por los pasillos de la universidad, que los profesores no eran auténticos filósofos, pues, si lo fueran, debían ser puros de corazón y auténticos perseguidores de la verdad. Y, al no poder mirar al monje, no lo eran.

Este misterioso monje nunca se había atrevido a hablar con ningún estudiante, excepto uno. Aquí es donde esta leyenda cobraba mayor realce y donde aparecía la tragedia. Se contaba que un joven, quien siempre había sido lejano de sus compañeros, logró visitar el bosque en uno de aquellos días donde le fue negado el acceso por no haberse rasurado. El estudiante era ciego, y faltaba mucho a sus lecciones. Los profesores estaban preocupados por su salud, pues era huérfano y sobrevivía gracias a la beca y las limosnas que recolectaba mientras tocaba la flauta en las calles por las noches. No le daban mucha importancia, menos en su último semestre de vida. Cuando le fue interrogado a través de quién había conocido esas locas historias que ocasionaban el recelo y la mofa de todos los profesores y estudiantes, confesó que había logrado conversar con el monje y que había sido éste quien le contase de esos seres. En realidad, dijo mucho más, demasiado nutrido fue lo expuesto por este joven. Lo suficiente blasfemo y delirante resultó su discurso para que días después fuese recluido en el hospital psiquiátrico, lugar del que escapó para hallársele, tras semanas de búsqueda, colgado bajo la sombra de los árboles en los cuáles se decía ver al monje.

A partir de ese momento, se prohibió a los estudiantes asistir al bosque. Ahora los rumores habían cambiado, y se pregonaba que el espíritu del joven ciego vagaba por cada recodo y que incitaba a los estudiantes a suicidarse. Además, algunos más extremistas, aseguraban que el monje lo había matado. Toda clase de historias corrían a través de las bocas insensatas de aquellos pseudofilósofos intelectuales. Los profesores estaban complacidos con que esas fantasiosas historias sobre el monje que levitaba y el joven ahorcado hubiesen espantado a sus queridos alumnos y les hubiesen extirpado la loca idea de visitar aquel nefando bosque. Por otra parte, y como forma de prevención, se había

intensificado la seguridad y la exigencia en la universidad, todo por mandato del nuevo y aborrecido director. Se creía que de este modo los jóvenes se centrarían más en sus asuntos, y que el bosque, en conjunto con sus quiméricas e irreales historias, sería parte del pasado.

-¡Hola, Lezhtik! No me pareció muy seguro que anduvieras solo por esta parte del bosque.

-Muchas gracias por seguirme, aunque no tenías que hacerlo. De cualquier modo, disfruto la soledad que la mayor parte de los humanos tanto aborrecen -dijo Lezhtik con voz calmada, como casi siempre solía estarlo.

-No quise ofenderte. Si gustas, me retiraré. Intentaba ser tu amiga solamente.

-No te preocupes, no me molesta tu compañía. Quizá me venga bien después de todo -afirmó Lezhtik esbozando una ligera sonrisa y recostándose en el pasto.

Para Paladyx eso significó todo. Estaba ansiosa por conocerlo todo al respecto de ese joven que tanto había llamado su atención, pero el destino tenía otros planes, o al menos el azar se enmarcó en su contra. Conforme Lezhtik consumía la Ayahuasca, la joven se sentía más y más atraída hacia él.

-Y ¿qué esperas al salir de la facultad? ¿Aceptarás el empleo con el que el director vincula a los estudiantes?

-No lo sé, pero seguramente no. La verdad es que no quisiera hacer nada, así me siento. Me gusta estudiar y escribir, es solo que no quiero vivir. Mi vida es tranquila, pero me aburro demasiado.

-Y ¿no has intentado tener una novia?

-No lo he pensado. Desde que entramos aquí jamás había tenido tiempo para las mujeres, al menos hasta ahora que estamos aquí. Ciertamente, podría decirse es mi primera cita informal.

-Eres muy interesante -afirmó Paladyx, un poco nerviosa por sentir aquellos ojos tristes sobre ella-. Noto en ti una gran tristeza que no logro comprender.

-No importa. Es este un mundo triste, supongo. A mí me preocupan otras cosas.

Esas fueron las últimas palabras que Lezhtik logró expresar, pues comenzó a sentir los efectos de aquella sustancia divina que, si bien duraban tan solo unos minutos, dejaban visiones fantásticas a los puros de corazón.

-¿Te sientes bien? Si gustas, puedes ir narrando todo lo que ves, así podrás tenerlo en tu poder cuando regreses. Yo anotaré todo con el mayor detalle posible, lo prometo -exclamó suavemente Paladyx, sin quitar sus ojos de Lezhtik.

De ese modo, Lezhtik relató a Paladyx lo que podía percibir y sentir, y esta lo guardaría por siempre en sus notas y en su corazón, en particular por la forma tan misteriosa en que todo terminó. La joven no era tonta, conocía de antemano los abusos que la facultad estaba imponiendo y le atraía todo lo relacionado con las ciencias ocultas y la parapsicología, cosa que atemorizaba a sus padres. De hecho, pensaban que era una bruja o que aspiraba serlo, y nada más cierto que eso. Paladyx verdaderamente quería convertirse en una auténtica bruja, pero todo con tal de poder ayudar a las personas.

-Hay unas montañas que aparecen y desaparecen. Luego sus cumbres se transforman en ondas, en vibraciones que recorren todo el espacio. Puedo ver cómo el tiempo atraviesa diversas etapas, en las cuáles es derretido y luego reconstruido. No entiendo lo que ellos dicen, pero parecen buenos.

-¿Quiénes? No te alejes demasiado, camina despacio o caerás.

-Ellos, los mensajeros de la luz. Son solo transmisores de la verdad suprema. Sus cuerpos resplandecientes me proveen cierta paz. Murmuran algo parecido a una sentencia profética, me parece que se refieren al futuro y a lo que entendemos los humanos por ello.

-¿Puedes ser más explícito en lo que esos seres te revelan?

-Ya te lo dije, están totalmente hechos de luz y se elevan, tomándome consigo. Solo escucho tu voz como un eco, ya no puedo verte. Ahora estoy en otro universo, en otro tiempo y espacio, en otro recipiente. Ellos parecen revelarme conocimiento de un modo que no puedo terminar de comprender. Todos los sentidos se mezclan.

-¿Qué clase de cosas son las que te revelan?

-No está claro. Todo son voces, pero a la vez energía. Hay líneas de colores que me parece puedo sentir en mi interior. Puedo abrazar los sonidos y saborear los pensamientos. Parecen decirme que el ser es eterno, hablan de la reencarnación y de la inutilidad del ser entregado a los vicios y al materialismo. Promueven un progreso espiritual y afirman que el ser debe ser libre y estar despierto de estos falsos sistemas.

-¿Solo eso te dicen? ¿No puedes percibir más?

-Es raro, hay siete planos en este mundo. Nuestra realidad es únicamente la parte más triste. Toda vida conlleva una experiencia que ha sido destinada a fortalecer el espíritu. A casi nadie le interesan esas cosas, los humanos son idiotas en su mayoría. La existencia de ningún ser es lo suficientemente valiosa.

-Cuéntame más sobre esos seres, ¿cómo es el paisaje que te rodea?

-Creo que no guardan relación alguna con nosotros, ellos son superiores. Puedo sentir una divinidad y una sabiduría superior, sus almas son mondas y acendradas. Me jalan, quieren llevarme con ellos y mostrarme que el humano es mucho más que esto. Dicen que debo evolucionar, que el camino conduce a la unidad y que la unificación toma bastante tiempo. Escucho lo que veo y veo lo que escucho, mis sentidos no reaccionan aquí, todo es una mezclanza iridiscente. Siento cómo fluye una inmensa cantidad de conocimiento que no puedo aprehender en mi forma humana. El azar y el destino, el tiempo y la causalidad, la vida y la muerte, lo efímero y lo eterno, el hombre y la mujer, el ser y la nada, absolutamente todo está a mi alrededor y no soy capaz de absorberlo.

Entonces Paladyx, presa de una enorme curiosidad, quiso tocar a Lezhtik para saber en qué estado se encontraba, pero, cuando lo hizo, éste se desvaneció y cayó al suelo. La jovencita no supo qué hacer y, preocupada, acudió a un costado de Lezhtik, quien yacía en el suelo, con los cabellos negros y rizados rozando las hojas frescas y húmedas de aquel bosque misterioso. Al tomarlo entre sus manos, Paladyx no pudo evitar aquello que solo había hecho en sus sueños y fantasías. Y, cuando sus labios rozaron los de aquel joven tan reservado y peculiar, experimentó una especie de visión que la dejó atónita.

En estas visiones, pudo observar cómo era rodeada por cuatro jinetes que anunciaban la caída de aquel ser supremo. Aparecieron ante ella imágenes de muerte y desesperación, de frustración y decepción. Pudo observar el fin y supo que no terminarían bien las cosas. La suerte estaba echada para las personas que la rodeaban, todo era oscuro y ominoso. Del cielo caían piedras que parecían destruir no lo físico, sino una esencia oculta en la realidad. Además, por un breve instante, le pareció que, en toda esa inmarcesible oscuridad, había un conjunto de sombras que se solazaban con los destinos trágicos de las personas. Aullaban y reían, en compañía de singulares hadas verdes que entonaban un execrable coro. Y más sublime, mucho más que todo aquello, era la presencia que en todas sus experiencias clarividentes jamás había sentido. Como alimentada por la tristeza y la mundanidad de los humanos, había en alguna parte de una dimensión desconocida cierta criatura, si así se le podía denominar, que parecía estar muy por encima del ciclo eterno y de las sucesivas vueltas al mundo, que no respetaba ni al azar ni al destino, que imponía su majestuosidad ante cualquier otra entidad. No había caído todavía en cuenta de que aquella demoniaca divinidad, así la percibía, tenía los ojos más bellos y puros, y que, además, parecía tener ambos sexos. Fue en esos instantes de más angustia cuando Lezhtik despertó y ella salió automáticamente del trance.

-¿Acaso me besaste? -inquirió Lezhtik sorprendido y sin recuperarse completamente de la experiencia tan sugestiva que acababa de tener.

-¡Yo no quería, pero pude evitar la tentación! Te pido me disculpes, no era mi intención molestarte.

-No es eso, es solo que nadie me había besado nunca. Y, cuando lo hiciste, todo lo que estaba viendo, esos mundos por los que viajé, esos seres de luz y de sabiduría, se alejaron inmediatamente. Al parecer no les agrada la unión de las personas, o eso fue lo último que escuché.

-No pensé que fuera algo incorrecto -replicó Paladyx, quien no paraba de pedir disculpas.

-Yo tampoco lo veo así, pero es extraño. Al parecer ellos tienen una manera de expresar su amor más pura que la nuestra, sin necesidad de contacto físico.

-Y ¿qué fue lo último que recuerdas haber visto o sentido?

-Un hombre, pude observar la sombra de un hombre entre aquellos dos árboles, y fue una sensación única -afirmó Lezhtik, señalando dos árboles frondosos que no parecían seguir el patrón de los demás.

-¿Qué clase de sensación? ¿Puedes describirla más claramente?

-Una de bienestar, de tranquilidad, de una calma que no existe ya en el mundo actual, de un rebotante sol iluminando las tinieblas entre las que se ha conminado la humanidad misma.

En esos momentos, Filruex apareció agitado. Los había estado buscando por todo el bosque y ya se había preocupado al no hallarlos. Al parecer se encontraban en el lugar más profundo de aquel extraño paisaje, donde ya no se percibía sonido de animal alguno.

-Pensé que ya hasta estaban haciendo otras cosas, tanto tiempo juntos ya me parecía sospechoso -dijo Filruex con su característica ironía.

Al escuchar esto, Paladyx enrojeció subrepticamente y le pareció interesante que algo así hubiera ocurrido, realmente estaba encantada con Lezhtik.

-Desde luego que no. Yo no busco esa clase de cosas, ni siquiera estoy interesado en alguna mujer -sentenció Lezhtik para tristeza de la joven.

-Bueno, no debes ser tan duro -replicó Filruex con cierto desaire-, siempre hay oportunidad de hacer cosas nuevas.

-Quizá, pero yo vivo muy ocupado. Ni siquiera tengo tiempo para mí, menos lo tendría para alguien más.

De repente, Lezhtik fue despertado por el sonido de su alarma, todo su sueño había sido la repetición de aquel incidente que no se lograba explicar y el cuál le costaría una severa desaprobación por parte de los profesores. Como sea, preparó sus cosas y, casi muerto de sueño, fue a tomar una ablución. Otro absurdo día de escuela comenzaba y se tenía que cumplir con la asistencia.

Además, otro tema que constantemente invadía sus pensamientos era el concerniente al empleo. A final de cuentas, ¿de qué podía trabajar un filósofo? Esa era la cuestión que sus padres solían hacerle cada vez que hablaban de sus asuntos escolares. Y en verdad que no era agradable pensar en eso. Ahora estaba bien, su padre lo mantenía y su madre le hacía sus cosas. Pero ¿qué pasaría después? ¿Qué sería de él cuando ya no estuviese estudiando? Realizar una maestría y un doctorado era su objetivo, al menos para fingir que le importaban esos asuntos académicos y poder así escribir sin molestias, pero y ¿si no lo conseguía? Le aterraba y rechazaba fehacientemente la idea de resignarse a pasar sus días en una empresa, realizando cosas sin sentido tan solo para ganarse la vida. Su padre así lo hacía y le resultaba algo vacío. Él no podría resignarse a eso, en el fondo era demasiado rebelde. Aunque se cuestionaba si ahora era libre realmente en la universidad, con tantas reglas nuevas. Al menos, podía respirar. ¿Sería libre cuando tuviese que trabajar? No tenía pensado formar parte de esos humanos que pasaban sus días frente a un monitor estresados por cosas absurdas. Pensaba que el ser tenía otros propósitos más sublimes; sin embargo, sus padres jamás lo entenderían, quizá nadie podría hacerlo, excepto Filruex y su club.

El mundo lo había decepcionado desde hacía ya bastante tiempo, desde que comenzó a pensar por sí mismo y notó la trágica y cómica parodia que era la existencia. Tantos millones gastados en estupideces y otorgados a títeres del sistema, tanto se había invertido en meros asuntos

de publicidad, religiosos o políticos, o, en todo caso, deportivos; empero, la educación, la salud y el progreso de los marginados eran temas jamás mencionados. A nadie le interesaba ya el progreso espiritual, ni siquiera el mental o intelectual. Difícilmente las personas estudiaban, ora porque no podían ora porque no querían. Además, ni siquiera un aspecto tan básico como era el cuidado de su cuerpo parecía interesarles. Las personas solo pensaban en divertirse, en emborracharse (como él antes lo hacía), en mirar la televisión, en saber sobre la vida ajena, en ser adoradores del morbo y del porno, en tener hijos y en casarse; en resumen, en consumarse los amos de la vida absurda.

Y él, perdido e iluso, guardaba una ilusión, un sueño, una profecía. Pensaba que algún día el mundo sería muy distinto, quizás existiría alguna civilización que pudiera ver más allá de un fajo de billetes, y que entendiera que su hogar no estaba en este mundo, que no pertenecían aquí, que todas las guerras y ambiciones por el poder eran intrascendentes, que la existencia era tan pasajera y corta, que era casi un crimen la forma de vivir del ser actual. Pero eso solo lo pensaba Lezhtik en la regadera, mientras el agua fría le golpeaba el rostro y el mundo continuaba su feliz descenso al pantanoso infierno en que estaba acostumbrado ya, desde hace eones, a sumergirse cada vez más. Sí, el mundo humano era un asco. Y los seres que lo habitaban no merecían existir.

VII

Habían pasado ya varias semanas desde que el viernes sagrado se había implementado. Era un jueves por la tarde, y el profesor Irkiewl impartía su clase normalmente; esto es, tratando de resaltar solamente lo que los libros decían, sin aportar idea propia alguna. Indudablemente, no era extraño que esa clase de profesores abundaran en las escuelas, pues era

parte del adoctrinamiento el que a los estudiantes no se les enseñase a pensar por sí mismos, que se les inculcaran solo patrones a seguir sin que sus diminutas mentes estupidizadas sospecharan la falsedad de todo el sistema educativo actual. De tal forma que los profesores eran peones transmisores de doctrinas viles y mundanas que habían sido repetidas a lo largo de todos los años, utilizadas para extirpar toda esencia de genialidad e imaginación en los estudiantes, y preparándolos para que se convirtieran en meros títeres hambrientos de dinero y sexo, de materialismo y vicios. Esa era, tristemente, la esencia de todo el sistema educativo en la facultad y en todo el mundo, destinada a adoctrinar por completo a las personas.

Desde luego, esto era fundamental en los planes de aquellos intereses oscuros que dominaban el mundo, pues, de otro modo, las personas podrían ser creativas y curiosas. Además, como en el ambiente familiar ya se había contaminado demasiado la mente de los niños, los cuales pasaban la mayor parte del tiempo tragando porquerías y mirando la televisión, o peleando todo el tiempo por zarandajas, no era nada difícil que las escuelas moldeasen todavía más las frágiles y nauseabundas mentes de aquellos infames infantes, los cuáles carecían de valores y crecerían ansiosos de ganar dinero y de divertirse, creyendo que la felicidad se trataba justamente de algo tan vacío y carente de sentido como el entretenimiento humano. Por desgracia, nada se podía hacer para contrarrestar aquel blasfemo sistema educativo, pues, a aquel que intentase una locura tal, sin duda le tacharían de loco y, quizás, hasta lo matarían.

El ominoso profesor Irkiewl era uno de los profesores consentidos del director, pues siempre acataba todo lo que este decía sin cuestionar, obedecía las órdenes al pie de la letra y era chismoso y ruin. Solía informar al director de todo lo que acontecía y reportaba a los estudiantes que se atrevían a salirse del margen. Salirse del margen significaba intentar crear algo, tener ideas propias, innovar, discutir, cuestionar, tener ideales, proponer, imaginar o concebir. Por supuesto, nada de esto les era permitido a los estudiantes, quienes, en su mayoría, lo habían aceptado gustosamente. De hecho, todos estaban ansiosos porque fuera ya viernes

para embrutecerse con alcohol, sustancia de la que por cierto se habían incrementado las raciones, debido a la alta demanda.

Si bien es cierto que en principio fue mal visto el viernes sagrado, con el paso de las semanas se consagró, justificándose como la forma de los estudiantes para desestresarse y divertirse, argumentando que, incluso, contribuía a un mejor desempeño en las clases. Llegó el punto en que ya hasta cigarros había, solo que debían ser adquiridos forzosamente en la cafetería de la escuela, la única que podía venderlos y que se mantenía en pie sin ser molestada frecuentemente como el resto de pequeños vendedores. A todas estas medidas insanas se les llamó justicia posteriormente, y hasta se aplaudió la audacia del director, esparciéndose el rumor de que el resto de las instituciones del estado comenzarían con la introducción de estas nuevas pautas con el fin de incrementar el rendimiento y fomentar la convivencia, para así tener una supuesta cultura del trabajo y la recompensa en la diversión y el entretenimiento.

-Y, como les decía, la estética es ante todo una cuestión de observación, de percepción y de juicio. Combinados estos tres elementos se puede llegar a discernir entre lo bello y lo feo. Sin embargo...

La perorata del profesor Irkiewl ya había aburrido a los estudiantes, quienes solo esperaban la tan ansiada hora de los videojuegos. Estaban ansiosos de sostener los controles e insultarse por perder, o humillar al otro. Les gustaba rivalizar, y esto era aplaudido por el director, y que, curiosamente, era la única hora en que visitaba a sus pupilos. En ciertas ocasiones, los animaba a ver quién salía campeón en los videojuegos, y decía que a éste se le daría una décima más en todas las asignaturas. Esto ensalzaba a los estudiantes y hacía que se enfadaran más al ser vencidos, algunos hasta habían roto ya los controles. El director, por alguna extraña razón, permitía que en esa hora se dijeran toda clase de impropiedades, recurriendo nuevamente a la tan sonada frase del fomento de una cultura del trabajo y la recompensa.

-¡Oye, Emil! ¿Qué estás haciendo? ¡Pon atención a la clase! -dijo Paladyx con mueca de preocupación.

Pero Emil no parecía interesado en seguir sus consejos. Estaba totalmente abstraído en su cuaderno, haciendo quién sabe qué cosa, seguramente dibujando. Más atrás estaba Filruex, a quien los profesores ya ni siquiera prestaban atención debido a sus constantes quejas y revueltas. El director había indicado que no se le otorgase permiso para nada y solo buscaba la forma de echarlo para siempre. Filruex usaba audífonos a todo volumen durante las clases, le gustaban principalmente un rapero venezolano llamado Canserbero. Desde luego, esto era mal visto por la facultad, quienes opinaban que incluso la música era algo que debía ser regulado, pues ciertos géneros incitaban a la rebeldía y al desorden. La única clase para la que se quitaba los audífonos aquel hombre rebelde era la del profesor Fraushit.

-¡Oye, tú! El que está tan entretenido con su cuaderno. Dime ¿qué es lo que haces? O te corro de la clase -preguntó el profesor Irkiewl a Emil.

-Nada, estoy escuchando la clase, pero tuve algo de sueño. Es que me aburrí un poco.

-Así que te aburres en mi clase, pues te aburrirás más cuando esto llegue a oídos del director y te echen de la facultad. Veamos lo que hay en ese cuaderno.

-Nada, no hay nada qué ver -replicó Emil, trémulo.

El profesor no prestó atención a sus palabras temerosas y le arrebató el cuaderno. Esto distrajo a Filruex de su música, quien volteó para mirar qué ocurría, pues el pequeño Emil, debilucho y con aspecto demacrado, era uno de sus amigos, miembro del grupo de los soñadores.

-Pero ¡qué es esta basura! -exclamó el profesor con rabia-. ¿Así que esto es lo que haces cada clase? Con razón no prestas atención a lo que digo. ¡Mira nada más, no tienes absolutamente ningún apunte!

Al hojear el cuaderno, los estudiantes cercanos pudieron observar algo que los dejó boquiabiertos. Se podían observar obras de arte bellísimas, de una impecable esencia. Auténticas pinturas y exquisitos dibujos, y todo confeccionado por Emil, sin duda alguna. No había una

sola nota ahí, sino dibujos y nada más que eso. Para aquel joven dibujar era todo lo que tenía, eso le daba sentido su vida.

-¿Tienes algo qué decir al respecto? O ¿acaso estás tartamudo? ¡Respóndeme al menos, rufián!

-Eso que usted sostiene es mi vida... Yo amo el arte, no los intentos patéticos que hacen las personas por interpretarlo, como aquí igualmente se intenta inculcar a los estudiantes.

Los demás estudiantes estaban sorprendidos. Nadie se atrevía a moverse de su lugar hasta que el profesor, en un intento desmedido de venganza, comenzó a pisotear el cuaderno de Emil, acabando con su arte ahí mismo.

-¡Nada de arte, Emil! -decía mientras pisaba con más rabia aquellos bucólicos dibujos-. Tú sabes muy bien que eso está prohibido. Eso no te dará de comer, así que ¡déjate de estupideces!

-¡No, por favor! ¡No los destruya! -exclamó Emil al tiempo que se lanzaba a los pies del profesor para arrebatarse el cuaderno.

-¡A mí no me vengas con esto! No estoy aquí impartiendo la clase para que tú te lo tomes como tu hora de dibujo. Seguramente tus papás estarían muy decepcionados de ti. Ya me estás hartando, regresa a tu lugar ahora mismo. Yo soy doctor en filosofía y puedo hacer lo que quiera. Y tú no eras más que un simple estudiante, así que hazme caso, o estarás fuera.

Entonces el profesor, preso de ira, pateó a Emil en la nariz, provocándole una hemorragia al instante, que manchó sus ya de por sí maltrechos dibujos. En el rostro del joven podían verse lágrimas, pero no lloraba por el dolor del golpe, sino por el dolor que le ocasionaba ver lo único que amaba destruido.

-¡Bastardo! ¡No tienes ningún derecho! -expresó Lezhtik, que rara vez perdía la calma.

-¡Tú, siéntate! A ti nadie te está hablando. Y, en todo caso, ¡él se lo buscó!

De pronto, sin previo aviso y con una gran potencia, un puño se impactó en el rostro del profesor, derribándolo y dejándolo tendido en el suelo, totalmente desconcertado, incluso muchos pensaron que hasta muerto. Era Filruex, que, sin poder resistir más, se había parado de su lugar y había lanzado un golpe increíble que fue a impactarse al rostro del profesor, rompiéndole seguramente la nariz. Dos dientes volaron y quedaron junto al doctor, estaba completamente abatido, retorciéndose entre quejidos lastimeros y bramando maldiciones.

-¡Te lo merecías, canalla! ¡Eso le pasa a los injustos y perros falderos como tú! ¡Además, ya me tenías hartos con tus idioteces! ¿Cómo te atreves a llamarte doctor si no eras más que un títere de esta maldita civilización acondicionada? ¿Quién rayos te crees que eres, miserable?

En vano fueron las palabras de Filruex, el pobre infeliz no daba señales de reaccionar. El gancho había sido efectivo y contundente, el patético intento de profesor no se movía. Uno de los estudiantes más apegados a los videojuegos salió inmediatamente a buscar al director, pues temía perder su media hora de entretenimiento por aquella querrela. Filruex no trató de detenerlo y en vez de ello se sentó sobre la espalda del derribado.

-Pero Filruex, ¿qué diablos acabas de hacer? Seguro que te echarán por esto, ¿cómo pagarás la fianza? -cuestionó Lezhtik con preocupación.

-No te preocupes. Y, en todo caso, se lo merecía. Además, si yo no lo hacía, nadie lo haría. Y, con respecto a la expulsión definitiva, es justo lo que quiero.

Minutos después llegó el director con una caterva de policías. Al mirar al profesor Irkiewl tendido sobre el suelo e inconsciente, con Filruex sentado sobre sus espaldas, ordenó a los policías que inmediatamente lo apresaran. Fue fácil, pues el joven larguirucho no opuso resistencia, parecía aceptarlo con cierta complacencia malsana. Quizá presa de su propia locura o de una razón más cierta que nunca, Filruex comenzó a reír como un desquiciado cuando los policías lo apresaron. Soltaba unas carcajadas brutales que resonaban en todo el pasillo y, antes de retirarse por completo, hizo la siguiente sentencia:

-¡Así como ha caído este, caerán los demás! ¡Todos ustedes perecerán en las fauces de su propia pestilencia! ¡Este sistema será derrocado inminentemente y todos ustedes compartirán el mismo destino!

Ya había pasado más de una hora desde que todo el incidente había ocurrido. Los policías se habían llevado a Filruex y también al profesor Irkiewl, quien sería atendido por un doctor para ver si era necesaria una intervención más delicada. Todos estaban ya desesperados y conversaban unos con otros, excepto Lezhtik, quien se mantenía estudiando sus propios apuntes que elaboraba cada madrugada en conjunto con aquellos ensayos donde denunciaba toda la asquerosidad del sistema educativo y de la sociedad en general.

-¿No te parece horrible lo que ha pasado? -inquiría uno de los estudiantes a otro más adormilado.

-Desde luego, me hubiera gustado que el profesor hubiera terminado con esos dibujos tontos y luego con la clase -respondió el otro.

-Yo lo único que quiero es que no se interrumpa la hora de los videojuegos, para eso vengo a la escuela.

-Pues ya ha pasado bastante tiempo, dudo que hoy vaya a ser posible jugar.

El resto del día es escurrió entre reproches y quejas por parte de los estudiantes. Se hallaban sumamente molestos porque se había suspendido la hora de los videojuegos a raíz de los incidentes entre Emil, Filruex y el profesor Irkiewl. El humor queapestaba en los pasillos era de malestar absoluto, de una insaciable ansia por tomar los controles y jugar sin parar, embobarse hasta el gorro en aquella pantalla y la realidad virtual que les hacían olvidar lo miserable de su existencia. A nadie le importaba estudiar filosofía realmente, y ahora menos en serio tomaban la carrera con el anuncio del director, en donde se les informó que tendrían trabajo seguro en el área empresarial. Todos estaban ansiosos por terminar ya la carrera y a nadie se le ocurría pensar que la esencia de la filosofía, siempre alejada de los aspectos terrenales, estaba siendo corrompida en su totalidad.

Un par de días habían transcurrido desde el incidente con Emil. Se habían reunido los profesores tras lo ocurrido y estaban preocupados por la situación, temían que las cosas se salieran de control y que los estudiantes, dejándose llevar por aquel detestable club de soñadores, provocaran una revuelta. Y, en especial, temían por ese tal Filruex, al que tanto detestaban.

-No creo que debemos preocuparnos más por ese sujeto desagradable, en estos momentos ya debería estar fuera de la facultad.

-¡Sí, se merece eso y más ese demonio! -replicó con violencia el profesor Irkiewl, quien ya había adquirido dientes postizos y cuya nariz iba mejorando tras la operación.

-Pero necesitamos reconstruir la historia. Así que profesor Irkiewl, dígame exactamente cómo pasó.

El profesor contó la historia tal cual había sucedido, sin agregar ni quitar nada. Podría haber sido un chismoso, pero no mintió en el relato.

-¿Estarán de acuerdo si les digo que no podemos usar esa historia de ese modo? Necesitamos cambiarle algunas cosas -dijo el profesor Saucklet.

-Sí, profesor. Yo estaba pensando exactamente lo mismo -alegó el director.

Tanto el profesor Irkiewl como el profesor Saucklet eran los consentidos del director, pues se trataba de sus sobrinos; eran como el brazo izquierdo y derecho, respectivamente. Ambos tenían doctorado y habían publicado muchos artículos en revistas de prestigio, nunca saludaban a nadie que no tuviera su mismo grado académico y solían humillar a las personas. Siempre andaban en sus carros y se decían los mejores investigadores de todo el plantel.

-Y, los demás, ¿qué opinan? -inquirió el director, lanzando una mirada despectiva al resto de sus compatriotas.

-Bueno, yo creo que está bien lo que usted diga -asintieron algunos con voz temerosa.

-Yo igual, así es como debe ser -asintieron otros con voz modesta.

-Muy bien, pues no se diga más. Reconstruiremos la historia a nuestra conveniencia y haremos que ese malnacido de Filruex se largue de aquí para siempre. Ya nos ha dado demasiados problemas y, aunque sea una pieza clave en nuestro plan, necesitamos renunciar a la distracción que él mismo representa en sí. Les aseguro que, con ese rufián fuera de nuestro camino, nadie más se interpondrá.

Los profesores estaban acostumbrados a asentir en todo lo que el director les cuestionaba. Esto era así desde que el anterior director había desaparecido en circunstancias misteriosas y nadie sabía qué le había ocurrido. Un día, normal como todos, sencillamente no se supo más de él. Corrían rumores de que había enloquecido por ver al monje del que se rumoraba en el Bosque de Jeriltroj, otros decían que se había suicidado, otros opinaban que se había hartado de su trabajo, pero nadie tenía la verdad. Y, cuando el nuevo director llegó, las cosas cambiaron totalmente. Se impusieron reglas nuevas y hasta ellos tuvieron que doblegarse o renunciar a su gran salario y su cómodo horario. Es bien sabido que los doctores en la facultad tienen un gran sueldo y un horario envidiable. Por esta razón, no se atrevían a levantar la voz y a cuestionar las opiniones del nuevo director. Además, habían recibido un aumento exuberante, lo cual los mantenía alejados de toda posible protesta. En todo caso, no eran sus problemas los que abundaban en la facultad, ellos no tenían nada que ver con esos ridículos estudiantes.

-Y ¿qué hay de ese joven llamado Lezhtik? -inquirió uno de los profesores más viejos, de nombre Paljabin.

-¿Por qué lo pregunta, profesor? Yo no noto alguna clase de rebeldía en él. Es como todos los demás, pasivo y acondicionado, no es una amenaza a mi parecer -replicó el director en tono desinteresado.

-Pues yo tengo mis dudas -replicó sin darse por vencido el doctor Paljabin-. Lo he visto muchas veces acompañado de Filruex, incluso los vi entrar a un burdel; me parece que lo está sonsacando. De seguir así, terminará igual que aquellos infames zascandiles que conforman ese maltrecho club de soñadores. Por otra parte, he visto en su mirada una

especie de fuego del que no me fío. Tiene algo de peculiar ese muchacho, creo que debemos vigilarlo.

-¡Ah, es eso! No debe usted preocuparse, profesor Paljabin. En caso de que sea necesario, tomaremos las medidas necesarias con él.

-Bien, pues espero que así sea. Si queremos que esto perdure, señor director, no podemos fiarnos de nadie.

El profesor Paljabin era doctor en historia de la filosofía, ya era de edad avanzada y era odiado por casi todos los alumnos. Había conocido a Lezhtik en semestres anteriores, en donde fingió ser su amigo para ganarse su confianza e intentar disuadirle de juntarse con Filruex, pero no tuvo éxito, al menos no como él lo deseaba. Asimismo, aparentaba ser amigo de otros alumnos y estar de su lado, pero, en realidad, era traicionero. Se decía de él que nunca escatimaba en conseguir lo que deseaba, especialmente con las mujeres. Había sido expulsado de otra facultad por abuso sexual y por delitos con las cuotas bancarias de las becas.

El director dio por terminada la sesión y se quedó a solas con el profesor Paljabin. Ya una vez ahí, ambos se dedicaron a reconstruir la historia y acomodarla a su modo. En su versión, Filruex había golpeado indiscriminadamente al profesor Irkiewl cuando este les solicitaba a él y a Emil que pasaran a exponer un tema al frente. Ante la negativa, el profesor se había visto en la necesidad de inspeccionar sus notas y confiscar sus cuadernos al descubrir que Emil se dedicaba a dibujar durante la clase y que Filruex no tenía ni un solo apunte.

-Dígame, ¿cómo haremos para seguir a cargo de todo esto? - cuestionaba el profesor Paljabin nerviosamente-. ¿No teme usted que un día los estudiantes se rebelen ante la opresión?

-Desde luego que sí; eso es siempre posible, pero podemos reducir las posibilidades de que eso pase al máximo.

-Y ¿cómo las reduciríamos? ¿Piensa que los estudiantes alguna vez se podrían percatar de su situación?

-Tal como lo hemos venido haciendo hasta ahora. ¿No ve usted ya lo que hemos logrado?

-Sí, me parece que la rebeldía ha disminuido sobremanera. Noto que los estudiantes acatan las órdenes de mejor forma.

-Así es, profesor. La clave de todo está en el control, mantenerlo es esencial. Y, para lograrlo, tenemos la manipulación y el entretenimiento.

VIII

Caminaban los dos juntos hacia la oficina del director, esa a la que nadie había tenido la oportunidad de entrar, salvo sus dos sobrinos y aquel viejo metiche. Los dos estrategias del control absoluto en la facultad tomaron asiento y, mientras fumaban unos cigarrillos, continuaron su conversación. El doctor Paljabin se asombraba más y más con la sapiencia que ostentaba su compañero, incluso hasta llegó a creer que no se trataba de un ser humano, al menos no mentalmente.

-Escúcheme atentamente, profesor Paljabin. Durante mi estancia en la orden masónica aprendí ciertas cosas que pueden doblegar a un humano mucho más sutilmente de lo que se imagina.

-¿Usted estuvo en la orden masónica? No me lo puedo creer.

-Sí, cuando era joven, hace ya muchos años.

-Yo también estuve una vez, cuando era igualmente muy joven, pero me salí.

-Y ¿por qué renunció usted a tan maravillosa y espléndida oportunidad? No se consigue la aceptación tan fácilmente, debió haberle dolido dejarla.

-Ciertamente no, pues me exigía tiempo y no lo tenía. Usted sabe, debía estudiar mi doctorado y quería formar una familia en ese entonces.

-Sí, así es. Exige algo de tiempo, pero le aseguro que estará bien invertido.

-Pues en ese momento no lo pensé así; de hecho, me pareció insensato seguir con ese ritmo.

-Sí, lo comprendo. Pienso que comúnmente se les da importancia a cosas sin valor; eso hacemos también aquí, y de mejor forma.

-¿A qué se refiere? Me cuesta seguirlo.

-No se preocupe, profesor. Ciertamente, a todo el mundo le cuesta al comienzo. Pero yo sé algo que ustedes no, y creo que algunos pueden ya estar listos para saberlo. Verá usted, no es bueno que los estudiantes se percaten de lo que hacemos con ellos de forma directa, deben aceptarlo progresivamente, acompañando las nuevas reglas que nos convengan con alguna distracción.

-Y ¿qué hacemos con ellos? No lo comprendo todavía.

-Muy fácil: les evitamos la pena de enfrascarse en absurdas tareas. Verá usted, profesor, se trata de que ellos no logren ver su potencial, o que lo enfoquen en otras cosas.

-¿Por eso les prohibimos la literatura, la música y el arte?

-Ha usted dado en el clavo, profesor. Así es, no debemos permitirles ningún tipo de creación o imaginación. Nuestro principal enemigo es la curiosidad, contra eso tenemos que luchar.

-¿Por qué, señor director? ¿Qué hay de malo con la curiosidad? ¿No ha llevado eso al ser a grandes descubrimientos?

-¡Je, je! ¡No, claro que no, para nada! En primera instancia pareciera que sí, pero la verdad es otra. No podemos dejarnos caer hacia el azar. La curiosidad obtura la razón, hace que el ser pierda su tiempo tratando de descubrir cosas que no debe.

-¡Oh, ya veo! Pudiera ser que usted estuviese en lo correcto - expresó el doctor Paljabin, especulativo-. Y ¿qué pasaría si a los estudiantes se les permitiera ser creativos y curiosos?

-¡El diablo nos libre entonces! -exclamó con aspecto ensimismado el director-. Si eso pasase, mejor sería que nos pegásemos un tiro.

-No esperaba una respuesta tan extrema, señor director. Usted sí que es un sujeto muy raro, según mi apreciación.

-Pues eso sería una de las peores tragedias para el mundo, ciertamente. Si los estudiantes fuesen más curiosos, creativos e imaginativos, no habría forma de continuar controlándolos. Afortunadamente para nosotros, aún podemos mantenerlos bajo control utilizando aquello que forma parte de sus vicios y distracciones para entretenerlos y hacer que olviden su miseria.

-Y aquellos que no se someten al adoctrinamiento, ¿cómo lidiaremos con esos seres que se percatan de su esclavitud y su miseria? ¿Serán verdaderamente un peligro para nuestros preciados propósitos?

-Deben ser eliminados lo más pronto posible. Pero tampoco podemos acabarlos de golpe, sino paulatinamente. De otro modo, se haría un alboroto y eso podría perturbar las mentes adormiladas de los demás. Ya sabe usted, siempre en un rebaño hay algunas ovejas descarriadas que no pueden componerse porque no quieren, se creen distintas al resto cuando, en el fondo, son iguales o peores que sus hermanas las condenadas.

-Ya veo, pero ¡qué inteligente es usted! No cabe la menor duda: por algo es director.

-Naturalmente, muchas gracias. Me gustaría contribuir a un nuevo orden en el mundo, pero para eso debemos hacer sacrificios. Si queremos que este sistema sea productivo, debemos eliminar los sueños y los ideales propios de cada integrante, solo así obtendremos lo que se necesita. Me refiero, desde luego, a meros cascarones absolutamente manejables, simple máquinas que obedezcan lo que las masas les impongan, solo así será como gobernemos este mundo y más allá.

-Y usted ¿alguna vez tuvo ideales, señor director? -se atrevió a cuestionar el doctor Paljabin, un tanto nervioso.

-Desde luego que sí. Verá, mi pupilo, todos los tenemos. Recuerdo que yo quise ser astronauta. Aprobé con honores todas las materias de física y de matemáticas, intenté cuanto pude, pero, al final, la verdad termina por mostrarse. En este mundo uno no puede ilusionarse mucho, y no debe tener conciencia propia si espera poder sobrellevar la existencia. Es mejor ser como el resto, ceder y dejarse llevar. Si uno opone resistencia, la vida se hace insoportable. Y por eso yo preferí abandonar esos ideales y unirme a la colectividad. Y ahora véame aquí, al frente de esta institución, forjando gente productiva para los planes oscuros de la nueva raza que regirá por siempre.

-Y ¿no cree que sea más complicado moldear a los filósofos que a cualquier otra persona? Ellos se aferran a sus teorías y a vivir en mundos de fantasía.

-Naturalmente, pero eso no es impedimento. En realidad, los estultos humanos creen ser libres, pero solo se han cambiado las cadenas por unas que su patética percepción es incapaz de detectar. Ya sabe usted, antes era la esclavitud algo forzoso, pero hoy en día se ha conseguido que el humano pueda apreciar y defender ese sistema que lo esclaviza. Ahí radica el éxito de esto, profesor, la más grande estrategia nunca puesta en práctica. Solo haga que ellos amen su servidumbre, que se sientan agradecidos del sueldo que se les otorga cada quincena, el cual les permite pagar sus vicios y entretenerse con porno y morbo. Si les damos fútbol, dinero, sexo, drogas, viajes caros y bienes materiales, es imposible que ellos se rebelen. Solo debemos asegurarnos de que no lean, no estudien y no indaguen más de lo que nosotros queramos. Afortunadamente, el plan va muy bien, y sin hacer grandes esfuerzos, pues los humanos son seres tan ruines y estúpidos para concebir la nauseabunda manera en que los hemos hecho vivir. Usted lo puede comprobar ahora aquí en la facultad, donde ya no buscamos filósofos que reflexionen, sino peones que, terminando la universidad, se incorporarán al mundo laboral, donde al fin olvidarán todos sus sueños y pasarán el

resto de sus días trabajando y perdiendo su libertad, todo para obtener un salario e intentar con eso ser felices.

-Es usted todo un visionario, yo jamás había pensado en eso tan seriamente. Ahora solo me queda una pregunta: ¿con qué fin realmente hacemos todo esto?

-Pues eso es obvio -contestó el director desternillándose-. Todo es por el poder, eso es lo que todo hombre o reptil busca. Si no mantenemos a los seres bajo control, los perderemos. Mientras permanezcan dormitando y sin sospechar que todo lo que hacen es para mantener sus mentes acondicionadas, no corremos peligro. Y, como le digo, cada vez menos personas buscan aprender o evolucionar. Ya casi nadie busca la espiritualidad o se cuestiona el sentido de su existencia. Todos están felices y satisfechos con el dinero y los vicios, incluso estos filósofos de pacotilla.

-Ya lo entiendo. Mientras ellos creen ser felices con el dinero y el materialismo, nosotros nos hacemos más poderosos. El punto es mantener a las personas ignorantes y que estén a gusto con tal condición. En pocas palabras, ellos no se revelarán mientras tengan con qué entretenerse. Lo esencial es que no lean, no estudien, no creen, no imaginen y no se cuestionen. Si conseguimos que el humano acepte su miseria y adore su esclavitud, tendremos por siempre el poder más grande sobre este mundo de nuestro lado: el dinero.

-Así es, profesor Paljabin. Veo que usted comprende cómo van las cosas en este mundo oscuro y blasfemo. Desde luego que existen otros métodos que ayudan bastante a que las personas no se percaten de su mundanidad, entre ellos la iglesia y todas las religiones. Yo, de hecho, también fui pastor.

-¿De verdad? Jamás lo hubiera pensado. Y ¿cómo fue su experiencia ahí?

-De lo mejor. Solía ser el que daba los discursos sobre el precio que pagaba la gente que no daba el diezmo, ellos se creían todo. Lo único que había que hacer ahí era que las personas creyesen en una vida después de

esta donde podrían ver a sus seres queridos y tener felicidad, eso los calmaba y los obligaba a aceptar su miserable vida aquí.

-Es una buena empresa, recuerdo que fui algunas veces a la iglesia de joven. Todos ahí se sentían obligados a ayudar económicamente de algún modo.

-Sí, ahí nunca falta el dinero. Es lo que más sobra, curiosamente. Es increíble cómo se puede usar una historia ficticia y un ser que jamás existió para controlar al pueblo. Es de las más efectivas formas que se tienen para evitar que las personas sean creativas y curiosas. La religión hace creer a las personas que todo es voluntad de un ser imaginario, que ellos no son responsables de sus decisiones, que necesitan ser perdonados por seres que habitan en los cielos para ser útiles en la vida. Personalmente, jamás he visto una infección tan bien propagada y aceptada como el cuento del pecado original y de la resurrección.

-Usted parece saber de todo, es un maestro en el arte del control de masas. Con alguien como usted al frente de la escuela no podemos perder el poder, seguramente terminaremos dominándolo todo... ¡En verdad, absolutamente todo!

-Naturalmente que sí -asintió con voz firme el director-. Me halagan sus palabras, profesor, pero aún hay mucho que debemos hacer. Estoy pensando en una nueva regla y muy pronto veremos cómo funciona; de hecho, ya organicé una conferencia con los padres de familia interesados en la educación de sus hijos. Podría sonar extraño que a estas alturas todavía haya padres que se preocupen porque sus hijos vayan bien en sus estudios, pero sus complejos de sobreprotección nos han sido de suma ayuda en esta ocasión.

El profesor Paljabin se retiró para impartir su siguiente clase, no sin antes observar en la mesa del director una figura que atrajo su atención. Se trataba de una clase de adorno, era una pirámide y en la punta había un círculo a modo de ojo. Debajo se leían unas palabras en latín que, dada la precaria vista del profesor, no pudo discernir. Le parecía como si una vibra maligna y pestilente emanase de aquella peculiar figurilla, pero lo atribuyó más a que había olvidado tomar sus pastillas para la presión.

Las semanas pasaron y, tal como lo había prometido el director, una nueva regla entró en vigor. Ahora los alumnos eran obligados a copiar todo lo que anotase el profesor, y sería esto lo único que se tomaría como verdad y a partir de lo cual estudiarían y serían evaluados. Como extra, se les había prohibido a los estudiantes estudiar en su casa textos ajenos a la clase. Además, los libros de la biblioteca fueron restringidos y comenzaron a desaparecer misteriosamente, al menos los que se consideraban supuestamente en contra del nuevo orden. De lo más comentado en el club de los soñadores fue la sugerencia que hizo Emil, quien afirmó que, husmeando en la oficina del director, observó algunos de los libros desaparecidos ahí, apilados y maltratados. Sin embargo, tal como se esperaba, solo sus compañeros del club le creyeron, pues fue tomado como un loco y nadie más le creyó, mucho menos aún con las nuevas distracciones, que incrementaban en abundancia semana con semana. Todos los estudiantes esperaban el viernes de alcohol y cigarrillos, en conjunto con la hora de los videojuegos y las atracciones deportivas celebradas periódicamente.

Fue así como las semanas transcurrieron con los alumnos agobiados y a la vez satisfechos con las nuevas reglas que ya todos aceptaban, excepto los de siempre. Se había llegado el día de la conferencia entre los padres de familia interesados en la supuesta educación de sus ya adultos hijos y el director. Al comienzo, solamente se habló de la escuela y de los objetivos que se perseguían, justificando siempre las reglas como algo necesario en la formación de los estudiantes. En su mayoría, los padres daban por sentado que ya no era necesaria su intervención en los asuntos de sus hijos, además de que no podían faltar al trabajo ni descuidar sus pasatiempos. Uno de los padres de familia inquirió:

-Y ¿qué pasa si mi hijo quiere escribir en lugar de trabajar en la supuesta empresa que usted dice?

El director lo miró con recelo y, tras un breve momento de silencio, reprendió al señor con voz potente:

-Usted debe reprimirlo a como dé lugar, ya que no podemos permitir esa clase de conductas en los nuevos talentos. Todos los estudiantes de

otras facultades están contentos de estar recibiendo conocimiento y están ansiosos por aplicarlo, solo algunos insensatos en la facultad de filosofía se atreven a rechazar el glorioso camino que les ofrecemos. No es concebible que pierdan su tiempo en cosas como esas. Además, siendo sensatos, escribir nunca ha llevado a nadie a ningún lugar, solo a una muerte segura por la pobreza en que se vive.

-Y si mi hijo quiere ser pintor y tratar de ilustrar los conceptos filosóficos y poéticos a través del arte... -preguntó otra señora, madre de Emil, el chico que siempre se la pasaba dibujando.

-Es también una pena eso, señora -replicó en tono incisivo el director-. Tal desgracia no puede ser permitida. Usted debe reprimirlo también. Perder el tiempo de esa forma no le dará de comer. Es una de las mayores holgazanerías con las cuáles hemos tenido que lidiar en la facultad. Los escritores y los pintores no son compatibles con la filosofía ni con el dinero.

-Y ¿por qué no? -inquirió otro de los señores consternado-. Pensé que eso era bueno.

-Porque no, pensó usted mal. Aquí se aborda la filosofía desde un punto de vista diferente. Aquí no formamos seres que se pasen la vida cuestionándose el sentido de la existencia ni la posición del ser en el universo, aquí formamos gente productiva. Recuerden ustedes que productividad es sinónimo de dinero. ¿No les gustaría que sus hijos trabajasen en una empresa donde vistieran de traje, tuvieran un puesto importante, ganaran una gran cantidad de dinero y pudieran viajar por todo el mundo? ¿No querrían que ocupasen una gerencia o una dirección y así comprarse automóviles, casas y tantas cosas que otras personas no pueden? ¿No quisieran ustedes, pocos padres de familia interesados en el porvenir de sus hijos, tener dinero y poder?

-Desde luego que sí. ¿Quién no querría eso, señor director? -respondió la madre de Emil, quien era una de las más preocupadas por la situación. No le agradaba que su hijo quisiera ser pintor, ella quería que fuese más ambicioso.

De pronto, de entre el público, surgió una voz insoportable. Se trataba del señor Lazcano, el padre de Justis, quien era un jovencito aficionado a la lectura que se la pasaba hablando de teorías sobre el gobierno, la manipulación mental y los medios de control.

-Mi hijo se la pasa todo el día hablando de teorías extrañas que, según dice, les cuenta uno de los profesores, un tal Fraushit.

-¡Oh, sí! Estoy consciente de eso, señor. Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para trasladar a ese profesor a otra universidad. Ya hemos recibido bastantes quejas y nos apena que un demente como él esté contaminando las mentes de los próximos filósofos millonarios.

-Pues espero que se solucione pronto, ya que, a decir verdad, no me agrada que un loco les meta ideas a los jóvenes. Además, quisiera saber si es bueno o malo que mi hijo se la pase todo el día leyendo.

-Malo, desde luego -respondió el director sin dudarlo ni un momento-. La lectura es otra forma de holgazanería, a nadie le pagan por ello. Sin duda, evita que las personas sean productivas y hace que piensen en cosas irreales. Lo que debe hacer usted es deshacerse de todos los libros que haya en su casa. En lugar de ello, podría tratar de que su hijo juegue videojuegos o mire la televisión, se aprende mejor y se estimula la ambición y la sed de poder que se necesitan para triunfar en la vida.

-Pero ¿no sería eso también holgazanería? -inquirió otra señora que no había hablado hasta el momento.

-¡Claro que no! ¿Cómo podría serlo? Es ideal que sus hijos realicen esas actividades. A diferencia de lo que les he indicado como negativo, mirar la televisión y jugar videojuegos no agota la mente, sino que la dispersa. Por eso, la gran mayoría de personas que regresan de sus trabajos lo hacen, ¿no lo han notado? Los trabajadores regresan agobiados después de la dura jornada laboral, ¿por qué torturarse al llegar al hogar con aburridas lecturas o con estudios intrincados? Es mejor y más sano descansar la mente.

-¡Ya veo, de eso se trata entonces! -exclamó la señora, quien parecía haber quedado satisfecha con la respuesta.

Entre los padres de familia había murmullos, al parecer consideraban acertado el argumento del director y pensaban en cómo lograr que sus hijos no estudiaran ni leyeran. Claro que había algunos que, de por sí, no lo hacían, cuyos padres hasta presumieron por ello. Estos señores se enorgullecían de haberle transmitido a sus hijos sus propios atavismos, de haberles inculcado una religión, un conjunto de falsos valores, una moral ficticia y todo tipo de ideas sobre la forma en que debían vivir y cómo es que debían actuar en la sociedad. Era ideal que no se cuestionaran mucho el sentido de la existencia, que se enfrascaran y se apasionaran por lo terrenal y lo material, que se acostumbraran a ser ovejas guiadas por intereses perversos, que consumieran porquerías que realmente no necesitaban y que adoraran solo el morbo, la moda y la estupidez, pues eso era la cultura moderna en una sociedad como la actual. Si podían vivir conforme a los patrones de esta civilización modelada, entonces serían felices y aceptados, y sencillamente se convertirían en gente que siempre sigue las normas y los patrones, sin jamás crear ni inquirir.

Los padres se enorgullecían de haber acondicionado a sus hijos, de hacerles creer que el poder y el dinero eran todo lo que importaba en el mundo, de enseñarles que debían crecer, trabajar, casarse, tener hijos y vivir en la absoluta irrelevancia sin que nada afectase sus vacías mentes y sus execrables percepciones. De este triste modo era como a los estudiantes sus padres y las instituciones les metían tanta basura en la cabeza y ellos, como estúpidos ciegos y viles súbditos, aceptaban ser manejados, cual títeres, por manos que ni siquiera podrían vislumbrar dada la podredumbre de la que estaban ya atiborrados sus inmundos cerebros. Indudablemente, así se vivía en todo el mundo, ya nadie tenía alma ni ser propio, todos habían prostituido la felicidad hasta el infinito.

-Señor director, quisiera que también me apoyase con mi hijo.

-Y a ese muchacho ¿qué le ocurre?

-Está obsesionado con la música. Se la pasa practicando con sus instrumentos terribles y componiendo canciones, aunque yo le diga que eso no le dará de comer.

Los demás padres de familia se asombraron ante tal afirmación, expresión que fue compartida por el director. Al parecer, esto trascendía los límites de la holgazanería.

-No tengo palabras que basten para describir mi decepción -expresó el director con una mueca de pesimismo remarcado-. Jamás creí que entre nuestros brillantes estudiantes se encontrase alguien así, pero todo tiene que ver con las blasfemas concepciones que algunos retrasados guardan de la filosofía. Sin duda, debemos actuar pronto y sin contenernos.

-Pero ¿cómo? -replicó uno de los padres de familia, quien lucía angustiado y desvelado-. Le pone candado a su cuarto y, si se entera de que me deshice de sus instrumentos musicales, no sé qué pueda pasar.

-Debemos ser pacientes y hablar con él, hacerle ver que, al igual que la literatura, la poesía y el arte, la música no es algo en lo que se deba perder el tiempo. Así no conseguirá un buen empleo ni tendrá dinero para satisfacer sus necesidades ni sus vicios.

-Muy cierto, señor director. Le agradezco que me haya iluminado con sus palabras, ¡es usted brillante! -replicó sonriente la señora, pensando en todo el dinero que ganaría su hijo siguiendo los consejos del director, pese a ser filósofo...

La junta duró solo unos cuantos minutos más. El director se comprometió fervientemente a corregir las conductas anómalas de los jóvenes para que fueran más productivos. Lo que verdaderamente emocionó a los padres de aquellos descarriados fue cuando el director mencionó lo de la oferta laboral que ya tenía lista para vincular a los jóvenes. Así no estarían sin hacer algo, se decían los padres entre murmullos de alegría. Los pobres habían centrado su preocupación cuestionándose de que trabajarían sus hijos al terminar la carrera. Al fin, tras haber prometido que el esfuerzo estaría centrado en alejar a los jóvenes de la literatura, el arte, la música y la poesía, pues dichas actividades se consideraban una pérdida de tiempo y una asombrosa negación al dinero y al poder, tanto el director como los padres dieron por concluida la ominosa reunión. Uno por uno, lentamente, se fueron retirando hasta que solo quedó el director en el patio, el cual miraba con

aire de impaciencia el cielo, como esperando algo. Uno de los últimos padres de familia lo miró confundido, pues parecía no producir sombra su figura. ¿Quién sería en realidad aquel sujeto que había hecho tanto por hacer productiva a la facultad de filosofía?

IX

Tras la junta, los padres de familia decidieron tomar cartas en el asunto y hablar con sus hijos. Todos estaban de acuerdo con el director, sin duda debían reprender a sus rebeldes ovejas y disuadirles de llevar a cabo empresas que resultaban tan absurdas. No era concebible que en la actualidad alguien pudiera dedicarse al arte, la literatura o la música, lo cual era algo que ellos creían se incitaba con la filosofía. Lo que aquellos padres idiotas querían era que sus acondicionados pupilos, los cuáles estupidizaron desde su nacimiento, pensasen únicamente en ganar dinero y divertirse, en entretenerse y sentirse cómodos en una falsa realidad, en una blasfemia existencial como ellos lo hacían. En resumen, cualquier elemento pensante en la sociedad moderna debía ser controlado y adaptado a los decretos que la civilización exigía de él para mantenerlo sano y en condiciones susceptibles a la manipulación y el rechazo hacia todo lo sublime y diferente a lo inculcado.

Desde luego que los padres estaban satisfechos con las modificaciones que en la facultad se habían implementado, pues, cuando sus hijos les dijeron que estudiarían filosofía, la decepción fue evidente en sus miradas. Sus expresiones de angustia y desacuerdo eran notorias. ¿Qué pasaría con aquellos sueños de viajar por el mundo, vestir elegantemente y comprar ropa cara? ¿Qué ocurriría con los gastos y con las casas o los automóviles? Bien sabían los padres que estudiar filosofía era algo inútil y que sus hijos no tendrían buenos ingresos, por lo cual trataron de disuadirlos a como diera lugar. Intentaron que optasen por

alguna otra profesión, alguna ingeniería civil, eléctrica o industrial, o alguna licenciatura mejor remunerada. ¡Qué infelices eran los padres de esos jóvenes aspirantes a filósofos! Además de que veían con tristeza como sus hijos rechazaban sus creencias y las tradiciones que con tanto ahínco habían luchado por conservar. De hecho, desde el ingreso a la facultad, ya no querían asistir a las reuniones familiares y se la pasaban reflexionando sobre el ser y cuestiones demasiado abstrusas.

Decididamente acusaban y maldecían al antiguo director, cuya única ideología era: “despertar y abrir la mente de aquellos que duermen plácidamente en una cama labrada con la estupidez inculcada”. Sin embargo, desde que el nuevo director llegó, sus hijos se habían comportado de manera diferente, algo había cambiado y ahora parecían más dóciles y hasta sumisos. De este modo, los padres se sentían agradecidos de que sus hijos ahora hubieran caído en cuenta de que la filosofía no servía de nada si solo se cuestionaba el sentido de la existencia, era una mejor opción aplicarla al ámbito empresarial donde tendrían un trabajo digno que les permitiría ganarse la vida y abandonar sus absurdos sueños de ser músico, poeta, escritor, pintor, ensayista o artista. Los únicos padres cuya preocupación no había podido alcanzar un tan anhelado fin eran los de los jóvenes que pertenecían al club de los soñadores declarados.

Los primeros en discutir fueron Mendelsen y sus padres. Este jovencito tenía algo de peculiar y se había unido al grupo cuando, en una de tantas veces en que decidía colocarse afuera de la universidad a tocar algún instrumento, las autoridades trataron de arrestarlo. Los demás estudiantes no prestaron atención y hasta les pareció correcto. El único que intervino fue Filruex, quien apreciaba y pasaba largo rato admirando la prodigiosidad que Mendelsen tenía para los instrumentos musicales, particularmente disfrutaba el violín y el teclado; además, quería tomar clases de batería y Mendelsen se había ofrecido para ello. El aspirante a músico era de estatura mediana, con anteojos y cabellera larga que siempre se había negado a cortarse desde su ingreso en la facultad; tenía un carácter tranquilo y serio, pero siempre se apegaba a sus ideales.

-Entonces ¿ya te decidiste finalmente a dejar la música? -preguntó la madre de Mendelsen con tono incisivo-. En la junta de hoy dijeron que solo los vagabundos se dedican a esos asuntos. No querrás terminar como esos músicos que tanto idolatras, drogado y muerto. Es mejor que te ganes la vida haciendo algo de provecho, ya bastante tenemos con que hayas querido estudiar esa carrera inútil de filosofía como para que ahora nos vengas con ese asunto pestilente de la música.

-Tu madre tiene razón, hijo, no puede ser que continúes así. Sé que elegiste el camino equivocado al estudiar filosofía, pero ahora puedes rectificarte anotándote en la lista que el director enviará a la compañía, ahí podrás tener un empleo digno y formar una familia.

Mendelsen escuchaba las palabras de sus padres y le parecían asquerosas. Y él era todo un amante de la buena música, las composiciones sublimes, los instrumentos que tan mágicamente resonaban en sus sueños y las insaciables melodías que buscaba solidificar cuando se aislaba del mundo y se abstraía en su propia realidad multicolor, la de los sonidos y las más bucólicas piezas musicales que alguna vez se imaginaba componiendo. Desdeñaba la música actual porque sabía que su contenido era estúpido en su mayoría, se trataba del gran negocio de la industria musical donde solo importaba ganar dinero a costa de músicos que ni siquiera merecían ser llamados así. Lo más deplorable era la facilidad con que las personas se dejaban llevar y se convertían en meros títeres influenciados por la moda y la popularidad de esos imberbes y repugnantes cantantes de pacotilla. Pero así eran las personas, constantemente se inclinaban hacia todo lo que no representase un esfuerzo más allá de lo económico o lo socialmente aceptable, y la música no era la excepción.

-No he tenido tiempo para la música, en la escuela han dejado mucha tarea -replicó Mendelsen, angustiado-. Con las nuevas reglas tal pareciese que nos quieren dejar sin vida.

-Pues la escuela es tu única dedicación por ahora, después vendrá la vida laboral y la familiar.

-No me interesa formar una familia ni tampoco casarme o convivir con personas. Lo único que busco es poder hacer música, pues me parece una de las actividades más sublimes -adujo Mendelsen con voluntad y sin mirar directamente a sus progenitores.

Cierto era que tenía ya algunas melodías grabadas que le había mostrado solo a Filruex, y estaba convencido de que, a través de tales sonidos, podría penetrar en la conciencia de las personas. Asimismo, se había emocionado al conocer a los demás miembros del club y notar sus talentos. Y sin duda él era uno de los pocos muchachos de la facultad que continuaba oponiéndose al abandono de sus sueños. Se le veía continuamente tocando algún instrumento para ganarse alguna moneda en las banquetas aledañas a la universidad o en el transporte público. Paradójicamente, en el periodo pasado los estudiantes lo veían y lo valoraban, consideraban sus habilidades magníficas e incalculables; empero, ahora con el nuevo orden que se había impuesto, era considerado un rebelde y un opositor a la bienaventuranza de la escuela. A los estudiantes se les había recomendado alejarse de él y no darle moneda alguna ante tal muestra de insurrección. Desde luego que eso no afectaba a Mendelsen, pues, aún si nadie estaba ahí para escucharlo, él tocaba magistralmente. Su amigo Filruex solía convidarle hierba y ácido, con lo cual su habilidad de composición se agudizaba notablemente.

-Tarde o temprano tendrás que establecerte con alguien. No es bueno que una persona se quede sola, tienes que hacer tu vida -replicaba su madre, consternada por las respuestas inverosímiles de su hijo.

-Eso es lo que las personas hacen, solamente eso les interesa. Yo no deseo vivir como los demás, quiero componer melodías y lograr un cambio. La gente mediocre es la que anhela casarse y formar una familia. Viven en la monotonía y traen hijos a un mundo en estado completamente decadente, contribuyen a empeorar las cosas y, además, creen que eso les da un sentido a sus vidas absurdas.

-Entonces ¿crees que nosotros somos mediocres por llevar una vida "ordinaria" como tú dices que es? -intervino su padre.

-Todos somos mediocres, nada hace valiosa la existencia de ningún ser, al menos no del modo en que han decidido vivir los humanos.

Mendelsen era el que más ideas proponía en el club de los perdedores declarados y era el segundo al mando después de Filruex. De hecho, eran como hermanos, hasta se parecían físicamente. Ambos compartían una empecinada admiración por la música clásica, la instrumental y por toda aquella que intentase un cambio o un despertar. La banda favorita de Mendelsen era Tool, mientras que Filruex no paraba de escuchar a Canserbero. Mendelsen contó a Filruex en una ocasión sus verdaderos ideales en una de aquellas tardes en que la pasaban fumando hierba y leyendo, componiendo o charlando sobre formas de rebelarse en contra del nuevo director. Las cosas no eran fáciles, pues el poder que éste ostentaba lo hacía un rival muy duro de vencer, además de que contaba con el apoyo de toda la secretaría de educación, estaba muy bien respaldado y tenía demasiadas influencias.

-Si queremos dar un golpe, debe ser uno grande, uno certero. No podemos andarnos con juegos -decía Filruex a Mendelsen cuando los demás integrantes se marchaban y quedaban solo ellos dos.

-Es difícil. Pienso que debemos esperar a ver cómo se dan las cosas. Un buen comienzo podría ser investigar el paradero del anterior director.

-Sí, ya sé que es así. Me frustra la situación, no sé de qué más sea capaz ese viejo. Tan solo ahora la escuela ya es una cárcel, se nos trata peor que a criminales.

-Pero aún podemos resistir. Necesitamos un plan para mostrarles a todos la clase de hombre que es ese viejo.

-No creo que podamos hacerlo esperando. Cada vez esto empeora y temo que terminemos por convertirnos en zombis como nuestros compañeros. Tú ya has visto la docilidad con que han aceptado el nuevo orden.

-Sí, es una desgracia. Parece no importarles perder sus sueños y sus ideales con tal de obtener videojuegos y distracciones.

-Aunque, ahora que lo pienso, tú también bebes en demasía, Filruex. ¿No te convierte eso en un ser similar a esos que se embriagan los viernes?

-Pienso que sí y no. Sabes, ya te he contado cómo ha sido mi vida. Solo Lezhtik y tú lo saben, nadie más. No tengo otro modo de escapar a este infierno que siento en mi interior. Yo he decidido llevar esta vida porque creo que soy un hombre absurdo y que cualquier cosa que haga o deje de hacer no representará un cambio radical en la existencia. No me emborracho por las mismas razones que esos patéticos compañeros nuestros, aunque, a fin de cuentas, termine por ser lo mismo.

-Es justo lo que yo he pensado. Y últimamente creo que todo es intrascendente en la vida. Cualquier cosa me parece insípida y hay momentos en que hasta la música pierde su sentido, cosa que antes creía imposible. Hay días en los cuales siento algo en mí que no puedo describir ni expulsar, pero que me imposibilita de continuar con esta existencia que percibo como vacía. No sé qué sea, pero ahora me tranquiliza un poco saber que alguien más lo ha sentido también.

-Creo que sé a qué te refieres, Mendelsen. Yo sentí eso desde que era pequeño y nunca ha cesado. Es como un agujero en el alma, como un aguijón en el corazón, como la neblina inminente en un día soleado para los demás. Es así de angustiante, cuando todos a tu alrededor pueden disfrutar de un paraíso sin sentido, pero tú solamente te sientes en un infierno eterno.

-Es natural para nosotros quizás estar así. Y es triste que la vida sea así de absurda, que las personas crean que el materialismo y el dinero dan la dicha suprema. Yo busco algo más, algo que no he podido encontrar en esta realidad insignificante. Cuando dejas de disfrutar hasta los detalles más irrisorios que causan una efímera felicidad, es cuando comienzas a dudar de estar realmente vivo. He mantenido una lucha incesante con el mundo, y ahora me doy cuenta de que no soy el único desdichado.

-Así es, no somos los únicos. Yo conozco a un chico especial, se llama Lezhtik. Antes solíamos ser los mejores amigos y fumábamos hierba,

así como nosotros ahora, pero se está centrando en la escuela, o eso dice. Yo pienso que tiene algún otro proyecto entre manos.

-Entonces ¿ya bajó la guardia? O ¿podría ser que ese proyecto del que hablas...?

-No lo creo. Es muy diferente al mundo, incluso a nosotros. Su cabeza es un torbellino y tiene un inmenso potencial, creo que le gusta escribir y es muy bueno. Es una de las pocas personas que he admirado, es el mejor estudiante de la clase.

-Sí, lo sé. Es el que no le habla a nadie y solo habla cuando participa en clase. Jamás ha reprobado un examen y es muy sabio, pero, con todo eso, lo noto sumamente incómodo.

-Por supuesto que lo está. Quisiera que alguien como él nos apoyara, pero no cree que estar en grupo pueda representar un cambio, dice que buscará su propio camino en la fuerza de la soledad.

-Es una concepción interesante. Las personas son muy comunes hoy en día, parecen estar a gusto con el mundo tal cual. Y nosotros somos los rebeldes que no aceptamos esta vida. Al parecer tipos como tú y yo no tenemos razón de ser, no deberíamos estar en un mundo así. De hecho, he pensado que hasta mis padres son miserables y que hubiera preferido no haber nacido antes que aceptar la idea de que abandonasen sus sueños por mí.

Tras haber recordado tan maravillosa plática con su amigo Filruex, el poeta, Mendelsen regresó a su miserable y ominosa realidad.

-No llegarás a ningún lugar pensando de ese modo, hijo, no seas terco. Lo mejor es que te resignes a vivir como todos. De cualquier modo, tienes que trabajar y nosotros no vamos a mantenerte toda la vida. Mírate nada más, te vistes como un malviviente con los pantalones desgarrados y esas playeras mugrosas, no te afeitas ni te cortas el cabello, te la pasas con esos instrumentos musicales que nada bueno te dejan en vez de estudiar con más ahínco -afirmó su padre.

-Por mí, ustedes pueden pensar lo que les venga en gana. Yo no voy a abandonar mis convicciones por nadie ni por nada, ni siquiera por ustedes. No me interesa trabajar en una empresa para ser esclavizado todo el día y abandonar mi libertad, que quizá no posea incluso ahora. Pero voy a luchar cuanto pueda por un mundo sin ese nuevo orden y, aunque muera en el intento, no desistiré. Yo buscaré la forma de sobrevivir, de eso no se preocupen.

Los padres de Mendelsen parecían tristes y decepcionados. No concebían que su hijo los hubiera llamado mediocres y que rechazara el modo de vida que a ellos les parecía tan normal, tan cómodo. Habían vivido así los humanos por siglos y nadie había protestado, nada les parecía incorrecto en tal forma de vivir. Las personas se casaban y tenían hijos, trabajan, se divertían, viajaban, iban a fiestas, miraban televisión y no necesitaban de música, poesía ni literatura para estar en este mundo confeccionado a la medida de la miseria y la mediocridad humana.

-Pues nosotros ya te lo advertimos. Si crees que nuestra vida es mediocre porque no aceptamos tus ideales tontos, entonces está bien. Lo único que te quiero decir es que, en cuanto termines la universidad, tendrás que ver por ti mismo. Yo no voy a mantener a un vagabundo con absurdos sueños musicales -sentenció su padre.

Mendelsen se levantó sin responder y se dirigió a su habitación, la cual mantenía apenas iluminada por una luz tenue, aunque a él le parecía como un recinto sagrado que quería convertir en estudio musical. No continuó con aquella querella innecesaria, pues bien sabía que esos señores, a los cuáles solamente les debía el que lo trajeran a este mundo miserable, serían incapaces de entenderlo. De hecho, colegía que así eran la mayor parte de las personas, eso solía decirle Filruex y él lo corroboraba a cada instante. Sabía que la gran mayoría de los habitantes de este mundo eran gente estúpida y acondicionada que no tenían ya ideales, sueños o siquiera pensamiento propio. Una vez, por accidente, halló un fragmento acerca del vacío en las personas y que, de forma sarcástica, mencionaba que los humanos tenían hueca la cabeza, que eran simples entidades que existían sin propósito alguno. El texto finalizaba diciendo que la existencia de ningún ser podría ser considerada valiosa,

pues la miserable concepción que de la vida había hecho el ser lo consumía en un absurdo perenne. Se sorprendió sobremanera cuando supo que el autor de aquel fragmento era Lezhtik y, al interrogarlo, supo que éste se la pasaba las noches escribiendo ensayos como esos. Ambos charlaron un par de minutos e intercambiaron ideas de manera disimulada, entablaron amistad y el ensayista solo le pidió a Mendelsen guardar el secreto, pues hasta la fecha todos creían que se desvelaba estudiando.

-Me pregunto ¿por qué las personas no pueden verlo? -se cuestionaba Mendelsen mientras practicaba con su guitarra-. No logro entender qué es eso que puedo sentir tan vivamente y que me hace abandonar toda esperanza en esta sociedad, y que, a la vez, los demás son totalmente incapaces de percibir. Se ven tan a gusto con sus vidas mediocres, en tanto yo me niego a pasar mis días trabajando como un esclavo por un sueldo miserable.

Mientras Mendelsen se hundía en sus elucubraciones sobre lo execrable del mundo, en algún lugar y en un tiempo paralelo, se hallaba el pobre Emil. Este muchacho era, por mucho, el más tímido del club fundado por Filruex. Su complexión era delgada, casi esquelética, sus cabellos eran castaños y largos, además de lacios y delgados. Era sumamente callado y reservado, casi como Lezhtik. Lo que resaltaba en él era ese potencial que mostraba al dibujar, le gustaba guardar las imágenes de los sucesos que vivía y vaya que su memoria era fotográfica. Al igual que Mendelsen y sus compañeros en el club, disfrutaba de una actividad distinta a las del vulgo. En su caso, dibujar y pintar era el posible sentido que hallaba en el cementerio de sueños que era la vida. Y, en su percepción, el arte estaba por encima de todas las cosas. No se atrevía a rebelarse dada su personalidad calmada, pero apoyaba las insurrecciones encabezadas por Filruex y aportaba ideas siempre controvertidas. Sus padres, de igual manera que los de los demás miembros del club, trataron de disuadirlo para que no terminase como sus salvajes amigos, pobre y sin esperanza, pero a él no le importó. Ahora un recuerdo rondaba por su cabeza, mientras pensaba en cómo terminar un dibujo que venía trabajando desde hace ya algunas semanas.

-Ya te dije que hoy no traigo dinero, no me molestes más.

-Yo sé que sí traes, vi que tu madre te dio hoy al partir para la facultad. ¡Así que vamos, no me hagas perder el tiempo!

Un joven mayor que Emil, fuerte y con cara de perro, solía atormentarlo pidiéndole el poco dinero que sus padres podían darle. No sabía a quién acudir ni tampoco cómo remediar la situación. Y, a veces, cuando peor les iba a sus padres, no le quedaba de otra más que otorgar a aquel maleante sus alimentos, precarios de por sí.

-Bueno, pero entonces tendrás que pasarte todo el día adorándome. De otro modo, inepto, te daré una paliza.

-Sí, haré lo que tú quieras. Pero no me lastimes, por favor.

En ese instante, el cara de perro, malhumorado, le arrebató los lentes a Emil y los escondió en una de las bolsas de su apestosa chamarra. Este sujeto tan desagradable era recursador de la facultad, uno de los tantos fósiles que podían hallarse. Se dedicaba más que nada a intimidar a los jóvenes, a obtener dinero a como diera lugar, y Emil se había convertido en su peón favorito desde hace ya un tiempo. Era realmente trágico para este último, quien no se atrevía a confesar a nadie la verdad dada su timidez. De hecho, sus padres eran vendedores de artesanías en el mercado, cosa que era motivo de burla por los demás muchachos de su calle. Emil, temeroso y enclenque, se sentía ampliamente intimidado por la situación y había enflacado demasiado dado que ese animal devoraba sus pocos alimentos.

-Y ¡más te vale que pronto consigas alimentos de calidad, porque ya me estoy hartando de estas porquerías que prepara tu puerca madre!

-Mi madre no es una puerca, ¿por qué dices eso?

-¡Cállate imbécil, no te permito interrumpirme!

Era ya tarde, después de las clases. Emil tenía bastante tarea y hambre, pero, dado que ese día sus padres no le habían dado ni un quinto y la comida era una basura, según el cara de perro, estaba a punto de recibir otra paliza. Para completar su desgraciada situación, hacía un

calor de los mil diablos y el perro aprovechado tenía al joven aspirante a artista colgado de un árbol, obligándole a repetir cuánto miedo le tenía.

-No eres más que un cobarde. Ahora dime, ¿qué clase de sueños tiene una basura como tú? -inquirió el cara de perro mientras comía un gran helado que se había robado de la tienda.

-Bueno, pues yo, en realidad yo... -exclamaba Emil con bastante temor.

-¡Habla de una vez, maldito bastardo, que no ves que me estoy desesperando!

-Pues me gustaría ser artista. Yo quiero dibujar muchas cosas: paisajes, animales, situaciones, ideas, personas y, sobre todo, quiero expresar lo que hay en mi mente, plasmar mi espíritu en cada lienzo.

El cara de perro reflexionó unos momentos y luego se echó a reír, como si hubiese escuchado alguna especie de locura divina. Indudablemente, no podía entender que personas con tales aspiraciones existiesen en el mundo, pues todo lo que él quería era dinero y poder, como todos los humanos lo deseaban.

-Pensé que eras idiota, pero no tanto. ¡Tú sí que eres un pobre perdedor! Siento lástima por ti.

-¿Por qué lo dices? Yo creo que el arte es una actividad sublime.

-Tal vez, pero eso no te dará de comer; de hecho, te contaré que mi padre era pintor, supuestamente de los mejores.

-¿De verdad? ¡Qué emocionante debe ser eso! ¿Por qué dices que era?

-Porque el infeliz ya murió. Y no era nada emocionante, no para mí. Él nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo recién había nacido. Un día se fue y nunca regresó, al parecer uno de sus lienzos se hizo famoso y recibió una gran suma de efectivo por ello. Mamá solía decir que se había largado muy lejos con una mujer más esbelta y joven. Desde entonces, nos la hemos visto muy difícil para todo. Yo hago lo que puedo, pero

sencillamente me fastidia estudiar. Mi madre sueña con que sea un gran filósofo, pero a mí me parece que es mejor robar a los ricos.

-Bueno, en cierta forma tienes razón, pero eso no lo conseguirás torturando gente, o eso creo yo -replicó Emil, intentando librarse de su verdugo.

-¡Tú qué sabes, maldito estúpido! Yo conseguiré lo que me plazca. Tú no tienes idea de lo que es buscar comida en los basureros de las calles. A mí no me dan trabajo porque dicen que soy un inútil. Además, por lo menos mi madre no es una puerca.

-¡Ya te dije que la mía tampoco! Tú solo inventas cosas.

-Ah ¿sí? Con que eso crees, pequeño bastardo. Déjame decirte que tu mamá es una zorra, una ramera, ¡una vil prostituta! ¡Una golfa putipuerca mamavergas! ¿Sabes lo que es eso? Dinero por sexo, de todas las formas posibles. Cualquiera la puede comprar, todos pueden follársela, hasta yo podría con lo que robo...

Emil sintió, por primera vez en su vida, que le hervía la sangre. Quería darle a ese maldito cerdo una lección, apuñalarlo inclusive. Fue entonces cuando recordó aquella ocasión en que habló con su madre. Ella dijo que ya su oficio no le alcanzaba, que necesitaría algo más. Emil no lo comprendió en ese entonces, pero días después solía escuchar ruidos extraños por las noches. Uno de esos tantos días, pudo observar a su madre vistiéndose de manera muy provocativa. Y, cuando decidió preguntar las razones de tales atavíos, recibió como respuesta que todo era por su bien, que él tenía que seguir estudiando. Al amanecer, le pareció que todo había sido un sueño, pues su madre dormía plácidamente junto su padre. No le dio importancia alguna y lo olvidó, como hacía con todo. Sin embargo, recordaba ahora que, por las noches, escuchaba sollozos que parecían ser de su padre, pero no estaba seguro.

-¡Eso no puede ser verdad! Mi madre no puede ser una de esas mujeres que se venden en las esquinas. ¡Tú mientes!

-Te invito a comprobarlo por ti mismo. Es más -afirmó el cara de perro liberando a Emil-, ve y pregúntaselo tú mismo.

El joven con sueños de artista corrió con lágrimas en los ojos, tan raudamente que no se percató de la presencia de un conjunto de sujetos con los que tropezó. Como respuesta, estaba acostumbrado a recibir toda clase de imprecaciones y de golpes, pues, dada su enclenque condición, era natural para él que todos lo trataran de lo peor. Esta vez, en cambio, no recibió esa clase de trato que ya consideraba natural. Y, en su lugar, un joven larguirucho y otro más bajo, con unos ojos verdes impresionantes, lo saludaron amablemente.

-¿Te encuentras bien? ¿No te lastimaste? -preguntó el larguirucho.

-No, para nada. Una disculpa, lamento haberlos golpeado. La verdad es que llevaba tanta prisa que no pude observarlos.

-Y ¿por qué parece que estás llorando? ¿Acaso alguien te ha ofendido? -inquirió el de los cabellos negros y los ojos verdes.

-No, nada de eso me ha pasado. Lo lamento, pero llevo algo de prisa, debo irme.

Entonces Filruex, cuyo don era excepcional para detectar personas distintas a la caterva, lo detuvo y lo invitó a conversar con ellos. Emil, en el fondo, sintió un gran alivio y aceptó sin mucho esfuerzo. También ahí se encontraba una mujer pelirroja y otro tipo con varios libros bajo el brazo. Caminaron rumbo al Bosque de Jeriltroj y se establecieron bajo un conjunto de árboles en la parte posterior, donde casi nadie pasaba. Luego, se presentaron aquellos peculiares jóvenes. El larguirucho era Filruex, el líder el club; el de los ojos verdes era Lezhtik, el que aspiraba a ser filósofo verdadero; la pelirroja era Paladyx, quien creía tener habilidades para la clarividencia y la telepatía; el de los libros era Justis, que amaba leer por encima de todo; y él, Emil, quien aspiraba a ser artista.

-Me parece que tú podrías sentirte bien con nosotros. Ya contigo estaríamos casi completos. En realidad, me gustaría que solo fuésemos cinco, pero, si alguien más gusta unirse, adelante.

-Pues ya lo estamos -dijo Emil, quien no era tonto para contar.

-Eso parece, pero la verdad es otra -exclamó Filruex desesperanzado.

-¿A qué te refieres? Yo cuento cinco aquí reunidos.

-Bueno, es que Lezhtik abandonará el club ahora el otro semestre. Supongo que tú ya has escuchado sobre las nuevas reglas, el nuevo orden que se impondrá el próximo periodo.

-Dicen que poco a poco se irán imponiendo en todas las escuelas de la zona, y quizá hasta del mundo -afirmó Paladyx, mientras jugaba con sus expansiones.

-Pues eso no lo dudo. Esos asquerosos miembros de la élite solo buscan su propio beneficio. Si los tuviera en frente, los haría pedazos -replicó Filruex, el más impulsivo.

-Todo va a estar mal el próximo periodo, no auguro cosas favorables -intervino Justis. Si el nuevo orden es el que me imagino, podemos oficialmente decirle adiós a nuestra libertad.

-Por eso creo que debemos reunir la mayor cantidad de gente y oponernos. El director aún sigue en pie de guerra, y yo lo apoyo. Estoy seguro de que él no dejará que la escuela se convierta en algo peor que una cárcel.

-No será solo eso, Filruex, será algo incluso más opresivo. ¡Quién sabe qué clase de medidas quieran imponer! -dijo Lezhtik, que solía mantenerse en silencio.

-Tienes razón, y, por eso, debes unirme a nosotros. Además, con Emil ya tenemos más poder. Nuestras habilidades pueden salvar la universidad, podemos mostrarles que existen cosas más sublimes que la mera filosofía. Tenemos a un escritor, un lector, una psíquica, un pintor y yo.

-Y tú ¿qué talento tienes? O ¿qué es lo que le da sentido a tu vida? -preguntó Emil, quien se iba sintiendo en confianza con aquellos jóvenes rebeldes.

Se generó un silencio ligeramente incómodo, que fue roto por las carcajadas de Paladyx y Justis. Lezhtik se limitó a bajarla mirada y Filruex enrojeció.

-Pues verás, me da algo de pena contarte. Además, es algo que se desaprueba aquí fehacientemente. No se lo digas a nadie; de hecho, nada de lo que aquí contemos debes divulgarlo o estaremos en peligro.

-Ya dile, no tiene nada de malo. Si tú no se lo cuentas, yo lo haré -arguyó Paladyx molesta.

-Está bien, te lo diré. Yo simplemente organizo al club y disfruto de las actividades que ustedes realizan. Me gustan todas y a la vez no soy bueno en alguna. La verdad es que mi verdadera pasión es la poesía, pero las personas dicen que no vale nada y que no soy bueno, por eso casi a nadie se lo cuento. Pero no sé, Lezhtik también escribe ensayos y ambos nos entendemos, ya sabes, cosas de escritores.

-Te entiendo, a mí me dicen lo mismo con mis dibujos. Mis padres creen que es una pérdida de tiempo.

Se miraron los unos a los otros y rieron, concordando en que Emil podría encajar bien en aquel club, llamados el de los soñadores declarados. Sus talentos eran apreciados por cada integrante y se le consideró sencillo y rebelde, pese a su timidez, cosa sobremanera valorada por todos. Aquellos jóvenes, que en sus mentes imaginaban un mundo diferente, donde las personas apreciaran los talentos que no podían ser medidos económicamente, sabían que ellos mismos eran todo lo que tenían, que no existían humanos que pudiesen valorar lo que ellos proponían. Debían desconfiar de cualquiera que añorase dinero y bienes materiales, e intentar arropar a los desamparados poetas, escritores y artistas que todavía mantuviesen viva esa llama, esa que hacía al humano merecedor de su existencia, la cual terminaba por converger tanto en la vida como en la muerte. Solo entre ellos comprendían su angustia, su dolor, su desesperación y la imposibilidad de mostrarle al resto del mundo lo valioso en un ser tan mundano y terrenal como el humano. El problema era que nadie estaba dispuesto a escuchar, a nadie le importaba saber de otra cosa que no fuera el morbo, el sexo, el dinero o el materialismo.

X

En la sala de aquella humilde casa, las reprimendas hacia Emil eran severas. Su madre, indignada, se quejaba de la carencia de dinero y de “eso” que ya no quería hacer. Su padre, totalmente opositor a que su hijo continuase estudiando, argumentaba que sería mejor que se fuera a trabajar de una vez y que aprendiera a realizar cosas de artesanía, en lugar ir a perder el tiempo intentando cumplir sueños vacíos. Y ahora la situación había empeorado, pues, en lugar de aceptar la salvación de la filosofía empresarial que el director les ofrecía, el muy descarado bribón de su hijo quería ser artista. Solamente dios sabría con qué clase de gente se juntaba y qué tipo de locura seguiría a su endemoniada condición.

-De todos modos, este bribón nos ha mentido. Dice que va a estudiar y se la pasa dibujando quién sabe qué cosas. Además, aunque llegase a terminar su carrera, ¿cómo nos ayudaría un filósofo a mantener los gastos y a sobrevivir?

-El arte es solo una pérdida de tiempo. Quizá no quería creerlo, pero tu padre puede tener la razón. Tú nunca serás filósofo mientras sigas con esas malditas fantasías de ser pintor.

Emil, evidentemente, solo escuchaba. Era incapaz de siquiera dirigir la mirada hacia sus progenitores, aunque, en el fondo, le resultaba todo una vil patraña. ¿Cómo era concebible vivir en un mundo donde uno no puede hacer lo que quiera y ser lo que desea tan solo porque se debe vivir preocupándose por el dinero? Este mundo le parecía que no tenía sentido alguno. Se cuestionaba si realmente quería seguir existiendo de tal forma, pues nada importaba ya si no podía dibujar y pintar aquellos lienzos que tanto lo emocionaban. En todo caso, preferiría la muerte que existir de manera absurda.

-Pero aún hay una solución. No todo está perdido querido -afirmó la madre de Emil con cierta malicia.

-Ah ¿sí? Y ¿de qué se trata? ¿Finalmente comenzaremos a enseñar a este bribón la artesanía? -afirmó enconado su padre, mientras miraba a Emil con desprecio.

-No, no me refería a eso. ¿Recuerdas que el director habló sobre una vinculación con una empresa en la cual se podría trabajar siendo filósofo, tener un buen puesto e ingresos exorbitantes?

-Sí, desde luego que lo recuerdo, hasta a mí me emocionó la idea. Esa es la salvación para este hijo tan sinvergüenza que tenemos -espetó el padre de Emil, quien nada entendía de arte.

-Pues, si Emil se concentra en estudiar, podría llegar a postularse y quedarse con uno de los puestos. Lo que daría por eso, podríamos así viajar y tener un automóvil, también una casa impecable. Por fin diríamos adiós a esta maldita miseria y ya no tendría que hacer "eso" jamás -dijo su madre, suspirando y parpadeando tan ilusionada-. De tal forma que lo único que queda es aceptar la oferta del director, para que Emil se incorpore al mundo de las grandes corporaciones y se olvide de esas quimeras artísticas.

-Pero yo no quiero trabajar en un lugar como ese -exclamó el joven, temeroso y circunspecto ante sus amenazadores progenitores.

-¿Cómo que no quieres? No tienes otra elección. Todos tenemos que trabajar, esa es una ley, solo los holgazanes no lo hacen. Nada más eso faltaba, que ahora quieras ser un mantenido. Además, te hace falta ambición, hijo mío, tienes que pensar en nosotros.

Emil no entendía por qué razón debía él seguir ese camino que para nada le agradaba y que tanto emocionaba a sus padres. Para él, y aquí recordaba siempre a Filruex por la similitud de ideas, lo material y el dinero no significaba nada. Todo lo que deseaba era poder dibujar y pintar, crear y hacer arte; deslizar sus pinceles y aspirar ese embriagante olor tan fresco y propio de las pinturas. Quería pasar días enteros en sus lienzos, incluso sin comer ni beber, sin saber nada del mundo. Anhelaba

poder irse muy lejos, a un lugar donde sus padres no pudieran seguir reprimiendo lo que amaba. Y, al final, volvía a su triste realidad, a ser un esclavo más del sistema sin poder dedicarse a lo que tanto amaba.

-Está bien, mujer. Le daremos otra oportunidad a este gazmoño de corregir el camino. Pero, si vuelve a errar, lo echaré de la casa yo mismo. De ahora en adelante, estará sumamente prohibido dibujar y hablar de arte y esas tonterías. Ya me iré a acostar, que mañana debo levantarme temprano y terminar unas cuantas cosas que dejé pendientes, además quiero llegar temprano para ver el fútbol.

-Ya escuchaste a tu padre, Emil -expresó su madre-. Él te ama demasiado, solo que quiere lo mejor para ti. Debes entender que el mundo es un lugar feo y que, para sobrevivir, tienes que renunciar a tus sueños.

-Pero yo no quería venir a este mundo, estaba bien sin existir. La culpa es de ustedes por haberme traído aquí -replicó Emil sollozando y alejándose hacia su habitación.

Una vez en su habitación, el pequeño artista sacó un folder viejo, gastado y mugroso, donde guardaba cada uno de sus dibujos. Comenzó a mirarlos detenidamente, uno a uno, desde el más vetusto hasta el más joven. Y recordaba todos los detalles de los momentos en que había tomado las pinturas y que de su imaginación habían brotado tan fantásticas obras. Y es que precisamente ahí, en su imaginación, Emil era libre. Sí, libre de sus padres, de las obligaciones escolares, de la preocupación por sobrevivir en un mundo miserable y vil como el humano. Emil vivía en un mundo de fantasía, trasladándose a eras desconocidas y entablando pláticas con los personajes que pintaba. Y ¡cuánto adoraba esos momentos de soledad en donde lo único que hacía era pintar y soñar! Se proyectaba hacia cósmicos escenarios, hacia mundos imposibles para el terrenal ser. Y, en su triste realidad, solo añoraba escapar, largarse muy lejos y vivir en las montañas, admirando la naturaleza, pintando, pensando, divagando, despejando su mente de toda la basura que abundaba en la sociedad moderna. En el más profundo recoveco de su alma, Emil sentía lo patética y banal que era la existencia, y se cuestionaba si verdaderamente el arte podría salvarle de aquella

inquietante idea que le aquejaba desde hacía ya varias noches: la idea del suicidio. Recostándose rodeado de sus lienzos, prosiguió con sus reminiscencias de aquellos días...

Habían pasado ya algunos días desde que Emil se había unido al club de los soñadores declarados, le había sentado bastante bien. Filruex había puesto en su lugar al cara de perro con un fantástico gancho de izquierda, pues era zurdo, y ahora Emil podía tener su dinero y sus alimentos para sí mismo. Se le notaba otro semblante, o eso aparentaba, pues, en el fondo, seguía sintiéndose miserable e incómodo con una existencia de la cuál creía jamás poder librarse, quizá ni siquiera con la muerte.

-¿No te parece que en el mundo las personas son idiotas en su mayoría? A mí sí, ¡je, je, je! -preguntaba Filruex mientras compartía hierba con Emil, quien la aceptaba trémulo y desconfiado.

-Creo que ya había pensado en eso antes. Supongo que sí, todos se preocupan por bagatelas. Me gustaría que se apreciara más el arte, y es que cualquier cosa puede serlo si se hace con el corazón.

-Parece que también eres buen poeta.

-Antes me gustaba, luego lo dejé porque mis padres creyeron que sería una pérdida de tiempo. Ahora que dibujo, parece que tampoco les agrada demasiado.

-Eso es normal, pero, por favor, date una buena fumada que ya estoy queriendo de nuevo y no debo -exclamó Filruex sonriendo y alejando la pipa-. Como te decía, los padres jamás entenderán los sueños de los hijos, pues ellos mismos han inculcado en éstos los atavismos tan fútiles y deplorables que la sociedad se encarga de perpetuar para su propio bienestar.

Emil no sabía nada al respecto de la vida privada de Filruex, y, dada su timidez, no se atrevía a preguntar; sin embargo, sospechaba que cierta tragedia debía de haberle ocurrido. En poco tiempo, se había convertido casi en un hermano mayor para él, pues ambos despreciaban la vida y se sentían oprimidos por el nefasto mundo. Para ambos, la vida y la muerte

parecían tener el mismo valor, o la misma repugnancia si se les miraba de otro modo. Emil veía en Filruex a un sujeto desinteresado, que no se preocupaba por hacer ni el bien ni el mal, que no seguía los patrones morales, sociales, religiosos o sentimentales que las personas mascaban con tanta presunción. Y él mismo, en sus desvaríos, creía que, en el fondo, no importaba lo que uno hiciese en el mundo, pues, de cualquier manera, todo estaba condenado al olvido, a la decadencia y a la miseria. Empero, todavía quería hacer arte, al menos eso le impediría llevar a cabo el propósito que se había estado fraguando en su mente durante las últimas noches, y que se había consolidado al platicar con los miembros del club de los soñadores.

-Te prestaré unos libros Emil, pero debes tener cuidado -musitó Filruex, con la voz afectada-. Creo que alguien como tú sabrá cómo lidiar con ellos.

-¿Libros dices? ¿Como los que lee Justis? Siempre he querido leer, es algo que no hecho y que pienso me ayudaría en mis lienzos.

-Así es. Emil. De hecho, pienso que las habilidades de los integrantes del club son sublimes. Más allá de la torpeza del mundo y del materialismo de las personas, existen ciertos dones que solo le son concedidos a unos cuantos, los cuáles deben luchar por llevar a cabo sus sueños, incluso si eso representa la muerte. Yo preferiría morir antes que no ser yo mismo, es algo que no podría soportar.

-¿Tú crees que dibujar puede llegar a ser una pérdida de tiempo? - se apresuró a preguntar Emil, mientras iba sintiendo los efectos de la marihuana.

-En ese caso, si dibujar es una pérdida de tiempo, ¿cómo podríamos representar a las demás actividades sin sentido que realiza el humano? Desde esa perspectiva, hasta vivir es una pérdida de tiempo, lo cual es casi seguro. Lo que me aterra es pensar si la muerte será igual de absurda que la vida, pues entonces, en ese caso, estamos en verdad suspendidos en un pésimo y aberrante abismo del absurdo.

-Me gusta tu forma de pensar. Sabes, yo me he cuestionado sobre el sentido de que yo esté aquí y ahora, pero prefiero no pensar más en ello.

-Por eso te quiero dar esos libros, solo que no sé dónde los dejé.

-Oye Filruex, yo estaba pensando..., ¿no es peligroso drogarse?

-Eso es lo que te han hecho creer, pero la verdad es que las drogas potencian tu actividad mental, ya verás lo bien que te sentirás y el impulso que tendrá tu cabeza. Y es como te digo, los músicos, artistas, escritores, poetas y psíquicos han consumido drogas de todo tipo, no te dejes llevar por la opinión del vulgo. Si bien es cierto que se debe ser precavido, vale la pena consumirlas sabiamente. Te aseguro que expandirán tu mente a un nivel que jamás pensaste, podría decirse que te acercarás a la máxima sublimidad en toda su magnificencia.

Nuevamente, al terminar de recordar, Emil no lograba conciliar el sueño, pues rememoraba los distintos pasajes y los fragmentos aparecían como grabaciones de película. Seguía sin entender por qué deseaba tanto conocer a ese joven de ojos verdes, por qué no podía desprender sus ojos de esos labios que cada vez le incitaban más deseos ocultos. Con cierto placer recordó justamente el libro que Filruex le dio en aquella tarde donde por primera vez probó una mínima porción de peyote. Había experimentado algo inverosímil e inefable mientras estuvo bajo los efectos de aquella planta sagrada, le parecía lo mejor que le había ocurrido después de dibujar. Últimamente, de manera bestial, había perdido el encanto por casi todo. En su reducido espacio de estudio, desacomodado y sobresaliendo entre los demás libros, destacaba uno cuyo título permanecía escondido entre los dibujos del joven disidente, pero cuyo autor era, al parecer, un tal AE.

...

En alguna otra parte de la ciudad, mientras aquel joven con sueños de artista dormía apaciblemente, una mujer intentaba concentrarse al máximo sin éxito alguno. Al parecer esa noche no sería la que podría auto hipnotizarse. Se trataba de Paladyx, aquella pelirroja con expansiones y rastas que seguía tan fervientemente el club de los soñadores. Su

madrastra ni siquiera se había dignado en asistir a la junta organizada por el director, prácticamente no se hablaban. Lo único que recibía Paladyx de ella era dinero y nada más, ni siquiera los buenos días. Al igual que Emil, también ella rememoraba ciertos momentos que habían quedado plasmados en su mente...

-Y ¿desde cuándo nació ese interés tuyo en todas esas cosas raras?

-¿Tú crees que en verdad son tan desagradables?

-Desde luego que no, solo son raras en un mundo enfermo de cosas ordinarias. Las personas ya no buscan ser auténticas, sino ser parte de algo, aunque sea estúpido.

-Con razón eres amigo de Filruex, tú y él hablan igual.

-Sí, eso dicen todos los que nos conocen. Lamentablemente, yo no estaré en el club que quiere formar.

-Ah ¿no? Yo pensé que ustedes dos serían los dirigentes del cambio en la universidad, que iban a dedicarse a abrir mentes como Filruex siempre dice.

-Eso es lo que él dice, pero yo ya no soy tan optimista. Yo no creo tanto como él en este mundo ni en las personas, estoy cansado de los humanos.

-Algo en ti me hace pensar en un sujeto que conocí hace tiempo y que quería que me casase con él.

-Y ¿luego qué pasó? ¿Algo salió mal? -cuestionó Lezhtik, en tanto permanecía pensativo.

-Sí, todo estaba mal. Yo no lo quería, pero mi madrastra estaba aferrada a que yo estuviese con él tan solo porque era rico y según guapo.

Mientras Paladyx recordaba con cariño el periodo pasado en la universidad y las escasas oportunidades que tuvo para platicar con su amor platónico, su madrastra realizaba lo mismo de cada noche, eso a lo

que la jovencita ya estaba habituada y que le impedía concentrarse en sus estudios, tanto propios como universitarios.

-¡Sí, más duro! ¡Eres una vil perra, golfa malparida! ¡Qué bien lo haces, más duro, hasta el fondo! ¡No pares, jodida ramera!

-Soy toda tuya, pero préñame, por favor ¡Hazme un hijo de una vez por todas, maldito cabrón!

Esas y más frases eran todo lo que Paladyx escuchaba cada noche en la soledad y el frío de su habitación. Su madrastra, una mujer de cuarenta años cuya frustración era ser estéril, la había adoptado cuando su madre fue acusada de cometer actos ilícitos. Cada noche se revolcaba con hombres más jóvenes que ella y parecía no saciar en su hambre sexual. En realidad, la verdadera madre de Paladyx había sido una muy famosa hechicera. Y todos decían que practicaba brujería y que había envenenado a su esposo, el cual falleció en extrañas circunstancias al descubrir y denunciar el mal que las grandes corporaciones estaban causando en el medio ambiente. No obstante, al no existir un organismo en el país que no estuviese corrompido y que regulara las actividades de dichas compañías, el padre de Paladyx fue expulsado de su empleo y, más tarde, cuando se negó a abandonar sus pesquisas en las comunidades marginadas y dañadas por la emisión de residuos contaminantes, simplemente desapareció sin dejar rastro.

Así, la madre de la chica fue culpada de este suceso y fue perseguida y torturada cruelmente por el sacerdote del pueblo, quien contaba con el apoyo de la policía local. Y, finalmente, la degollaron frente a Paladyx, quien era solo una niña de seis años. El único recuerdo que mantenía la ahora joven Paladyx de su madre era un amuleto sumamente precioso y raro que, según diversas fuentes, resguardaba no el cuerpo, sino el alma de su portador. Era un curioso artefacto de aspecto siniestro, pero imponente, supuestamente de origen tibetano y cuyo color principal era marrón, con pequeñas piedrecitas azules alrededor. Paladyx lo usaba siempre, en su interior había colocado el nombre del joven que le gustaba y a quien admiraba tanto, pero a quien nunca podría cuidar ni besar...

-Y ¿qué pasó entonces? ¿Cómo fue que te libraste de él?

-Fue extraño; de hecho, casi un milagro. Ese sujeto era bastante terco y mi madrastra lo adoraba. Cierta tarde en que yo volvía de la escuela, creí que nadie estaba en casa y me recosté. Proseguí a desnudarme en mi habitación, tan tranquilamente que no me percaté de que ese cerdo me espiaba. Para cuando advertí su presencia, ya se hallaba encima de mí, quería hacerme suya a como diera lugar.

Lezhtik parecía escuchar imperturbablemente. A decir verdad, casi ninguna situación lograba romper con su quietud, parecía tener muy bien practicada aquella silueta de indiferencia ante cualquier cosa. Nada lo inmutaba, se mantenía impasible siempre.

-Entonces fue que ya casi ese malnacido puerco lograba su cometido, pues era muy fuerte y a mí ya no me quedaban fuerzas, pero algo increíble pasó.

-¿Tuvo que ver con el amuleto que te obsequió tu madre?

-Sí, así es. De pronto, ese sujeto lo sostuvo entre tus asquerosas manos y yo traté de evitarlo por temor a que lo dañara. Sin embargo, unos cuantos segundos después de haberlo tomado, aquel bastardo cayó al suelo y comenzó a retorcerse mientras escurría sangre por sus orejas, su nariz y su boca, incluso la vomitaba. Además, se quejaba de fuertes dolores en el estómago y decía que algo lo estaba quemando por dentro.

-Y ¿se murió? O ¿acaso lo ayudaste? -inquirió Lezhtik, mínimamente interesado.

-Ninguna de las dos. En esos instantes apareció subrepticamente mi madrastra, como si siempre hubiera estado ahí. Al observar la escena, descargó una bofetada contra mí aduciendo que era una maldita bruja al igual que mi madre y que mi destino sería el infierno. También mencionó que había perdido la única oportunidad de ser feliz y de no tener que trabajar ni un solo día más. Mencionó muchas tonterías que ahora ya ni recuerdo, pero todas giraban en torno a lo mismo, a que ese sujeto era mi oportunidad de tener una vida cómoda. Yo rechacé sus palabras con furia y argumenté que la odiaba por haberme adoptado, que hubiera preferido morir. También dije que quería estudiar y que lo haría sin importar si

estaba de acuerdo o no. Y ahora mírame aquí, siempre adoré la filosofía y la magia, pues han sido mis dos grandes pasiones.

-Ya veo, sí que tuviste suerte. Y quizás fue algo más aquello que te salvó. De cualquier manera, tienes un don y es muy especial, tú lo eres.

-¿En verdad lo crees? Eres muy amable conmigo, gracias. Desde que llegué aquí me sentí rara hasta que los conocí a ustedes. Y, como dice Filruex, no se trata de sentir que somos parte de algo, pues a final de cuentas nada ni nadie pertenece a nadie, sino de sentir que el club nos pertenece.

-Sí, eso es lo que Filruex siempre dice. Es un buen sujeto, me gustaría estar en el club para el próximo periodo.

-Y ¿por qué no lo haces? ¿Qué te lo impide? -preguntó Paladyx, pensando que podía persuadirle para que se uniese al club y así ella podría verle diariamente y tal vez...

-Porque yo no soy así, no me gusta estar en grupo. Tengo un mal presentimiento con respecto a lo que pasará el otro periodo. Creo que el nuevo orden del que todos hablan traerá solo opresión y necesito luchar a mi modo. Será mejor si yo me separo, tendremos dos frentes de batalla.

-Pero ¿cómo lucharás? Tú eres muy tranquilo, eres diferente a Filruex. No creo que puedas rebelarte como él lo hace.

-Así es, yo soy diferente. Tengo mis propias formas, ya verás que lo haré. En el momento más indicado, tendré las pruebas más contundentes. Pienso que estar solo me ayudará a escribir y a estudiar. Y, personalmente, no creo que exista agrupación, club, creencia o ideología que pueda guiar el camino del ser. Por esto y más es que he optado por separarme de ustedes y seguir a mi modo.

-Eres interesante, Lezhtik -afirmó la joven con un profundo suspiro-. Yo tan solo te pido que no dejes de verme, por favor.

-¿Que no deje de verte? ¿A qué te refieres con eso?

Paladyx enrojeció e inmediatamente corrigió sus palabras. Siempre había sido muy reservada en cuanto a sus sentimientos, y esta vez sentía no poder contener más lo que sentía. Pero es que en verdad Lezhtik le fascinaba de una manera que no se podía explicar. Ni ella misma entendía cómo podía gustarle tanto en todo sentido. No eran solo sus preciosos ojos verdes ni sus cabellos negros y rizados lo que la tenían más que hipnotizada, sino su inteligencia, su manera de hablar, su personalidad tan enigmática. Y, en resumen, absolutamente todo lo que Lezhtik era la cautivaba cada día más.

-Perdón, me refería a que no dejes de vernos. Quiero decir, no dejes de visitarnos. Aunque ya no quieras pasar tiempo con nosotros, al menos trata de vernos someramente de vez en cuando.

-Pues los veré todos los días en clase.

-Tú sabes que no es lo mismo. Filruex no está mentalmente ahí y yo físicamente tampoco, faltar demasiado debido a las cosas que hay en mi cabeza. Justis se enfrasca en sus libros y Emil no para de dibujar. Nuestra única oportunidad de convivir es en las reuniones que se organizan en el club saliendo de clases.

-Pues intentaré darme unas cuantas vueltas. Además, tampoco quisiera dejar de verte.

-¿En verdad te gusta verme? Yo pensé que te caía mal, ¡ja, ja!

-Quise decir que no quiero dejar de verlos -corrigió Lezhtik en tono solemne, sonriendo y a la vez sonrojándose ligeramente cuando notó que Paladyx lo observaba fijamente.

En la oscuridad de su precaria recámara, Paladyx pensaba que quizá algo había unido a todos los integrantes de ese club, algo extraño y a la vez profético. Por otra parte, trataba de enfocarse en autohipnotizarse, pero todavía sin éxito. A ella, más que estudiar filosofía, realmente le apasionaba todo lo que tuviera que ver con lo paranormal. Se había fijado en Lezhtik porque éste sabía demasiadas cosas sobre estos asuntos, cosa que a ella le parecía increíble. Pensaba que jamás encontraría a alguien que pudiese escucharla y entenderla, pero ese joven de ojos verdes lo

hacía. Platicaban de ocultismo, magia, parapsicología, chamanismo, brujería, telepatía, hipnotismo, clarividencia, entre otras cosas. A Paladyx le habían dicho que, por ser hija de una bruja, tenía grandes habilidades en esos campos, pero eso no le impresionaba. También había escuchado que una bruja no puede ser una verdadera clarividente, pero a ella le parecía que, si uno era sincero y puro de corazón, podía realizar eso y más. Extrañaba sobremanera escuchar la voz tan singular de Lezhtik y jamás olvidaría ese día en que sus labios se unieron, o esos paseos en donde solían fumar hierba y hasta llegaron a inhalar un poco de ese polvo blanco que a ella tanto la emocionaba...

-Y ¿las brujas también se enamoran? -preguntó Lezhtik en una tarde lluviosa en que paseaba con Paladyx.

-No lo sé. Tengo entendido que no; bueno, no muy seguido. Se dice que mantienen orgías con el diablo, pero son solo mitos. Las personas suelen ridiculizar aquello que no logran aceptar o que contradice sus creencias.

-En eso tienes razón, todo es siempre así. Supongo que sería un gran peligro que un conjunto de brujas decidiese ponerse en contra de la élite. Por esa razón todo ese tipo de conocimiento está siendo tachado de sánscrito.

XI

Paladyx recordaba ese día con mucho cariño. Vestía unos tenis desgarrados y unas medias rasgadas combinadas con un peto azul ya muy desgastado y decolorado. Se había hecho dos colitas y sus cabellos estaban teñidos de un rojo intenso, tal como le gustaba. Llevaba las uñas negras y largas en contraste con su piel blanca. Sus ojos reflejaban fuego bajo esas pestañas inmensas y sus párpados estaban cubiertos de un

negro profundo. Sus labios relucían como la sangre y sus expansiones y perforaciones le daban un toque único. Ciertamente, era deseada por muchos hombres, pero ella solo tenía ojos para uno.

-En las notas que pude guardar de mamá, antes de que incineraran todos sus apuntes, dice que una bruja solo se enamora una sola vez en su vida, pero que ese gran amor no se puede ni se debe cumplir.

-Eso no lo sabía. Me parece interesante todo lo que sabes Paladyx, eres especial. Ciertamente, es muy extraño que estés estudiando filosofía, o eso supongo en mi reducida concepción.

-No te preocupes, no estoy aquí porque espere algo trascendente. En parte es la beca lo que me mantiene atada. A veces mi madre no regresa en semanas a la casa y yo debo ver por mí misma. Al menos tú tienes a tus padres, que te quieren y se preocupan por ti. Tienes algo que ya es complicado tener en este mundo, no lo olvides.

-Sí, eso es lo que pienso. A veces me frustra que sea así, pero les agradezco, aunque les reproche tantas cosas. Ya es hora de irme, creo que ya se me bajó un poco el efecto de la hierba.

-Yo también ya partiré a mi hogar, a pudrirme en mi cuarto. Creo que continuaré revisando las notas de mamá y luego haré tarea. También trataré de autohipnotizarme, aunque comienzo a desesperarme, es mucho más complicado de lo que pensaba.

-Tómalo con calma, tú podrás lograrlo. Hasta pronto, regresa con cuidado.

Paladyx, sin previo aviso, tomó a Lezhtik entre tus brazos y lo mantuvo apretado contra ella durante unos instantes que fueron eternos en su cabeza. Disfrutó demasiado aquel abrazo, tan cálido y reconfortante para provenir de un ser tan frío y solitario. Su calor le era tan placentero como un mundo donde la ciencia y la magia fueran uno solo...

Una lágrima escurría por las mejillas de Paladyx, todo lo que le quedaba eran los recuerdos de aquellos beatos días en que disfrutaba la presencia de Lezhtik. Luego, vino esa ocasión en el bosque de Jeriltroj

donde vio a aquel joven alucinar y desplomarse, para rozar sus labios un efímero tiempo y sentirse irrelevante a partir de entonces. Lezhtik se alejaba cada vez más de ella, del mundo, de todo, pero pensaba que estaba bien, que así estaban mejor, sin convivir más. De otro modo, solo se hubieran estorbado, prefería verlo florecer y sabía que, mientras ella se retorció de dolor entre su llanto, aquel joven que tanto adoraba escribía y estudiaba incesantemente. Nada podía llenarla de más dicha la idea de no obturar los derroteros de un alma fulgurante como la de Lezhtik.

Ya recostada e intentando conciliar el sueño, Paladyx no lo conseguía de ninguna manera. No lograba sacar a Lezhtik de sus pensamientos y todo la hacía recordarlo. Sin pretender que no lo extrañaba y que anhelaba mirarlo, encendió su computadora y buscó entre sus archivos uno muy peculiar. Justamente había sido el joven que ella quería en lo más profundo quien se lo había compartido una de tantas noches en que intentaba platicar con él. Como siempre, no había recibido respuesta, pero, en compensación, recibió en su correo una especie de ensayo cuyo autor resultaba ser Lezhtik; y no solo ella, todo el club de los soñadores lo habían recibido. Seguramente que Filruex estaría encantado con aquel texto, y todos los demás miembros también. Empero, ella no concebía algo más perfecto que los escritos de aquel enigmático hombre, cuyos labios rozase por única y tal vez última vez en su diminuta existencia. Abrió el ensayo y comenzó a leer, sumergiéndose en las ideas tan exuberantes que denunciaban los crímenes de la humanidad y su vil forma de vida.

Sobre la inutilidad de la existencia

Era curioso y raro el modo en que actuaba el supuesto amor cuando dos personas se encontraban entre sus engañosas redes. Ya fuese por coincidencia o por destino, los humanos siempre tendían hacia esa especie de sentimientos no aptos para su naturaleza aciaga y lo más deplorable y funesto era la limitada y sucia concepción que éstos poseían del amor, siempre rebajándolo a un mero acto de costumbre o a una enfermiza necesidad y una dependencia vil y suicida del prójimo. Tales conceptos eran los que mejor identificaban al humano con su distorsionada

percepción de amor y con la reducción moral y espiritual que de él habían realizado.

La sociedad moderna se caracterizaba por una vil y atroz decadencia de valores, por una extremada tendencia al libertinaje y los excesos, por una degradación de toda especie de sentimiento o pensamiento que albergase pureza o vitalidad. Valores tales como la sinceridad, la honestidad, la honradez, la empatía, el respeto, la dignidad, etc., estaban ya casi extintos en los humanos. Ni hablar de la supuesta moral que regía en tal civilización mundana, pues era tratada y doblegada como si de un trapo se tratase, siempre manejándose a conveniencia de los intereses personales. Más allá del bien y del mal, el humano poseía la espléndida habilidad de torcer los eventos y de matizar sus acciones entre la miseria de su raza, de tal manera que la humanidad misma se complacía en pisotear y degradar las mismas cosas que creía ostentar.

Ejemplos los había de todo tipo, pero los más comunes estaban vinculados con un hambre insaciable de fornicación. El deseo sexual era un aberrante imperativo en el humano, enloqueciéndolo y guiándolo a todo tipo de obscenas y grotescas prácticas, convirtiéndolo en un esclavo de la pornografía y la prostitución. Y esto último era fervientemente practicado por la mayor parte de los hombres maduros, quienes, por una u otra razón, recurrían a dicha práctica sin importar todas las consecuencias que ello podía acarrear, y esto sin contar que eran padres de familia, esposos, y que se hacían pasar por seres ejemplares y con una imagen intachable en la sociedad. El número de hombres que asistían a burdeles, prostíbulos y bares con tendencias sexuales, aunado con aquellos que vagabundeaban en las calles pestilentes donde laboraban las sexoservidoras, era abrumador. Se podía decir que el humano poseía una natural inclinación a la infidelidad, ya fuese solo por saciar los deseos sexuales que no lograban satisfacer con sus parejas, o sencillamente era producto del aburrimiento.

Lo cierto era que el respeto hacia la pareja estaba absolutamente por los suelos, con lo cual resultaba gracioso que el humano siguiese contemplando la idea de un amor en el mundo de la falsedad. Y, si este era el retorcido concepto que se tenía del amor, entonces en verdad el humano estaba acabado. Además, cuando el humano creía amar, sencillamente caía en la costumbre, la desesperación, el acondicionamiento, el apego, la dependencia o cualquier otra razón que demostraba la incapacidad de una raza decadente para preservar un sentimiento puro y perteneciente a un plano superior...

Paladyx se detuvo ahí, meditando lo que parecía ser una crítica hacia la educación sexual y el respeto mutuo. Indudablemente, la sociedad tenía un grave problema en tales temas, aunque, en última instancia, quizá solo eran parte de un entorno preparado para albergar cosas mucho peores. De cualquier manera, era interesante analizar y preguntarse ¿qué era realmente el amor? ¿Qué sería del amor si no existiese el contacto físico? Posiblemente, el supuesto amor humano estaba invariablemente condicionado a la contemplación física; sí, eso debía ser. Ese era uno de los puntos clave: el amor se había confundido trágicamente con mera atracción física o con un instintivo deseo de reproducción. Si acaso todo el mundo fuese ciego, el aspecto físico sería irrelevante y, tal vez, las personas no se enamorarían ni querrían estar juntas.

Tal vez el mayor castigo era el de la visión, pues el humano era naturalmente un ser inferior y terrenal, que se veía arrastrado de forma inevitable hacia los atractivos que sus carnales deseos y sus materiales ojos le presentaban. Pero eran solo conjeturas que Paladyx realizaba en la oscuridad de su habitación, nadie las sabría jamás, ni siquiera Lezhtik. Prefirió pasarse al siguiente capítulo y dejar el aspecto sexual para después, cuando pudiera analizarlo mejor. Por ahora, le atraía más leer por tercera vez la parte más extensa de aquel breve ensayo, la cual siempre le dejaba con un mal sabor de boca. Esta vez no hizo pausas y leyó todo de corrido, hasta que no pudo deslizar más la barra de desplazamiento en su monitor.

Otro de los factores que guiaban a la sociedad moderna hacia un abismo sin fin era la asquerosa y pútrida concepción de que el dinero lo era todo, incluyendo el concepto de felicidad. La raza humana, miserable y terrenal, no entendía otro modo de poder y satisfacción que no fuese mediante el dinero y todo lo que de él se desprendía. La felicidad humana se basaba en acumular riqueza, en conservar grandes cuentas bancarias, en adquirir bienes materiales de todo tipo para presumir y llenar el vacío que representaba la vida actual. Por ello, existían humanos que se ahogaban entre sus billetes, que lucían ropa carísima, que viajaban en automóviles, que valían más que la vida de todos los habitantes de un país, que poseían

mansiones en diversas partes del globo y que viajaban a los lugares considerados como bellos por una visión tan pobre y visceral de seres envilecidos. Y lo anterior en tanto había muchos otros cuya única aspiración era sobrevivir o no morir en las calles.

Lo más gracioso era que estos sujetos, los adinerados y alabados, eran casi siempre futbolistas, actores, comediantes, empresarios, políticos, líderes religiosos, entre otros, pero casi nunca se escuchaba hablar de poetas, escritores o pintores que tuviesen tales excesos, y, si así era, se debía a una herencia familiar y no a una retribución por su trabajo, el cual nada significaba para el sistema capitalista. En todo caso, las personas normales, esto es, la gente con una economía normal (baja), admiraba e idolatraba hasta el delirio a los supuestos visionarios y entes que más daño hacían al pueblo y cuyos salarios bastarían para acabar con el hambre no una, sino solo dios sabe cuántas veces. A tal punto se había consumado el plan perfecto para la esclavitud eterna, donde el humano adulaba y protegía lo que con mayor violencia lo destruía.

Mientras algunos humanos se revolcaban en joyas y billetes, otros (la mayoría) se veían forzados a pasar sus vidas en intensas y desgastantes jornadas laborales, tan solo para poder sobrevivir y, en algunos casos más, para pagar sus vicios (prostitución, televisión, radio, videojuegos, cerveza, tabaco, drogas, comida basura, películas, discos, conciertos, etc.). Existía, asimismo, un cúmulo de gente, quizá mucho mayor del que comúnmente se mencionaba, que, en pleno siglo veintiuno, vivía en condiciones paupérrimas, mendigando por las migajas y padeciendo toda clase de improperios: pobreza extrema, explotación demencial, esclavitud moderna y una denigración absoluta de sus vetustos conocimientos.

No obstante, a nadie parecía importarle en lo más mínimo la manera en que éstos desdichados padecían diariamente y se las arreglaban para enfrentar la expansión del humano moderno, pues lo que a todos les interesaba era solo divertirse y cobrar sus quincenas, mantener sus mentes entretenidas con sexo, fútbol, alcohol y cualquier otra actividad que rayase en el absurdo de su mísera, asquerosa, fútil y pendenciera existencia. Pero así era el humano, así era la humanidad, mejor dicho; unos tenían más que todo y otros menos que nada. Ciertamente, la injusticia y la inequidad eran las muestras más plausibles de la decadencia de valores en la que el mundo civilizado se hallaba tan placentemente. El dinero había infectado las consciencias de los individuos, arrebatándoles algo más que sus sueños: su alma.

Por otra parte, grandes corporaciones contaminaban diariamente el medio ambiente, ya fuese por vía aérea, marítima o cualquier otra manera que encontrasen para destruir y lacerar la naturaleza. Precisamente, la gente marginada que habitaba en regiones cada vez más devastadas, personas que se habían aislado del mundo dada la violencia y la estupidez que el humano actual mostraba, eran quienes más sufrían estas degradaciones. Por ejemplo, había industrias y empresas que desechaban agentes tóxicos en donde se les venía en gana, contaminando mares y bosques, selvas y océanos, exterminando ecosistemas enteros y, con ello, afectando los procesos de la vida y la evolución, la fotosíntesis y la cadena alimenticia. Por supuesto que, gracias a la contaminación que realizaban estas compañías, los pobladores de regiones aledañas a los sitios en donde estos desgraciados arrojaban sus porquerías bebían agua contaminada y padecían todas las consecuencias de estas endemoniadas irregularidades; empero, como no existía en el mundo organización alguna que se atreviese a frenar a estas destructoras de ecosistemas, nada se podía hacer al respecto.

En gran medida esto se derivaba de la corrupción ocasionada desde que el dinero surgió como forma de control de las masas. No existía en el mundo civilizado una sola persona que no ambicionara dinero, que no enloqueciera cuando se le presentaba la oportunidad de sentarse en la silla más alta y de complacer todos sus deseos materialistas y egoístas. En la sociedad del humano civilizado cualquier ley podía romperse, cualquier persona podía ser aniquilada, cualquier mujer podía ser violada, cualquier especie podía ser extinguida, cualquiera podía ganar dinero fácil mediante actividades asquerosas; empero, lo que nadie podía percibir era el pestilente envoltorio que ahora rodeaba al planeta. El humano se había trastornado al punto de la locura, había expulsado de sí mismo cualquier vestigio de una posible alma, había abandonado toda especie de razonamiento, propiciado en gran parte por la televisión, la religión y demás medios de comunicación cuyo único propósito era estupidizar y adoctrinar al rebaño.

Las prácticas humildes y la vida espiritual estaban totalmente olvidadas. Y, asimismo, a nadie le importaba alguna actividad que no sirviese para obtener dinero. De tal forma que la poesía, el arte, la verdadera ciencia, la auténtica composición musical y la literatura real estaban extintas. Desde luego que había personajes que decían ser artistas, escritores, músicos y científicos, pero no eran sino meros títeres del sistema cuya función era básicamente idiotizar a las masas. Por supuesto que las personas, en su

ingenuidad, adoraban a estos maestros de la imbecilidad y los consideraban grandes pensadores o íconos de la moda y la supuesta genialidad humana. Los libros que hoy en día se leían estaban vacíos, su contenido era mero excremento; la música que hoy se escuchaba carecía de cualquier clase de sublimidad y se dedicaba esencialmente a pudrir los oídos; la poseía no valía ni un centavo y se consideraba aburrida; el arte era ya cualquier cosa que las difuntas mentes de los títeres considerasen como interesante, aunque nada expresase ni comunicase en un sentido más allá de lo banal.

Y, así, todas las cosas estaban yéndose al carajo en el mundo donde los sueños ya no existían, donde todo era materialismo, dinero, entretenimiento y putrefacción. Ya no existían almas, habían sido intercambiadas por un fajo de billetes o por unas piernas abiertas. Ya no había humanos que aspirasen a ser humano sublimes, pues fácilmente cedían ante el poder de la pseudorealidad y se envilecían demasiado pronto. Las personas habían aprendido a vivir y a sentirse a gusto en esta falacia terrenal, sin percatarse del absurdo en que pendía su existencia, sin notar jamás la vomitiva y nauseabunda, execrable e ignominiosa forma de vida que tan artificialmente había sido preparada para ellos y que, desde su nacimiento, habían aceptado de manera incondicional.

Ya nadie se amaba en el mundo, nadie se respetaba ni era sincero, nadie podía entender a otro, nadie tenía tiempo de otra cosa que no sirviese para ganar dinero. Todo el mundo humano estaba ahogado en una sustancia peor que la misma suciedad, y lo peor era que los habitantes de esta sórdida e inicua civilización no parecían disgustados ante tanta suciedad, sino que se aferraban más a ella. Y tal parecía que les fascinaba ahogarse en el vómito que era la sociedad moderna y que, entre más materialistas, decadentes, terrenales y ambiciosos fuesen los humanos, mejor se sentían con su absurda existencia y sus metas banales. Se habían inventado cuentos de paraísos y de seres celestiales que mantenían controladas a las personas; incluso la ciencia se había corrompido y trabajaba solo para los poderosos. Las grandes industrias manejaban a las personas como si fuesen piezas de ajedrez, la televisión hacía y deshacía con las mentes de los humanos; y éstos, en su miseria, solo vivían laborando de lunes a viernes para embrutecerse con alcohol los fines de semana, o para pasársela aplastados mirando películas sobre vidas que jamás tendrían o personas que nunca conocerían y que, en su sórdida imbecilidad, admiraban o idolatraban.

Algunos otros creían que el sentido de sus vidas se hallaba en sus familias, pero esto no era sino una herramienta más del sistema para acondicionarlos, haciéndoles creer que sus hijos podrían lograr lo que ellos no, que la gente que los rodeaba era menos torpe que ellos. No obstante, la realidad era que nadie se mantenía libre de la infección que se había propagado por todo el mundo y que había vaciado alma y mente en todo ser humano. Inclusive, la educación actual era solo un vil acto de repetir ideologías gastadas que en nada habían ayudado al mundo, pero de ese modo se beneficiarían los poderosos y se consumiría el acondicionamiento que ya se había fraguado desde que los padres inculcaban toda clase de asqueroso atavismos a sus hijos.

Así, el sistema educativo estaba bajo la rueda, estancado y sin ninguna posible escapatoria. Los estudiantes lucían desinteresados y se conformaban con memorizar textos sin razonar, en tanto los profesores no tenían el más mínimo interés en enseñar cosas a jóvenes que no valorarían su esfuerzo. Nada valía la pena ya, sino solo dinero y más dinero. Las personas dignas de admiración y consideradas exitosas por gente acondicionada eran aquellas con trajes elegantes y puestos elevados en alguna vil compañía, o que ganaba millones pateando un balón, o que predicaban cualquier clase de bagatela para embrutecer a esos miserables que asistían cada domingo para que les lavaran el cerebro. En el mundo moderno, las personas sensatas y despiertas terminaban por recurrir a la única salvación posible: el suicidio.

Y, sin embargo, así seguía la humanidad viviendo, pudriéndose, hundiéndose en la absoluta decadencia de valores que la había corrompido, pereciendo en el total desenfreno y la vil absurdidad. Triste era saber que, a los pocos humanos que intentaban alguna vez imponerse y luchar contra esta sacrílega forma de vida, les era propiciada solamente la muerte. Curiosamente, las mismas ovejas que aquel revolucionario libertador intentaba liberar eran quienes terminaban por delatarle y entregarle. Casos como esos eran los que se contaban de boca en boca, al menos entre la gente que sí quería un cambio. Esto se explicaba en gran parte porque el humano no quería evolucionar, no deseaba abandonar su actual estado de estupidez e ignorancia, se sentía cómodo en un mundo donde ganar dinero y divertirse fuese todo lo que importase, así de miserable y vomitivo se había tornado. Para completar la resumida descripción de una sociedad condenada a la irrelevancia, el mono parlante había abandonado hace tiempo lo único que podía salvarle, lo cual era, evidentemente, la capacidad de creación que podía llegar a alcanzar. A

ningún humano le interesaba crear, imaginar, pensar, dilucidar, cuestionar, despertar, ser curioso o abrir su mente hacia algo mucho más elevado que la miseria en donde se recostaba cada día.

Verdaderamente nada se podía hacer, puesto que la mayor parte de la sociedad estaba conformada por zombis que solo seguían los patrones que les eran impuestos por la pseudorealidad y cuyas únicas metas estaban relacionadas con dinero y terrenidad, con casarse, tener hijos, viajar, mirar televisión y hacer cualquier cosa que no implicase un esfuerzo más allá de su menguadas facultades. Y, aquellos que todavía poseían alma, espíritu y mente, aquellos que aún soñaban con un cambio, con un cósmico despertar o un paraíso habitado solo por seres sublimes, donde abundara la sabiduría y donde el dinero nada valiera, donde no existiese ninguna religión ni frontera, donde el racismo y la estupidez fuesen exterminados, donde la pobreza y el hambre no tuvieran lugar, donde todos pudiesen sonreír al despertar y donde importase más crear, escribir, descubrir y desarrollar un sentido espiritual de la existencia que el mero hecho de fornicar, hacer guerra por nada, matar, obtener poder o embriagarse, pues estos sujetos eran llamados locos o soñadores, y eran doblegados, tarde que temprano, por la imposibilidad y la frustración de continuar viviendo entre seres fangosos y nefandos, quienes no comprenderían jamás lo que intentaban mostrarles, pues bien se sabe que los oídos se abrirán solo cuando el individuo esté dispuesto a recibir las enseñanzas que han de atascarle de sabiduría. Tristemente, el humano era tan patético que él mismo era quien se colocaba las cadenas que lo ataban perfectamente a su miserable realidad, tan falsa y moldeada, tan humana.

Desde luego que el mundo soñado por algunos seres sublimes y diferentes al rebaño era algo menos que una quimera. El mundo humano estaba ya destinado a la miseria, y tal vez un tal dios así lo quiso, o sencillamente la humanidad era un craso error, una pestilente equivocación, un enfermizo accidente, una violación al orden cósmico, una especie de basura orgánica que el universo desechó y condenó a pudrirse en la desolación. Lo más triste era percatarse de que, mientras la raza humana existiese, nunca habría paz. El humano siempre debía pelear, ambicionar, tener más que otros, humillar, rebajar y pisotear a sus semejantes. Por ello, era lógico que las guerras jamás terminasen, que la miseria fuera esparcida voluntariamente por intereses oscuros, que la injusticia y la desigualdad no fuesen nunca exterminadas. Para el humano, la guerra era paz y la ignorancia era felicidad; bajo esos principios se sentía cómodo, fuese en 1984 o en la era actual.

Todo lo relacionado con la raza humana era asqueroso, vil y mundano. Y solo en el vómito de alguna especie de insana deformación pudo haber surgido tan irrelevante ser adorador de lo absurdo. Ni siquiera el averno o el castigo más violento bastaría para consumir y purificar todo lo que el mono parlante era y había hecho. Y los que peores consecuencias sufrían eran las especies que poblaban el globo y que se veían aterrorizadas y forzadas a compartir el mismo destino pestilente del humano. Si este ser miserable fuese exterminado de la faz de la Tierra, seguramente todas las demás formas de vida podrían vivir en paz, la naturaleza podría al fin florecer, las cadenas alimenticias regularse y los animales podrían sentirse libres y establecerse en plenitud. Pero no, por desgracia el humano debía de existir, por alguna razón incomprensible esta raza de monos estúpidos tenía que habitar este hermoso planeta, que ahora se había tornado en un mar de miseria eterna.

¡Ay de ustedes, humanos! ¡Ay de ustedes que, con su humanidad, han cometido el mayor pecado alguna vez concebido! ¡Ay de ustedes que se aferran a las mundanas garras de todo lo que no vale y que rechazan con vehemencia lo único que podría salvarles! ¡Ay de ustedes, humanos, que se regocijan en la miseria del mundo asqueroso que han labrado! ¡Ay de ustedes, humanos, que hace tiempo se encargaron de extinguir al auténtico humano! ¡Ay de ustedes, que yo ya no sé quiénes son los que ahora viven en sus cuerpos! ¡Ay de ustedes, que representan algo peor que la inmundicia y la maldad más pura en un campo de sueños rotos! ¡Ay de ustedes, que, con su repugnante modo de vida, torturan las sublimes concepciones de las mentes divinas! ¡Ay de ustedes, que, con su existencia nauseabunda, han ofendido a la creación misma!

Al concluir el somero ensayo que Lezhtik le había compartido hace algún tiempo, Paladyx solamente reforzó lo que había colegiado y comprobado en múltiples ocasiones: que la existencia humana era una tontería, un desperdicio y un caos sin el más mínimo sentido. Ella, pese a su temprana edad y su inexperiencia en el mundo, no tenía la intención de vivir. Detestaba hacerlo y lo único que esperaba, más allá de la magia y la parapsicología que tanto le competían, era la muerte. Sí, al igual que el Emil, coqueteaba con el suicidio cada noche y le producía una satisfacción extraña imaginar que algún día, no muy lejano, encontrarían su cuerpecillo, ya tieso y frío, pendiendo de una cuerda. Lo único que

lamentaba era no poder concretar su idea al momento, pero aún había algo, acaso desconocido, que se lo impedía. ¿Tendría que ver con...?

XII

En casa de Justis, se libraba una cerval discusión acerca del mal que ocasionaban los libros en la mente humana. Claro que los padres de este chico, como gran parte de la sociedad, no eran sino gente ignorante, absolutamente adoctrinada para nunca cuestionar nada y vivir siempre bajo los mandamientos de matrix. Pero así eran todas las personas de este mundo, viles y estúpidos esclavos únicamente entrenados para consumir cualquier basura que los acercase a una falsa felicidad. Los seres que poblaban este triste planeta solamente estaban interesados en una cosa: dinero. Porque, en esta realidad asquerosa, aquel que poseía dicho elemento tenía derecho a ser poderoso y subyugar al resto, formando increíbles masas de zombis agrupados en lo que se conocían como rebaños. Este sistema era tan ridículo que era el único donde los gobiernos, las religiones, las compañías multinacionales y gente idiota como deportistas, cantantes y actores, entre otros, lo tenían todo y buscaban enriquecerse cada vez más. Y, paradójicamente, los rebaños, siendo superiores y pudiendo luchar para evolucionar, entregaban su libertad tan fácilmente que se tornaba impensable una rebelión.

La única manera de destruir definitivamente el nuevo orden mundial que se había impuesto desde hace eones, y del que siempre se hablaba como algo futurista, era mediante un verdadero despertar de la consciencia. Sin embargo, dado el extremadamente elevado nivel de estupidez que imperaba en las personas, tal utopía se reducía solo a eso: una trivial quimera de algunos locos excluidos de matrix. Pero rechazar el

mundo tan vomitivo en el que se veía obligado el ser a permanecer no era para nada una errata; al contrario, era un bello poema en medio de la malvada y perversa ambición que reinaba en la civilización de los monos parlantes. Sin otra escapatoria, sin ninguna batalla por la cual luchar, entonces solo quedaba el suicidio. Sí, solo eso restaría a aquellos quienes ya no podían soportar por más tiempo tan aberrante y funesto sistema. La libertad, de existir, debía hallarse en los apolíneos labios de la muerte, y el suicida que los besaba era quien conocía la verdad detrás del velo que tan celosamente le había sido ajeno en su ínfima humanidad.

-¡No más libros! ¡No más lectura! ¡No más ideas rebeldes! - vociferaba el padre de Justis.

-Los libros son lo único que tengo, ustedes jamás podrían entenderlo. Para mí, el mundo es terriblemente desagradable, mi único solaz y refugio es la lectura.

-Eso ya lo sabemos, hijo -afirmó la madre de aquél ávido lector-. No te estamos diciendo que abandones tus libros, solo que les des menos importancia. Nos gustaría que te centraras más en el mundo real y que no vivieras de tus quimeras.

-No son quimeras, yo no lo veo así. Madre, tú no comprendes la tortura que experimento al tener que percibir el mundo tal como es. Prefiero escapar un poco de este sacrilegio y refugiarme en los libros. Además, es algo que las personas ya no hacen, por eso este mundo está podrido, porque hace falta educación y cultura, lectura y progreso.

Sus padres realizaron una expresión de disgusto. Al igual que los demás integrantes del club, Justis se negaba a perder sus ideales. Añoraba ser filósofo, pero uno real y también trabajar como bibliotecario. Sin duda alguna, su pasión era estar entre libros, disfrutar de ese aroma tan peculiar lo enviciaba. Cuando fumaba hierba o inhalaba polvo, la lectura se tornaba en algo utópico, pues podía viajar y trascender dimensiones, imaginaba que era él mismo quien vivía todas aquellas aventuras y relatos que devoraba. Sus tiempos libres los pasaba de ese modo, drogado y leyendo. A veces, le parecía que podía leer sin siquiera mirar las letras. Particularmente disfrutaba de los ensayos filosóficos y se entretenía con

sus meditaciones propias. Últimamente, estaba pensando en otro tipo de libros recomendados por Filruex y Paladyx.

-Entonces podrías cambiar el tipo de lecturas que te fascinan tanto. El director dijo que tus libros van en contra de la disciplina impuesta.

-El director es un peón y un tonto -replicó Justis, que jamás temía decir lo que pensaba, al igual que Filruex-. ¿Qué puede saber alguien que aspira a convertir la escuela en una cárcel?

-Eso no es verdad, estás muy mal informado -dijo su padre en tono despectivo-. Ese señor solo quiere lo mejor para ustedes, pero los jóvenes son demasiado tercos y torpes para comprender. Dime, ¿de qué vivirás cuando termines la universidad? Ni siquiera me hago a la idea de qué podría trabajar un filósofo, lo que se necesita es gente productiva.

Los padres de aquel joven esbelto, de ojos negros como la noche, cabellos rizados, facciones refinadas, talante fuerte y piel bronceada, no podían comprender lo que pretendía su hijo. Su padre, un ingeniero mecánico, estaba totalmente convencido de que la ingeniería era el único modo en que la sociedad podía salir adelante. Se la pasaba estudiando libros sobre aplicaciones de la mecánica a la producción y su vida era el trabajo, donde pasaba casi todo el día, pues iba de lunes a sábado y, a veces, hasta los domingos medio día. Se le consideraba como un empleado de excelencia, pues siempre era el primero que entraba y de los últimos que salía. En verdad adoraba estar entre máquinas y tenía un salario decente. Últimamente estaba decepcionado porque tenía esperanzas de que su hijo estudiara mecatrónica o algo parecido, pero Justis optó por la filosofía. Siempre decía que los libros no enseñaban a vivir y que, por tratarse solo de invenciones, no servían de nada si no se les sacaba provecho en la realidad.

-No me interesa formar parte de una empresa como tú. Yo tengo otros planes, quiero aprender otras cosas; busco otro tipo de progreso, uno más espiritual.

-Esas cosas no existen, cuántas veces te lo he dicho. Todas las religiones y cualquier clase de espiritualidad es solo la expresión de la

debilidad del ser. Debemos enfocarnos en crear cosas, en construir y diseñar. Los filósofos jamás entenderán que todas sus reflexiones no sirven para mejorar el mundo.

-No tenemos por qué mejorarlo. Este mundo no cambiará jamás, no importa cuántas contribuciones se hagan por parte de la ciencia y la ingeniería. Este mundo está condenado a permanecer en este estado execrable, pues está hecho a la medida de sus habitantes. ¿Cómo podría existir un mundo mejor si las personas que lo habitan no son puras? Tenemos el mundo que merecemos, exactamente un reflejo de nuestra propia inopia.

-El que tú no quieras cambiar el mundo no significa que nadie más piense de la misma forma -argumentó su madre, una ama de casa que había abandonado su trabajo como enfermera para atender las necesidades del hogar-. Tu padre tiene la razón, debes de intentar cambiar esa forma tan absurda que tienes de pensar. Puedes comenzar por cambiar el tipo de libros que consultas y luego todo irá mejor. Entre menos te opongas al mundo, será más fácil que te sientas cada vez más cómodo. Todo lo que tienes que hacer es dejarte llevar, ver el lado positivo de las cosas, entender que el mundo es un buen lugar si ignoramos lo malo.

La madre de Justis se la pasaba mirando telenovelas y en el salón de belleza, pues, con los aumentos salariales de su marido, hacía tiempo que no movía ni un solo dedo. Todo lo que le interesaba era verse joven y disfrutar de la vida, eso siempre decía. En realidad, sus únicas preocupaciones eran enterarse de los chismes de la colonia, presumir los bienes materiales que creía realmente le pertenecían, divertirse y viajar. Justis la quería mucho, pero jamás podría aceptar aquella ominosa forma de pensar.

-No deseo sentirme cómodo en este mundo. ¿Qué ser sensato podría sentirse a gusto y conforme en él? Aquellos que defienden el modo de vida que impera son los únicos que deberían recapacitar y percatarse de la gran mentira que se les ha hecho creer.

-Y, aunque así fuera, ¿qué podrías hacer tú para cambiar las cosas?

-Nada, ciertamente nada. Como les dije, no mantengo mucha esperanza de que este mundo pueda cambiar, y es frustrante vivir así, pero, afortunadamente, tengo mis libros.

En eso Justis se parecía bastante a Lezhtik. Ambos compartían el pensamiento de que este mundo ya se había acabado, de que lo único que quedaba eran las cenizas de una sociedad en absoluta decadencia. La única solución que postulaban era el exterminio del humano en beneficio de una nueva raza, donde los seres fueran puros y perfectos. Ambos jóvenes eran bastante idealistas en sus concepciones, pero, por otra parte, tenían razón. Filruex y los demás integrantes del club solían decir que su pesimismo, a final de cuentas, no solucionaba nada, cosa que a Justis le tenía sin cuidado, pues siempre mantenía esa actitud negativa. Se enfrascaba en sus lecturas y eso era todo lo que le importaba, aunque, por otro lado, sí ayudaba a quienes se le acercaban. Particularmente, en su mente había quedado grabado el recuerdo de aquella ocasión en la facultad...

-¿De qué libro hiciste tu ensayo? Espero que no haya sido el mismo que el mío.

-¡Claro que no! En todo caso, tú fuiste quien me copió.

Dos jovencitas que siempre se sentaban juntas discutían en uno de los ratos libres que tenían en ese entonces en la facultad, implementados por el anterior director. Estos tiempos en que los estudiantes podían despejar un poco su mente y leer novelas cuidadosamente seleccionadas por el comité, que en ese entonces buscaba despertar un sentido crítico en los estudiantes, le fascinaba a Justis. Desde luego, muchos profesores se habían mostrado inconformes con tales lecturas y no veían con buenos ojos tales medidas. Creían que, en cualquier momento, las cosas podían salirse de control si a los estudiantes se les permitía tener libre elección con respecto a lo que aprendían.

-Pues yo lo hice de una libro sobre ficción juvenil, la verdad es que me encantó.

-A mí me fascinan los libros de superación personal, por eso escogí la tercera parte de una saga que he comprado desde hace años y que, evidentemente, es el mejor libro que he leído.

-Y tú ¿qué escogiste, Paladyx? -preguntó una de las jovencitas de la clase, que ciertamente parecía tener cierta predilección por la lectura y quería acercarse a Justis.

-Bueno, yo escogí el libro *El Nuevo Orden Mundial*, de Ralph Epperson -respondió Paladyx un poco desinteresada en hacer plática.

-¡Oh! Ya veo, jamás había escuchado de ese autor. A ti te gustan las cosas raras y exóticas -dijo la joven y se alejó.

-Y tú, Justis -preguntó nuevamente la misma chica estúpida que había interrogado a Paladyx-. ¿De qué es tu ensayo? ¿Qué libro usaste? Estoy ansiosa por saber tus gustos, quizás hasta te regale un libro.

-Te lo agradezco, pero no suelo leer cualquier tipo de libros. En realidad, me parecen absurdos y patéticos los textos de la mayoría. Considero que incluso la literatura está en decadencia debido a la extensa manipulación mediática que se ha cernido sobre el mundo. Por desgracia, las personas se sienten cómodas siendo parte del rebaño, siguiendo los patrones de la sociedad.

-Y ¿qué clase de cosas te gustaría que leyéramos? Todos somos distintos y tenemos gustos diferentes.

-En eso tienes razón, no estoy discutiendo ese punto. No quise sonar grosero o arrogante, es solo que, a veces, me causa un poco de molestia que se sobrevalore tanto a autores que escriben cosas tan vacías, en tanto poetas y escritores con verdadero talento mueren de hambre. Pero así es el mundo, siempre se aprecia lo banal y se desdeña lo sublime. Tal vez eso sea la verdadera naturaleza del humano: la mediocridad.

-No te preocupes, tú eres la persona que más lee aquí en el grupo, y quizás hasta en la universidad. Me parece correcto que pienses de ese modo, yo quisiera leer tanto y tan buenas obras como tú, quisiera descubrir por cuenta propia eso que mencionas.

-Bueno, te puedo recomendar algunos libros. De hecho, uno de los estudiantes del grupo conoce libros muy interesantes que me ha recomendado, incluso ensayos que ha escrito...

-Ah ¿sí? Y ¿de quién se trata? ¿Él escribe? ¡Eso es espléndido! Debe ser un genio, pues, además de ser filósofo, es escritor.

-De él justamente hice mi ensayo. Él conoce más libros que yo y de los más raros que te puedas imaginar.

En esos momentos Lezhtik apareció y saludó a Justis, aún no eran tan buenos amigos, pero ese día todo cambió. El momento de la clase acaeció y cada quién expuso sus ensayos. La intención de tal intercambio era promover la lectura entre los estudiantes, pues, de acuerdo con un estudio realizado hace unas cuantas semanas, muy pocos tenían tal hábito. Aún no se terminaban de poner de acuerdo los profesores sobre qué tipo de textos eran adecuados para los estudiantes de filosofía, pero la idea del viejo director era que cualquier tipo de lectura fuese permitido, dejando a consideración del estudiante la elección. Algunos profesores evidentemente se opusieron bajo el argumento de que era peligroso dar tales armas y esperar que nada ocurriese, que sería inadecuado conceder tan vertiginosa posibilidad de insurrección a los estudiantes. Por desgracia, con el nuevo director ya nada tenían de qué preocuparse esos mordaces opositores, pues la lectura se había convertido en un asunto del pasado.

-La obra que yo analicé se llama *Rebelión en la Granja* de George Orwell -comentó Lezhtik cuando su turno llegó.

-Muy bien, Lezhtik. Ahora bien, ¿alguien aquí conoce el texto? -inquirió el profesor al resto de los estudiantes, que parecían aburridos y desinteresados en cultivarse, como siempre.

Hubo solamente rostros de disgusto y de negación ante las inquisiciones del profesor. Aquellos aspirantes a filósofos no hacían más que cumplir con las tareas y los trabajos, dejando de lado sus propios intereses intelectuales. Así actuaban todos, con excepción de los rebeldes

pertenecientes al club de los soñadores, el cual comenzaba a resentir los primeros golpes bajos del nuevo orden.

-Parece ser que nadie lo conoce, entonces proceda a explicarnos su contenido.

-¡Yo sí lo conozco! -afirmó una voz entre la caterva de alumnos ahí reunidos, era Justis-. Sí, yo leí esa novela hace ya un tiempo y me pareció muy acertada, posiblemente no tan fantástica como se piensa.

-Así es -replicó Lezhtik-. En efecto, aunque planteada como una novela fantasiosa, me parece que refleja a la perfección la naturaleza de los humanos.

El profesor también conocía la obra; de hecho, era un asiduo lector. Por razones inexplicables, cuando el nuevo director tomó el cargo, este profesor lector decidió abandonar la facultad inmediatamente, como presintiendo la tragedia que se avecinaría sobre la universidad, donde el lavado de cerebros estaba por comenzar. Su nombre era el profesor G, un gran maestro, guía y amigo de los alumnos. Había conocido en su vida a jóvenes extraordinarios, era especialmente amigo de Lezhtik. Se dice que partió hacia un pueblo, donde ahora vivía apaciblemente cultivando su propio alimento y sin depender del dinero; y por supuesto, leyendo tanto como podía. Esto, ciertamente, se trataba de un mito, pues algunos otros afirmaban que había enloquecido y se había colgado en lo más profundo del Bosque de Jeriltroj.

-Entonces ¿se puede decir que los humanos eran los puercos? O ¿viceversa? -preguntó el profesor a los dos lectores, únicos interesados en algo que no fuese repetir patrones gastados.

-Quizás ambos eran complemento del otro -respondió Justis con presteza-. El poder hace de los seres unos puercos miserables, pero la falta de este rebaja al ser a un cerdo acondicionado que debe trabajar para poder sobrevivir y mejorar. De tal suerte que tener el poder y no tenerlo resulta en lo mismo, en una decadencia y una degradación. El hecho de querer poder es tan malvado y triste como el no tenerlo.

-Además, hay otro punto por resaltar -complementó Lezhtik-. No se especifica nunca lo que ocurre con el humano que abandona la granja. Seguramente, intentó reconstruir su poderío en otro lugar; el humano es así, aquello que resulta en vilipendio para él en un determinado sitio, busca retomararlo en otro, y así hasta su muerte. Es imposible que el ser no busque alguna especie de placer o de bien material, es algo innato en él, y por eso está condenado a ser puerco y hombre a la vez, a mediar entre ambos estados y, en ocasiones, a ceder ante alguno, sin abandonar su miseria nunca.

-Sin duda alguna, hay mucho por analizar. No esperaba que alguien actualmente recordase obras tan espléndidas como esas. Además, en su mayor parte han sido prohibidas, pero me da gusto saber que aún existen jóvenes que entienden. Esa es la esencia de todo, únicamente entender.

La clase finalizó y, en los ojos del profesor, podía atisbarse cierta melancolía trágica, como recordando épocas en las cuáles él se hallaba en una posición de rebelión, tal como la de los estudiantes del club. Algo parecía saber aquel profesor G, que a tantos alumnos había ayudado en el proceso de abrir su mente en las escuelas anteriores donde enseñó.

A partir de entonces, Justis y Lezhtik reafirmaron su amistad, para más tarde profundizar en tales charlas con Filruex y compañía. Así fue como transcurrió aquel periodo escolar. Justis quedó asombrado por la aceptación que tenían sus ideas entre sus nuevos amigos, pues eran los únicos a los que les interesaba leer. Y, asimismo, a él le asombraron los talentos que éstos tenían, especialmente quedó ensimismado con los dibujos de Emil, pues el arte para él era algo que amaba, pero no se sentía con la capacidad de poder algún día llevarlo a cabo. Siempre animaba al joven aspirante a pintor a continuar con sus obras, incluso cuando sus padres y profesores se lo prohibieron ferozmente...

-No discutiremos más este asunto. O te olvidas de tus libros inadecuados o te largas de esta casa en cuanto termines el periodo en curso -sentenció su padre con tono firme.

-Espero que rectifiques el camino, hijo. Date cuenta de que leer en este mundo no te llevará a nada, no podrás vivir de eso, tendrás que

comer y trabajar. Piensa en la oportunidad que les está dando el director, es una que no habíamos considerado y que puede corregir la decisión de haber estudiado filosofía. Más tarde, podrás reflexionar y cambiar el tipo de lecturas tan inadecuadas a las que ahora te aferras inútilmente.

Cuando sus padres se retiraron, Justis permaneció en la sala bebiendo café. Meditaba sobre las acusaciones de sus padres y, al mismo tiempo, llegaban a él como bombas todas las charlas con Filruex y Lezhtik, el pobre Emil y su ambición por dibujar, Paladyx y su anhelo de poder ser una auténtica clarividente y maga, y también del integrante que sustituyó a Lezhtik, Mendelsen, con su afición por la música verdadera. ¿Acaso ellos estarían atravesando algo similar? Al menos Filruex no tenía familia y no podían regañarlo, pero ¿los demás? No había persona alguna que pudiese entender que esta realidad era una blasfemia y que había cosas mucho más valiosas que lo material y lo laboral. ¿Acaso el ser estaba en esta experiencia terrenal para pasar sus días trabajando como esclavo y conformándose con un sueldo para satisfacer sus vicios y tener una falsa sensación de ser libre? El sueño terminó por vencer sus elucubraciones, un nuevo día le esperaba, donde tendría que soportar los progresivos abusos que se ejercían en la facultad.

XIII

Continuaba la misma situación en el presente de la facultad y de todos los involucrados. Tanto profesores como alumnos se sentían con cierta incertidumbre con respecto a los acontecimientos del fin de periodo, nadie sabía lo que aquella ceremonia depararía. Bien sabían que el club de los soñadores declarados fraguaba algo para revertir la opresión. El director lucía un tanto nervioso y se le veía ir de aquí para allá con sus dos perros

fieles, Irkiewl y Saucklet. Estos profesores de pacotilla no revelaban cuáles eran los planes que ejecutaría el tan odiado director por más que se les interrogase. Los demás profesores, por su parte, seguían acatando y aprobando todo lo que el nuevo orden dictaba. Sus salarios eran exuberantes en comparación con los de cualquier otro profesor, tenían prestaciones exageradas, bonos, vales, vacaciones, entre otras cosas, que cualquier burócrata ya quisiera; y todo era gracias al nuevo director. Solamente este señor, con todo su ingenio, pudo haber hecho tales modificaciones tan fructíferas para el cuerpo docente. Mientras todo esto se gestaba, Lezhtik caminaba en torno a la escuela, listo para otro día más de su infernal situación.

Lezhtik recordaba aquellos fragmentos que leyó en algún libro cuyo autor no podía recordar. Sin embargo, lo que sí recordaba era que se mencionaba a la impasibilidad como la forma en que el humano podía trascender. En aquel misterioso texto, se decía que el ser que hubiese logrado mantenerse imperturbable ante el bien y mal, el fuego y el agua, la tierra y el viento, la energía y la nada, la vida y la muerte, pues ese ser habría evolucionado. Hacía un tiempo que Lezhtik intentaba apegarse a dicha filosofía, pero le resulta intrincado sobremanera sostener tal actitud. Luego, abandonó esas elucubraciones para centrarse en una de las últimas pláticas que había tenido con su madre, la recordaba claramente...

-Tú ¿qué hubieras querido ser en vez de ama de casa?

-Eso ya no importa ahora, Lezhtik; esto es lo que soy. Pero, si pudiera elegir, me hubiese gustado ser aeromoza, pues siempre fue mi sueño viajar por el mundo.

-Ya veo, pensé que querías ser otra cosa.

-Quería ser y hacer muchas cosas. Tú sabes, cuando uno es joven tiene sueños e ideales que quiere cumplir a toda costa.

-Y luego ¿qué pasó? ¿Por qué abandonaste esos ideales que tanto querías cumplir?

-Bueno, las cosas pasan. Recuerdo que, cuando intenté entrar a alguna buena escuela, reprobé los exámenes. Creo que no era muy buena

estudiante, solo cumplía. Luego, tomé un curso como secretaria y a eso me dediqué. Con el tiempo, olvidé lo de aeromoza, sabía que era demasiado caro estudiar algo así.

-Y, mis abuelos, ¿no te apoyaron de algún modo?

-¡Qué más hubieran querido ellos! Sin embargo, ya te he contado en repetidas ocasiones la difícil situación por la que atravesamos. Fuimos siete hermanos en total, tus tres tías, tus tres tíos y yo. Tu abuelo siempre se las arregló para que tuviéramos lo básico, entonces todo era diferente.

-¿Cómo diferente? O ¿en qué sentido lo dices?

-En que, a pesar de la pobreza, podíamos ser felices, o al menos eso creo. Yo no me arrepiento de mi infancia. Crecí en esa familia, no sé si fue destino o casualidad el haber nacido ahí, pero así pasó. Y, como te decía, tus abuelos nunca habrían podido pagarme eso de aeromoza.

-Y ¿qué hay de mis tíos los más grandes? ¿Tampoco ellos te apoyaron?

-Claro que no. Ellos tampoco estudiaron, a excepción de tu tía la enfermera. Todos decidieron casarse e irse, hacer su vida muy aparte. Al final, solo quedamos tus dos tíos y yo. Todos partieron para luego regresar arrepentidos.

-Y tú seguiste el mismo camino, ¿no es así?

-Probablemente tienes razón. Yo trabajaba en ese entonces como bibliotecaria, luego como vendedora y así. En realidad, tuve muchos trabajos donde ganaba un sueldo miserable y era explotada. Luego, tu tía consiguió meterme al hospital donde llevaba ya un año laborando. Entonces recuerdo que me sentí muy feliz, me gustaba estar ahí.

-¿Por qué te sentías feliz? ¿Crees que la felicidad puede hallarse así de fácil?

-No lo sé, pero me sentía bien. Era quizá feliz, o no lo sé, pero al menos me gustaba estar ahí. Tenía vales, prestaciones, bonos, vacaciones, aumentos, etc., muchas cosas que se dan solo en el gobierno. Además, era

secretaria en el área de odontología y mi tratamiento de ortodoncia me salió casi gratis. El ambiente era bueno, salía temprano y no era pesado. Ciertamente, aunque sé que para ti sea tonto, puedo decir que me gustaba mi trabajo. Recuerdo tantas cosas, solía reír demasiado, tenía amistades y dinero.

Mientras la madre de Lezhtik recordaba esos años de su juventud con una gran ilusión, en sus ojos se observaba algo solo hallado en las personas cuando hablan de sus sueños rotos. Era la misma mirada del profesor G en aquella ocasión cuando hablaron sobre los libros, o la de Filruex cuando hablaba de su padrastro. También Lezhtik podía reconocer una especie de melancolía mal disimulada, un brillo que aún intentaba fulgurar a pesar de la inmensa obturación denotada por el devenir del tiempo que todo lo ensombrecía. Lezhtik reconoció en aquella nostálgica mirada los anhelos que esta realidad fatua había arrebatado de su madre, y no solo de ella, sino de las personas, de todo el mundo. Apuesto a que todos debían tener sueños, todos debieron tenerlos, era imposible que alguien no los tuviera. A final de cuentas, eran sueños falsos, materialistas, egoístas y basados en el dinero, pero, quizá si esa misma intensidad se enfocase en otro tipo de progreso, se conseguirían resultados espectaculares.

-Y entonces ¿por qué dejaste tu trabajo si era lo que decías que le daba sentido a tu vida? O, bueno, al menos así lo entiendo.

-Por tu padre y por ti. Pero no lo tomes a mal, era algo que debía hacer.

-Lo lamento, hubiese querido que no fuese de ese modo.

-No te preocupes, ahora ya nada se puede hacer. Verás, cuando tú naciste y creciste, absolutamente todo cambió. En un comienzo tu abuela te cuidaba, pero luego murió y entonces pasaste a ser cuidado por tu tía y tus primas. Sin embargo, surgieron una cantidad enorme de problemas y así prosiguió la situación hasta que hubo que tomar una decisión, al menos de mi parte.

-¿Te refieres a dejar tu trabajo?

-No había quién cuidara de ti y no teníamos opción. Yo pensé en una guardería, pero tu padre se opuso. Tuvimos problemas e, incluso, estuvimos separados un tiempo; luego él me buscó. Acordamos que yo dejaría mi trabajo y me dedicaría al hogar y a cuidar de ti; él trabajaría y aportaría todo el gasto. Tu abuelo jamás estuvo de acuerdo con esta decisión; nadie, de hecho. Todos me suplicaron que no dejara mi trabajo, que no cambiara lo que tenía sin pensarlo dos veces.

-Pero lo hiciste, decidiste regresar con él y vivir como hasta ahora.

-Así es, lo hice. No sé si fue lo correcto o no, pero ya nada se puede hacer para cambiar las cosas.

-Y ¿no has pensado en lo que hubieras logrado si hubieras decidido no abandonar tus sueños por mí? Quizá solo te estorbé, pero todos hacemos eso alguna vez.

-No digas tonterías, Lezhtik. Fue mi decisión y, en todo caso, nosotros quisimos tenerte.

-Y ¿acaso pensaron si yo quería nacer? Nunca se pone uno en esa posición, siempre se es egoísta al respecto. Y, sin embargo, no podemos elegir, o quién sabe. El hecho es que venimos al mundo por decisiones que no dependen de nosotros. Dudo que sea una forma justa de existir, aunque nadie sabe si verdaderamente estamos aquí por decisión o solo por azar. Yo hubiera preferido no nacer, así tú hubieras podido realizar tus sueños y mi padre también.

-Pero ya no tiene caso pensar en eso. ¿A qué quieres llegar con todo esto?

-A nada, solo tenía curiosidad. Lo que se me ocurre es que las personas cometen tonterías y echan su vida a perder. ¿Qué hace distintos a ciertos seres? Todo lo que se busca es vivir, según lo veo, estúpidamente. Nacer, crecer, estudiar, casarse, reproducirse, trabajar, envejecer y morir. Y, en todo ese proceso, también viajar, mirar televisión, preocuparse por tener un buen físico, comer en restaurantes caros, adquirir un automóvil y una casa, tener un buen puesto, entre otras cosas. ¿No crees que ya está muy gastada esa forma de vida? Y, sin embargo, es la que impera, las

personas la buscan y la adoran, es como si quisieran seguir los mismos patrones que los demás, como si nadie pudiera reflexionar y percatarse de que eso conlleva a una vida trivial.

-Bueno, todos pensamos diferente, no todo el mundo tendrá tus ideas. Además, cuando uno está joven, deja muchas cosas por tonto, porque está enamorado. A ti te pasará y espero que puedas mantenerte en tus cabales, pero llegará alguien que moverá toda tu cabeza. Tendrás que elegir entre estar con esa persona o seguir tus sueños, casi nunca se pueden conciliar ambas.

-No se trata de tener ideas diferentes; de hecho, casi nadie las tiene. No quiero que el mundo piense como yo, solo quisiera que pudieran ver más allá de lo que les ha sido inculcado, que se cuestionaran mejor las cosas antes de seguir el mismo sendero que sus padres y abuelos. Porque, de otro modo, lo mismo se repetirá formando un ciclo de imbecilidad. Posiblemente ese sea el inconveniente, que ya he perdido la esperanza en este mundo. Dudo mucho que a alguna persona le interese llevar una vida diferente, que se atreva a abandonar esta ficticia comodidad en donde tanto se parapetan de la verdad.

-En todo caso, yo también llevo una vida común, la he llevado desde siempre. ¿Crees entonces que nosotros, tus padres, somos como el resto del mundo?

-Al final todos lo somos, terminamos por disolvernó en la entelequia de nuestros propios miedos...

Lezhtik continuaba su caminata, solitario como siempre, recordando la sonrisa de esa señora que con tanta ilusión lo trajo al mundo. Se cuestionaba si la existencia era de algún modo inútil, siempre lo había sospechado así. Necesitaba platicarlo con alguien de confianza, alguien que pudiera aportarle ideas. Se cuestionaba si en realidad la vida tenía un sentido, por primera vez en toda su vida esa pregunta llegaba a su cabeza como un relámpago, con la intensidad abrumadora de lo insoportable. Esa sensación tan desalentadora que atisbaba en la mirada de las personas le indicaba que la mayor parte de las vidas humanas se tornaban, al fin y al cabo, intrascendentes. Se hallaba ahora frente a la puerta de la

universidad, avanzó hasta el edificio dedicado a la facultad de filosofía y entró. No tenía que asistir a la primera clase, había exentado el examen.

-Profesor, ¿estará en su cubículo en unos minutos? -preguntó a un señor que avanzaba con prisa hacia el sanitario.

-Sí, ahí estaré. Puedes pasar y tomar asiento si gustas, en unos instantes estaré contigo -respondió el profesor Fraushit, el más querido por Lezhtik tras la súbita renuncia y posterior desaparición del profesor G.

Fue así como Lezhtik entró en ese cubículo que le era tan familiar, pues otrora perteneció al profesor G. Miró por la ventana, observando a aquellos seres que asistían a la escuela más por obligación que por gusto. ¿Acaso eso tenía alguna especie de sentido? No lo sabía, simplemente comenzaba a sentir náuseas de la vida.

...

Mientras tanto, en un lugar lejano al cubículo del profesor Fraushit, se habían reunido todos los integrantes del club de los soñadores declarados. Los abusos ya habían colmado su paciencia, ya no podían esperar más. Tenían que actuar si querían salvar a la facultad de ese viejo canalla y sus dos perros. El problema radicaba en cómo lograr tal cometido. Había opiniones divididas y no lograban unificar un plan; además, estaban drogados y no razonaban adecuadamente.

-Yo digo que lo mejor es atacar directamente, tomemos la escuela y observemos qué pasa. Apuesto a que, durante el proceso, se nos unirán otros, convencidos de que tenemos la razón -arguyó Justis, un tanto precipitado.

-No creo que esa sea la mejor opción. No sabemos si los demás estudiantes nos apoyarán en el momento decisivo. Creo que solo podemos contar con nosotros cinco, y tal vez Lezhtik, pues los demás quizá no quieran rebelarse -expresó Paladyx mientras inhalaba algo de polvo blanco.

-Ella tiene razón -afirmó Filruex, claramente el más afectado por las sustancias-. No nos precipitaremos de esa forma. Si damos un golpe, que

sea uno certero y potente. Corremos el riesgo de ser abandonados por esos canallas que están tan a gusto con el nuevo orden a pesar de que sea una basura.

-Bueno, entonces no veo qué podamos hacer, quizá solo nos quede esperar a ver qué pasa. Necesitamos conocer qué está tramando el director, estoy seguro de que ya lo hemos hartado y buscará que nos expulsen a toda costa -afirmó Mendelsen, colocando su flauta en el pasto para darse otra buena fumada.

-Pues he ahí el problema, que no tenemos definido un plan de acción. Empero, estoy dispuesto a luchar por mis derechos y mi libertad -recalcó Filruex.

Todos guardaron silencio y nadie se atrevió a pronunciar alguna sentencia. Finalmente, Paladyx rompió el hielo y habló.

-Y ¿cómo vas con lo de tu beca? ¿Aún la tienes segura para el otro periodo?

-Eso es lo que me preocupa, estoy seguro de que el director hará lo posible para que me sea retirada. Si eso pasa, tendré que abandonar forzosamente la facultad.

-Pero no puedes irte así nada más -interfirió Emil, exaltado-. No entiendo por qué las personas que más aportan deben pasar por cosas así.

-Tranquilo, amigo. Es normal que en este mundo ese tipo de situaciones se den. Pero estaré bien; prometo que, pese a todo, no abandonaré mis sueños. Yo seguiré escribiendo poesía, tal vez hasta pueda recitarla en el transporte público y ganarme así algo, al menos para comer, tal como el periodo pasado.

-Como sea, todos nos vamos algún día, esa es la esencia de la vida. Todo muere o se acaba, sin importar cuán mágico o poderoso llegue a ser. Posiblemente, la muerte sea la única justicia -intervino Mendelsen.

Los demás reflexionaron y, tras un breve silencio, Emil tomó la palabra. Era peculiar cuando el aspirante a artista expresa su sentir, pues

sus comentarios siempre estaban matizados por una angustia insana y una imperante necesidad de expulsar sus más íntimos deseos.

-A mí me regañaron en mi casa, quieren que abandone el arte y que me centre en conseguir un puesto en la empresa que el director ha anunciado.

-A mí me dijeron lo mismo. De hecho, si no dejo la lectura de libros tan extremistas, podrían hasta echarme de la casa -dijo Justis en tono solemne.

-¡Qué curioso, esas fueron las palabras que mencionaron mis padres también! Parece que a todos nos fue igual, ¡ja, ja! -intervino Mendelsen, un tanto airado-. Pero de ninguna forma pienso abandonar la música, es todo lo que tengo.

-Supongo que, en realidad, es bastante común -expresó Paladyx, que, al igual que Filruex, no tenía como tal quién la hubiese reprimido.

-¡Así es, compañeros! No podemos confiar ni en nuestra propia familia, pues, al igual que los profesores y demás gente del mundo, ya han sido absorbidos por este sistema. Sus mentes ya están programadas para funcionar y pensar del modo en que la élite lo desea; en pocas palabras, son meros zombis.

-De hecho, tienes razón, Filruex -exclamó Mendelsen-. Y, aún hay más, pues estos zombis evidentemente lucharán para preservar lo que los destruye. Tal pareciese que el ectoplasma que los mantiene es la estupidez. A todos los que nos opongamos a ellos, solo nos espera una vida de lucha y decepción. Es, quizá, la gran farsa del mundo el creer que el ser puede tener justicia y libertad.

-Pero ¿qué podemos hacer? -interrumpió Paladyx, nerviosa-. No quiero vivir en un mundo así, no nací para ser sometida a trabajos forzosos o a realizar cosas que no quiero tan solo con el subterfugio de recibir un sueldo y poder pagar los placeres y vicios que los humanos tiene en su mayoría.

-Además ¿qué hay de malo en el arte, la música, la literatura, la poesía o las artes ocultas que hacen que el mundo rechace a los que aspiran a practicarlas? -preguntó Emil, temeroso y a la vez molesto.

-Nada, absolutamente nada hay de malo -contestó Filruex, pensativo.

-Tal vez sí haya algo -afirmó Justis levantándose y sacudiéndose, pues estaba ya algo afectado por lo que había consumido-. Nosotros somos la principal amenaza, nosotros los que pensamos diferente y buscamos algo más allá de lo que complace a la gran mayoría. Y las actividades que realizamos incitan a la curiosidad, la creatividad y la imaginación. Y eso no es bueno para un sistema totalitario en donde incluso la iglesia y el gobierno son solo sombras del verdadero poder que yace oculto y parapetado bajo el dinero. Otros son los que manejan los hilos del mundo, nosotros somos los peones de los peones.

-Incluso se ha buscado estupidizar y ridiculizar esas actividades -exclamó Mendelsen, colocándose sus lentes negros tan distintivos-. Por ejemplo, cada vez hay más música basura y supuestos cantantes que exhiben lujos y mujeres. Por desgracia, a las personas parece atraerles eso. Por otro lado, en el arte y la literatura, se admiran obras sin sentido, que no busquen despertar un sentido crítico, que solo entretengan y que no representen una expresión del espíritu en sí. Finalmente, en la poesía ya ni siquiera se incita a que las personas se involucren en ello, de tal suerte que muy pocas editoriales, según tengo entendido, se atreven a brindar la oportunidad de publicar este tipo de creaciones fantásticas.

-Eso es exactamente lo que Lezhtik siempre decía -dijo Paladyx, sin poder olvidarse de aquel joven extraño-, y es una gran verdad. Además, mientras se tengan entretenimientos que mantengan dormidas a las masas, no se corre el peligro de un despertar.

-Como el fútbol, el sexo, el dinero, el entretenimiento y el materialismo -recalcó Justis, un poco mareado-. Mientras el humano tenga esto, nunca se levantará en armas. En tanto pueda siempre recibir y mantener su actitud pasiva, se mantendrá al margen abrazando falsas concepciones de felicidad. Lo que debe hacerse es incitar a las personas a

otorgar, a crear, a aportar algo en vez de solo recibir. Ahí yace el dilema: los humanos solo absorben las estupideces que la sociedad les atasca y no están interesados en dudar y crear.

-Ni hablar de la religión y la televisión, cuya principal labor ha sido la desinformación, ilusionando a las personas con reinos celestiales o ciencia ficción -arguyó Filruex, emocionándose con la charla-. Este sistema está diseñado para hacer que las personas olviden sus sueños, que busquen conformarse con una vida absurda. Los seres de hoy anhelan tan solo tener un carro del año, una casa bonita, viajar a lugares caros, vestir a la moda, ocupar gerencias y direcciones.

-Y todo para que se repita el mismo ciclo absurdo: nacer, crecer, reproducirse y morir -sentenció Mendelsen-. Casi nadie se atreve a romper el esquema, todos buscan casarse y tener hijos, e incluso se sienten agradecidos con sus empleos donde son explotados y se conforman con una supuesta felicidad brindada por el exterior.

-Pienso que, esencialmente, ser feliz solo puede venir del interior, y todo aquello que no cumpla con eso está vacío -expresó Emil.

Se produjo nuevamente un silencio estrepitoso, las nubes anunciaron la presencia de una llovizna próxima. A lo lejos, se podía escuchar el griterío de los estudiantes, seguramente sintiéndose felices en aquel acondicionamiento. Nada había que pudieran hacer esos cinco muchachos rebeldes para intentar convencer a los demás de que su forma de vivir era estúpida, lo cual conllevaba a una existencia sin sentido. En sus mentes, como en una extraña concomitancia, pensaron al mismo tiempo que se sentían atrapados en un mundo tan fútil que la vida misma no merecía ser vivida. Luego, se limitaron a una sola idea, en la cual englobaban su frustración hacia una sociedad decadente y enviciada de mundanidad:

-No tiene caso, ellos jamás lo entenderán...

XIV

Por otra parte, Lezhtik se hallaba conversando con el profesor Fraushit. Le agradaba poder expandir sus ideas con alguien que podía entenderlo. Al menos, así no se sentía como un alienado cuando hablaba de conspiraciones y teorías raras. De hecho, el profesor Fraushit había comentado una vez a Lezhtik que él mismo se había dado a la tarea de cazar masones en su juventud. Dicha tarea, por cierto, le costó más de lo que esperaba, pues, inclusive, llegó a estar preso tras haberse enredado con algunos políticos de alto rango. Sin embargo, a pesar de todo, el profesor Fraushit nunca renunció a su libertad y, quizá por ello, era rechazado constantemente en la universidad. No le asignaban nunca las materias que pedía y su opinión era la menos tomada en cuenta por las autoridades académicas. Con el paso del tiempo, la imagen que se creó de él fue la de un pobre viejo loco obsesionado con las sociedades secretas y las tablillas sumerias, cosas de las que siempre hablaba cuando denunciaba una élite que manipulaba a los gobernantes de los países para mantener el control desde las sombras.

-¿Cómo le ha ido, Lezhtik? Hace ya tiempo que no se daba una vuelta para conversar un poco.

-Pues ya ve usted, profesor. Con las últimas modificaciones en la facultad, ya no hay tiempo de nada.

-Sí, estoy al tanto de tales abusos. Por desgracia, no se me ha permitido entrometerme. Además, ya estoy viejo para esas cosas. Pero ustedes, los jóvenes, son los que deben luchar por un mundo distinto.

-Eso es lo que pienso, pero es complicado. Las personas no quieren escuchar, se aferran a ser controlados.

-Y no querrán, eso ni lo dude. Transmitir un mensaje como ese es una locura. El sistema ha trabajado bien los cerebros humanos, sumiéndolos en un estado casi vegetativo. Lo mismo está pasando aquí, pero paulatinamente.

-Ya lo creo. Es asombroso como los estudiantes han aceptado las condiciones impuestas por el nuevo director.

-No es tan raro, puesto que hay compensaciones. ¿No ha usted visto lo que se le ofrece a cambio de su libertad? ¿En qué escuela había usted observado que se les permitiera beber y jugar videojuegos? Ese tipo de distracciones representan la decadencia del conocimiento.

-Y ¿por qué entonces se le permite al nuevo director implantar todo eso?

-Porque ha convencido al mandatorio de la educación nacional de que es lo correcto. Él dice que una disciplina es fundamental, pero combinada con ese tipo de situaciones que ya conoces. Yo pienso que es solo una fracción del envilecimiento: primero se crea un ambiente estresante, se fastidia la mente y se aturden los sentidos, todo con el fin de obnubilar la capacidad de respuesta; luego, se brinda la oportunidad de despejarse, esto se logra induciendo al sujeto a un estado hipnótico en el cual disfrutará someramente de alguna clase de entretenimiento. En pocas palabras, se acondiciona al humano para que, poco a poco, sucumba ante la opresión y llegue a aceptarla y hasta a defenderla.

-Y ¿por qué se busca eso? Es lo que aún no me queda claro.

-Poder, la ambición más peligrosa que puede tener un humano. No es bueno que las personas conozcan la verdad, que puedan ver todo lo que otros vemos. Lamentablemente, están la religión, el alcohol, el sexo y el fútbol. Y, si eso lo combinas con una explotación vil representada por una jornada intensa de trabajo que será remunerada para conseguir los elementos antes mencionados, se llegará a crear una especie de conformismo y de satisfacción vomitiva en las personas. Con el paso del tiempo, olvidarán cómo y cuándo entraron en ese ciclo insulso, del cual ya no podrán ni querrán escapar. Posteriormente, se casarán y tendrán hijos a los cuáles no cuidarán y envenenarán transmitiéndoles sus absurdas costumbres y pensamientos; y éstos perpetuarán el gran error de sus progenitores realizando lo mismo con su descendencia. Así, el humano subyugado y dormido jamás se rebelará. Ellos lo tienen todo bajo control, es improbable que podamos vencerlos, son demasiado poderosos y ocupan

posiciones importantes en todos los ámbitos: político, económico, militar, deportivo, educativo, religioso, etc.

-¿Quiénes son ellos? No entiendo a quiénes se refiere y por qué habla como si fueran dioses.

-Porque prácticamente lo son. Sabes, el profesor G siempre me platicaba de estos asuntos. Muchas veces le prohibieron hablar con los alumnos de esto, pero siempre se rebeló, pues su naturaleza era la lucha. Lo único que le importaba era poder abrir las mentes de sus estudiantes, pero muy pocos lo escuchaban con atención, todos decían que estaba loco y que ya debía de retirarse. Yo era su gran amigo y él decía perseguir e investigar el rastro de una antigua raza de seres que ahora tenían como súbditos a una secta muy peligrosa, una que se alza sobre los hombros de los seres y que todo lo ve, sin importar cuánto se le evite. Su nombre jamás me lo rebeló el profesor G, parecía que le preocupaba bastante pensar que esos seres pudieran llegar a dirigir la universidad; eso sería un desastre, en sus propias palabras.

-Entonces ¿usted cree que el nuevo director...?

-No estoy seguro. Y, aunque así fuera, nada podríamos hacer. Tiene el apoyo de las autoridades y, de alguna forma, logra siempre lo que quiere.

-Ya veo, parece algo triste y precaria nuestra situación.

-Sí, y empeorará, téngalo por seguro. Ya verás cuando salgas de aquí y tengas que ser explotado en una empresa, dirás adiós definitivo a tu libertad y a tus sueños.

-Sí, eso ya lo sé. Ciertamente, me encuentro pensativo sobre eso. Me aterra y enferma la idea de tener que pasar todo el día encerrado en una empresa realizando cosas irrelevantes. Pero dígame, profesor Fraushit, ¿usted sabe algo acerca del viejo director?

-No más de lo que tú sabes. Lo conocía muy poco, solo platicamos en ámbito de compañeros laborales. Sin embargo, me parecía que era un buen hombre y que tenía buenas intenciones.

-Sí, a mí también -dijo Lezhtik mirando por la ventana y preguntándose si realmente era cierto todo lo que había escuchado.

-Todo lo que te puedo decir es que un día no se le volvió a ver, sencillamente desapareció y nunca se supo su paradero. Aunque, ahora que lo recuerdo, hay una historia que una vez escuché por ahí, pero nada seguro.

-¿De qué historia está hablando usted?

-No me hagas mucho caso, pero se dice que, en realidad, enloqueció cuando vio como un hombre se transformaba en reptil.

-¿Un hombre en reptil? ¿Qué clase de historia es esa?

-Le dije que seguramente no me creería, es natural. No sé mucho al respecto, pero eso se dice. Según se cuenta, el director salía de la facultad ya muy de noche debido a las diversas actividades que tenía y los proyectos en que estaba enfrascado. Estaba preocupado porque las autoridades no lo veían con buenos ojos dado que había rechazado sus últimas propuestas tachándolas de innecesarias. Se sentía perseguido por alguien o algo, eso solía decir. Como sea, aquella noche, antes de partir, decidió alejarse un poco hacia la orilla del bosque de Jeriltroj, quizá para meditar un poco. Entonces, unos ruidos extraños lo sacaron de su concentración.

-Y ¿quién le contó esa historia? Todo suena demasiado lúgubre.

-Ya te has de imaginar, desde luego que el profesor G. Él fue el último que habló con el director; esa misma noche, de hecho. Empero, dada la irrealidad de su relato, fue tomado como otro loco y por mucho tiempo se sospechó de él como el presunto asesino.

-Y luego ¿cómo fue que terminó aquel relato?

-Según recuerdo lo que me contó el profesor G, lo que aconteció después es que el director no prestó atención a aquellos gruñidos. Dio media vuelta, y quizás así hubiese estado mejor, pero era demasiado curioso, así que regresó y, guiado por los inhumanos quejidos, se adentró

cada vez más en el bosque hasta llegar a una zona en la cual no pudo reconocer el camino de vuelta. Una vez ahí, ocurrió la tragedia.

-¿Qué clase de tragedia? ¿Ahí desapareció?

-No, claro que no, alcanzó a contarle los hechos que te estoy relatando al profesor G. Lo que ocurrió fue sumamente atroz, pues, entre arbustos bastante voluminosos, había un agujero no muy profundo, como si algo hubiese caído del cielo. El director no era temeroso, y, sin pensarlo dos veces, se deslizó por ese agujero. Una vez dentro, se asombró al percatarse de que, en realidad, se trataba de la entrada a una nave de naturaleza extraterrestre. Descubrió planes de dominación mundial, técnicas de hipnotización y manipulación mental, estrategias para absorber almas y procesarlas, tecnología que parecía dedicada al almacenamiento masivo de información y en donde parecían estar contenidos números que representaban a todas las personas del mundo. Todo eso y más pudo observar el antiguo director.

-¡Qué interesante! Jamás pensé que algo así pudiera ser cierto.

-El hecho es que para él lo fue. Y lo peor estaba por venir, pues, dentro de la nave, escuchó cómo alguien penetraba en ella; de hecho, eran dos. Hablaban una lengua que jamás había conocido, con sonidos sumamente distintos a los producidos por el humano. Escondiéndose en un rincón, vio aquello que lo llevó a la locura. Uno de aquellos seres, en apariencia humanos, se rasgó la piel y mostró su verdadera forma: tenía toda la esencia y el cuerpo de un reptil.

-Y ¿qué pasó? ¿Acaso esos seres lograron verlo?

-No lo notaron inmediatamente, sino que pudieron sentir sus pensamientos y oler su miedo, al menos así lo describió. Antes de ser descubierto, pudo mirar que aquellos seres cuyo traje era la apariencia humana, parecían fortalecerse del miedo y de todas las emociones negativas que hay en las personas. Por esta razón, requerían que los humanos vivieran bajo opresión y sujetos a vicios y entretenimientos mundanos, esto también les proporcionaba placer y energía. Cuando fue descubierto, corrió a toda velocidad hacia la facultad, sin saber si lo

lograría. Por lo que contó, aquellos seres estaban hambrientos de energía humana y habían elegido a la facultad como el lugar donde se alimentarían. Nada de esto fue alguna vez dicho abiertamente, y esa noche, al regresar a su oficina, el director le contó todo al profesor G, quien escuchó atentamente. Una semana después, no se supo más de él. Todo lo que queda es el recuerdo de su hermosa corbata azul con barquitos rojos que tanto le gustaba.

-No sabía esa historia oculta, ahora veo que el director andaba en cosas muy raras.

-En realidad, fue circunstancial, o solo una casualidad, nadie sabe. Él argumentó haber visto eso y más, mucho más. En su delirio, se atrevió a decir que esa raza de reptiles quería apoderarse del planeta entero. Dijo que primero se encargarían de atontar a la gente, más tarde eliminarían a los pocos sobrevivientes que se levantasen en contra del acondicionamiento.

-Es una teoría interesante. Con todo lo que me ha contado, y lo que he visto, no suena tan inverosímil.

-Así es, parece ficción en primera instancia, pero más tarde te percatarás de que la verdad es más evidente e intrigante de lo que crees.

-Entonces nadie lo ha vuelto a ver, ¿cierto? ¿Qué le pasó al profesor G? Tengo entendido que también se fue.

-Al director nadie lo vio de nuevo, nunca se halló su cadáver para afirmar que efectivamente se había suicidado o que había muerto. Era un hombre solitario, no tenía familia ni tampoco muchos amigos, su único pasatiempo era la filosofía. Él creía que era mejor verlo así: no como algo que se debe estudiar, sino como algo que se puede estudiar y que, hacerlo, produce un cambio en el estado de ánimo. En cuanto al profesor G, tengo entendido que se retiró para continuar con sus insanas investigaciones en el campo de las civilizaciones y las razas antiguas. Algunos afirman que lleva una vida muy tranquila leyendo y sembrando sus propios alimentos.

-Ya veo, suena un poco extraño para mí. Ciertas cosas no encajan bien en la historia. Dudo mucho que los supuestos hombres-reptil no

hubiesen alcanzado al director, así como el hecho de que inmediatamente después de su desaparición haya aparecido el nuevo director totalmente aprobado por las autoridades, las cuales, por cierto, hicieron caso omiso a la desaparición y dieron por cerrado el asunto. Además, nadie fue a registrar el lugar donde estaba la supuesta nave, según sé.

-Sí fueron, pero no encontraron nada. Fue como si todo hubiese desaparecido de un día para otro. No había rastro de la supuesta nave, los hombres-reptil, la agenda de control mundial ni nada por el estilo.

-Entonces ¿todo fue efectivamente un engaño?

-Tengo mis dudas, en especial con este nuevo director.

-¿Usted cree que podría ser un hombre-reptil?

El profesor se desternilló ante tal afirmación y luego se puso serio.

-Prefiero reservarme mis comentarios al respecto. Ya sabes, uno nunca sabe lo que puede pasar. En este mundo, ya cualquier cosa es posible, incluso la ficción más quimérica.

Lezhtik se mantenía dubitativo al respecto, particularmente con lo de la corbata de barquitos. De algún modo, recordaba que alguien en algún momento algo de eso le había comentado. Entonces recordó a Emil, él había sido. En una ocasión, de las tantas veces que solía espiar la oficina del director, le pareció haber visto dicha corbata pendiendo de un gancho, como si estuviese oculta entre un saco viejo que nunca le había visto al nuevo director. En aquella ocasión, Lezhtik no prestó mucha atención, pero su subconsciente sí lo había captado y ahora lo traía a su mente; bien es sabido que el subconsciente jamás deja escapar algo, capta absolutamente todo. De hecho, es éste el que conforma un noventa por ciento de todo el ser. El profesor Fraushit interrumpió sus cavilaciones:

-Entonces ¿qué es eso de lo que me quería hablar? La otra vez en el pasillo me comentó de un tema que lo estaba distrayendo.

-Cierto, entre todo este discurso ya lo había olvidado. No sé muy bien cómo explicárselo, pero he sentido que el mundo está perdiendo su sentido, al menos para mí.

-Bueno, eso tiene mucho que ver con la decadencia en que se halla la sociedad.

-Eso creo. El hecho es que, durante los últimos meses, las personas me parecen vacías y sin nada qué hacer aquí. Dudo que tengamos una razón para existir, pues solo observo gente con ataduras y anhelos materialistas.

-Y aún no ha visto nada, todavía aquí en la facultad no se encuentra, o, mejor dicho, se encontraba, tan marcada esa fútil condición. Cuando salga al mundo laboral querrá huir al percatarse de que la estupidez humana no tiene límites.

-A usted ¿le pasó algo similar? ¿Cómo es que puede estar tranquilo sabiendo esto?

-Creo que a todos nos pasa, el punto está en el grado en que uno acepta el mundo. Los rebeldes como nosotros y tus compañeros del club no suelen durar mucho tiempo vivos; por una u otra razón, su final es trágico. Aun así, no se debe vivir con miedo, es natural el que alguien con tus inquietudes existenciales se percate del sinsentido en que se vive hoy en día, aunque, de cualquier modo, todo es irrelevante.

-¿Todo es irrelevante? ¿También la filosofía, el arte y la literatura?

-Sí, también eso. Hasta la actividad que se considere más sublime, no deja de ser humana. La ciencia y la magia se tornan concepciones infantiles si pensamos en el universo y su vastedad, ¿no cree? Piense un poco en esto: ¿qué posición ocupamos en el cosmos?

-Pues somos menos que nada, según sé. De hecho, creo que hay más galaxias que personas.

-Exactamente. Conocemos nada del universo, y, a la vez, no sabemos nuestro origen ni tampoco hacia dónde vamos ni cuál es nuestro fin. Tampoco ha habido avances sustanciales en cuanto al entendimiento de la mente ni a la curación de enfermedades. Pero se festeja el enviar robots al espacio cuando miles mueren de hambre aquí. ¿Puede ser más absurdo el mundo?

-Vivimos distraídos de lo fundamental. Hemos dejado que la ciencia y la tecnología sean controladas y usadas para beneficio de los poderosos, de tal suerte que existen multimillonarios que acaparan todo y, aun así, se piden donaciones a los pobres. Tal pareciese que existe cierta línea a partir de la cual se divide la sociedad, y los pobres tenemos que cargar con los más pobres, sin afectar a los que se hallan encima de esa línea. El principal elemento del mundo parece ser la falta de equidad y de conciencia. Lo que más falta hace son hospitales y escuelas, tener auténtica cultura y educación. Si eso se brindase, muy posiblemente todos los demás males cesarían.

-Tiene usted un pensamiento peculiar, Lezhtik, pero no sé cuántos más habrá allá fuera que tengan esa conciencia. Por desgracia, existen los distractores que le comento, eso imposibilita y anula la reflexión. Primeramente, deberían caer la religión y el gobierno para restar poder a los de más arriba, luego nos podríamos ocupar de ellos. Pero abrir mentes no es fácil, casi nadie quiere escuchar, solo se busca seguir lo inculcado, aunque sea una falacia. Es más fácil estar vacío, así ni se cuestionan cosas ni se es curioso. Vivir con estas preguntas y con esta inconformidad no es la naturaleza de los humanos; en cambio, sí lo es repetir el mismo error una y otra vez. Reproducirse debería estar prohibido, traer otro ser al mundo en las condiciones actuales es una clara muestra de la pobreza intelectual y espiritual.

-Y ni hablar de la explotación y la esclavitud, de las deudas y las enfermedades. Todo parece como un complot, tan bien diseñado para embobar mentes y amasar fortuna y poder. La pregunta sería: ¿quiénes o qué está detrás de todo esto?

-Si usted lo supiese de verdad, ya estaría muerto. Hay teorías y nombres, familias y personajes que salen a la luz como los fraguadores de este teatro; empero, los auténticos fraguadores de esta vida caricaturesca y absurda se parapetan entre los más ocultos rincones. Estos seres no darán la cara, ni siquiera en defensa propia, y la confusión en torno a ellos aumenta considerablemente la dificultad para ubicarlos. Lo único que le puedo decir es que, si quiere investigar, un buen indicio es que comience

por los bancos centrales y las religiones, ahí está gran parte del sostén que brinda poder a esta cleptocracia.

-Posiblemente, la existencia sí tenga un sentido, pero el humano mismo se ha encargado de ofuscarlo con su trivial forma de vivir. De cualquier modo, pienso que da lo mismo morir ahora que en veinte años, pues nada habrá cambiado para ese entonces, solo se habrá postergado el sufrimiento.

-Concerniente a esos temas existen autores y libros que seguramente le interesaría leer. Por desgracia, tales libros fueron prohibidos en la facultad y en toda la ciudad.

-¿De qué libros está usted hablando? Yo jamás he escuchado de autores tales.

-Es natural, le digo que fueron prohibidos hace tiempo.

-Y ¿cuál es la razón de su prohibición? ¿Son tan malos?

-No lo sé realmente. El director anterior quería que los estudiantes los leyeran, pero las autoridades los vetaron de todas las librerías y espacios; aquí no fue la excepción. Con la llegada del nuevo director, está más que seguro su exterminio. Solo una persona aquí he conocido que ha logrado robar unos cuantos ejemplares, se trata de tu amigo Filruex.

-Ah, ¡sí! Recuerdo que una vez me comentó sobre unas lecturas prohibidas que lo mantenían bajo un dulce sufrimiento.

-Sí, así suele ser. Puedo ofrecerle algunos, pero debe ser cuidadoso. Si alguien le observa leyéndolos, aquí o fuera de la facultad, será remitido a las autoridades concernientes.

-¿Tanto alboroto por unos libros? Pues ¿de qué son?

-Justamente libros que desdeñan la vida y alaban la muerte, cosa absolutamente contraria a los fines de este sistema. No es bueno que las personas sientan que la vida no tiene un sentido, pues dejarían de consumir y de adorar las falacias que se les han enseñado como verdades.

-Nunca en mi vida había escuchado eso. ¿Está seguro de que son reales?

-Lo es, pero ha quedado reducido al olvido dada la crítica que hicieron de la civilización moderna.

-Y ¿cuál es realmente la razón de que tales autores estén vetados?

-Simple: que pensaron lo mismo que tú.

-¿Que la vida no tenía sentido? ¿Que el mundo es una miseria?

-Tú juzgarás cuando los leas. Hay algunos ejemplares que, según sé, están aquí en la facultad; se les encerró en la oficina del director. Nadie se atreve a preguntar por ellos ni a mencionar tales autores.

-Quisiera poder leer esos textos y averiguar cómo esos seres pudieron soportar una vida como esta.

-Yo los leí todos en su momento. Puedo decirte que ocasionaron en mí un fuerte impacto, pero no se trata solo de leer, sino de entender. Mira -dijo el profesor Fraushit sacando un enorme fajo de papeles amarillentos que guardaba en un viejo estante-, este es un pasaje que el anterior director escribió, pude obtenerlo gracias al profesor G que me lo confió antes de irse. Tal parece que estaba escribiendo un ensayo o algo por el estilo. Según sé, en sus últimos días se la pasó recluido en su oficina sin beber ni comer, solo escribiendo cosas extrañas.

No era adecuado que las personas pensaran que sus vidas eran absurdas. Si esto pasaba, se podía llegar a una crisis mundial. Es menester que los seres entiendan esta realidad como significativa. A través de las distracciones y de los entretenimientos viles, se obnubila la posición filosófica y crítica. Así, los humanos creen que sus vidas tienen un sentido gracias a sus familias, a sus hijos, nietos o esposas; basan su sentido en otros seres, no recuerdan que solos hemos venido y que así mismo nos iremos. Por otra parte, también adjudican el sentido de sus vidas a casarse, al amor humano que es efímero; o, mejor aún, a los bienes materiales, al poder y la riqueza. Estos monos parlantes no entienden que todo lo que aquí creen valioso es, en realidad, solo una ilusión que puede interactuar con el cuerpo terrenal; nada saben estos perros blasfemos acerca de la espiritualidad o la intelectualidad. Han convertido la ciencia en la

herramienta de destrucción por excelencia, han falseado y ensuciado la divinidad que yace en el espíritu. No sé, lamentablemente, cómo poder combatir a aquellos que han impuesto tal sistema, ni tampoco creo poder despertar a los que lo han aceptado irremediablemente.

-Parece que quería dar a entender un mensaje, o así lo siento - expresó Lezhtik.

-Sí, quería quizás abrir mentes. Siempre luchó por los derechos de los estudiantes y de los profesores también, y, si algo le molestaba, era la injusticia.

-Muy bien, profesor, me ha dado gusto conversar con usted. Por desgracia, debo ya retirarme, mi próxima clase comienza en quince minutos. Y, como usted sabe, si llego tarde, algo malo pasará.

-Sí, claro. Me emocioné tanto con esto que ya ni recordaba que tenía que irse. Adelante, haga lo mejor que pueda para resistir. ¡Aún hay esperanza, no lo olvide!

-Gracias. En verdad lo intentaré, hasta pronto.

Y así, Lezhtik se retiró un tanto más tranquilo a su clase, pues, al menos, había alguien en la universidad con quien podía contar. No obstante, el hartazgo de existir en un mundo tan repugnante comenzaba a afectar su cabeza, alterando demencialmente las formas exteriores de su realidad tangente. La idea del suicidio surgía en su cabeza y no lo dejaba en paz ni un solo momento. Parecía ser lo único viable en una sociedad tan repugnante plagada de zombis, y pensaba que tendría que recurrir a él más pronto de lo que se imaginaba. Había perdido todos los deseos de vivir y experimentaba un profundo desasosiego al considerar que aún era joven y tendría que soportar muchos años más tal sacrilegio existencial. Lo mejor era matarse tan pronto como fuera posible, si tan solo...

Los hechos repugnantes continuaban en la facultad. Los estudiantes cada vez protestaban menos, parecían haber olvidado esa actitud ofensiva que alguna vez tuvieron. Y, a decir verdad, muchos nunca la tuvieron, simplemente buscaban, anhelaban internamente ser subyugados. Y, entre estos zombis, estaban aquellos para los que el nuevo orden representaba un deleite. Antes, les parecía no encontrar su camino en la escuela, ahora todo era distinto. Ya no se realizaban ensayos ni críticas, todo se limitaba a copiar en el cuaderno las notas del profesor. Estaba prohibido cuestionar si eran o no correctas, se tomaban como una verdad absoluta, algo parecido a una religión. El adoctrinamiento que estaban recibiendo era terrorífico, y nadie buscaba ya detenerlo; al menos, casi nadie. Se había logrado lo primordial: que los estudiantes aceptaran inconscientemente las medidas opresivas como una forma de obtener placeres. De tal suerte que la hora de los videojuegos, el viernes de alcohol y baile, las pantallas enormes en el patio, el nuevo modo de estudio donde la mente no se utilizaba y demás conformaban el escenario perfecto para un conglomerado de imbéciles que saldrían y adorarían la basura en que se había convertido la sociedad.

Ciertamente, estaba por completarse lo que aquel director desaparecido tanto había temido: que los estudiantes perdieran para siempre sus sueños y sus opiniones. En contraste, el nuevo director argumentaba estar preparando y formando a los jóvenes para una vida laboral, hasta les había conseguido ya trabajo y sentía merecer la admiración de todos. Decía que, si lograban adaptarse al nuevo orden, podrían ser más felices y productivos. Lo importante no eran las convicciones individuales de los seres, sino lo que tuvieran que hacer en la sociedad. No interesaba si alguien tenía algún talento o aspiración diferente a los de la mayoría, solo importaba ser productivo y contribuir a que el sistema continuara fortaleciéndose. El gran truco estaba en hacer que los sujetos sometidos a tan alterada realidad ni siquiera se percatasen de lo que se hacía con ellos. Se les hacía creer que eran libres, que podían vivir en paz, que sus creencias y sus ideales eran propios; empero, todo había sido impuesto en ellos desde su nacimiento. En el caso de aquellos rebeldes, había que someterlos o eliminarlos lo más pronto posible, pues

se corría el riesgo de que pudieran organizarse y despertar a los que ya estaban hipnotizados. Fuera de la universidad, tristemente, la situación descrita era todavía más evidente.

Los días habían transcurrido sin tregua, el final del periodo estaba a nada, a unas cuantas semanas; cuatro, específicamente. Los trabajos finales agobiaban a los estudiantes, acostumbrados ya a la enorme carga de labores en esta época. Sin embargo, era aún más complicado esta vez, al menos en el sentido cuantitativo; no importaba la calidad, sino la cantidad. Entre más voluminosos fueran los trabajos, mejor se les evaluaba. Desde luego que esta nueva forma de evaluación no buscaba medir las habilidades o el razonamiento de los estudiantes, sino únicamente hacer que trabajasen como esclavos sin cesar, que buscaran incrementar más y más el contenido de sus proyectos, aunque no tuvieran el más mínimo sentido. El director solía decir que así estarían preparados para el mundo laboral, donde pasarían sus días realizando monótonas labores, pero recibiendo estupendos salarios por ello. Precisamente en la cuarta semana, antes de que todo terminase, comenzaron a ocurrir hechos inexplicables, como si alguien quisiera eliminar a ciertos alumnos.

-Y ¿cuánto debemos darte para que toques lo que queremos?

-La cooperación es voluntaria, no tengo una tarifa. Como ustedes evalúen mi talento, así deberán pagarme. Ciertamente, ni siquiera debería de cobrarles, pero no tengo otra fuente de ingresos.

Mendelsen se había colocado en la cercanía de la universidad con su distintiva guitarra. Tocaba las melodías que le eran indicadas a cambio de unas monedas. Había hecho esto desde que inició sus estudios, era una forma en que se apoyaba para sus gastos. Últimamente no le iba tan bien, los estudiantes cada vez se interesaban menos en un loco con música extravagante. Además, se les había prohibido recalcadamente participar en las actividades de los integrantes del club de los soñadores declarados. A pesar de todo, las dos jovencitas escucharon atentamente la interpretación y, al terminar, dieron una buena suma a Mendelsen, que casi no se lo creía. Prosiguió tocando hasta que tuvo hambre y decidió que iría a comer a la cafetería de la facultad. Como siempre, encomendó a

Emil que cuidara de sus instrumentos hasta que regresase de comer. A cambio, Mendelsen lo defendía de todos los que lo molestaban por su complexión enclenque. Sin embargo, esta vez fue diferente, pues, cuando regresó, solo encontró a Emil golpeado, de sus instrumentos no había absolutamente pista alguna.

-¿Qué demonios ha pasado aquí? ¿Te encuentras bien, Emil? ¿Quién ha sido el canalla que hizo esto?

-No fue uno, fueron tres. No estoy seguro de saber quiénes eran. Lo único que te puedo decir es que son fuertes y altos, llevan trajes elegantes y lentes oscuros. Parece que no pudiesen hablar, actúan como autómatas y su piel es más pálida que la ordinaria.

A Mendelsen le pareció peculiar y, a la vez, atemorizante aquella descripción. ¿Dónde había escuchado eso? ¿En qué sitio? ¿En qué pasaje? ¿En qué situación? No podía recordar por más que intentaba. Decidió abandonar tales elucubraciones banales y ayudar a Emil, quien apenas y podía sostenerse en pie, al pobre le habían roto el labio y quizás algunos dientes.

-Lo lamento tanto, no pude hacer nada para proteger lo que más amas.

-No te preocupes, Emil. Ya no hables ni digas nada, estás muy lastimado. Lo único importante ahora es que sigues con vida. Tú quédate aquí, contactaré a los demás para que nos apoyen.

Mendelsen entonces contempló con horror la cruda realidad. Intentó que algunos compañeros los apoyasen, pero todos pasaban de largo. Era extraño, como si fuesen invisibles o no existiesen. Lo ignoraban, esos malditos imbéciles no prestaban atención a sus súplicas. Pero ¿por qué? ¿A qué se debía tal comportamiento hostil hacia ellos? Si bien es cierto que antes los miraban con recelo y extrañeza, ahora sus miradas reflejaban un recalcitrante odio.

-Es por los carteles -afirmó Emil con las pocas fuerzas que le quedaban-. Apenas ayer los pusieron. Yo tampoco sabía, pero debe ser por eso.

-¿Qué carteles? ¿De qué demonios estás hablando?

-Sí, fue ayer... Mira allá... Si te acercas un poco más, podrás visualizarlo mejor.

Mendelsen hizo lo indicado por Emil y descubrió lo que estaba pasando. Se habían tomado, finalmente, las medidas pertinentes para deshacerse de ellos de una vez por todas. Lo más grave no eran las acusaciones contra ellos, sino que estaba avalado por las autoridades que estaban por encima del director. Se señalaba a cinco estudiantes, a saber, los integrantes del club de los soñadores declarados. De todos se decía que solo eran unos drogadictos, malvivientes y holgazanes sin remedio. De Filruex decían que era el jefe de los bribones, una especie de falso mesías que se creía poeta. De Justis, que era un extremista rebelde que había profanado los libros prohibidos e incitaba a la gente sana a cometer las locuras que leía. De Paladyx, que era una adicta a la cocaína y asidua practicante de brujería y magia negra. De Emil, que ridiculizaba a los profesores realizando dibujos en sus clases. Y finalmente Mendelsen, que estaba citado como un vagabundo que se pasaba los días perdiendo el tiempo con su música infame.

-¿Qué clase de estupidez es esta? Seguramente es obra de ese viejo demente del director. Esta vez ya nada me interesa, voy a darle su merecido y a terminar con esto ahora mismo.

-¡Espera, no vayas tú solo! Te meterás en problemas. ¿Por qué no contactamos primero a Filruex y a los demás?

-No hay tiempo, debemos actuar en este preciso instante.

Como si el azar estuviese a favor de aquellos desamparados en ese justo momento, Paladyx apareció precipitándose sobre Mendelsen.

-Tienen tu guitarra y tu flauta, yo los vi. Son fuertes y extraños, tiene un aire violento.

-¿De quiénes hablas? ¿En dónde están?

-De los hombres de traje y lentes oscuros. Parece que están dispuestos a partir en pedazos tus instrumentos, será mejor que te

apresures.

Sin pensarlo dos veces, Mendelsen prácticamente voló hacia el lugar donde Paladyx le dijo haber visto a los misteriosos sujetos por última vez. Corrió tanto como pudo, hasta que se detuvo frente a sus instrumentos musicales, o lo que quedaba de ellos, pues estaban pulverizados, hechos trizas.

-Pero ¿por qué? ¿Acaso hay algo de malo en la música? -gritó al aire, creyéndose solo en las orillas del Bosque de Jeriltroj.

Repentinamente. tres sujetos, tal y como los había descrito Emil, aparecieron y miraron furtivamente a Mendelsen, sin hacer gesto alguno o expresar alguna palabra. Mendelsen los miró con desprecio, estaba acumulando todo su odio. Convencido de que éstos singulares hombres ataviados de negro habían sido los destructores de lo que más adoraba, se lanzó contra uno de ellos airado sobremanera, impactando uno de sus puños contra el rostro del gigante.

-¡Apuesto a que eso no te lo esperabas, maldito! Ahora ya has conocido mi fuerza.

Emil corría junto a Paladyx para encontrarse con Mendelsen, algo en sus pensamientos le indicaba de un inminente terror. Aquellos seres, si acaso pudiesen ser llamados humanos, habían inquietado en demasía los atrofiados sentidos del joven pintor. Sabía que algo anómalo e insalubre se parapetaba tras esos trajes elegantes y esos lentes oscuros, algo que probablemente no pertenecía a esta realidad.

-¡Vamos! ¡Debemos darnos prisa, Paladyx! Yo estaré bien, por ahora todo lo que importa es alcanzar a Mendelsen.

-¿Por qué estás tan preocupado, Emil? Yo pienso que puede cuidarse solo.

-No es por eso, es solo que en esos sujetos había algo muy raro, algo que no puedo explicar, sino solo sentir. Me atrevería a decir que ni siquiera eran humanos, pero no estoy seguro.

-¡Qué cosas dices, Emil! No deberías de espantarme así. Aunque, si eso es cierto, mejor démonos prisa, quién sabe qué le podría pasar a Mendelsen.

Justamente éste se hallaba ensimismado al caer en cuenta de que su golpe no había surtido efecto. De hecho, apenas y había logrado desplazar un poco la cabeza de aquel gigante pálido. No hubo la más mínima señal de sangre ni un gesto de dolor. Mendelsen intentó golpear nuevamente, ahora en la región del estómago, pero fue detenido y sostenido por el cuello. Sus pies colgaban y se agitaban furiosamente, buscando un escape, una posibilidad de evadir el destino infame que le aguardaba. A pesar de sus enconados esfuerzos, poco a poco iba perdiendo fuerza.

-¡Suéltame, maldito! ¡Alguien, ayúdeme! -gritaba el músico que ahora estaba siendo estrangulado por quién sabe qué clase de seres.

Por más golpes que arrojaba, nada parecía afectar al gigante de los lentes oscuros, tan elegantemente ataviado. Además, se habían alejado lo suficiente de la facultad como para que alguien viniese en su auxilio, estaban en una parte muy lejana del Bosque de Jeriltroj. Con gran horror, Mendelsen contempló cómo todas sus ilusiones se desvanecían, a lo lejos percibía el canto terrible de la muerte. Podía mirarse en un lugar donde no existía otro ruido que el de sus instrumentos. Recorría cada uno de éstos y podía, de algún modo, hacer que vibrasen con tan solo pensarlo. Era como su mayor sueño, podía tocar todos a la vez, crear melodías jamás imaginadas ni pensadas, hacer música y nada más. Una sucesión de eventos se desencadenó en su mente, revelaba su gran intención, la de crear una melodía tan perfecta que pudiese curar cualquier enfermedad, fuese física o mental.

-¡Hasta aquí llegan tus sueños! ¡Dile adiós a todo! -comunicó una mente a la de Mendelsen, quien experimentaba por primera vez la telepatía.

-Pero ¿por qué? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Nuevamente, los pensamientos llegaron a su cerebro de un modo distinto al común, el de la comunicación oral. Aquellos seres pálidos y

enormes parecían comunicarse de ese modo.

-Eres un peligro para el sistema. Tú, Mendelsen, serás exterminado por mostrarte hostil ante el holograma. Representas una inconsistencia en la programación de la realidad. Tú y los demás rebeldes no acatan las órdenes y los preceptos de la maquinaria, por ende, su existencia es un peligro. No podemos permitir que puedan despertar a otros, pues ocasionarían una desgracia en el nuevo orden.

-Y ¿qué es lo que hemos hecho? ¿Qué pecado hemos cometido para merecer tal suerte? -expresaba con dificultad Mendelsen, en tanto trataba de liberarse del agarre del hombre de traje negro y fuerza sobrehumana.

-Aún no lo comprendes, aquellos que han despertado no pueden ya continuar en este mundo, denotan una inestabilidad en la común entidad. El sistema no está diseñado para permitir tales inconsistencias, por lo tanto, nosotros debemos deshacernos de ellas. No se trata de un pecado, tan solo de una inexactitud. Ya no pueden ustedes ser parte de esta realidad, deben ser excluidos de la sociedad para no correr riesgos innecesarios. Los seres humanos que logran liberarse del velo que les ha sido impuesto, esto es, que han logrado una interrupción del programa de acondicionamiento que les ha sido cargado y consolidado tras su nacimiento, ya no nos son útiles. Nosotros necesitamos gente que consuma, que no se cuestione, que no se oponga ni se rebele a lo que dice la televisión y la radio. Necesitamos personas que se endeuden, que compren cosas innecesarias, que pasen sus vidas en una empresa, que añoren materialismo, placeres carnales y dinero. Por eso les damos violencia, desnudos, espectáculos, deportes, les brindamos todo para que su estancia en la falsa realidad sea natural, imperceptible. Y ustedes corrompen nuestro orden con su creatividad y su imaginación, perturban los ideales de nuestra raza, atentan contra los principios del moldeamiento. Ustedes que han rechazado la religión artificial y el consumismo desmedido, que buscan la espiritualidad y que no han abandonado sus sueños e ideales supremos, que realizan actividades execrables como la poesía, el arte, la literatura, la lectura y la búsqueda del conocimiento, que han entendido que la ciencia y la tecnología son controladas y usadas para enriquecer a los ricos y empobrecer a los

pobres, para crear enfermedades y todo cubrirlo con entretenimientos superfluos. ¡Ustedes son los que no deben existir más si queremos que nuestro dominio perdure!

Mendelsen ya casi no podía respirar. Sentía como todo se desvanecía, incluyendo aquellos sueños que jamás abandonó. Recordaba cómo era su vida antes, cuando no había opresión, o quizá siempre la hubo, pero no la notaba. Sus ojos ya casi se cerraban, estaba a punto de desaparecer ese joven con sueños tan beatíficos y valerosos. Sin embargo, antes de cerrar los ojos, pudo atisbar en aquellos misteriosos centinelas del ojo algo que no había notado hasta ahora. Realmente eran autómatas, algo se lo indicaba. Sus palabras no provenían de ellos mismos, esa telepatía provenía de un lugar más profundo, más ininteligible. No lo comprendía, así como tampoco entendía la realidad ominosa de la cual era irremediablemente partícipe. Podía, pese a todo, sentirse abrumado en sus últimos respiros, una agonía tremenda lo invadía. Era horrible sentir eso que le parecía estaba en su cabeza, en la de todos, en todos lados; observaba todo, nada se le escapaba, lo podía ver todo. Una especie de visión apareció ante él, se podía mirar a sí mismo siendo absorbido por un gigantesco ojo fulgurante; esa cosa efectivamente podía presenciarlo todo.

La realidad no era algo natural, sino una simulación muy bien configurada. Sus programadores eran desconocidos para la mayor parte del mundo, quizá no eran humanos. Ahora, en el momento de su muerte, lo entendía. Ahora sabía que el mundo era una farsa, algo diseñado para absorber los espíritus de las personas a cambio de entretenimientos mundanos. Las personas adoraban su perdición y su encarcelamiento intelectual y espiritual, y protegerían a costa de lo que fuese su estúpido modo de existir. Aquellas últimas palabras que escuchó con la mirada mortecina provenían de una sabiduría inconmensurable que se manifestaba en su mente, no de esos seres misteriosos. Desgraciadamente, era demasiado tarde para vivir, demasiado pronto se terminaba la melodía de su existencia, ahora partía hacia lo desconocido.

-Bien, ya está hecho-comunicó telepáticamente uno de aquellos gorilas al otro.

-Y ¿qué hacemos con el cuerpo? ¿Lo desintegramos o lo arrojamos por ahí? Eso no nos lo explicaron -respondió el otro de la misma forma.

-Podría serle de utilidad al jefe para el laboratorio y las pruebas, o podríamos vender sus órganos.

-Apuesto a que sí, este tipo de especímenes no se encuentran tan a menudo. Sería interesante llevarlo para analizar su cerebro y hallar la falla.

-A veces pasa que algunos se salen de control. Existen sujetos en los cuáles el acondicionamiento no se completa; y, en casos más excepcionales, aunque se complete, es rechazado increíblemente. Lo que quiero decir es que el individuo logra adquirir consciencia de la simulación que es su propia realidad, enfrascada en la pseudorealidad universal y artificial en la que se mantiene atrapado.

-Quizá necesite mejoras el holograma. Ya ves lo que ha acontecido, y hay más como este.

-Sí, pero ya nos encargaremos de ellos. Uno por uno irán cayendo, ya lo verás. Mientras el director siga generando miedo y opresión, tendremos energía ilimitada.

-Cierto, tal vez estamos exagerando. Si eliminamos las amenazas, será más que suficiente. De cualquier modo, rediseñar el sistema de la realidad envilecida resultaría demasiado complejo.

-Esperemos que nunca sea necesario. Alguien viene, será mejor desaparecer.

-Y ¿qué hacemos con el cuerpo entonces? ¿Lo desintegraremos o lo llevamos?

-Déjalo ahí. Veremos cómo reaccionan, y luego los perseguiremos de nuevo.

En un santiamén, aquellos seres infames abandonaron el cadáver de Mendelsen, aquel joven rebelde que ya nunca más podría volver a componer melodía alguna. Se esfumaron entre ciertos árboles de hojas

frondosas, abriendo una especie de portal y vomitando una materia verdosa y espumosa que calcinó el sitio donde cayó.

-¡Mendelsen! ¿Estás bien? ¡Respóndeme, por favor! Dime que no es cierto lo que estoy pensando. ¡Por favor, despierta!

Paladyx sostenía a Mendelsen entre sus brazos mientras Emil observaba aterrado la cruenta escena. Aquel magistral músico ya no podría nunca más volver a componer tan fantásticas melodías, ese que tan solo quería crear e innovar, recitar pasajes, convertir el arte en sonido, en uno que pudiese ayudar a curar las enfermedades. Paladyx, en el fondo, era la única a la que Mendelsen le había contado esa parte de su vida en una ocasión...

-Entonces ¿solo tocas música para distraerte? ¿Es lo que más amas? ¿Todo lo que tienes?

-En parte sí -respondió Mendelsen pensativo-. La verdad, Paladyx, es que tengo motivos mucho más profundos.

-Y ¿de qué se trata? Podrías contarme, si no es indiscreción.

Aquel día Paladyx y Mendelsen se hallaban solos en el Bosque de Jeriltroj, probando algo de buen ácido para distraerse. A Mendelsen le atraía sobremanera Paladyx, pero ésta solamente hablaba de Lezhtik. Todo el tiempo recordaba la inefable sensación que había experimentado al rozar sus labios. A veces, rompía en llanto ante la frustración de sentirse tan rechazada por el único hombre que quería. Ante esto, Mendelsen había decidido no intentar algo, pues también admiraba a aquel muchacho escritor al que solo conocía someramente.

-Te lo contaré solamente a ti, a nadie más se lo he platicado. Quiero que me prometas que lo mantendrás como un secreto entre nosotros.

-Desde luego que sí. Anda, dime de qué se trata.

-Bien, todo comenzó hace ya unos años. Yo tenía un hermano menor al que quería demasiado, pero él tenía cierta incapacidad mental. Mis padres lo detestaban, decían que era de sangre sucia. Yo era quien cuidaba de él, siempre trataba de entenderlo y le enseñaba lo que creía

conveniente. De algún modo extraño, podía aprender y hacer cosas que las personas comunes no; aprendía cifras gigantescas de memoria, números telefónicos, combinaciones. En mi estupidez, intenté convencer a mis padres de que era especial, pero fallé.

-Y luego ¿qué pasó? ¿Acaso él...?

-Sí, eso pasó. Hubo un día en que mi madre, cansada de tener que lidiar con aquel vegetal, decidió no ir a recogerlo al colegio. Yo estaba muy ocupado, intentado perfeccionar cierta composición musical que se me había dificultado, nunca imaginé que se regresaría solo.

-Lamento que haya sido así, en este mundo todo es trágico.

-Sí, así es. Resulta que él, al ver que nadie llegaba, decidió regresarse solo. Se había ubicado bien, ya casi lo lograba, pero... todo fue culpa de unos imbéciles. Unos sujetos, hijos de empresarios millonarios, manejaban ebrios por la tarde. Y ese día el maldito azar quiso que su auto se encontrara con mi hermano. Cuando llegué al hospital ya era demasiado tarde, ya su cuerpecito yacía tieso en la camilla. Y el aliento de vida lo había abandonado demasiado joven.

-Y ¿qué hicieron tus padres? No puede ser que se hayan alegrado ante tal suceso.

-Nada, se limitaron a fingir que la pérdida les había afectado. En el fondo, creo que una gran carga les fue retirada de las espaldas. Yo era el único que lo quería sinceramente, tanto que le hice una promesa. Cierta día, comencé a mostrarle mis composiciones, y recuerdo que le ocasionaban una gran emoción y placer. Tengo la teoría de que escuchar mis melodías lo aliviaba un poco de su retraso, pues, cada vez que terminaba de tocar para él, se mostraba más creativo. Decía que mi música lo inspiraba a ser curioso y que activaba ciertos elementos que en su cabeza no funcionaban adecuadamente en condiciones normales. Mi promesa hacia él fue que algún día crearía una melodía que lo curase por completo. Ahora todo lo que me queda es intentar ayudar a las personas, tratar de curarlas mediante mi música.

-¡Qué triste! Jamás pensé que algo así hubiese pasado en tu vida.

-No te preocupes. Quizá la naturaleza de este mundo es la tristeza. Pero sabes, cuando mi mente se centra en la música, en los sonidos que producen esos instrumentos y en las composiciones que hago, siento que mi hermano está ahí, que ríe, que aún vive. A final de cuentas, ¿qué culpa tenía él de haber venido al mundo en esas condiciones? En cada melodía que compongo puedo verlo sonreír y siento que lo curo, que puedo curar los corazones rotos de cada persona que sufre en el mundo.

-Este mundo es miserable. Aquí todo es dinero, todo es una basura. Las personas están vacías, carecen de conciencia, sentido y existencia.

-Así es, tan cierto como yo lo pienso. Y, por eso me uní al club con Filruex; él es distinto del resto, él sabe de la estupidez que impera. Nosotros entendemos y vemos el mundo en su blasfemia, pero la mayoría no. Es inútil, tal vez, tratar de mostrar a las personas otra perspectiva.

-Tienes razón, es inútil -murmuraba Paladyx mientras los colores se deformaban ante sus ojos-. Ahora que lo pienso, la existencia misma lo es. Con Lezhtik siempre conversaba sobre ello y terminábamos llegando a la misma conclusión, claro que eso era cuando él todavía aceptaba mi compañía. En fin, no cabe duda de que estás lleno de secretos, Mendelsen.

Tristemente, en este mundo de ajetreo y vicios, las personas han aceptado con los brazos abiertos la miseria que les ha sido preparada. Prefieren aferrarse a una cotidianidad estulta y una normalidad nauseabunda en lugar de intentar descubrir nuevos horizontes. Tales eran los pensamientos que Mendelsen y Paladyx compartieron aquella tarde mientras consumían lo que ellos denominaban las sustancias divinas. Y, aunque el excelente músico estaba plenamente enamorado de la joven clarividente y maga, ella solo recordó, durante el resto de la tarde, esos labios inefables que tanto añoraba saborear nuevamente. Al fin, se recostó en el pasto mientras Mendelsen tocaba algo de sus sublimes composiciones. Y, sumida en un estupor reconfortante mientras sus pupilas se dilataban y su ritmo cardíaco disminuía, imaginaba que Lezhtik era el origen de todas las distorsiones y desvaríos que podía concebir en su estado alterado.

XVI

En el Bosque de Jeriltroj se habían reunido los demás integrantes del club de los soñadores declarados para conversar sobre la muerte de Mendelsen, a la que, por cierto, nadie prestó atención en la facultad. Temían que los ataques de los centinelas del ojo continuasen y que en las próximas semanas algo más pasara, que otro muriera. Pero, tal vez, nada podía hacerse para evitar el irremediable y trágico final de aquellos ilusos que se atrevían a darle la contra a tan poderoso y abrumador sistema.

-Todavía no puedo creerlo, ¿cómo es que hemos perdido a Mendelsen? Sabía que pasaría, pero fue demasiado rápido y atroz -dijo Emil, consternado y afligido en extremo.

-Pues yo no lo creo así, sabíamos que esto iba a ocurrir. En esta lucha que llevamos estamos peligrosamente en la mira de esos bastardos -exclamó Filruex con la vista centrada en los restos de los instrumentos musicales que pertenecieran a Mendelsen-. Así que deja de llorar Emil, no es momento para ello.

-¿Qué planes tienes ahora, Filruex? ¿Qué se supone que haremos? -cuestionó Justis, dejando de lado las lamentaciones.

-La verdad es que ninguno. He estado pensando que este lugar ya no es seguro para reunirnos.

-Pero ¿qué lugar sería seguro? -cuestionó Paladyx, histérica-. Seguramente a donde vayamos seremos observados. El gran ojo lo mira absolutamente todo y a todos, nada se le puede ocultar a esa inteligencia diabólica y colosal, su iluminación lo cubre todo.

-Tienes razón. Probablemente, lo mejor será que nos dividamos. Si permanecemos juntos, nada bueno resultará. Debemos continuar haciendo lo que amamos para no aparentar temeridad. Ya se acerca el fin del

periodo y yo tengo algo preparado, algo especial que podrá acabar de una vez por todas con esta opresión, o eso espero. Necesitaré alejarme un poco, estas semanas no los veré, pero prometo que regresaré con la solución más evidente, cueste lo que cueste.

Así fue como aquella efímera reunión culminó. Nadie sabía a qué se refería Filruex con la solución más evidente. Todos creían que se trataría de alguna clase de documento que avalase el despido del director. O, tal vez, incluso pruebas de quién era en realidad el asesino del anterior director o algo por el estilo. Decidieron esperar, a final de cuentas, ya casi terminaba el periodo. Mientras tanto, pese al riesgo que implicaba, continuaron y acentuaron sus actividades. Emil realizaba dibujos cada madrugada, Paladyx practicaba la clarividencia y Justis devoraba más y más libros. Por otro lado, Lezhtik continuaba con sus escritos, ensimismado en sus proyectos y sin relacionarse con nadie. La nueva semana llegó y, con ella, un nuevo olor a muerte, uno que buscaba obviar el arte.

-Ya casi no hablas con nadie, Lezhtik. ¿Sabes? Antes eras distinto. Paladyx siempre dice eso, pero yo creo que tienes tus razones -mencionó Emil emparejándose con el joven de los ojos tristes al salir de la escuela.

-Pues no tengo mucho qué decir. Todo continúa del mismo modo, sigo trabajando en mis proyectos.

-Eres escritor, ¿cierto? Nadie aquí en la facultad se había atrevido a hacerlo.

-Sí, escribo algo, pero no se lo digas a nadie más. En realidad, solo lo intento, no soy bueno. Además, con las tareas tan repetitivas que dejan, ya casi no hay tiempo.

-Sí, lo entiendo, así suelen ser las cosas. Supongo que todo está enfocado para que no perdamos el tiempo en cosas inútiles.

-Para ellos todo lo que hacemos no sirve de nada, nuestro fin será ser solo autómatas que busquen diversión y entretenimiento.

-Como los demás, ¿no crees? ¿Ya has visto cómo pasan las tardes del viernes? Parece que tan solo esperan ese día para aliviar su miseria. Entonces, cuando finalmente llega, se apresuran tan pronto como sea posible sobre el salón de juegos. Les fascina el billar y los juegos de azar, además de los videojuegos. Se embriagan para olvidar todos los abusos y sienten que esa fútil recompensa lo vale todo, aunque el lunes volverán nuevamente a su estado natural, a su realidad absurda.

-Bueno, no es tan raro. Tú ya sabes que eso es lo que la mayoría de las personas hacen. Últimamente he pensado que todo conlleva a un absurdo, y la forma en que los humanos vivimos nos hunde cada vez más, pero es menester que no nos percatemos de ello.

-Y ¿quiénes son los que buscan controlar el mundo? ¿Acaso tú realmente lo sabes?

-No, ni yo ni nadie lo sabe verdaderamente. Solo te puedo decir que todo está ominosamente labrado de este modo, pareciese como si una mano ignota hubiese trazado el destino de la humanidad en un papiro de aberrante composición.

-¡Ah! Es que yo no he leído tanto como tú. Pero he buscado quién me recomiende buenos libros. Y la verdad es que no quiero leer lo que actualmente recomiendan en la facultad.

-Esos libros son basura -replicó Lezhtik en tono sarcástico-. Te digo, si quieres leer algo interesante, piensa en qué cosas sonarían demasiado locas para que fuesen tomadas en serio por la gran mayoría. Te recomendaré algunos textos cuando haya leído lo que me comentó el profesor Fraushit.

-El profesor Fraushit ¿te dio libros? He escuchado que es el único que aún conserva unos cuantos de los que se prohibieron.

-Sí, él me ha otorgado uno de sus más preciados libros. Al parecer, no es adecuado que las personas elucubren sobre el sentido de sus vidas, podrían caer en cuenta de la verdad horripilante.

-Y ¿cuál esa verdad?

-Como te digo, no tiene mucho que comencé mis investigaciones en esos campos. Aunque la verdad es que considero que la existencia humana no tiene ningún fin, pero, en cuanto haya absorbido más ideas, te las contaré. Te admiro por tus dibujos, eres un buen amigo.

Lezhtik se alejó, partió hacia su hogar, donde seguramente se refugiaría en sus escritos. Era lo único que le hacía olvidar por unos momentos el absurdo que representaba la existencia para él; sin embargo, ni siquiera estaba mínimamente consciente del destino que le esperaba. Por otra parte, Emil se dirigía igualmente hacia su casa. Se sentía complacido tras su plática con Lezhtik, más cuando este mencionó el asunto de los dibujos. Para Emil, dibujar representaba más que una mera actividad creativa, ponía su alma en cada lienzo; su arte era apocalíptico, extraño, demencial. También por eso no se animaba a hacerlo público, temía lo que sus padres o profesores pudieran decir. En el club lo habían animado a realizar una exposición, pero no se sentía confiado para ello, aunque, tras las palabras de aquel joven de hermosos ojos tristes, ese que tanto le cautivaba, que observaba siempre y espiaba, se sentía con la voluntad de hacerlo. No había más tiempo que perder, ya estaba decidido, llegando a casa juntaría sus mejores lienzos y los presentaría en unos días. Y, con el apoyo del club, todo sería más fácil.

-Ya estoy de vuelta, ha sido un día pesado -exclamó al llegar a su humilde hogar-. ¿Está alguien ahí?

Le pareció muy extraña la situación, algo hostil se filtraba por sus narices, algo inaudito y desdichado podía percibirse. Se detuvo y permaneció en silencio, se sentó y estuvo a punto de mirar una nota sobre la mesa cuando, subrepticamente, sus ojos se empaparon de un cerval escenario. La nota parecía un mensaje de auxilio. Y, conmocionado, se dirigió hacia el patio, pero lo que observó lo fulminó. Ahí, en el patio de su casa donde otrora solía imaginarse como un gran artista, yacían sus padres empalados. Se quedó impávido, sin saber cómo reaccionar. Podía sentir coraje y a la vez miedo, todo se mezclaba; imaginaba el sufrimiento por el que habían tenido que pasar aquellos dos seres que tanto se oponían a sus sueños. Entonces, en el suelo, observó un símbolo peculiar, uno que también había atisbado en el lugar donde muriese Mendelsen,

pero que le parecía era más producto de su imaginación. Se trataba de una especie de caimán o lagartija devorándose a sí misma por la cola. No tuvo tiempo para hallar su significado, pues llovían papeles, se trataba de sus dibujos. Se esparcían por los aires y caían sobre los cadáveres de sus muertos padres. Eran los trozos de todos sus lienzos destruidos los que recogía mientras se hallaba aún en trance.

-¿Por qué? ¿Quién lo ha hecho? -vociferó con rabia y temblando.

-El arte es un peligro, todo lo que haces es impedir el nuevo orden, pero eso tú ya lo sabías -respondió un hombre vestido de negro y con la piel opaca.

-¡Ustedes, los recuerdo muy bien! ¡Son los mismos que acabaron con Mendelsen y su música!

-Tienes buena memoria, lástima que ya de nada te servirá.

-¿Qué quieren? ¿Por qué nosotros? ¿De dónde han venido?

-Ya te lo hemos repetido muchas veces en tus sueños. Nosotros somos enviados, mensajeros de un poder oscuro que no podrías entender. En esencia, nos dedicamos a exterminar las amenazas que alteran el orden en el holograma de esta realidad. Nosotros no hemos venido, siempre hemos estado aquí. Los intrusos, de hecho, han sido ustedes. Han estado invadiendo el mundo de los humanos dormidos y no podemos permitir lo que intentan hacer, nada ni nadie puede escapar de este fragmento baladí sin que nosotros lo queramos.

A diferencia de Mendelsen, Emil ni siquiera tuvo fuerzas para soltar un golpe. Sus piernas temblaban, sus ojos estaban empapados de lágrimas, todo en él había ya desaparecido. Era solo un cadáver entre los vivos, su fortaleza mental se había incinerado y hecho pedazos con sus empalados padres y sus destazados dibujos. Gritó como un perro asustando, subió bramando las escaleras que daban a su cuarto y se encerró, tomó los pinceles y dibujó sin cesar lo que sería su lienzo final. Aquel desgraciado había visto algo detrás de los hombres elegantes, algo infernal y supremo que trataba de dibujar. Por desgracia, aquel joven amante del arte ya no viviría para contarlo. De lo que ocurrió en el

transcurso de aquella más que inicua tarde, no se tuvo registro alguno. Todo lo que se supo fue que, a la mañana siguiente, se le encontró con las venas cortadas. Su frágil cuerpo estaba blanco y los restos de sus lienzos yacían a su alrededor. Había muerto entre lo que amaba, siempre protector de sus ideales, sin importar que, por ello, tuvieran que perecer sus padres también. Los cortes, según se informó en la escueta investigación posterior, habían sido provocados por una navaja que escondía en su mochila, coligiendo que se había tratado de un suicidio propiciado por alguna fantástica alucinación. En realidad, Filruex se la había dado para defenderse de sus agresores, pero la había usado para defenderse de la vida, para entregarse a la muerte y hundirse en lo oculto.

-Primero Mendelsen y ahora Emil. Ya van dos que han muerto y somos los siguientes -decía Paladyx a Justis, presa de un ataque de pánico.

-Filruex aún no ha vuelto y el fin del periodo ya casi llega. No sé por qué presiento que el nuestro también, si no hacemos algo pronto.

-Y ¿qué propones que hagamos? No tenemos de otra más que resistir, seguramente Filruex no tardará en regresar con alguna novedosa idea.

-Y ¿si no lo hace? ¿Qué tal si solamente se está emborrachando y drogándose como siempre?

-Eso no lo hace una mala persona. Las acciones para que un hombre sea juzgado bueno o malo no se limitan a la ética ni a la moral. Él volverá, ya lo verás. Y quizá no debamos asistir a la facultad mientras tanto.

-No podemos hacer eso, nos echarán y eso será justo lo que el nuevo director aprovechará para terminar de idiotizar a los demás.

-Quizá ya no tengan remedio, ¿no lo crees así?

-Es una posibilidad; sin embargo, si logramos despertarlos, podríamos hacer que echaran al nuevo director. Todos unidos podríamos lograrlo.

-Bien, sugiero que esperemos entonces. Tendremos que andar con cuidado de ahora en adelante. ¿No crees que Lezhtik quiera ayudarnos?

-¡Claro que no! Él siempre está solo. Parece no interesarle nada más que sus escritos y cumplir con los deberes escolares.

-Ya veo, entonces no lo molestaremos.

Los integrantes restantes del club de los soñadores declarados se hallaban en una gran conmoción tras las pérdidas tan violentas y raudas de sus dos amigos, nunca esperaron que muriesen tan fácilmente. Se encontraban vulnerables y desconcertados ante la efectividad y la rapidez con que les habían atacado, precisamente cuando Filruex se había desaparecido. El resto de la semana, en contraste con los agitados y desastrosos hechos recientes, transcurrió normalmente. Ya no se vio por ningún lado a esos gigantes ataviados de negro y de piel pálida, con ese peculiar comportamiento de autómatas. En la facultad, todo proseguía como siempre: las clases y las tareas eran repetitivas, sin intención alguna de aprendizaje. Los viernes los estudiantes se embriagaban en el área de juegos, miraban fútbol y box, gritaban y escupían, coqueteaban y olvidaban su miseria; empero, la calma no duraría demasiado, pues, a dos semanas de que terminase el periodo, otra tragedia ocurrió.

-No creo que haya ningún problema, el viernes arreglaremos lo que tenemos pendiente en el billar. Y ya veremos quién bebe más vodka... - comentaba un estudiante a otro al salir de la facultad.

Y es que se había anunciado la más reciente novedad, la cual enloqueció a los estudiantes. Resulta que, en las últimas semanas, el director había gestado la propuesta que se consumiesen otro tipo de bebidas además de la cerveza. Las autoridades habían aprobado la implementación de tan execrable, pero lucrativa propuesta, dados los increíbles resultados que el director estaba logrando con los estudiantes y las exuberantes ganancias. Se argumentó que, a final de cuentas, sería una medida que beneficiaría a ambas partes. La facultad tendría mejores ingresos y los estudiantes nuevas formas para divertirse.

-Mira hacia allá, ¿no es eso humo? -dijo uno de los estudiantes al otro, interrumpiendo su plática sobre las apuestas del viernes.

-Sí, así parece. Pero ¿qué será lo que se está quemando? Vayamos a echar un vistazo -respondió el otro, con un morbo incontenible.

Cuando los dos estudiantes llegaron al lugar de donde provenía el incendio, descubrieron que se trataba de un conjunto enorme de libros que ardían en llamas. Se trataba, nada más y nada menos, que de los libros prohibidos por el nuevo director ¡Alguien los había reunidos todos y les había prendido fuego! Poco a poco los estudiantes fueron acudiendo a las cercanías de la montaña de libros que ardían sin remedio, atraídos por una morbosa excitación generada por lo divertido del momento. La reticencia que el nuevo director y las reformas habían inculcado en los estudiantes hacia los libros prohibidos rendía frutos ahora. En lugar de buscar ayuda, se desternillaban y se alegraban de que esos incomprensibles e insolentes textos se consumieran para siempre.

-¡Se están quemando! ¿Eso es bueno o malo? -preguntó uno de aquellos idiotas.

-¡Es bueno, por supuesto! -dijo el profesor Irkiewl, quien parecía ser uno de los autores del sacrilegio-. Todos esos libros solo eran un estorbo y una blasfemia hacia el nuevo orden, lo mejor es que los consuman las llamas.

Algunos estudiantes, una minoría, a decir verdad, parecían asombrados ante las afirmaciones del profesor Irkiewl; sin embargo, cuando intentaron razonar si lo que éste decía era verdad o no, no lo lograron. No podían entender por qué, pero, de alguna manera, su cerebro ya no funcionaba. Algo bloqueaba su comprensión, algo se oponía a su razonamiento. Era como si ya no tuvieran pensamientos propios, como si su capacidad de análisis y de crítica hubiera sido consumida al igual que aquellos libros lo eran por el fuego infernal. Entre más se esforzaban, menos resultados obtenían. Incluso, a algunos les ocasionó un fuerte dolor de cabeza intentar razonar, les comenzaron a sangrar los oídos y sufrieron una temporal pérdida de la vista.

-¿Qué demonios está pasando aquí? -inquirió Justis que recién había llegado al lugar donde ocurría aquel pandemónium.

-Nada que te importe, jovencito. Lo mejor será que regreses a tus clases -respondió el profesor Irkiewl molesto.

Cuando Justis tomó plena conciencia de lo que estaba ocurriendo, su sobresalto fue monumental, abundantes lágrimas brotaron de sus ojos irremediabilmente. Lo que más adoraba eran los libros, en especial los raros como esos que ya jamás podría recuperar, pues bien supo que se trataba de los libros prohibidos por los murmullos. Tantos años había soñado con poseer algún ejemplar, por conocer y deleitarse con lo que aquellos libros misteriosos tenían que decirle.

Justis estaba ligeramente drogado, se había procurado un cuadro algunos minutos antes, aunque eso no le impidió mirar en el fuego una especie de ritual. Sintió una inmensa carga de energía proveniente de aquel funesto ofrecimiento a la ignominia en donde se consumían las últimas esperanzas de sabiduría. Un símbolo singularmente raro, como por acto de una maldita suerte, apareció en el fuego, o estaba alucinando quizás. Era la figura de una especie de caimán devorándose a sí mismo por la cola. El profesor Irkiewl se acercó con su clásica actitud sardónica y lo sacó de su aturdimiento.

-No tienes por qué sentirte así -farfulló sin abandonar su execrable risa-, piensa que es lo mejor para todos. Con esos libros hechos cenizas, ya no corremos ningún peligro. Y tú, mi joven amigo, tienes la oportunidad de regenerarte y ser una persona productiva. Leer no te hará mejor persona ni te dará de comer, tampoco mantendrá a tus hijos. Tan solo estamos tratando de darle a la filosofía un nuevo enfoque, de hacerla más útil.

-Y ¿qué hay de malo en que las personas lean? ¿Acaso tienen miedo de ello? -inquirió con fiereza Justis, absolutamente asqueado de las palabras de aquel títere.

El semblante del profesor Irkiewl cambió, se puso sumamente serio y parecía molesto. Miraba con un cerval placer cómo ardían aquellos libros que hace tiempo habían confiscado, le complacía saber que, en la nueva facultad de filosofía, y más tarde en toda la universidad, los estudiantes entenderían la irrelevancia de leer y centrarían su atención en

cualquier otra clase de estúpido entretenimiento. De hecho, no debía esperar tanto, ya era evidente su éxito en gran parte del cuerpo estudiantil, que solo estudiaba por obligación y por dinero, que se emborrachaba cada que podía y cuyos únicos anhelos estaban ligados con el mundo material y terrenal que ellos habían labrado. Si todo seguía así, ellos jamás despertarían, jamás notarían su decadencia.

-No entiendo por qué ustedes se aferran y se resisten a formar parte de este sistema. No hay algo de malo en él; al menos, yo así lo creo. Todo lo que se les pide es renunciar a sus sueños e ideales, a su creatividad, ¿es tan complicado para ti? Míralos a ellos, estos estudiantes ya han aceptado lo inevitable -afirmó señalando a la caterva de estúpidos cuyas miradas ignominiosas denotaban solo ambición y sed de entretenimiento-. No importa cuánto luches, tú perderás siempre. No tienes la más mínima idea de con quién te metes.

-No cederé antes tus engaños, títere del sistema. Podrás tomar lo que sea de mí, excepto mis sueños -sentenció firmemente Justis, en actitud defensiva-. Llevaré conmigo estos ideales porque son sinceros. Los impostores como tú y el director no son más que parásitos lava cerebros, merecen desaparecer.

-Ya veremos quién desaparece primero. No sabes lo que hemos tenido que sacrificar para llegar a esto y no permitiremos que insectos como ustedes nos estorben.

Justis notaba algo extraño en el profesor. Siempre había sido un tonto, pero ahora realmente parecía ser otro. Además, sus ojos tenían un aspecto muy extraño. Parecía como si estuviese siendo controlado por algo, o como si aquel cuerpo fuese solo el traje de una abominación más allá de lo imaginable. De inmediato, desechó tales elucubraciones. No era posible que criaturas ajenas al pestilente mundo humano estuvieran interesadas en una raza tan miserable; sin embargo, la inquietud no menguaba en su atribulada cabeza.

-¿Quién eres tú? No pareces ser el profesor Irkiewl. Lo conozco, y, aunque es un sujeto indeseable, no aprobaría esta clase de actos. ¿Es que acaso el director te ha manipulado a tal extremo?

Antes de que tuviera tiempo de responder el supuesto profesor, Justis observó a lo lejos tres siluetas con trajes negros. Eran nuevamente esos molestos hombres pálidos y serios, emanando un hedor a azufre.

-La seguridad ya viene, lo mejor es que te resignes a aceptar tu castigo. Pagarás muy caro esta grave falta, tonto. Y quizás hasta te echen, pero de este mundo -dijo el profesor Irkiewl mientras se desternillaba con locura.

-No moriré así -exclamó con aire desesperado Justis-. No me iré solo al infierno.

Y, en un acto inverosímil, frente a las miradas asombradas de todos los presentes, ante los libros que ardían y los símbolos extraños, Justis hizo lo inimaginable. Sus últimos recuerdos hicieron eco en su subconsciente, una suave voz resonó en su interior...

-¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás llorando? No me gusta verte así.

-No te preocupes, las cosas pasan. Posiblemente este era mi destino.

-Pero no tiene por qué. Yo sé que todo se arreglará.

-Eres muy amable conmigo. Gracias por todo, aunque, tristemente, nunca podré pagártelo -contestaba una niña mugrosa que sonreía tiernamente.

Se trataba de Isis, una niña que vivía en las calles, y Justis era su único amigo y la visitaba cada que podía. Le llevaba comida y procuraba mantenerla a salvo. También le había proporcionado cobijas y una colchoneta. Le había conseguido un lugar en una vieja casa abandonada, donde, al menos, la niña se podía proteger del frío y de la lluvia. Hubiese querido hacer más por ella, ofrecerle la casa de sus padres, pero éstos jamás hubieran aceptado.

-Y ¿hasta cuándo me cuidarás? Seguramente algún día tendrás que irte.

-No pienses en eso, Isis. Por ahora, estaré aquí contigo. Mi padre tiene bastante por hacer y parece que estaremos en esta ciudad un buen

rato.

-Me da gusto escuchar eso, así podremos seguir siendo amigos.

-Así es. De cualquier modo, me gustaría poder verte algún día. Cuando ya seamos grandes, ya verás que tu vida será mejor.

Aquella jovencita era ciega de nacimiento y no tenía familia alguna, así que Justis le leía extraños fragmentos de los libros que más le gustaban. Para Isis era algo asombroso que aquel joven hiciera eso por ella. Nunca lo había visto y no lo necesitaba, su voz era todo lo que adoraba.

-Eres muy divertido y amable. No sé cómo podría pagarte todo lo que has hecho por mí. A veces quiero imaginar que todas las personas en el mundo son como tú, pero sé que no es así.

-No tienes que hacerlo, lo hago porque quiero ayudarte. Mis padres no aprobarían esto, pero no importa. Si entre nosotros, los miserables, no nos apoyamos, ¿cómo podríamos esperar que los poderosos lo hagan?

-Me gusta escucharte, tienes ideas interesantes. Nunca dejes de leer, Justis, pues esa es la clave para no ser como el resto, o eso creo.

-No lo dejaré, lo prometo. Siempre leeré y te recordaré. Yo adoro los libros, y en especial los que leo para ti.

Así pasó Justis unas cuantas semanas más, leyendo para aquella ciega y llevándole raciones de su comida. Sin embargo, todo cambiaría cuando su padre recibió la oportunidad para adquirir una casa en un lugar lejano, más tranquilo. Sin tomarlo en cuenta por su naturaleza infantil, sus padres decidieron aprovechar tan magnífica circunstancia y hacerse de un hogar al fin. Tras el aviso de que se irían, Justis cayó en una depresión sin precedentes y, al cabo de unos días, se fue con sus padres para siempre. Y fue ese el fatídico día en que dijo adiós para siempre a aquella niña ciega y miserable. Desde entonces, nunca más supo acerca de ella. Y, si murió o vivió, si progresó o empobreció, nunca lo averiguó. Tiempo después regresó con la esperanza de encontrarla, pero nadie supo darle

información sobre ella. Cansado de sus agobiantes pesquisas, perdió toda esperanza de hallarla nuevamente...

-¡No puede creerlo! ¡Ese demente realmente lo hizo!

-¡Sí, tuvo el valor! ¡Es un infeliz de primera!

Comentarios como esos eran arrojados frente a aquel que otrora fuese Justis, pues ahora se consumía entre lo que más amó, entre los libros que jamás leyó y entre el recuerdo de aquella pequeña niña pobre que siempre lo escuchaba y que nunca olvidó. Sus anhelos y convicciones fueran tal vez la causa de tan determinada voluntad para morir. En tan solo unos segundos, sus ojos habían explotado y su carne ardía, dando paso solamente al hueso, que también formaría, al fin y al cabo, simples cenizas. Así era el fin de una mente brillante, de un asiduo lector, de un conocedor inmarcesible al cual aún le faltaba una cantidad inconmensurable de libros por devorar.

-¡No, Justis! ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Qué te hice cometer tal acto?

Paladyx se desgarraba la garganta profiriendo maldiciones y gritos mientras todos la observaban indiferentemente. Pero ya nada se podía hacer, ahora sencillamente desaparecería para siempre de un mundo ignoto y aberrante, y quizás hasta así fuese como él lo quería.

-Bueno, y ahora ¿qué hacemos? ¿Nos vamos ya? -preguntó uno de los estudiantes con suma indiferencia a otro.

-Pues no lo sé, lo mejor será retirarnos de aquí.

-Sí, además ya casi comienza la hora de los videojuegos. ¡Vámonos, amigos! Esto no nos compete.

Los miserables se retiraban como si nada hubiese pasado. En parte, era culpa del director aquella conducta. Se les había ordenado ser indiferentes ante cualquier cosa que alterara el nuevo orden, especialmente si se trataba de incidentes que tuvieran algo que ver con la

música, la poesía, el arte, la magia o la literatura. En cambio, si ocurría algo que atentase contra la ideología que los había educado, inmediatamente surgía en ellos un sentido imbécil de la responsabilidad hacia aquello que los destruía. Se les había enseñado a proteger y cuidar lo que los entretenía y los mantenía en ese estado de sopor prolongado, donde sus pensamientos ya no eran propios ni su razonamiento adecuado. Todo lo que se pedía a cambio de los vicios que se les otorgaban era una fidelidad irremediable hacia la punta de la pirámide, la cual no podían atisbar, pero admiraban con estúpido delirio.

Más tarde, cuando las llamas habían menguado, las autoridades pertinentes acudieron al lugar e hicieron lo propio. Ya todos habían regresado a sus clases, excepto Paladyx. Ella estaba ahí, como en trance tras lo ocurrido. Su mente no paraba de formular teorías inconexas y a su alrededor todo le era anómalo. Tal parecía que esa realidad fuese una impostora ataviada de verdad, nada le era necesario de aquella existencia y, aun así, se hallaba ahí, con una certeza fútil de que en verdad no era un espejismo como el mundo se lo figuraba. No habían cesado sus reflexiones cuando, a lo lejos, percibió cómo, tras el ramaje, una criatura verdosa se movía y parecía espiar la situación. Decidió no darle importancia, esas cosas siempre las alucinaba. Se retiró hasta que las autoridades terminaron su labor, tan solo para ir a su hogar con el espíritu totalmente pisoteado. Por cierto, del profesor Irkiewl no se supo nada aquella tarde.

XVII

Una vez en su habitación, Paladyx reflexionaba sobre los últimos hechos, le parecía increíble pensar en los giros que había dado el asunto. A nadie más aparentemente le importaba que tres estudiantes hubiesen muerto en las últimas tres semanas, tampoco le parecía verosímil imaginar que esos misteriosos hombres tan elegantemente ataviados y semejantes a

autómatas pudiesen ser seres extraterrestres. Mucho menos podía aceptar la teoría de que el director y sus dos sobrinos fuesen de otra raza, una que quería apoderarse del mundo mediante un acondicionamiento de la mente humana, tal y como Filruex lo había colegido alguna vez en sus desvaríos. Todos los abusos cometidos debían ser producto solamente de una psicosis, pues siempre solía ver cosas que otros seres no. Se recostó, estaba alterada y no lograba conciliar el sueño. Decidió ir a la mesa y buscar un vaso de agua, le vendría bien, barruntó.

A pesar de querer refugiar su cerebro en sueños apacibles, éste la traicionaba y le solicitaba una indagación más profunda. Sin otro remedio para su incipiente curiosidad, optó por encender la computadora y busca en internet información que le pudiese resultar útil. Descubrió que en diversas páginas se trataban los temas que a ella le competían. Se hablaba del moldeamiento de mentes propagado por los gobiernos y del adoctrinamiento como una forma de mantener la ignorancia en las personas. Y todo parecía ser con el fin de que éstas no se percataran de los grandes problemas en el mundo, que limitasen su comprensión, que no se interesaran por aprender, sino solo por recibir dinero y solazarse en la fiesta, el sexo y el juego. Realmente era evidente, información que siempre había estado frente a sus ojos y que, de alguna misteriosa forma, jamás había querido ver. Pensó que entonces ese era el engaño universal, la blasfema mentira que a los humanos se les ha hecho creer como verdad. El mundo adoraba conceptos impuestos por un reducido grupo de gente que se encargaba de perpetuar la miseria y la injusticia, compensando el vacío espiritual que imperaba en la sociedad con toda clase de distracciones.

Una persona, y solo una, se le vino inmediatamente a la cabeza: Lezhtik. Ni siquiera Filruex la había conmovido tanto con su forma de hablar. Aquel sujeto la había cautivado desde siempre, aunque últimamente no se hablaban mucho. Recordaba cómo antes, durante aquellos paseos por el bosque de Jeriltroj, solía escuchar todas las teorías que le eran relatadas por aquel soñador. Ella prestaba atención e intentaba convencer a Lezhtik de que escribiese todo lo que en su mente había. Era complicado dada la situación tan precaria en que se hallaban;

además, las editoriales difícilmente se animaban a publicar obras de autores nuevos, no era lucrativo. Se entristeció al pensar que ya nunca más volvería a escuchar aquellas teorías, pero se alegró al pensar que ahora Lezhtik se dedicaba a plasmarlas. Como sea, entre más se sumergía al intentar hallar un límite para el abismo de vomitiva suciedad que el humano había cavado y en donde se sentía tan cómodo, más lejano le parecía el fondo. Y casi imposible de comprender se le presentaban la vileza y estupidez de una raza tan inferior.

Algunos artículos hacían referencia a razas que vivían entre los humanos utilizando una apariencia como la de estos, con la única diferencia visible en sus ojos. También se decía que dichas criaturas estaban vinculadas con una antigua civilización que habitó el planeta hace años y que creó al ser humano. El por qué se fueron y dejaron al humano aquí, a merced de las fuerzas de la naturaleza y a su suerte, no estaba claro. Se hablaba de dimensiones paralelas y de mundos bajos o altos, donde criaturas con otro nivel de energía y vibración habitaban. Por otra parte, encontró información referente a sectas execrables y sumamente vetustas vinculadas con la banca y los gobiernos, con las compañías multinacionales y las técnicas de control mental. Se decía de estos que su principal símbolo era un ojo y también una pirámide, aunque no se tenía la certeza. Muchos actores, escritores, empresarios, políticos, gente de todas las distintas clases y sectores de la sociedad estaban dentro de esta ignominia y de otras igual de poderosas. El fin era el sometimiento de la mente, la habilidad para controlar y poseer, para mandar y apoderarse de la energía interna. Para Paladyx, no estaba claro de qué manera se conectaban las razas de criaturas con apariencia de reptil con las antiguas civilizaciones que ilustraban seres alados y con las sectas que supuestamente dominaban el mundo. El sueño al fin comenzaba a hacer estragos con su razón, por lo cual finalmente cedió y se perdió en un profundo descanso...

-El bosque, el bosque. Ve al bosque, es el lugar indicado - murmuraba una voz siniestra.

-¿Para qué? ¿Qué hay ahí? -respondió Paladyx en sus sueños.

-Todo, ahí está todo. ¡Ve al bosque! ¡Rápido, niña! ¡Ahora mismo! ¡Ve, Paladyx! No debes perder más el tiempo -repetía aquella voz imperativamente.

-¡No quiero! ¡Detente, por favor! ¡Déjame en paz!

Paladyx despertó súbitamente de su sueño. En él, había visto a dos hombres siendo devorados por agujeros inmensos. En éstos, a su vez, parecía imperar una fuerza desconocida, en parte divina y también demoniaca. Emanaban sombras amorfas que reían estúpidamente del contorno de los vórtices ominosos, también un vacío eterno y oscuro se percibía en su interior. Finalmente, cuando se aproximaba a la superficie de dichos agujeros, que parecían más bien portales, era arrastrada por unas manos blancas con puntos negros perfectamente distribuidos. Lo único que logró ver una vez en el interior de los portales, que parecían haber formado uno, era un lugar que jamás olvidaría, donde el tiempo y el espacio le parecían tergiversados para la existencia. Ahí, unos acendrados ojos de un inefable color morado la seguían irremediabilmente. Además, en un relampagueo, observó razas y universos de todas las eras colapsando. Finalmente, observó como el hombre y la mujer formaba uno solo, poseyendo un único miembro sexual. Despertó sudorosa y solo encontró la inmanente oscuridad de su habitación. Había olvidado apagar su computadora, y le parecía como si alguien o algo la hubiese estado observando todo el tiempo. También, de su vagina emanaban fluidos en abundancia combinados con sangre.

En los días siguientes, Paladyx quiso contar a alguien lo que había soñado, pero nadie estaba para escucharla. Lezhtik seguía solitario y Filruex continuaba desaparecido. Algo le oprimía el pecho, tenía un presentimiento, una corazonada. Constantemente iba en solitario al bosque de Jeriltroj y creía ser perseguida y vigilada por criaturas de naturaleza desconocida. Sin embargo, siempre terminaba convenciéndose de que todo era parte de las comunes alucinaciones que siempre había sufrido. Entonces llegó el día en que las visiones de seres similares a los reptiles la atormentaron más de lo normal. Paranoica, se encerraba en su cuarto y se inyectaba dosis peligrosas de heroína. Pasadas unas cuantas horas, se hallaba irreconocible y divagando, en un completo estado

vegetativo. En su cabeza imperaban sugerencias deplorables, como las de sus sueños: “¡Ve al bosque! ¡Al fondo del bosque! ¡Vamos! ¡Ve, Paladyx!”.

Uno de aquellos malditos días en donde la presión fue demasiada para la pobre Paladyx, ocurrió un suceso horrible. La muchacha, presa de una alucinante desesperación, tomó un taladro y pensó en perforarse la cabeza. Tal vez así, colegía, podrían cesar esas voces y visiones que la martirizaban hasta llevarla a la demencia. Hacía años que vivía en ese estado y lo que en sus visiones había atisbado era abominable. Toda clase de seres deformes y vomitivos, mitad animales y mitad humanos, la perseguían. Atisbaba seres que parecían provenir de otras dimensiones y que hablaban en extrañas lenguas. Diversos paisajes y entornos eran concebidos por su cabeza sin parar, todo un pandemónium se abría ante sus ojos en sus más vivaces sueños. En ocasiones, sentía que nunca despertaría, que se quedaría atrapada con una endemoniada divinidad que poseía ambos sexos, la cual no lograba identificar como perteneciente a algún mundo. Desde la aparición del nuevo director, todo había cambiado, todo se había intensificado, y las visiones se habían tornado más execrables que nunca.

Sin lograr resistir más aquel tumulto de imágenes perturbadoras en extremo, salió de su habitación y posteriormente de su hogar, corrió tanto como pudo, tanto que los pies descalzos le sangraban. Por fin, llegó al lugar que le dictaba esa voz misteriosa: el bosque de Jeriltroj. Se encontraba a la entrada, recibiendo los violentos silbidos del aire que resoplaba ferozmente. Le parecía que aquella noche algo ocurriría con ella, que no volvería a ser la misma. Pensó por unos instantes en Lezhtik, en la imagen tan acendrada con que éste se había solidificado en sus pensamientos, tan distinta de esas figuras abominables que nunca dejaban descansar su cabeza. Decidida a aplacar de una vez por todas aquellos murmullos atroces, se adentró en lo profundo del bosque, alcanzando el lugar donde se decía que solía aparecer el monje a meditar en otros tiempos. Con los pies ensangrentados, la mirada perdida y la heroína haciendo efecto, se desplomó y clavó su mirada en tres pequeñas madejas con arabescos sumamente raros. Lo único que logró diferenciar fue una enorme G en la parte superior de cada una.

-¿Hay alguien aquí? Si tienes el valor, ¡muéstrate, cobarde! -gritó con la voz casi desgarrada por la fuerza que con que vociferó aquellos gritos.

Sin embargo, nadie respondió. Solo el silencio se mostraba entre la espesura de las tinieblas. Por alguna razón descabellada, a Paladyx le parecía que algo se escondía entre aquellos arbustos. Sí, algo la perseguía, algo más allá de su esquizofrenia. No podía ser posible que verdaderamente creyera como cierta esa historia de mal gusto acerca de una raza de reptiles con apariencia humana que querían dominar la facultad y, posteriormente, el mundo entero. Pero todo era confuso, estaba tan sola y triste, tan desamparada en una realidad que se tornaba cada vez más repugnante y agresiva. Recordó entonces aquellos días en que pasaba horas sufriendo con los psiquiatras, esos días en que esa señora que reconociese como su madre todavía buscaba hacer algo por ella...

-Entonces ¿hay algo que se pueda hacer, doctora?

-Me temo que no, lo único que queda es seguir con el tratamiento. Por desgracia, los últimos análisis no lucen bien.

-¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso notó alguna anomalía?

-No, todo lo contrario. Los análisis no revelaron nada. Mire, sé que desde hace tiempo ha estado gastando una cantidad exuberante de dinero en esto, pero hay que ser pacientes. Pensamos que las próximas pruebas revelaron algo que éstas no pudieron.

Paladyx escuchaba atentamente la conversación recargada en la puerta del consultorio, atenta a todo lo que se dijese. Era solo una niña, pero bien sabía las molestias que ocasionaba en aquellos doctores, los cuales no conseguían averiguar qué estaba mal en su cerebro. Todo había comenzado cuando, años atrás, había conocido a un pastor, a un gran amigo. Él era distinto, era sincero. No predicaba la creencia en una religión, sino en un dios, cualquiera que fuese su forma. Creía que ir a la iglesia no significaba absolutamente nada, pues era un mero acto de hipocresía. Lo que importaba era la forma en que se buscara el progreso espiritual y esa paz que la mayoría de las personas habían perdido.

Convivir con aquel pastor significó un cambio radical en la forma de pensar de Paladyx, pues logró abrir su mente y hacerle creer que más allá de su posible esquizofrenia se hallaba algo real, un mundo que solo ella podía observar, uno que permanecía oculto y paralelo para la mayoría de los humanos.

-Entonces ¿quiere usted decir que serán necesarias más pruebas?

-Lamentablemente sí. No es fácil el caso de su hija, parece tener procesos mentales complejos. En las placas los resultados han sido dudosos tanto para los especialistas como para nosotros los menos letrados en interpretaciones prácticas. La teoría indica una tendencia esquizofrénica en potencia, pero no podemos asegurarle nada.

-¿Cree usted que está loca? ¿Será necesario encerrarla en un manicomio?

-Aún no podemos determinar eso con exactitud. Solo quiero comentarle que las siguientes pruebas están mucho más caras que las anteriores y, por desgracia, no contamos con descuento alguno.

-Está bien, doctora. Le agradezco su atención, pero necesito reflexionar sobre ello. Usted sabe, mi bolsillo no es un banco. Necesito meditar lo más conveniente, pues, después de todo, quizá ni con esas pruebas se cure.

-Señora, no podemos asegurar algo hasta realizar más análisis. La esquizofrenia se puede controlar, hay tratamientos efectivos.

-¿Al triple de los estudios actuales? Yo no soy una persona con un gran ingreso. Gracias por todo, pero no creo que esto esté funcionando.

Paladyx pasó aquel día sintiéndose culpable por haber arruinado la vida de aquella señora que conocía como su madre. Si tan solo fuera normal, si únicamente no viera esas cosas. No entendía por qué tenía que ser así. Si acaso dios o la naturaleza le habían otorgado ese don que para ella era solo una maldición. La vida le parecía solo una tragedia desde su nacimiento, jamás hubiese querido venir al mundo en tales condiciones. Pero nada podía hacer para cambiarlo, nada le quedaba que pudiese

representar en ella algo más que un estorbo. Su supuesta madre dejó de pagar las consultas, se perdió en el vicio y se dedicó a la vida galante. Los años pasaron y su condición empeoraba cada vez más. Lo único que podía calmar someramente el dolor y las alucinaciones era, curiosamente, las drogas. En ellas había encontrado el refugio perfecto, esa compañía que tanta falta le hacía, ese padre que nunca tuvo...

Y a pesar de todo, Paladyx era inteligente, era diferente al resto. Aún con sus adicciones y sus rarezas, con su dolor y su esquizofrenia, había despertado. Mostraba siempre un gran interés en las cosas paranormales, quizá por su condición. Creía fervientemente en aquello que la ciencia no podía explicar. Le atraía en demasía el estudio del misticismo, la magia, el ocultismo y la brujería; también era gran partidaria de la parasicología y la clarividencia. Había logrado realizar algunas técnicas de telepatía y podía predecir ciertos hechos. De hecho, pensaba que, si la carrera de filosofía le parecía atractiva, era por la libertad que en las distintas corrientes encontraba. Pero ahora todo había cambiado, el nuevo orden había corrompido los principios de libertad y creatividad. Paladyx se sentía, al igual que sus compañeros del club, con la obligación de defender lo más valioso que tenía el humano: su escasa divinidad.

-¡Sabía que vendrías! ¡Fuiste muy ilusa al venir sola aquí, niña tonta! -exclamó una voz que le parecía familiar sobremanera.

-Necesitamos explicaciones ahora mismo. Tú estabas ahí y tendrás que decirnos lo que pasó antes de que acabemos contigo, zorra impúdica -dijo otra voz que también le resultaba conocida.

-¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren de mí?

-¿Querer de ti? ¿Nosotros? Pero ¡qué idiota! -exclamó riendo una de aquellas voces malditas-. Tú nos estorbas al igual que tus amigos. Ya casi acabamos con la mayoría de ustedes, ahora te toca a ti.

-¿Quiénes son? ¿Por qué nos persiguen?

-Todos ustedes preguntan lo obvio. Pero te lo diremos antes de acabar contigo. Nosotros somos en realidad dos personas que tú ya conoces, pero bajo una forma distinta. ¡Míranos, golfa!

Entonces frente a Paladyx aparecieron el nuevo director y el profesor Saucklet. Había algo extraño en su aspecto, como si no fueran ellos mismos.

-¿Qué están haciendo aquí? ¿Ustedes han planeado todo esto?

Los dos tipos permanecieron en silencio y luego una lluvia misteriosamente comenzó a caer. La situación se complicaba para Paladyx, pues estaba inerme ante el poder de aquellos seres no humanos del todo.

-Por supuesto que sí. Ustedes son los únicos que se interpone en nuestro camino. Ya casi lo conseguimos, solo nos restan tres, incluyéndote.

Paladyx se percató de que se referían a Filruex y a Lezhtik. En los sujetos que observaba, no podía sentir emoción alguna, estaban vacíos.

-¿Qué le pasó al director y al profesor Saucklet? -inquirió la joven valientemente-. Sé que ustedes no podrían ser ellos. Sus energías no coinciden con las de los seres humanos, ustedes vibran de otro modo.

Los dos sujetos quedaron impávidos, ¿cómo había logrado aquella joven descubrir su gran secreto? Sencillamente no lograban entenderlo, su sorpresa fue escalofriante.

-Tienes razón -respondió el director-. Parece que eres especial, puedes ver más allá de lo que otros no. Ahora entiendo que eres valiosa, eso hará el espectáculo más interesante.

-¿Qué demonios son ustedes? ¿Qué pretenden hacer con la facultad?

-Te lo diremos antes de mostrarte nuestra verdadera apariencia -contestó el profesor Saucklet.

-¿Verdadera apariencia? No puede ser... Entonces ¡era cierto!

-Sí, ramera. Escucha bien, pues seguramente esto te tomará por sorpresa -dijo el director-. La verdad es que no esperábamos que alguien aquí pudiese reconocernos, pero tú lo has hecho.

-Nosotros somos de una raza diferente, una que habita el bajo mundo, las dimensiones inferiores a las cuales los humanos ocasionalmente viajan durante los periodos astrales o cuando alguna sustancia los transporta -informó el profesor.

-Esto que vez es únicamente un traje, nuestra apariencia es sumamente distinta a la suya. Venimos aquí por energía, una que solo los humanos tienen. Nos alimentamos del miedo, la tristeza, la angustia, el estrés, las peleas y discusiones, los engaños y las infidelidades; en pocas palabras, de todos los sentimientos y sensaciones negativas que emanan de ustedes -dijo el director mientras miraba desesperadamente a Paladyx.

-Ocasionalmente, venimos aquí cuando un portal se abre a causa de una distorsión en los universos intrínsecos, cruzamos y buscamos sobrevivir. Muchos de nosotros estamos infiltrados en la política, la banca internacional, la religión, la educación, el entretenimiento, el cine, etc. Hemos estudiado a los humanos y sabemos mucho más de lo que se imaginan. Jamás comprenderían nuestro poder -expresó el profesor.

-Y no solamente eso. Sabemos mejor que ustedes cómo funciona su cerebro y su subconsciente. Gracias a esos conocimientos hemos podido aplicar técnicas de control mental y de sumisión. Existen sectas que nos han conectado con nuestros antepasados, los forjadores de la vida, los iniciadores de la esencia del universo. Sabemos cosas que ustedes, humanos miserables, nunca sabrán. Sabemos sobre su origen y también sobre su destino. Sabemos cómo curar sus enfermedades, cómo sobrevivir sin alimento, cómo vencer a la muerte y controlar el tiempo. Sabemos tanto de su mundo que hemos decidido que no lo merecen. Por desgracia, no hemos aprendido a sustituir la energía que los sentimientos negativos proporcionan, y ustedes son los únicos proveedores de tal cosa en este plano.

Paladyx no podía pronunciar una sola palabra ante el discurso del director, quien parecía conocer a la perfección la miseria del mundo humano.

-Y entonces ¿por qué hacen esto? ¿Qué ganan con el acondicionamiento que imponen a los estudiantes?

-Ya te lo dijimos, nos alimentamos de la energía provocada por sus sentimientos negativos y sus malas acciones, nos fascina saborear cada emoción pesimista. Además, ellos nos han prometido abrir el portal para nuestros antepasados a cambio de ofrecerles zombis que puedan utilizar -expresó el profesor mientras parecía encorvarse más de lo normal.

-Es un trato justo, nosotros nos quedamos con la energía y ellos con los cuerpos vacíos y las mentes secas. Juntos, hemos dominado y controlado las guerras y el dinero, decidimos quién vive y quién muere. Desde tiempos muy lejanos, casi mitológicos, hemos adoctrinado a la humanidad y no hay algo que puedan hacer para detenernos -exclamó el director con los ojos fijos en Paladyx.

-Ahora lo entiendo todo, por eso el nuevo orden en la facultad, por eso buscan eliminar a aquellos que recurrían a las actividades sublimes, por eso reemplazaban nuestra rebeldía con entretenimiento para que jamás los estudiantes se quejaran -replicó Paladyx sintiendo unos escalofríos sórdidos en todo el cuerpo.

-Así es, tú lo entiendes, pero ya nada se puede hacer. Los estudiantes, y también el mundo entero, creen ser libres e independientes cuando en realidad son controlados mediante el dinero y el consumismo. Tenemos la prostitución, las drogas, las fiestas, los videojuegos, el fútbol y demás elementos que funcionan maravillosamente en la mayoría. Afortunadamente, lo esencial ya lo hemos logrado, pues absolutamente todos tienen un punto débil, todos están acondicionados de una u otra forma. Los únicos que nos estorban son los pocos que aún quieren crear, soñar e imaginar; aquellos que hacen cosas con amor y pasión, que se niegan a aceptar la vida trivial que impera en la sociedad.

-No concebimos que los humanos puedan ser sublimes y realizar obras maravillosas, pues su naturaleza es vil y nauseabunda para tales fines. Necesitamos que sigan los patrones impuestos, que haya guerras y disturbios, malentendidos, infidelidades, corrupción y todo tipo de influencias negativas -detalló con una voz abrumante el profesor, sonriendo con malicia ante la mirada aprobatoria del director.

-Por suerte, cada vez menos personas quieren realizar tales cosas, ahora todos han abandonado sus sueños. Este holograma les ha arrebatado lo único que los diferencia de los muertos y todos lo han aceptado gustosamente, ni siquiera se han percatado de lo que les hemos extirpado, pues desde su nacimiento se les programa para no notarlo. Los humanos están destinados a perecer entre su propia estupidez e ignorancia, son criaturas indeseables y asquerosas, pero la acumulación de energía negativa que emanan nos alimenta espléndidamente. Por eso debemos darle las gracias a tu raza, porque gracias a su nauseabunda esencia nosotros hemos podido crecer -vociferó y rio demencialmente, con una desmedida entonación, el supuesto director, secundando al profesor lambiscón que siempre lo seguía.

Finalmente, después del funesto y acertado coloquio, la joven bruja contempló la máxima locura que quizá ni siquiera ella hubiese imaginado en los misteriosos libros que buscaba. La carne de aquellos sujetos se rasgó y emergieron dos seres sacados de la peor pesadilla, como surgidos de los más insondables y pútridos abismos en las eternas y olvidadas dimensiones donde se parapetan saberes de anómala y vetusta esencia, tan distinta y superior a la humana. Aquellos dos seres se mantenían erguidos en dos patas, pero eran nada más y nada menos que una copia de los reptiles que se conocen en la Tierra, aunque sus colores y sus formas parecían más sofisticadas y cromáticas. Sus ojos denotaban pura maldad y ambición, como los de los políticos y los millonarios, o como los actores participantes en ritos satánicos. Sí, eran ojos perfectamente ahitos de odio, ira y maldad. Esos reptilianos seres apestaban a azufre y a quién sabe qué otra sustancia ignota; además, carecían de alma y de cualquier sentimiento. Todo lo que requerían era energía negativa emanada de los humanos, execrables acciones, superfluos y vómitos pensamientos. Se alimentaban principalmente de la sombra que yacía en toda criatura humana, ahí donde se acumulaban todos los deseos ominosos y secretos que jamás se compartirían con nadie más.

Sin pensarlo dos veces, Paladyx intentó huir, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Una de las garras de aquella criatura, mitad humana mitad reptil, la había capturado. Pudo sentir la fetidez inicua que

poseía la piel de aquella blasfemia; además de que, en el contacto, una virulenta llaga apareció en su mano tan pronto como fue rozada por el reptiliano ser. No solo era un dolor físico el que la laceraba, sino uno espiritual. Rápidamente, algo nefando se extendía y contaminaba su espíritu, gangrenándole el alma y pudriendo sus deseos inefables.

-¡Suéltame, miserable! ¡No dejaré que alguien como tú me haga daño!

-No lo comprendes, ¿cierto? Nosotros ya no necesitamos hacer algo más sino esperar. Tenemos gente en todos los ámbitos, grupos de empresas que funcionan como lo queremos, organizaciones religiosas, monopolios, sectas, tiendas, vicios. ¡Todo tu mundo ha sucumbido ante nuestro poder! -exclamó al borde del delirio el reptil que antes era el nuevo director-. Hemos logrado que las personas nos entreguen sus vidas a cambio del falso dios que ellos adoran, ese conocido como dinero. De tal modo que casi ningún humano se atreve a crear ni es curioso, todos han cambiado sus sueños por billetes y materialismo. Por otra parte, se tiene una reproducción desmedida que a nosotros nos conviene, pues gracias a eso las condiciones de pobreza aumentan sobremanera y las personas se ven forzadas a trabajar en condiciones paupérrimas. He ahí nuestro principal éxito, el que la humanidad siga reproduciéndose inconscientemente, pues así es como se ha podido implantar la visión que tener hijos estúpidamente, como todos lo hacen, brinda un posible sentido a las vidas miserables de los humanos. En verdad que tu raza me produce una burbujeante mezcla de asco y placer, pues, mirarlos a todos tan putrefactos y felices en su miseria, me alimenta muy bien. Si acaso tuviese sus absurdos sentimientos, diría que solo pena y lástima me producen, pero nosotros no poseemos ese tipo de cosas, nuestras mentes funcionan de un modo sucedáneo a la insensibilidad.

La noche transcurrió sin que nadie notase lo ocurrido con aquella joven que poseía habilidades impresionantes para la magia y el ocultismo, esa mujer rebelde que, a pesar de su doloroso pasado ahído de tormentosos recuerdos, nunca se rindió a la subordinación del nuevo orden. Quedó ahí tirada, aterrada ante esos seres mitad humano mitad reptil que planeaban dominar el mundo mediante el control mental de los

seres, enviciándolos y distrayéndolos. Pensaba, pese a todo, que eso era imposible, que lo había soñado solamente. El sueño terminó por menguar sus ideas, confundiendo su cabeza, mezclando aquel suceso con la altísima dosis que se había de DMT que se había fumado antes de ingresar al bosque. Verdaderamente debía estar loca para imaginar algo así, pero el suceso era demasiado vívido.

XVIII

En su cubículo, el profesor Fraushit lucía preocupado. Se había enterado de lo ocurrido con los miembros del club de los soñadores declarados, y para nada creía estar seguro en la facultad. De hecho, había sentido como si lo observasen en todo momento, incluso en el camino a su hogar. Escuchaba pasos, murmullos, extrañas lenguas y sonidos tan aterradores que creía ser perseguido por una bestia; aunque solía ignorar aquellas persecuciones que lo atormentaban desde las sombras. En su escritorio figuraban libros extraños, le gustaba leerlos una y otra vez, pensaba en el sentido de la vida, en la decadencia de la facultad. En el pasado había divagado con difundir aquellos libros, pero el escaso éxito que obtuvo entonces hizo que se olvidara de tales ensoñaciones.

Por otro lado, se ponía triste cuando recordaba su relación con aquella mujer que en su juventud fue su máximo amor. Desde entonces, había vivido con la tentación del suicidio, se había enfrascado en un círculo vicioso. El conocimiento fue su único refugio, como lo es de cualquier alma solitaria y sensata, pero ni siquiera esto lo había consolado lo suficiente. Probablemente no era solo que su relación hubiese fracasado tan caóticamente, sino el no hallarle un sentido a la vida. Había estudiado e intentado diversas posiciones místicas, religiosas, filosóficas y científicas, pero todo en vano. Sin importar cuánto lo intentase, siempre terminaba igual, donde había comenzado, igual de vacío. Quizá solo era él

quien no lograba disfrutar de su mera existencia. Con todo lo que había vivido, terminó por despreciar y rechazar su propio respirar. Añoraba la muerte como los perros añoran los huesos, como las aves el cielo. Sí, la muerte ya lo era todo para un ser tan irrelevante como él.

Ahora más que nunca todo se tornaba, justamente, más irrelevante que nunca. La facultad había sido por algunos años el lugar donde su acongojado espíritu pudo hallar un precario consuelo para su dolor, pero ya no más. Lo peor de todo era que ya nada podía hacer para librarse de su agonía, pues era perseguido a donde quiera que fuese; lo sabía y lo corroboraba constantemente, como esos sonidos irritantes que hace unas semanas lo enloquecieron. Curiosamente, en aquel muchacho llamado Lezhtik encontraba una imagen de él mismo, solitario y perdido, triste y suicida. Por eso le había otorgado el libro aquel, ese que tanto adoraba y que por tanto tiempo leyó una y otra vez. Nunca algo tuvo sentido en su mísera vida, pero se debía en parte al mundo. Si bien él era alguien triste, el mundo tampoco era distinto; era, ciertamente, un infierno. Había ingresado a la universidad con el firme propósito de abrir mentes, de intentar un cambio en los estudiantes, pero, con el nuevo orden, todo se había ido al demonio. La forma en que las personas vivían y lo que anhelaban le quitaba el posible sentido a la existencia, esa era su teoría final al respecto.

Recordaba con frecuencia, más de la que debería, ese amor perdido que jamás olvidaría. Aquella mujercita con quien tanto se había ilusionado y en quien su futuro había fraguado. En aquellos tiempos se habían conocido gracias a unos amigos de la universidad, ella estudiaba historia y él lógica. Dos personas en apariencia contrarias, pero, en el fondo, se entendieron bien. Parecía que todo funcionaría, que era la persona indicada. Y, aun cuando se fue lejos, aun entonces su amor no cedió. La iba a visitar cada quince días, añorando el momento en que pudiera estar junto a ella por siempre. Sin embargo, hubo algo que los separó, una mera tontería, pues ese miserable día en que sus familias se conocerían, en que todo sería dicha y alegría, terminó por ser el día más infame y desdichado de su existencia. Su prometida lo abandonó justamente el día en que todo

estaba listo para anunciar su compromiso. La razón él bien la sabía: se había negado a tener un hijo con ella.

Tantas veces lo habían discutido, tanto habían elucubrado sobre el asunto, tan rebelde se había mostrado ante la proposición de tener un hijo, que fue abandonado por ello, justo en el día clave. Recordaba cómo no dejaba de temblar, cómo se emborrachaba los meses posteriores pensando en que otro malnacido estaría dándole a la mujer que amaba lo que él tanto le negó. Y poco a poco fue sanando la herida, fue cicatrizando la agonía de no escuchar más aquella risa, aquella voz tierna y esa dulce mirada acendrada. Luego vino la maestría y el doctorado, los estudios y los libros. Agradeció entonces su condición, aunque para siempre recordaría ese doloroso suceso, incluso ahora lo tenía más presente que nunca. No obstante, sabía que el amor era igual de absurdo que la existencia, y que, en todo caso, el humano era un ser demasiado terrenal y vil para dilucidar tan misteriosa química oculta en tan emotiva sensación. Al fin y al cabo, enamorarse era algo que las personas solían hacer, algo que estaba igual de corrompido que todo a su alrededor. Era una tontería que se hicieran promesas de amor, pues evidentemente el humano, en su presunción y su ignorancia, no estaba preparado para albergar por un periodo muy largo lo que difícilmente podía ser contenido. Nada permanecía, esa era la inherente verdad de la vida, el absurdo en que todo se suspendía. La muerte llegaría y destrozaría cualquier rastro de permanencia, y el humano estaba asaz indefenso ante su infinito poder.

Y, aunque esos pensamientos imperaban en la mente del profesor Fraushit, en ocasiones solía preguntarse ¿qué hubiera pasado si hubiese cedido ante las propuestas de una simple mujer? Tal vez ahora mismo tendría ya varios hijos, una familia y sería igual al resto, pero ¿acaso no lo era? Posiblemente no hubiera realizado todos los estudios que realizó, ni estaría en aquella caricaturesca facultad tratando de abrir mentes. Y así, el profesor se imaginaba toda una vida junto a aquella mujer que amaría hasta la muerte. Después de unos minutos, empero, su entelequia se esparcía y regresaba a su realidad, esa que detestaba y de la cual añoraba liberarse. Realmente no le quedaba nada por qué vivir sino la idea del suicidio.

Cabalmente, el profesor Fraushit era un ser triste y nostálgico, con tintes suicidas. Se le había ido la vida pensando en buscar a su querida musa, pero le aterraba la idea de encontrarla embarazada de otro canalla oportunista, o siendo inmensamente feliz en los brazos de otro hombre. Entonces un día agradeció lo que ocurrió, se sintió feliz de haber mantenido sus ideales por encima de los de otro ser y de los de una vomitiva sociedad. Comprendió que eso no era amor, no uno sincero; de hecho, quizá nada lo era. Ese era el mensaje que trataba de dar a sus estudiantes. Solo quería que ellos entendiesen lo absurdo de la existencia, de las guerras por dominar un planeta insignificante en un periodo ínfimo, del amor humano tan soez y mundano, de las ataduras que las personas contraían, de las deudas y anhelos materiales. Tal como vivía el ser, era factible la concepción del absurdismo y demás corrientes. Miraba a las personas y sus modos de vida, lo que parecía aquejarles y divertirles; entonces sabía que todo era intrascendente y pasaba días enteros como si todo le fuese insignificante. Así había vivido los últimos años, solo y deprimido, con el anhelo de encontrar a alguien que pudiese quedarse con su colección de libros y apreciarla en toda su plenitud. Había hecho bien en apartarlos de las garras del nuevo director, pues, de otro modo, ya hubieran ardido como lo hicieron aquellos libros prohibidos.

Pero las cosas habían cambiado desde hace mucho. Y ya no sentía esa pasión cuando hablaba de teorías raras o cuando leía filosofía. Le gustaba enseñar y aprender, empero, algo punzaba en su interior. Sentía como si no hubiese vivido, como si algo le arrebatara el aliento. Tantos años y siempre lo mismo, la vil cotidianidad y la maldita monotonía se habían apoderado de su vida desde hace eones. No sentía interés por el mundo, pues de antemano sabía que era un lugar horrible. Y ahora con lo ocurrido en la facultad, con esas muertes y ese nuevo orden, todo apuntaba a darle la razón, a confirmar que efectivamente la existencia tendía a un absurdo entre más tecnología y ciencia había, entre más civilizada era la sociedad. ¡Qué horrible era estar vivo en una realidad tan insustancial!

Se sentía oprimido y cabizbajo al saber que no era distinto al resto de los humanos. Con esta sensación en su ser, se acercó a la ventana,

mirando a través de ella cómo los estudiantes actuaban estúpidamente, como de costumbre. A ninguno de ellos le interesaba elucubrar o dudar, se limitaban a recibir todo lo que la sociedad les atascaba sin quejarse ni incomodarse. Ninguno aportaba nada, ninguno luchaba por un cambio ni mucho menos por un despertar. Pero era inevitable, nada podía hacerse por aquellos cuyos oídos jamás comprenderán la más sublime percepción del infinito. Decidió entonces salir y colocarse en una banca aledaña al bosque de Jeriltroj. Rememoró cómo había sido su primer día en aquella misteriosa facultad, e igualmente vino a su memoria el día en que viese lo que nadie creería, aquel misterioso monje.

Todo se dio por casualidad, o eso pensaba. Había decidido ir al bosque para despejarse de las tareas, la tesis exigía mucho y él ya estaba harto. Entonces, recostado en el pasto, tras haber caminado demasiado sin rumbo fijo, escuchó como si una corriente fluyese por detrás de dos inmensos árboles que hasta ese momento no había notado. Pensó que era imposible que existiese aquí un arroyo o algo por el estilo, pues creía conocer todo el bosque y jamás había visto algo similar. Decidió esperar, pero el sonido no desaparecía; en cambio, ocurrió lo contrario, muy tenuemente fue incrementando la frecuencia y el volumen de aquel chasquido. Ahora lo reconocía, sí, era como el fluir del agua. Pero ¿cómo era posible? Sin pensarlo dos veces, dio la vuelta y caminó en dirección diagonal, virando hacia el lugar de donde provenía el peculiar sonido.

Le pareció que se engrandecía más y más el tramo que tenía por recorrer, cuando, de pronto, ocurrió lo inaudito. Se produjo una luz iridiscente y creyó que desaparecer, la sensación fue aterradora y a la vez reconfortante; eso era todo lo que recordaba de su visión aquella tarde. Todos intentaron disuadirle de tal relato argumentando que era un loco y que, en todo caso, debía haber estado drogado, cosa bastante común en los estudiantes de filosofía. Y es que, aunque había estudiado matemáticas, le había atraído enormemente la lógica, así que se inscribió en el posgrado de la facultad donde realizaba sus estudios en filosofía analítica. No obstante, el profesor Fraushit sabía que no era así, aunque, por más que buscaba en su memoria, algo le había arrebatado aquel pedazo de su existencia, aquel tiempo fue vetado de su cabeza.

Subrepticamente, una voz familiar lo sacó de su concentración; eran dos de sus antiguos exalumnos quienes pertenecían a otra facultad.

-¡Qué tal, profesor! ¿Todo bien? Lo noto algo consternado -dijo el primero de ellos.

-¿Cómo le va? ¿Qué tal sus nuevos grupos? -inquirió el segundo sin dar tiempo a que el profesor respondiera.

-¡Qué tal! Me da tanto gusto volver a verlos. Todo lo que recuerdo de ustedes es su loca idea... Van bien mis grupos, todo como siempre. Pero ustedes ¿qué tal? ¿Cómo va la vida fuera de la facultad?

Aquellos dos egresados pertenecían a una iniciativa que buscaba ayudar al mundo mediante la biología. Habían sido estudiantes del profesor Fraushit en la asignatura de filosofía de la ciencia, que, casualmente, el profesor impartió esa vez, pese a que su área era la lógica. En realidad, debido a la política de reciclaje de profesores, cualquiera con doctorado podía impartir lo que le viniera en gana, cosa contra la que el profesor Fraushit siempre había estado en desacuerdo.

-Es complicado, la verdad es que nos hemos encontrado con muchos subterfugios.

-¿A qué se refiere con eso? ¿No han logrado reunir más adeptos?

-Sí, pero hay demasiados impedimentos, gente que se opone a nuestra iniciativa. Estamos intentando abrir cursos para que las personas conozcan de qué se tratan nuestras técnicas sobre hidroponía y cómo aprovecharla, empero, no está resultando nada fácil.

-Parece un proyecto sorprendente, no lo abandonen por nada del mundo. Hoy en día es difícil hallar personas interesadas en el progreso, casi todos piensan solo en dinero, poder, sexo y diversión.

-Ese es el dilema -replicó el muchacho que no había hablado hasta ahora-. El gobierno nos ha bloqueado el camino y las empresas privadas dicen que somos una molestia, que no hay financiamiento para tales proyectos. Además, las personas no tienen tiempo para escucharnos.

-Quizá temen las consecuencias, saben que así la gente podría generar su propio alimento y no depender del dinero para comer. Si ustedes lo consiguieran, sería espectacular. Por desgracia, en este mundo absurdo todo converge a la degradación. No esperen que sea fácil, no se rindan.

-Eso intentamos, muchas gracias por el apoyo. Si llega a estar interesado, solo contáctenos. Ya veremos la forma de librarnos de esos sujetos que frenan el crecimiento de nuestra iniciativa -exclamó el primero de los muchachos.

-Pienso que es bueno, que puede ayudar al mundo. Queremos también rebajar su costo y capacitar a las personas. Ya sabe, progresando y buscando ampliar horizontes, evolucionando -expresó el segundo.

-Sí, entiendo su situación. Por desgracia, ese tipo de cosas están más que condenadas en la actualidad. Tengan mucho cuidado, ellos no se quedarán con los brazos cruzados.

-En parte tenemos algo de miedo, hemos recibido ciertas amenazas. Aunque nos hemos mantenido firmes en nuestros propósitos sin prestar atención.

-Bueno, es natural. Las grandes industrias no permitirán que ustedes les roben la ganancia. Así que, aún si su iniciativa funciona, su cabeza está en riesgo. Este sistema busca lo lucrativo y lo productivo, no ideas que puedan liberar a la gente de su yugo.

-Recuerdo cuando nos hablaba de eso en las clases y todos se dormían. ¿Aún lo sigue haciendo? -inquirió el segundo muchacho.

-Efectivamente, no desisto en mi afán de abrir mentes. En este mundo no se puede hacer un bien que no represente un mal para los que ostentan el poder. A un profesor de aquí que quiso denunciar a la industria farmacéutica por enfermar a las personas lo desaparecieron. La mayoría de los estudiantes no tiene interés en un despertar de consciencia, pero hay uno que otro. Y algo raro ha pasado en la facultad...

Justo cuando el profesor estaba por contarles todo lo acontecido, todas las injusticias, el nuevo orden, las asquerosas diversiones y la quema de los libros, los egresados tuvieron que irse raudamente, pues su presencia era solicitada para una conferencia donde explicarían sus proyectos ante un supuesto empresario interesado. Se despidieron del profesor, quien permaneció inmóvil en la banca, tal como hace tantos años, como en su primer día. Todos se iban, él se quedaba, el tiempo parecía atarlo sin remedio. Así había sido siempre, pero ahora quería que fuese lo contrario. Pasó el resto de la tarde en soledad, reflexionando si su existencia a final de cuentas no era un desperdicio, quizá la de todos lo era.

...

-Le digo que se ha vuelto loca, dice lo mismo sin cesar -decía uno de los estudiantes al policía que había acudido para atender el caso.

-Pero ¿por qué estaría loca? ¿Qué es lo que dice?

-Escúchelo usted mismo. Yo ya no tengo nada qué hacer aquí, mi clase está por comenzar.

A las afueras del bosque yacía Paladyx tendida y balbuceando cosas, parecía estar bajo un extraño trauma. Sus cabellos rojos lucían todos desgredados, el maquillaje negro tan abundante en los párpados se le había escurrido por el rostro manchándole las mejillas. Sus labios estaban ensangrentados por las constantes mordidas que se propinaba mientras balbuceaba. Todo su cuerpo temblaba, estaba irreconocible, parecía no ser más ella misma.

-Dime ¿quién te ha hecho esto? Solo quiero ayudarte -preguntaba el oficial, consternado ante del deplorable estado de la joven.

-¡Ellos! ¡Ellos van a controlar el mundo! ¡Son hombres reptil! ¡Están en todos lados!

-Quiero pedirte que te calmes y que me cuentes lo que pasó. ¿Sabes cómo llegaste aquí? ¿Desde hace cuánto tiempo que te encuentras en este lugar?

-¡Nos observan! ¡Nos estudian! ¡Ya es tarde! ¡Se acabó el mundo y la vida! ¡Van a dominarnos y seremos sus esclavos! ¡Ya están aquí!

-¿De quiénes hablas? Cálmate, enseguida vendrá un especialista.

El oficial trasladó a Paladyx a una camilla. Había mucho ajetreo, muchos oficiales hablaban por radio y merodeaban la zona. El incidente se le había escapado de las manos al director, pero, a pesar de todo, ningún periodista estaba por ahí, cosa bastante extraña.

-Ella es la jovencita. Parece estar totalmente desorbitada, fuera de sí. Se la pasa espetando frases ilógicas. Dice que una raza de hombres reptil quiere dominar el mundo y que se cobijan bajo pieles humanas. En realidad, dice muchas cosas, pero todas relacionadas al control mental y al acondicionamiento. Parece no reconocer a nadie, quizás haya enloquecido -explicó el oficial a la doctora quien recién había llegado para atender a Paladyx.

La experta en estos casos tenía el expediente de Paladyx, proporcionado por la facultad. Observó entonces que ésta tenía antecedentes de esquizofrenia y otros problemas relacionados. Tenía otros datos concernientes a la joven que debían ser privados, pero, de alguna forma, estaban en su archivo, como si alguien la estuviese observando en todo lo que hacía. De hecho, tal información la tenían de todos los estudiantes, sabían más de ellos de lo que se imaginaban. Quizás alguna especie de cámara oculta en los aparatos electrónicos o algún súper sistema no revelado podía proporcionar tal información confidencial a las instituciones. De ese modo, sería fácil tener bajo control a todo el mundo, se sabrían sus fortalezas y debilidades, sus miedos y sus alegrías. Cada vivencia estaría registrada ahí, para siempre. Y, dado que cada vez aumentaba más la interacción hombre-máquina, había una confianza absoluta en proporcionar datos en páginas de la red. Pero todo quizás era solo una psicosis, tal vez esos datos en apariencia confidenciales de Paladyx habían llegado de otro modo. Como sea, Lezhtik finalmente arribaba al lugar de los hechos, con los pulmones a punto de salirse, pues había corrido demasiado.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está, oficial? Soy su mejor amigo y vine tan pronto como pude.

-Por allá, la está tratando un especialista. No sé si sea una buena idea que usted acuda, podría descontrolarla más.

-¿En verdad está ella tan mal? No me lo imaginaba...

-Pues solo habla incoherencias. Según su versión, fue atacada por unos hombres reptil que han pactado ciertos tratos infernales con una secta, y que pretenden el adoctrinamiento del humano y el control absoluto del mundo.

XIX

A Lezhtik se le congeló la piel. Recordaba que ya antes Paladyx había mostrado un comportamiento similar, en una de sus visitas al bosque, cuando solían ser mejores amigos. En esa ocasión igualmente se había desmallado y había despertado diciendo cosas ilógicas, parecía ser otra, pero, tras un largo sueño que duró dos días, volvió a ser ella misma. Sin embargo, esta vez parecía ser algo más grave. La situación lucía más terrible de lo que en sí era, pues con dos de los integrantes del club de los soñadores muertos y con Filruex desaparecido, se hallaban vulnerables ante lo que sea que estuviese buscando su aniquilación. Esta vez ni siquiera los profesores se opondrían, en verdad todos querían que ellos desaparecieran y que la facultad se convirtiera por completo en una malsana abominación donde a las personas solo se les inculcase el gusto por el dinero y el rechazo hacia todo tipo de cuestionamiento o actividad creativa.

-No se preocupe, no haré nada para incomodar la situación -expresó Lezhtik, y se dirigió inmediatamente al lugar donde se hallaba Paladyx.

-Necesito que me cuentes exactamente lo que pasó -inquirió la especialista-, y sin nada de invenciones, debes ser sincera si quieres que te ayude.

-¡Ellos quieren controlarlo todo! ¡Están en todos lados! ¡Son los dueños del mundo! ¡La universidad les importa porque ahí está la última resistencia!

-Ellos ¿quiénes? No entiendo de qué hablas, lo que debes hacer antes que todo es calmarte. Si no lo haces, lo más probable es que termines en el manicomio.

-¡Ellos conocen nuestros pensamientos! ¡Son los amos del dinero! ¡Quieren adoctrinarnos por completo!

-Niña, requiero que te tranquilices ahora mismo. Tráiganme los sedantes, enfermera. De otro modo, no obtendremos nada -indicó el médico con cierta malicia.

Paladyx ni siquiera parecía prestar atención a las palabras de la especialista, una doctora en psiquiatría, que le sostenía la muñeca derecha. Empero, cuando aquella joven que parecía haber perdido la cordura alzó la mirada, se aterrorizó y entró en pánico, profiriendo espantosos gritos y balbuciendo ininteligibles palabras. ¡Aquella mujer tenía los mismos ojos que las criaturas de las cuáles hablaba incesantemente! ¡Era uno de ellos! Sus pupilas tan peculiares y la forma de algo horrible a su alrededor, como una especie de aura que solo Paladyx podía percibir, se lo confirmaron. Además, su energía era distorsionada, vibraba de un modo execrable; se quedó boquiabierta y sin saber qué hacer. Nada tenía sentido, de nada servía luchar si en verdad era imposible hallar pureza y sublimidad en el mundo.

-¡Tú eres como ellos! ¡Todos ustedes lo son! ¡Déjenme en paz! -gritó Paladyx, conmocionándose e intentando huir.

Lezhtik volaba más que correr hacia la habitación donde habían trasladado a Paladyx. Estaba muy alterado y todo lo que quería era asegurarse de que ella no corriese peligro alguno. Justo cuando había vislumbrado sus alborotados cabellos rojos, tres grandulones salieron de la nada y se interpusieron en su camino, eran tan altos y fuertes que uno de ellos hubiese bastado para detener al raquítico Lezhtik, quien no tuvo más remedio que detenerse.

-¡Son ellos, Lezhtik! -gritó Paladyx desgarrándose la garganta.

-¡No dejaré que te lleven, Paladyx! ¡Déjenme pasar, malditos!

-No lo hagas, Lezhtik -exclamó Paladyx desesperadamente-. Tienes que dejar que me lleven. Yo ya no tengo remedio, estoy perdida en mí. Pero tú aún puedes intentar salvar a la universidad de estos seres. Tienes que purificar el mundo entero. ¡Vete de aquí, ahora mismo!

En la visión de Paladyx, esos fornidos hombres que parecían torres lucían como los hombres ataviados con trajes negros, los mismos que habían estado presentes cuando Mendelsen fue atacado. Sin embargo, solo ella podía mirarlos con su verdadera apariencia, todos los demás los observaban normalmente. Un fuerte e intenso dolor de cabeza la acometió terriblemente, debilitándola y haciendo más fácil la tarea para la especialista, quien le clavó la aguja en el cuello.

-¡No, Paladyx! ¿Por qué lo has decidido así? -exclamaba Lezhtik, quien apenas podía creer lo que veía. Le parecía que, en efecto, Paladyx había enloquecido.

-¡Vete, Lezhtik! ¡No dejes que ellos te arrebaten lo único que te queda!

Esas fueron las últimas palabras que Lezhtik escucharía de Paladyx, posiblemente en toda su vida. Por unos instantes pensó en actuar, en desafiar a esos infames gorilas. Luego, recapacitó y entendió que esperar era lo mejor. Se limitó a observar cómo se marchaba la camioneta con la joven a bordo. La última mirada que le dirigiese le pareció peculiar. Ella lucía radiante, particularmente bella a pesar del maquillaje corrido. Ahora ya nada importaba, se arrojó sobre el pasto para recordar aquel día donde

rozasen sus labios. La verdad es que Paladyx siempre le había parecido particularmente bella, extrañamente atractiva. Tal vez lo era, pero las personas tendían a apreciar en demasía aquello que les era arrebatado súbitamente, incluso si antes lo tenían presente en cada día de sus vidas. Tras caer en un profundo sopor, se quedó profundamente dormido hasta que, de pronto, un dulce aroma comenzó a esparcirse por el bosque, al menos por la sección donde se encontraba.

Jamás le había pasado algo similar, la sensación era sumamente placentera, mucho más que el estar bajo los efectos de salvia divinorum. Tanto los colores como los olores estaban terriblemente mezclados; ciertamente, era extraño, como si fuese la mezcolanza de un panteón con un jardín de rosas, como si la muerte y la belleza se fundieran. Se percató de que el idílico almizcle se intensificaba cerca de la pareja de árboles tan llamativos donde se contaban las historias sobre el monje desaparecido. Decidió acercarse y atravesar los árboles frondosos, entonces notó algo que antes no estaba ahí, una característica que no había logrado percibir, o que era nueva. Los árboles brillaban, despedían una luminiscencia iridiscente, se podían contemplar matices sumamente hermosos, como los que observaba cuando se refugiaba en la planta sagrada antes mencionada. Permaneció así unos instantes, admirando la supremacía de los fulgurantes árboles, totalmente poseídos por la lluvia inefable de colores. Luego, saliendo de su ensimismamiento, giró y miró lo que había frente a los árboles, era una vereda muy profunda.

El clima parecía haberse ensombrecido desde que Paladyx se marchó con aquellos malnacidos. Él nada había podido hacer para evitarlo, además de que ella le pidió que no interviniese. Se detuvo antes de avanzar por el camino, que parecía cubierto de un verde fluorescente. Eso no le brindó mucha confianza, pero tampoco lo asustó lo suficiente. Así que, un poco dubitativo, se aventuró en el camino y corrió cada vez con más ahínco, hasta que finalmente observó una luz. Cuando miraba a los costados, lo único que observaba era una oscuridad sin precedentes, incluso escuchaba unas risitas molestas, como chillonas, pero nada de qué preocuparse. Al fin llegó a la luz, la cual atravesó con decisión. Lo que

observó lo dejó boquiabierto. Parecía haber regresado en el tiempo, como si hubiese atravesado un portal.

Ahora presenciaba exactamente el momento en que Paladyx se hallaba frente a esos sujetos. ¡En verdad eran hombres reptil! Lezhtik apenas podía mantenerse en pie, todo su ser traqueteo, se hundió en un mar de incertidumbre. Toda concepción se derrumbaba en su mente. Era inverosímil, pero ahora lo presenciaba con sus propios ojos. Entonces, presenció toda la escena en primera fila, totalmente ahído de una nauseabunda sensación al admirar aquellos seres maléficos. Una de esas vomitivas criaturas se aproximó y tomó a Paladyx, que parecía más pequeña de lo que era comparada con aquella bestialidad. Sus ojos eran amarillos y muy rasgados, solamente se observaba una raya negra como pupila. Tenía todas las facciones de un reptil, pero la fisionomía de un hombre. Su cuerpo parecía muy fuerte, escamado, envuelto en un verde diabólico y centelleante. Esta criatura se abalanzó sobre Paladyx y la sostuvo en el aire, la miró fijamente y sacó su lengua para restregársela.

-¡No, detente! ¡Maldito hombre reptil! -declaró con furia Lezhtik mientras se lanzaba contra aquella monstruosidad, pero nada consiguió sino atravesarlo como un fantasma e ir a parar al pasto.

Comprobó entonces que se trataba de un recuerdo, de una visión o aparición que el bosque había guardado. El hombre reptil continuó con su acto. A diferencia de lo que cualquier hombre hubiera hecho, no violó a la mujer, sino que colocó sus dedos índices en la frente de ésta. Totalmente presa de un ataque de ira, Lezhtik se olvidó de que aquello era un espejismo y, entre un babel de injurias, arremetió nuevamente contra la criatura, yendo a parar nuevamente en la tierra, esta vez impactándose con mayor furia.

-¿Qué intentas hacer? ¡No la toques! ¡Aléjate de ella! -continuaba expresando Lezhtik, a pesar de saberse inútil en aquel espacio-tiempo.

El hombre reptil besó a Paladyx, unió sus labios babosos y nauseabundos con los de ella, con esos labios rosados y suaves que alguna vez Lezhtik pudo sentir. Y, sin embargo, no era como tal un beso, sino solo el medio para sacar algo del interior. De tal suerte que la abominable

monstruosidad hombre reptil comenzó a absorber algo, como una clase de energía, pues su brillo era indescriptible. Esa energía pasaba directamente de Paladyx a él, quien se regocijaba y parecía sentirse más y más vivo conforme absorbía esa emanación fulgurante, la cual tenía los mismos matices que los árboles que Lezhtik observase antes de regresar ante tal suceso. Cuando finalmente el flujo terminó, el hombre reptil soltó a Paladyx, quien tenía la mirada perdida, estaba pálida y tartamudeaba. Parecía que hubiesen absorbido su razón o su conciencia, o algo más allá. Lezhtik estaba inmóvil y las criaturas reían cínicamente. Y, al girar levemente, pudo percatarse de un hecho que le heló aún más la sangre, si era posible: tiradas en el suelo, yacían como trajes de buzo las pieles del nuevo director y del profesor Saucklet. Luego, como si fuesen prendas de vestir, los monstruos verdes se las colocaron encima, cubriendo perfectamente su atroz figura y aparentando ser humanos de forma perfecta.

-Entonces ¡era cierto! ¡Ellos son hombres reptil! ¡Paladyx siempre estuvo en lo correcto, siempre! -fue lo único que Lezhtik acertó a decir antes de quedar tartamudo.

Los dos seres que aparentaban ser hombres se desternillaron y comentaron algo que a Lezhtik le puso los pelos de punta. Sus voces, aunque trajesen puestos las pieles humanas, sonaban demasiado huecas y artificiales, como si les costase imitar los sonidos adecuados para comunicarse en el lenguaje humano. Además, sus rasgados ojos amarillos y repugnantes seguían delatándolos y refulgiendo endemoniadamente, en tanto un execrable almizcle a azufre y a una sustancia imposible de identificar en la limitada concepción humana impregnaba todo el ambiente.

-Bien, ya está. Todo lo que hace falta es un poco más de esa energía negativa y el portal se abrirá -expresó el reptil con el traje humano del nuevo director.

-Sí, solo unas cuántas almas más. La de ella tenía un sabor amargo, pero ha sido bastante vivificante -replicó el supuesto profesor Saucklet expulsando una cantidad de algo asqueroso por su nariz.

-Supongo que es por su reticencia. Su alma no tenía tantos elementos negativos, no estaba tan acondicionada como los demás.

-Pienso que deberíamos de terminar con esto de una buena vez. ¿Por qué no acabamos ya? Es un momento excelente y estamos en la intersección del ínterin.

El director se quedó pensativo ante la insistencia del profesor, pero no desesperó y arremetió contra él. Cada vez que sus emociones cambiaban, todos sus cuerpos se estremecían en una demencial mezcolanza de colores, que finalmente conformaban un espiral de un violeta lúgubre a su alrededor, como si se tratase de su aura.

-No, aún no es la hora, tenemos que ser pacientes. Hemos jugado bien nuestras cartas, hemos eliminado ya varios obstáculos, incluyendo a los integrantes de este molesto club. Solo nos quedan dos y nadie más se nos opondrá. Se está drenando bien la energía y también el acondicionamiento ha resultado una maravilla, no podemos fallar esta vez.

-Tienes razón, aún no es tiempo. Confío en que podremos usar las almas de estos humanos para abrir el portal y, así, lograr nuestro mayor propósito.

-Así es, compañero. Y ¡por fin los dioses antiguos volverán a esta dimensión! Después de años conminados al olvido, ahora es momento de que vuelvan y lo dominen todo.

-Y ¿crees que será suficiente con la energía de estos sujetos? Me refiero a los estudiantes de la facultad -inquirió preocupado el reptil con el traje del profesor.

-Ese no es problema alguno, no te agobies innecesariamente. En todo caso, tenemos a los profesores. Además, es de esperarse que lo logremos. Hemos trabajado bien a estos sujetos, los hemos acondicionado estupendamente. Les hemos arrebatado ya esos sueños absurdos que tenían y los hemos atiborrado de zarandajas; esto es, los hemos llenado de vicios para que no despierten jamás. Y hemos tenido éxito, ellos adoran su servidumbre y no importa el nivel de opresión que les impongamos siempre y cuando tengan fútbol, cerveza y sexo.

-¡Tienes razón! Había olvidado por un instante que todo eso ha logrado acumular una gran cantidad de energía negativa de la cual nos alimentamos. Ellos están vacíos, no son seres que ahora importen; empero, ese vacío nos gusta, podemos consumirlos más fácilmente y usarlos.

-Por eso mismo estoy tranquilo. Hasta ahora nadie sospecha que usurpamos el puesto del antiguo director y de esos dos profesores, Saucklet e Irkiewl.

-Así es, fue una excelente idea. Pudimos salir de las bajas dimensiones del Hipermedik justo cuando Silliphial despertó, todavía me cuesta creer que algo así esté pasando. Si no nos damos prisa, podemos perder para siempre el favor que el destino nos ha concedido -arguyó someramente preocupado el reptil que simulaba ser el director.

-Cuando vinimos a este mundo, nunca pensé que sería tan fácil acondicionar a los humanos, pero ha sido demasiado simple. Tienen tantos vicios y están tan desapegados de la espiritualidad, son solo criaturas repugnantes. Es una suerte que no conozcan todo el potencial que podrían llegar a tener.

-Sí, pues, de otro modo, estaríamos en graves problemas -afirmó el director complacido y acomodándose un poco la cabeza para ajustarla a sus ojos, que parecían ser lo único que no podían imitar en el humano.

-Bien, por ahora, debemos estar tranquilos. La gran distorsión cada vez se ensancha, así será más fácil hacer que nuestros primordiales dioses crucen el portal.

-Ya estoy emocionado, todo es perfecto. ¡Conquistaremos este y los mundos que nos plazcan! Solo necesitamos alinearlos con los destinos que quiera la entidad demoniaca.

Fue así como Lezhtik sintió volver en sí mientras una densa nube iridiscente lo regresaba al Bosque de Jeriltroj, al tiempo actual. Todo había sido sumamente real para ser una mentira, era eso o Paladyx y él habían enloquecido completamente. Entendió que aquella visión había sido quizá preparada por Paladyx, como una reminiscencia que el bosque mismo

guardó y que esperaba por él. Por otra parte, le pareció una tontería tal teoría, aunque sabía de las habilidades psíquicas de su amiga. Sin saber qué hacer o esperar, decidió regresar a su hogar. Una última cosa lo detuvo, un sonido; era un río. Podía verlo solo en su mente y escucharlo en la realidad. Era algo más que su imaginación, era agua iridiscente, como el color de aquellos árboles gigantes que ahora lucían normales.

Al llegar a su hogar, Lezhtik experimentó exactamente lo mismo que siempre había rechazado. Su padre se hallaba recostado mirando la televisión como un zombi, su madre charlando con su tía por el celular, hablando de bagatelas que nada le interesaba. Pero así eran los humanos, solo sabían ser violentos, meterse en las vidas ajenas y fornicar. Le parecía que todos eran mediocres y sin sueños, entregados a la vida absurda que tanto detestaba. Tantas personas existían inútilmente, todas llevando una vida ordinaria, siguiendo los patrones impuestos por la asquerosa sociedad, persiguiendo materialismo y dinero, divirtiéndose con estupideces y emborrachándose. Nadie quería ser diferente ni mostrar un cambio en la perspectiva evolutiva y romper el ciclo. Se sentía jodidamente incomprendido entre aquellos seres que, por casualidad tal vez, llevaban su misma sangre, así que subió a su cuarto y continuó sus meditaciones ahora arremetiéndole en su pensamiento contra su familia externa.

¿Cómo lidiar con una situación tal? Poco a poco fue dispersando su asistencia a las reuniones familiares, cenas, convivios, cumpleaños, etc. Nada de eso tenía sentido para él; de algún modo, creía que eso era superfluo. Y notaba a esas personas, tan carentes de sueños e ideales, tan abandonados a sus vicios y a una cotidianidad enfermiza. No lograba solventar sus pensamientos, explicar por qué las personas le parecían tan intrascendentes. Sobre todo, le inquietaba cada vez que uno de ellos hablaba, pues parecía que solo soltaba basura con cada comentario. Todos estaban interesados en joyas, ropas, viajes, automóviles, casas, puestos de trabajo, escuelas caras para sus hijos, casamientos, relaciones, sexo, televisión, espectáculos, cine, fútbol, trabajo, entre otras cosas absurdas. Todas esas pláticas lo incomodaban y le infundían un desprecio sin igual hacia esos supuestos humanos, pues pensaba que, en realidad, no

merecían la vida seres tan vacíos. Se descalzó y dejó orear sus pies, al tiempo que algo le llegaba como una daga a la cabeza.

Indudablemente, ese tipo de existencia era la que los hombres reptil querían para los humanos. Pero ¿con qué fin? ¿En verdad pretendían esclavizar a la humanidad con tales cosas? ¿Abrir un portal como comentaron? ¡Qué inverosímil sonaba todo eso en su cabeza, se sentía como un auténtico demente! Casi pensó en ir y unirse a Paladyx en el manicomio, pero se contuvo. No era tan raro pensarlo como cierto. Si todas las piezas se unían, podía ser posible. Era concordante la teoría de un dominio sobre los humanos, todo a través de un nuevo orden. Por eso a las personas se les inculcaban tantas cosas desde pequeños, para que al crecer no pudieran pensar por ellos mismos. Todos eran por igual producto de costumbres transmitidas por los padres, incluso él. Tanto las creencias religiosas, políticas, sociales, económicas y de cualquier tipo; todas eran colocadas ahí por los padres y, posteriormente, por los profesores.

La sociedad se encargaba de cimentar la idea de que nuestros pensamientos eran propios, pero, en realidad, nadie los tenía. Los humanos eran producto de lo que otros ya habían impuesto, de lo que otros dictaban y decían. Se vivía como otros querían, no había una tal libertad. Y dentro de todo eso estaban el dinero y los vicios, el trabajo y la familia. A través de tantas cosas envolvían la mente humana, sometían los sueños sublimes en lo más profundo de la conciencia y llenaban el subconsciente de violencia, desnudos, entretenimiento como el fútbol y chismes de famosos, asesinatos y violaciones, guerras y muertes. Por eso los periódicos mostraban siempre esas imágenes en las portadas, todo relacionado con esos temas. La moda era no tener pensamiento propio, sino ceder; ser estúpido, vulgar, inculto y presumir materialismo era el estereotipo humano.

En general, las personas intentaban suplir el absurdo de su existencia moldeando su físico y adquiriendo bienes materiales o presumiendo de buenos puestos y viajes caros, pero sus mentes estaban putrefactas y sus almas extintas ante la nauseabunda naturaleza que en ellos imperaba. Entre más fácilmente el ser aceptara el mundo y se

sintiera cómodo en él, menos se percataría de lo que realmente ocurría, de su acondicionamiento, del holograma que se tomaba como realidad, de todo lo que podría crear el humano si no tuviera la mente tan enganchada a un mundo tan execrable. Todo parecía tan bien diseñado, tan bien planeado, tanto que imaginar que todo ello era producto del azar o de un conglomerado de casualidades le parecía ridículo.

Repentinamente, otra idea golpeó con violencia su cabeza: eso era exactamente lo que se buscaba en la facultad. Sí, ahora Lezhtik lo entendía todo. Había descubierto la conexión, el eslabón perdido para que todo cuadrara. Por eso la opresión y las propuestas del director, por eso se buscaba eliminar la poesía, la música, la literatura, la lectura, la espiritualidad y el misticismo. Todo aquello que representase la esperanza, la última resistencia del humano ante el arrebato, el saqueo, la violación a su sublime naturaleza. Pero era imposible hacer ver a los demás lo que él veía. ¿Cómo lograr que esas personas despertaran y pudieran notar el agujero en que se hallaban? Tendría que reprogramarlo todo, modificar la matrix, pero era imposible. Tan solo en su familia lo notaba, tan solo cuando todos supieron que iba a estudiar filosofía en vez de ingeniería o alguna de esas cosas solo por sus salidas laborales, se había sentido tan asqueado al escucharlos...

-¿Filosofía? ¿Es en serio? Pero ¿por qué? -expresó su tía la que se había embarazado a los quince años.

-Y ¿de qué vas a trabajar? ¿En qué campo laboral vas a desarrollarte? -preguntó su tío que toda su vida había sido obrero y que no tenía ni la primaria.

-¿No es eso muy complicado? En mi escuela dicen que la filosofía no sirve de nada -dijo su primo que estudiaba contabilidad, que por cierto se llevaba bien con su papá por estudiar la misma carrera.

-Pienso que deberías de cambiar tu decisión. Con eso no podrás tener todo lo que quieras, piensa en el dinero que ganarías siendo ingeniero, o hasta futbolista -espetó su tío, el que no trabajaba y vivía de la pensión de su padre.

-Así es, tu tío tiene razón. La filosofía no te dará para vivir. Además, piensa que así no podrás ayudar a tus padre -replicó su tía la que era enfermera y que trabajaba tiempo extra para mantener a sus dos hijos, los cuáles no estudiaban ni trabajaban...

Y así, Lezhtik recordaba cómo los demás integrantes de la familia soltaron su ominosa verborrea sin que nadie se los pidiera, todos mostrándose en contra de una carrera que a Lezhtik le parecía bastante enriquecedora. En realidad, no pensaba en estudiar como la mayoría lo hacía. Veía que las personas estudiaban, si es que lo hacían, solo para ganar dinero, para tener buenos puestos y poder satisfacer sus vicios y anhelos materialistas. Cualquier cosa que no fuera productiva o que no representase una ganancia monetaria no significaba nada para esos ganapanes de la existencia. Un progreso espiritual estaba absolutamente vetado de sus cabezas, ni siquiera uno intelectual podían concebir. Lo más que hacían era leer algún libro basura o ir a moldear sus cuerpos para llenar su vacío interno. Y las personas de su familia eran exactamente como la gente que detestaba por su estúpido materialismo y su mente tan acondicionada. Lo más triste, sin embargo, era que él mismo entendía y sabía que tal condición de moldeamiento se extendía a todo el mundo. Contadas eran las personas que todavía tenían alma y cuya única tragedia era existir en este mundo obscuro rodeado de tantos insulsos y aberrantes monos parlantes llamados humanos. Este mundo y sus habitantes debían ser destruidos cuanto antes, no había otra manera de purificar la existencia.

XX

Era evidente que las personas y su modo de vivir se habían tornado en un sinsentido. Desde que el nuevo orden había comenzado, desde que esos seres reptiles habían usurpado la dirección y habían tomado el mando

estableciendo aquel dominio execrable, desde entonces la facultad no le había parecido la misma. Todo se había venido abajo, la enseñanza se limitaba a actuar como máquinas, a repetir cosas que otros habían hecho y a no cuestionarse. Pero ¿desde cuándo era así? ¿Hacía cuánto tiempo que en verdad la enseñanza era sincera? Tristemente, hoy en día a las personas solo se les enseñaba a tratar como una deidad a los poderosos y a comportarse como lo que serían, meros medios de producción. Era incluso algo que le aterraba, la idea de pensar en el trabajo le inquietaba. No deseaba para nada pasar sus días en una empresa, dedicándole la mayor parte de su tiempo a realizar estúpidas labores y obedeciendo absurdas reglas, todo para ganar un sueldo que le permitiera subsistir.

Realizar esas labores, casarse, formar una familia, viajar y adquirir bienes materiales, nada de eso estaba en sus planes. Y le atemorizaba pensar que algún día cediera y se convirtiera en uno más, en otro ser común como aquellos familiares imbéciles que se molestaron y criticaron su elección de carrera. Incluso, así debía ser todo el mundo; así era, efectivamente. ¿Qué clase de civilización era esta donde la libertad, la justicia y la belleza se habían extinguido y reemplazado con materialismo, dinero y prostitución? ¿Dónde estaban el arte, la literatura y la música? ¿Dónde estaban los humanos sublimes? No, era una tontería pensarlo así, puesto que quizá nunca había existido tal sublimidad. Lo más seguro era que, desde siempre, el humano hubiese sido una criatura repugnante, hambrienta de poder y esclava de sus impulsos sexuales y materiales.

Pero nada de eso tenía que ver con el nivel académico ni con la religión. Eso que la mayor parte de los humanos no podían ver era algo personal, algo que no se podía implantar en la mente de otro, algo que era sutil y asombroso, un despertar sin igual, un renacimiento. Y, cuando el ser se percataba de la forma insulsa en que había vivido, tenía dos opciones solamente. Una era proseguir del mismo modo, negar e ignorar todo lo que habían descubierto sobre el sistema y el control, mantenerse en la ignorancia y continuar sus vidas tranquilamente, en la inopia del conocimiento, seguir solazándose con entretenimientos mundanos, buscar solo la diversión y la fiesta, los vicios y el dinero; tristemente, era el camino de la mayoría.

La segunda opción representaba a la minoría, pues denotaba a aquellos que habían logrado liberarse del yugo del sistema, que comenzaban a pensar por sí mismos y a cuestionarse, que no aceptaban lo que otros imponían, que eran rebeldes y sublimes, que sabían de la farsa del mundo, de las grandes industrias contaminando el planeta, de las farmacéuticas envenenando gente, de los políticos y los religiosos enriqueciéndose, que buscaban despertar a sus demás hermanos. Tristemente, eran llamados locos cuando hablaban de todo eso, eran tachados como simples soñadores, como inadaptados y paranoicos. Éstos últimos eran encerrados en manicomios y rezagados a meros fanáticos de lo irreal, mientras que los cuerdos y acondicionados eran nombrados presidentes y líderes religiosos, pues eran los indicados para liderar a las ovejas, para ser los títeres que mostraban la cara ante el pueblo, para que los titiriteros no tuvieran que exponerse.

Lezhtik continuó sus elucubraciones de manera más profunda. Había personas que, sin jamás haber ido a la escuela, eran más conscientes de la realidad, lograban ver eso que era ignorado por casi todos. Y había personas con estudios, con doctorados, con títulos de universidades prestigiosas e investigaciones que se mantenían ciegos, y que, sin importar cuántas veces se manifestara ante ellos la verdad, seguían sin reflexionar. Estos eran los más peligrosos, los que poseían conocimiento y se mostraban dóciles ante los titiriteros, pues eran utilizados para construir bombas, para enfermar personas, para realizar experimentos que produjesen ganancias para los poderosos. Y había obreros que también se encontraban en tal situación, patéticamente lamían la bota que los pateaba, mientras que otros trabajadores se conformaban con un sueldo miserable y eran explotados en sus trabajos, pero, al tener ya una familia que mantener, no les quedaba remedio alguno. Absolutamente todos renunciaban a sus sueños, ese era el principio fundamental del nuevo orden. Y los pocos que lograban rebelarse, siendo obreros, gente estudiada, con o sin hijos, con o sin religión, independientemente de todos los factores sociales y culturales, esas personas eran el enemigo del monstruo que controlaba los hilos de los títeres. Pero ¿era solo uno o varios? ¿Eran reptiles o sectas? ¿Empresarios o banqueros? Nadie en absoluto lo sabría jamás.

Pensaba Lezhtik que en verdad quería cambiar las cosas, quería que los demás se percatasen de todo lo que estaba mal en el mundo. Pero ¿cómo lograr tal empresa? Parecía demasiado compleja. Además, nadie querría escuchar, y, si lo hacían, pensarían que era solo un demente, negarían todo y seguirían protegiendo lo que los esclavizaba y destruía. Recordó entonces a su padre y todas las veces que le ofreció libros y conocimiento, pero éste siempre se negaba y prefería seguir mirando el fútbol. Y, como él, así el mundo se negaría a abandonar sus vicios a cambio de un despertar. No parecía haber modo para que alguien lo escuchara y verdaderamente sus palabras penetraran en la cabeza de las personas, para que no les entraran por un oído y les salieran por el otro. Pensaba que escribir podía ser un buen mensaje, al menos algunos leerían e intentarían despertar, o esa esperanza tenía. Por ahora, debía seguir escribiendo y estudiando, pues los exámenes finales ya casi empezaban, y también tenía que arreglárselas con aquellos usurpadores reptiles, ya que debía hallar el modo de contrarrestar su dominio. La voz de su madre lo interrumpió, avisándole que la cena estaba lista.

En otra parte del torcido mundo, un chico conseguía algo que se creía extinto en el mundo actual. Hacía un tiempo que solamente los gobiernos podían utilizar dichos instrumentos, declarando la pena de muerte para aquel que siquiera intentase hacerse con el control de un arma. Esto resultaba curioso, pues, así, los rebaños no tendrían ninguna clase de símbolo que les inspirara a luchar. Los gobiernos habían confiscado todo tipo de artefactos que pudieran ser usados en su contra, y se había establecido como ley que solo ellos podían usarlas libremente. Pero, para un poeta rebelde, esto no representaba un impedimento.

-Entonces ¿la tienes ahora? ¿Es justo la que te pedí?

-Sí, la traigo aquí mismo. Tienes que cuidarla bien, es un ejemplar valioso y no quisiera que terminara en las manos equivocadas.

-No te preocupes, yo me aseguraré de que eso no pase. Tú solo dámela y ya -dijo Filruex, apresurado.

-Bien, aquí está. Pero primero el dinero, y, si son billetes falsos...

-¿Qué dices? ¿Falsos? ¡Cómo te atreves! -inquirió Filruex en tono agresivo y luego rio-. Son verdaderos, revísalos. Te aseguro que no hay truco en esto.

Era una tarde lluviosa y Filruex estaba empapado, al igual que su acompañante, un misterioso encapuchado. Ahora se revelaba dónde había estado Filruex todo este tiempo, había estado trabajando como un esclavo, tiempo extra y días festivos. Su objetivo era juntar el dinero suficiente para comprar un arma, así era como pensaba defenderse. Por desgracia, en la época actual, era casi imposible conseguir un arma legalmente, así que se había visto obligado a recurrir al mercado negro. Ya tenía el dinero suficiente para una pistola sencilla, pero elegante y efectiva. El trato se cerró y el arma fue intercambiada por una bolsa negra con los billetes bien ganados por el joven dipsómano.

-¡Ya está! -expresó Filruex con orgullo-. Todo este tiempo ha valido la pena, con esto acabaremos de una vez por todas con ese maldito director. Solo espero que todos se encuentren bien.

Conseguir un arma era casi un milagro, pero Filruex lo había logrado. Quién sabe cuántas jornadas tuvo que ser explotado para ello, pero ya no importaba. Le había sobrado un poco de dinero, así que pasó a un bar que encontró en la esquina contigua y pidió uno de vodka bien cargado. Hacía ya tanto tiempo desde que no disfrutaba ese sabor dulce y empalagoso que lo embriagaba y lo enloquecía. Se quedó pensando en aquel misterioso encapuchado que le vendiera el arma, no parecía normal. Por unos momentos, tuvo la impresión de que era una mujer la que trataba con él, su tono de voz y su comportamiento se lo indicaban, pero no estaba seguro. Además, cuando pudo atisbar sus ojos, sintió como si ya antes los hubiese visto antes, en algún lugar que no recordaba. Unos borrachos entraron en el bar, parecían discutir por algo. Uno de ellos se dirigió hacia Filruex.

-¡Oye, tú! El que está ahí sentado con el vodka. Te hemos visto en la universidad, sabemos que eres filósofo. ¿Puedes ayudarnos a decidir algo?

Filruex giró y percibió que los dos venían hasta las chancas de borrachos, quizás incluso llevasen ya varios días así. Lamentaba tener que interrumpir un poema que estaba componiendo, pues se sentía realmente inspirado en su estado alcohólico. No obstante, barruntó que podría ser interesante prestar atención. Aquellas pláticas de borrachos siempre lo dejaban elucubrando más de la cuenta, pues en tal condición los humanos suelen ser mucho más interesantes de lo normal, suelen mostrarse más sinceros y emotivos, más honestos y expresivos.

-Desde luego, señores. Pueden preguntarme lo que quieran, yo responderé.

Como impulsados por las palabras del joven, los dos hombres fueron y se colocaron en su mesa, tomando una silla y aplastándose. Pidieron cada uno una cerveza de la más barata. Eran hombres maduros y barbones. Uno de ellos llevaba un bigote muy abundante y la cabellera como de cepillo, además de que sus ropas eran negras y desgastadas. El otro traía varios anillos y colgantes, parecía atesorarlos demasiado. Filruex no se explicó de dónde los había conseguido en tal estado. Finalmente, soltaron la pregunta:

-¿Tú crees que es bueno matar a la gente mala? -preguntó el del bigote abundante.

-Así no se pregunta -replicó el de los anillos-. Le estás incitando a que te dé la razón, imbécil. Lo que queremos saber es si sería bueno o no acabar con los que hacen el mal en el mundo, y también si eso nos convertiría o no en malas personas.

Filruex permaneció en silencio ante la mirada de los hombres, los cuales se habían ya desparramado y lo miraban con desesperación. Entonces la mesera interrumpió trayendo las cervezas y también otro de vodka para el poeta rebelde.

-Bien, pues no creo que alguien tenga la respuesta para eso, menos yo. De hecho, creo que solamente un dios podría contestar algo así, pero les daré mi opinión al respecto.

-¡Sí muchacho, eso queremos! Le hemos preguntado a muchas personas, pero todos nos rechazan por nuestra condición. Tú eres el primero que accede a contestar.

-¡Ya déjalo que hable, idiota! No ves que solo lo interrumpes -replicó el del bigote.

-Verán, hay todo un debate sobre ese tema: saber si el hombre es bueno o malo por naturaleza. De ahí se deriva lo que ustedes cuestionan, y no es para nada fácil. Hay posturas filosóficas que se contradicen en tales cuestiones. Personalmente, creo que el ser no es bueno ni malo por naturaleza, me inclino a creer que se viene al mundo en un estado neutral y puro. Y lo natural sería que cada uno eligiese su camino sin arrepentirse y que fuese su propia decisión ser bueno o malo, pero no es así. La realidad es que desde pequeños se nos programa para la vida que le convenga al sistema. Esto es, si es conveniente que seamos malos, lo seremos; si es lo contrario, seremos buenos. No decidimos, todo ya está planificado, todo nos es inculcado por padres y profesores. Así es como nuestras mentes se ven influenciadas por el conglomerado blasfemo de pensamientos execrables que nos rodean desde pequeños. De tal forma que ser bueno o malo es solo un resultado inherente del sistema manifestándose inextricablemente en la civilización, convirtiendo el mal y el bien en simples denominaciones y conductas supeditadas a la moral y los valores con los que se rige y que resultan ser imposiciones de personas que controlan el mundo. El bien y el mal son más que simples opuestos, están relacionados y muy íntimamente. Todo ser es bueno y malo a la vez, el punto está en el equilibrio que mantenga entre ambos opuestos, el camino medio que logre visualizar marcará el símbolo de su esencia. Lamentablemente, el bien y el mal ya solo son el resultado del moldeamiento y la muestra de una herencia vomitiva transmitida de generación en generación a personas incapaces de cuestionarse a sí mismas, cuyo único medio para establecer juicios es lo que alguien más le ha metido en la cabeza. Defender ideas ajenas es la moda, el bien y el mal son un chiste tal como lo considera el ser moderno.

Los dos hombres se encontraban asombrados, les había costado un poco digerir todo lo que Filruex había recitado, quien ya se encontraba

estimulado por los efectos del vodka. De hecho, así era como le gustaba escribir poesía, borracho y elevado siempre se sentía más creativo. Prosiguió entonces con su discurso mientras ordenaba otro de vodka. La mesera se acercó, era una gorda de cara ruda.

-¿Solo una para usted? Ustedes ¿ya no? -inquirió a los borrachos.

-Pidan lo que quieran -les dijo Filruex solemnemente-, que yo pago esta vez.

Sin pensarlo dos veces, ordenaron un ron y un tequila. Después, se acomodaron y continuaron escuchando la perorata de aquel joven rebelde y poeta.

-Entonces, como les decía, es complicado definir el bien y el mal. No creo que en términos humanos pudiese explicarse, va más lejos. Además, la moral siempre ha sido un estorbo para el ser, creo que no debería basarse o reducirse a eso. Sin importar la religión, estatus social o económico, la moral o los valores inculcados, el ser debería poder decidir, pero no es así. Por eso vemos tanta gente arrepentirse de sus actos. Si se es malo, se debe conservar la maldad hasta el final, hasta la muerte; lo mismo si se es bueno. Pero tampoco se hace así, los humanos se avergüenzan de mostrar lo que son y renuncian a aquello que alguna vez defendieron con su vida, todo por ser aceptados en una sociedad decadente. El perdón es el consuelo de los débiles de espíritu.

-Pero entonces ¿cómo podemos decidir ser buenos o malos? -preguntó el de los anillos, que parecía más animado que su compañero.

-Pues eso debería depender de cada quién. Lo que quiero darles a entender es que el ser es bueno o malo no porque así lo quiera, sino porque así lo quiere el sistema. No hay voluntad propia actualmente, no en este cementerio de sueños que es el mundo.

-¡Ya entiendo! Y ¿no significaría eso que el ser puede eximirse de toda responsabilidad ante sus actos, atribuyendo la culpa de todo al supuesto sistema del que hablas?

-Probablemente, pero ese es el problema que no se ha logrado solucionar. Pasa lo mismo con dios y toda relación que con su supuesta divinidad se lleve a cabo. Las personas religiosas dicen que dios tiene un plan para todos, por lo cual se abandona la idea del libre albedrío implícitamente. Luego, todo lo que hagamos no es culpa nuestra, sino que solo sigue los designios del plan divino. De ahí que no entienda por qué las personas rezan. Pero volviendo al tema, creo que sí llega a intervenir ese factor en algunas cuestiones. Por eso tenemos ese remordimiento, el cual denota el contraste entre lo que queremos hacer y lo que el sistema nos incita a hacer. Claro que siempre se puede buscar imponer la voluntad propia, pero no siempre se consigue. No sé si seamos solo títeres de un destino o cómo funcione, es complicado.

-Pues no me ha convencido mucho tu explicación -dijo esta vez el del bigote abundante, terminando su trago.

-A mí tampoco, pero ¿qué se le va a hacer? No es un tema fácil. Si él que es filósofo no ha tenido las respuestas, nosotros menos -mencionó el de los anillos un poco más amodorrado ahora.

-Ahora, lo que puedo decirles es que matar a una persona no convierte a alguien en un ser malvado, no directa ni precisamente. Todo dependerá, como dije, de la moral que impere en la época y el lugar donde exista. Por ejemplo, antes se hacían orgías y cosas peores, pero era algo común en la sociedad de aquella época; en cambio, ahora están condenados tales actos. Si se tuviese la oportunidad de aniquilar a una persona que hace el mal para nosotros, debería liquidársele sin duda alguna, sin preguntarnos si eso nos haría malvados o bienhechores. De cualquier modo, nuestra existencia no es lo suficientemente valiosa para pensar en eso. Y ser bueno o malo por matar a alguien malvado no es distinto de serlo por matar a alguien benévolo, solo es cuestión de perspectiva. Apuesto a que un dios diría que le es indiferente tal dilema que a nosotros nos atormenta. En fin, quiero decir que vale la pena acabar con los malvados, pero es algo que no nos hace ni buenos ni malos, solo nos mantiene neutrales. No podríamos encasillar a alguien en bueno o malo por haber hecho tal cosa, solo diríamos que es subjetivo. Aunque también esto representaría un problema, pues las opiniones emitidas

estarían de igual forma inducidas por pensamientos inculcados y transmitidos de lo que es correcto ante nuestra época y sociedad, no por lo que realmente pensemos. No sé, es difícil decidir cuándo ni siquiera sabemos si tenemos libre albedrío o ideas intrínsecas.

-Pues yo ya me revolví con todo esto del bien y del mal. Entonces violar, matar, mutilar, robar, secuestrar y todo lo malo será bueno para el que lo hace y malo para el que lo sufre o lo percibe por sus ideas heredadas. Y, de igual forma, lo bueno estará en los ojos de quien mira, pero ¿cuál sería entonces el sentido de la vida si todo depende del observador? No existe valor alguno, ni moral, ni justicia ni nada. Todo lo podemos acomodar a nuestra propia conveniencia o argumentar que, de acuerdo con nuestro juicio, es de una u otra forma -argumentó extasiado por hablar tanto el de los anillos.

-No sé qué decir ante eso. Para empezar, se tendría que definir con qué probabilidad tendríamos libre albedrío, y si es la única fuerza que interviene en nuestras decisiones. La única forma de solucionarlo sería admitir que existe un destino, y que todos nuestros actos son responsabilidad de éste, o de un supuesto dios, en su caso. Si esto se admite, el ser se ve reducido a una mera entidad sin voluntad, a un muñeco de carne y hueso sin decisión. Esto, a su vez, significaría que no tenemos decisión y que estamos eximidos de toda culpa, que somos seres puros y manejables, manipulados por fuerzas ocultas e inextricables ante nuestra naturaleza precaria. Y eso deslinda a aquellos que cometen actos malos, pero también a los que hacen el bien. Y no veo algún punto en contra de este postulado, pero es extraño pensar que no controlamos nuestros actos. Supongo que ya no sé ni lo que digo...

-No te preocupes -dijo el del bigote abundante-, yo ya me estoy quedando dormido con todo esto, mejor que nos traigan una buena puta.

-Hablando del bien y del mal -dijo el de los anillos sarcásticamente-. Ser infiel o tener deseos sexuales indecentes ¿es producto del destino entonces? ¿Lo elegimos o se da por casualidad?

Filruex no supo qué decir ante eso. Ya se le había revuelto la cabeza con tantas cosas del bien y del mal, del destino y del libre albedrío. Y

ahora incluir el tema de la sexualidad y de la infidelidad le ocasionó un ataque de ansiedad que solucionó con otro vaso de vodka. Cuando menos lo notó, los dos borrachos dormitaban con sendos ronquidos, olvidándose de las preguntas y del coloquio. Posiblemente nunca lo recordarían o pensarían que estaba loco. Sacó su billetera y pagó la cuenta, dejando una buena propina. Justamente cuando se puso de pie, le pareció ver a alguien con capucha en la ventana del bar, salió e inspeccionó alrededor, pero no había nadie. Se preguntó si podría tratarse del vendedor del arma y recordó, con cierto asombro, que aquel misterioso encapuchado con ojos bonitos era la mujer que lo había detenido en la pelea contra el carnicero, pero no consiguió dilucidar quién era realmente.

-¡Que tenga una hermosa noche, joven! Y muchas gracias por la buena propina -dijo la mesera más alegrada por el dinero que por ser cortés.

-No hay de qué -respondió Filruex, deteniéndose de la pared y abandonando para siempre a aquellos dos pordioseros briagos.

Al fin, el joven con el arma recién adquirida llegó al cuarto que rentaba. Desde hace dos meses le habían cancelado la beca y se la había pasado ahorrando para el arma, pero ya el otro mes daría al menos un adelanto. Se aventó en la colchoneta sin preocuparse por las cucarachas de la pocilga donde residía, totalmente devastado por la ingente cantidad de vasos de vodka que había leído. A su lado se hallaba uno de los libros prohibidos por la facultad, uno que le había regalado el profesor Fraushit. Intentó leerlo y no pudo concentrarse ni avanzar, su mente se hallaba demasiado diluida. Aquella noche fue un ensueño refulgente de pensamientos centelleantes en la funesta habitación del peor barrio aledaño a la facultad. Y, mientras se escuchaban peleas y patrullas, gemidos y maldiciones, y en tanto todo se podría en el mundo y en las mentes nefandas de la gente, aquel joven dipsómano y hundido en la barbarie de la bebida escribió más poemas sublimes de los que alguna vez conocería la humanidad, siendo uno de ellos el que recogería la dueña de la casa cuando Filruex se hubo marchado:

Maremágnum de baladí ensoñación

Cerúleo conflicto, la guerra estallaba en el planeta del inferior y estulto mendigo
En las chozas escurrían miríadas de centelleantes guerreros sangrando tras el combate

La victoria se había tornado en algo más imposible que la libertad para esos ignotos

Carecían de la llave para descifrar los arabescos idílicos en la construcción cautivante

Durante las infinitas batallas usurparon la mente de los contaminados y devastaron sus estrellas

Mas éstos, acostumbrados a las querellas enfermizas, opusieron infame resistencia

Intentaron los espíritus del águila purificar la inenarrable asquerosidad humana
Pero fallaron y cayeron desprovistos de alas, suplicando por el retorno del humano sublime

Las guerras estaban perdidas desde el prolegómeno del éxtasis sideral

Las supernovas imprimieron una esperanza cuáquera en aquellos alienados del dolor

Empero, los luctuosos y viles monos se parapetaron en su vomitivo pantano de banalidad

Y los resplandecientes vuelos del águila memorial se perdieron en la oscuridad

Y en la modorra del ente siniestro surgían fofas e insanas oquedades

Y en la retahíla del cielo fúnebre descansaban los espirituales restos del águila

Y en mitón del olvido se encajaron todas las agujas destinadas al humano sombrío

Fueron escasos los perdonados, en su mayoría fueron exiliados hacia el óbito

Calamidad del tiempo, constricción del inmenso manantial ingrávito

Primigenios hierofantes invocaban el regreso del águila espiritual

Todos bramaron y recurrieron al impertinente y falso dios a cambio de poder

Y aunque intrascendente fue su existencia, aquellos monos esparcieron su pestilencia

Diatribas vehementes coronaron a los supuestos nuevos reyes

Miserables larvas tomaron las riendas de una enervante civilización

Se implantaron absurdas creencias y pensamientos ínfimos y humillantes

Pero los seres carentes de alma jamás cuestionaron las mentiras alucinantes

XXI

Lezhtik caminaba rumbo a la facultad, era ya la penúltima semana antes de que terminara el periodo escolar. No estaba para nada tranquilo con las muertes de tres estudiantes y el encierro de Paladyx, todo daba vueltas en su cabeza. Pensó que necesitaba platicar con alguien y se le ocurrió el profesor Fraushit. Al final de las clases, iría a su cubículo para conversar un poco. Se apresuró y visualizó la puerta de entrada, con las características filas para la revisión. Mientras esperaba, Lezhtik cavilaba sobre lo mismo: que los estudiantes eran tratados como reclusos, literalmente. Así había sido este periodo, aunque lo más extraño era la cantidad de protestas que cada vez disminuía más y más. Tal parecía que en un comienzo la mayoría desaprobó el nuevo orden, pero conforme se les concedieron ciertos entretenimientos, paulatinamente fueron cediendo las críticas y las inconformidades.

Recordaba muy bien que todo había comenzado con la implementación de los videojuegos, lo cual causó gran regocijo e hizo que los alumnos solo pensarán en ello, que estuviesen dispuestos a soportar la opresión de cada día con la ilusión de la hora en que podrían sentarse frente al televisor y enfrascarse en esa realidad ficticia que reemplazaba a la suya tan miserable. Y, luego, vino el viernes social en combinación con el alcohol donde todo era una gran fiesta, ciertamente. Todos los días se escuchaban pláticas concernientes a tal fecha, especialmente los jueves, donde ya se masticaban las uñas para que fuese viernes, para poder distraerse un poco y olvidarse de su deplorable situación existencial. Todo era como natural, como propio; así lo sentían los estudiantes, a excepción de unos cuantos. Quién sabe qué nueva locura les esperaba para el próximo periodo. De alguna manera, algo tenía que hacerse, no podía ser que la educación en todo el mundo llegase a tal extremo.

En el transcurso de la jornada, Lezhtik tomó sus clases normalmente, sabiendo que había aprobado todas las asignaturas sin dificultad alguna. No dejaba de pensar en el libro que el profesor le había dado. ¿Qué otra clase de libros prohibidos guardaría aquel maestro? La ansiedad por saberlo lo enloquecía. Quería divulgarlos, que todos los leyesen, que todos se enterasen de que la vida no tenía un sentido, y que todo era gracias a la forma estúpida en que consciente e inconscientemente el humano experimentaba la vida. En cuanto se permitió la salida de las clases, corrió al cubículo del profesor Fraushit, emocionado por solicitarle más libros y comentarle todas las cosas que deseaba escribir cuanto antes en sus ensayos nocturnos.

-¿Ya has visto los carteles de la reunión de fin de año? -preguntó una jovencita a otra, la cual sostenía un lápiz labial y se miraba vanidosamente en un espejo de bolsillo.

-Desde luego que sí, ¡será increíble! Parece como si se tratase de una fiesta, es grandioso que algo así ocurra aquí.

-¡Ni que lo digas! Sin duda, este nuevo director es asombroso. Y pensar que en un principio a nadie le agradaba. Ahora que lo pienso, el anterior era demasiado aburrido.

Antes de arribar al cubículo del profesor, Lezhtik se detuvo para escuchar el coloquio de aquellas dos muchachas atascadas de maquillaje. Eran las que siempre hacían la barba a los profesores y parecía no importarles en lo más mínimo aprender, sencillamente usaban sus estudios para presumir, algo asaz común en la actualidad.

-Sí, todavía lo recuerdo. Con él todo era estudiar y leer cosas raras. Y ni hablar del fin de periodo, jamás hizo algo como esto. Todo lo que nos organizaba era un estúpido concurso de ensayo filosófico, como si no bastase con venir aquí a estudiar estas cosas. Me alegra que haya sido reemplazado, ha sido una decisión sin igual.

-Ni que lo digas -replicó la más alta de las inicuas jovencitas al tiempo que se delineaba las cejas-, este director hasta fiesta nos organiza. Además, nos da juego, cerveza, entretenimiento, televisión, diversión y

demás. También nos ha quitado los libros aburridos y nos ha ya conseguido empleo cuando salgamos. Sencillamente, nos ha brindado todo lo que importa, le debemos demasiado.

Casi le hacía devolver el estómago a Lezhtik tales imbecilidades habladas por aquellas dos infames mujeres. No podía concebir que, en realidad, personas como ellas se hicieran llamar filósofas, pero le pareció más lamentable aún el hecho de que gran parte de la facultad, y también muy probablemente de las universidades de todo el mundo, se encontraban bajo las mismas circunstancias de estupidez inducida. Parecía que a las personas les agradaba ser recompensados miserablemente, a toda costa tratarían por cualquier medio de defender lo que los destruía. Eran dependientes de un sistema artificial diseñado por seres (quizá no humanos) en el que su adoctrinamiento denotaba la perdición del ser.

La educación se hallaba irremediablemente tan corrompida y enfocada para perpetuar la pseudorealidad que imperaba en el mundo; esto es, el sistema que extinguía los sueños e imponía el dinero en conjunto con todas las demás falacias como forma de control. Los principales componentes de dicha pseudorealidad eran la religión, los gobiernos, las guerras, las aberraciones sexuales como la prostitución y la pornografía, la violencia, el entretenimiento, el fútbol, entre otras; todo parte del eterno y nauseabundo juego propuesto por el capitalismo y la globalización. En fin, existían formas cada vez más sofisticadas de privación de la libertad y manipulación de las mentes. Pensando de tal manera, Lezhtik continuó por las escaleras yendo hacia el tercer piso, donde se hallaba el cubículo del profesor Fraushit, el único que seguramente seguía defendiendo los ideales sublimes entre aquel tropel de viejos imbéciles que se hacían llamar doctores y presumían de sus estudios en el extranjero. Llamó a la puerta en repetidas veces, pero sin recibir respuesta.

Subrepticamente, Lezhtik sintió cómo una sombra se posaba a sus espaldas, haciéndolo sentir totalmente inerme en su posición. Quiso voltear, pero un pánico abrumador lo paralizó. Colegió que tal vez se tratase del director o de alguno de aquellos misteriosos hombres tan

elegantemente ataviados de negro. Por unos instantes no supo qué hacer, estaba temblando ante la posibilidad de ser el siguiente en la lista de los rebeldes que debían ser eliminados. Se aterró ante la idea de voltear y hallarse cara a cara con alguna criatura infame. El pasillo lucía desierto, pues era el último piso y exactamente a esa hora ya los profesores del turno matutino se habían ido y los del turno vespertino llegaban hasta dentro de una hora. ¿Quién podría ser? ¿Quién estaba detrás de él? ¿A quién pertenecía aquella sombra alargada que se proyectaba demoniacamente sobre el suelo? Sintió cómo una mano se posaba sobre su hombro, una sensación familiar lo invadió, una energía que ya había sentido antes. Cuando viró, haciéndose de valor y más reconfortado por la sensación beata que le produjo el toque de aquella misteriosa mano, sus ojos fulguraron al descubrir quién era el causante de su espanto.

-¡Filruex! ¡Regresaste! ¡Pensé que jamás volveríamos a vernos!

-Sí, soy yo. El mismo Filruex que conocías desde siempre.

-Pero ¿en dónde demonios te has metido? Apuesto a que ya te han dado de baja en todas las asignaturas.

-Eso es lo que menos me importa. No me interesa ser parte de esta facultad, de este sistema, de esta pseudorealidad. Me sentiría extraño siendo normal y estando a gusto en un mundo tan podrido. Hay cosas más importantes que hacer, y creo que ya sabes a qué me refiero.

-Sí, seguro que sí. Han pasado tantas cosas, algunas verdaderamente tristes.

-Se encuentran todos bien, ¿cierto? Dime que sí.

Pero la respuesta de Lezhtik no llegó, pues el sonido de un celular sonando los interrumpió, proveniente del interior del cubículo. Y ¡era precisamente el del profesor Fraushit!

-Entonces ¡sí está adentro! Pero ¿por qué no abre?

-No lo sé, Lezhtik, pero esto no me huele bien. Hazte a un lado, voy a derribar la puerta y veremos qué está pasando.

Filruex dio una fuerte patada a la puerta, que cedió fácilmente ante la violenta fuerza imprimida en el golpe. Lo que vieron, empero, los dejó perplejos, les heló la sangre, los acercó tan vorazmente a la locura innombrable. Y no era para menos, pues frente a los jóvenes soñadores apareció un sacrilegio de la peor calaña: el profesor Fraushit yacía en su silla, con el cuerpo ensangrentado, lacerado, raspado y quemado en algunas partes. Su rostro mostraba un aire de dolor, como si hubiese sufrido demasiado antes de llegar a su posición actual. Estaba desnudo, con excepción de unos calzoncillos que eran rasgados por un crucifijo en el que parecía haber sido empalado. Sus ojos saltaban de sus cuencas, moscas entraban y salían de su cabeza, la cual estaba abierta y dejaba ver el cerebro húmedo, parecía como si lo hubiesen usado como la víctima de algún ignominioso ritual por parte de alguna secta maldita y abominable.

Lezhtik salió de su trance, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Pudo entonces ver la realidad, lo mismo que Filruex veía. Lo anterior no había sido más que su subconsciente jugándole una broma, sus temores expresados, como los de cualquier ser humano. Pero la verdad no era menos cruel, pues los pies del profesor oscilaban de un lado a otro, el charco de sangre caía sobre unos libros de filosofía que mostraban autores no conocidos por los jóvenes; seguramente libros prohibidos. El profesor Fraushit, ese brillante hombre, se había colgado en su cubículo, con la única compañía de su amarga soledad.

-¡Se ha suicidado! Pero ¿por qué lo ha hecho? -musitó Filruex con angustia.

Lezhtik ni siquiera acertó a pronunciar palabra alguna, todo lo que sabía era que una de las pocas personas con consciencia en la facultad, y quizás en el mundo entero, había fenecido. Sí, uno de los pocos amigos y opositores de la inmundicia que había contaminado el mundo entero había abandonado la desgastante y eterna lucha. Se echó para atrás rápidamente y corrió lo más que pudo, no sin antes tratar de llevarse a Filruex consigo, pero éste no se movió, se quedó ahí observando. Lezhtik sabía que debía avisar a las autoridades cuanto antes, aunque fuera inútil, al menos para que se llevara a cabo todo el proceso y se les eximiera de toda culpa o complicidad en aquel funesto acto. Le preocupaba demasiado

el hecho de que las autoridades creyesen que ellos habían matado al profesor.

Al fin, se tranquilizó y acudió con el personal correspondiente. Sabía que Filruex también se habría retirado, no era tan torpe como para permanecer ahí. Sentía curiosidad por saber qué había estado haciendo, parecía haber logrado sus objetivos, al menos por su expresión. Ya tendría tiempo de platicar con él más adelante. Una vez que hubo terminado de contar lo que vio, los paramédicos fueron llamados, todo siguió su curso. El tercer piso se cerró aquella tarde, aunque nadie prestó mucha atención. Para los estudiantes, el profesor Fraushit era un enemigo de lo que ellos adoraban. Llegó el personal pertinente con una apatía bárbara para recoger el cuerpo del profesor, aunque, mientras lo hacían, algo extraño llamó su atención.

-¡Oye! ¡Quiero que le eches una mirada a esto, compañero! -dijo uno de los paramédicos al otro, al tiempo que señalaba el cuello del profesor.

-Sí, lo noté desde hace un momento, pero no quise decir algo al respecto. Esas heridas no fueron causadas por la cuerda.

-Así es, resulta tan extraño. Además, mira su aspecto, parece como si hubiese visto algo terrífico antes de suicidarse.

-Quizá justamente eso lo llevó a tomar esa decisión, pero ¿qué pudo haber sido? ¿Qué pudo haber visto el profesor que lo dejase en tal estado?

-Bueno, a mí no me lo preguntes. Posiblemente se drogó o estaba haciendo otra cosa, dicen que era un profesor muy extraño.

-Sí, eso es lo que he escuchado de los murmullos.

-Me causa una gran curiosidad averiguar quién o qué le ha causado esta herida en el cuello. No parece haber sido ocasionada por un humano, sino más bien por un animal -dijo uno de los paramédicos, el más avezado del par.

El otro se acercó y analizó. Permaneció en silencio, como intentando cuadrar aquello con lo que su lógica le dictaba. Y es que en verdad la herida era tan diferente, como si hubiese sido ocasionada por una boca

enorme y unos dientes aterradores y puntiagudos, además de que el olor desprendido era insoportable conforme más tiempo transcurría. Una especie de gelatinosa baba escurría mezclada con la sangre del profesor, y eran tan pegajosa que parecía impregnarse en el suelo y en todo lo que entrase en contacto con ella.

-Parece que tienes razón -asintió solemnemente el otro paramédico-. Aunque no lo entiendo, no parece tener signos de un forcejeo. Tú sabes que, si una criatura lo hubiera atacado, tendría otras marcas en el cuerpo.

-Además, hay otro factor -replicó el paramédico más avezado, cada vez más intrigado por el misterio-, ¿cómo podría haber entrado la bestia aquí? Todo parece en orden, tal vez se haya producido en algún otro lugar. No sé, el Bosque de Jeriltroj, por ejemplo. Y quizá solo trajeron su cadáver hasta su cubículo.

-¿Por qué se molestarían en traerlo aquí? En todo caso, parece que se lo hubieran aventado a alguna bestia, pero ésta lo hubiera devorado...

-Esto más bien parece como si un ser no humano lo hubiera hecho intencionadamente. Quizá los análisis nos den la respuesta, por ahora es mejor no realizar conjeturas absurdas.

-Tienes razón, pero mejor vámonos ya, que tengo bastante hambre.

Los sujetos trasladaron el cuerpo del profesor a la ambulancia, no sin antes percibir, de nueva cuenta, algo raro. Unos sujetos ataviados elegantemente, con lentes negros, demasiado altos, con la piel pálida y un aspecto maquinal, se hallaban merodeando la ambulancia. Su comportamiento impertérrito casi les hacía parecer estatuas, pues ni siquiera parecían respirar ni daban impresión alguna de vida.

-¿No te parecen extraños esos sujetos? Hay algo en ellos que no cuadra, no parecen ser humanos.

-No digas tonterías, compañero. Probablemente se trata de la policía o alguna agencia de esas. Ya sabes, siempre buscan este tipo de casos

misteriosos. No te dejes intimidar, haremos nuestro trabajo y luego nos iremos a comer.

-Bueno, supongo que sí. Pero algo aquí no me deja tranquilo, siento que esto no está bien.

-Todo estará bien, ya deja de imaginarte cosas. Es solo un profesor muerto, no puede haber gran misterio detrás. Esta escuela es un lugar seguro, nada anormal podría ocurrir aquí.

El que era más avezado terminó por resignarse, aunque, al mirar en la dirección donde empezaba el Bosque de Jeriltroj, sus ojos y oídos le jugaron una broma. Resolvió no decirle nada a su compañero, pues siempre era escéptico ante ese tipo de cuestiones. Sin embargo, a través de los árboles y los arbustos, le pareció ver unas sombras que se arremolinaban en un fantasmal espectáculo, combinadas con luces fluorescentes e infernales. Todo aquello reía demencialmente, o eso creyó escuchar. Hasta le parecía como si fuesen unos reptiles danzando o algo por el estilo.

-No es algo anormal, solo mi imaginación. Debo estar alucinando por el hambre, tal como dices-farfulló hacia su compañero y limpió el sudor frío de su frente recargándose en la ambulancia, tomó aire y suspiró profundamente para calmarse.

Luego, abordó el vehículo y se puso en marcha con su colega a un costado. Seguramente todo aquello no tenía nada de extraño, aquel profesor demente se había matado para demostrar que su rebeldía estaba por encima de todo. ¡Que el diablo se lo llevara! Ahora solo importaba comer y después ir a fornicar a alguna prostituta.

XXII

Paladyx miraba entristecida la pringosa pared y tartamudeaba en su celda. Se hallaba en el manicomio, lugar donde no haría daño a nadie y podría pasar sus días tranquilamente, o, al menos, eso le dijeron cuando la recibieron. Bien sabía que no podría escapar de aquella cárcel, pues la mujer de las pupilas rasgadas, la especialista que estaba con aquellos seres infames, la supuesta experta en casos como el suyo, se lo recalcó una y otra vez. Todo lo que añoraba era poder mirar a Lezhtik y poder entender sus habilidades, su vida, su mundo. Lloraba y daba vueltas, se había arrancado cabello, desgarrado los brazos con las uñas, mordido la lengua y lacerado las piernas. Su estado era ominoso y parecía empeorar cada día, pero tal era su destino. En su agonía, su mente no dejaba de producir imágenes espantosas de extraños seres con deformidades execrables que le susurraban en dialectos totalmente incomprensibles. Deseaba que cesaran las visiones, que pudiera tener paz, pero nada de eso era posible.

¿Todo estaba realmente en su cabeza? Eso le habían dicho todos los psiquiatras y los especialistas, nunca daban crédito a sus visiones; no era más que una maldita esquizofrénica. Le parecía repugnante cómo absolutamente todo lo que dijese se reducía a ello, a una enfermedad que ni siquiera era entendible por el humano. La complejidad de la mente y de los pensamientos, de las ideas y las imágenes; nada era tomado en cuenta. Se sentía como un bicho raro, siempre había sido así. Podía ver cosas que otros no y, más que un don, era un sacrilegio. Cuando finalmente las visiones cesaban, llegaba la peor parte, pues un relampagueante dolor de cabeza se encarnaba en todo su ser, dejándola en una especie de estado vegetal, donde ni siquiera podía ponerse de pie. Así había vivido y nada cambiaría, pues nadie tenía la cura para su enfermedad. Y quizá ni siquiera tenía que ser curada, solo debía sobrellevarlo. En diversas ocasiones lo intentó, trató con todas sus fuerzas de encontrarle un sentido a lo que veía, pero nunca terminaba por convencerse de la realidad o irre realidad de aquello, además de que siempre sucumbía ante el temor y la angustia. Necesitaba fortalecer su espíritu, ir más allá, entender lo que aquellos humanos con batas blancas jamás podrían ver.

Para ella, la psicología era una farsa total, solo un medio mediocre de reducir la increíble e intrincada entidad que denotaba la mente. No podía concebir ni soportar las generalizaciones que se hacían a las teorías, tan parcas, que tan fútilmente intentaban explicar los trastornos de la mente. Quizá fuese porque había perdido la fe en la ciencia, o porque sabía que solo trabajaba a favor de quienes pagaban por ella. De cualquier modo, con todo lo que había visto últimamente, sabía que, si mencionaba una sola palabra, todos se burlarían irremediablemente. La tomarían como lo que era: una loca. Pese a todo, ella sabía la verdad, y era más triste de lo que se imaginaba. Aún no digería todo lo que había visto, jamás lo haría. Pensaba que la opresión en la escuela era normal, pero tenía la esperanza de que saliendo podría hallar algo más, que el mundo era más que dinero, sexo y drogas. E incluso se atrevía a soñar con un humano libre de ataduras, que se acercase a lo que leyó en aquel libro prohibido que tomó a escondidas del cubículo del profesor Fraushit.

En dicho libro se hablaba de un humano sublime, de un ser que rechazaba y se mostraba rebelde ante la realidad, de uno tal que no aceptaba los patrones acostumbrados, que denunciaba y arremetía contra toda creencia u orden social, económico, político, religioso, moral y de cualquier tipo. Un ser así sería indudablemente un dios, pero quizá no podría estar vivo por mucho tiempo. Entonces la muerte sería la forma de conseguir la divinidad, de ascender al trono. Y por eso los grandes maestros debían hacerlo, por eso los humanos sublimes debían morir jóvenes, antes de que el mundo, cruel, triste y horrible, materialista y efímero, putrefacto y contaminado, pudiera ensombrece su grandeza. Tantos pensamientos invadían a Paladyx, mientras que su dolor le taladraba el cerebro, quería perforarse la cabeza con lo que fuese. Entonces recordó que en los sanitarios había un taladro, justo lo que necesitaba, era su única esperanza. Así quizá lograría matar dos pájaros de un tiro, pues terminaría con el dolor de cabeza y también con el de vivir. No sabía cuál le atormentaba más, pero, de cualquier modo, ambos desaparecerían al mismo tiempo. Pensó en Lezhtik, en ese sujeto tan enigmático y hermoso. Y también en cómo siempre la había rechazado, aunque ella lo quería tan sincera y profundamente.

Acaso era imposible que existiese un humano sublime, era demasiado complejo siquiera intentarlo. La sociedad oprimía con todo lo que tenía, y, para empezar, estaba el acondicionamiento. Muchos, millones de hecho, jamás intentarían ni sabrían al menos lo que era un humano sublime. Y era normal, pues el ser como tal era mediocre y vil en el momento en que entraba en contacto con el mundo. Solo la muerte podía mantener al ser en una divinidad, y, si no era así, al menos estaba la duda. Nadie había resucitado para dar cuenta de ello, solo eran mitos. Y en verdad que se buscaba exterminar cualquier rastro de rebeldía y de espiritualidad en el ser. Paladyx sabía eso, algo se lo decía y la presionaba para gritarlo, pero ya era tarde.

Estaba encerrada ahí, y sabía que cuando los estudiantes terminasen la escuela, el mundo que encontrarían sería peor, mucho peor. Tendrían que pasar el resto de sus vidas entregando su tiempo a la realización de tareas nefandas y fútiles que en nada contribuían a hacer del ser un espíritu valioso. Tendrían que trabajar largas jornadas a cambio de un falso dios conocido como dinero, pero, a su vez, éste brindaría una felicidad ficticia, pues con él los seres podrían adquirir bienes materiales, entretenimiento y diversión, pagar sus vicios y solazarse. Y los más miserables, los que no lograrían ni siquiera esto, tendrían que ser esclavizados y explotados, denigrados y pisoteados, obligados a realizar las peores tareas por la más mísera remuneración. En el mayor de los casos, el salario proporcionado solo bastaría para pagar la comida y el techo, a veces la ropa. La realidad era una auténtica tragedia donde lo más viable era suicidarse. Sí, no había otra manera de escapar, todas las demás opciones estaban agotadas.

Todo era así, y así se acostumbraba a existir el ser, si es que lo hacía. Todo era tal como decían esos libros prohibidos, un absurdo, un sinsentido en el que la humanidad se sumergía gustosamente. Y por eso se habían vetado, porque no era adecuado que las personas aprendieran, que supiesen de lo miserable, vomitivo y asqueroso que resultaba su modo de vida. Entre el gobierno, la religión, la televisión y el dinero, conformaban, junto con otros factores bien preparados, un increíble complot del que el

humano nada sabía ni quería saber. Para eso se le acondicionaba, para que no protestara, para que no se mostrara rebelde y obedeciera.

Y el humano moderno cumplía perfectamente esos patrones, acataba lo que el sistema le dictaba incluso inconscientemente. Llegaba del trabajo y miraba la televisión en lugar de leer, miraba fútbol en vez de crear algo propio, imitaba y se divertía, pagaba por algo que lo dañaba y también buscaba placeres sexuales que representaban un supuesto amor, que era solo algo vacío y paradójico. Pero así era el humano moderno, este era su mundo, donde todo se podía comprar y esclavizar, donde ya nadie protestaba ni se rebelaba, sino que se conformaba y aceptaba su condición estulta. Para Paladyx, el mundo ya se había acabado hace tiempo, todo era solo un triste recuerdo de una civilización que rechazó su grandeza a cambio de una terrenal existencia. Todo estaba perdido, no había ninguna clase de esperanza en ningún lugar. La vida era demasiado dolorosa y lúgubre, especialmente para alguien tan indefensa como ella.

Pero lo que más la inquietaba era la idea de que, entre toda la podredumbre del mundo, el humano tuviera el descaro y cometiera la imprecación de traer otro ser más a esta blasfemia existencia. No lograba comprenderlo y eso le gustaba de Lezhtik, que él también creía que era una estupidez. No concebía cómo el humano tenía la osadía de engendrar vida, de continuar reproduciéndose y de intentar perpetuar el evidente y nefando error que representaba. No debía el ser esparcir más su descendencia, sino tratar de subsanar sus errores. Pero no era así, en vez de ello, en vez de intentar un progreso y un cambio verdadero, las personas tenían hijos como una máquina de producción masiva. Lo más lamentable era percatarse de que los padres, en su mayoría, eran gente estúpida ya sometida muchos años a un moldeamiento, el cual trasladaban irremediablemente a sus hijos.

Le horrorizaba pensar en todos los patrones que se inculcaban injustamente, sin dejar que el nuevo ser tuviera siquiera oportunidad de elegir religión o postura en cuanto a la sociedad. Era como si fuese etiquetado, como si no tuviera escapatoria ante una abominable forma de vida. Para eso se tenían hijos, por ese egoísmo estúpido del humano ante su desaparición, por querer sentir que algo de su puerca y malsana sangre

continuaría ensuciando la tierra. Era, fehacientemente, un trágico error permitir a tal especie continuar con ese proceso. Paladyx había escuchado esas palabras de Lezhtik, y había quedado encantada, era todo lo que ella pensaba. De hecho, sus ideas eran similares en varios aspectos, como también lo eran con el club de los soñadores.

-Para nosotros, el mundo ya no es suficiente, buscamos algo más, algo que en vida jamás obtendríamos -nuevamente musitó para ella misma, sintiendo cómo el frío le hacía castañear los dientes-. Es entendible que quisieran acabarnos. Me pregunto si Mendelsen, Emil y Justis encontraron eso que tanto buscaban, si al menos la muerte logró ser un descanso y los divinizó como seres sublimes que se atrevieron a crear y a imaginar.

Paladyx sentía una enorme curiosidad por la muerte, sabía que era la única forma de ser libre en el mundo, que ahí al menos habría algo nuevo, que era lo único que el dinero no podía vencer, lo que el ser mediocre no había logrado someter ante su execrable y mundano dominio. Y por eso tanto la inquietaba, añoraba la idea de morir y sentirse en ese renacimiento celestial con que relacionaba su desaparición del mundo. Ya no deseaba estar rodeada de gente tan vacía, imbécil, viciosa y acondicionada. Aunque ella también consumía drogas, sabía que su propósito era distinto, incluso de aquel con que Filruex se justificaba. Ella lo hacía porque esas sustancias eran las únicas que calmaban su dolor y su agonía, detenían las visiones un momento, la tranquilizaban. Y, aun así, buscaba dejarlas, intentaba no recurrir a ellas. Nada la aquejaba más que la idea de ser como los demás humanos. El mundo para ella no valía nada, solo se trataba de un sinsentido sempiterno en donde se desvanecía su lacerado corazón.

Por otro lado, nunca fue dependiente de esas sustancias, pues, pese a todo, a veces podía dejarlas por meses sin sentir que las necesitaba. Y, cuando conoció a Lezhtik, fue como un potenciador para aquello, quería vivir tan solo para verlo triunfar. Por eso aceptaba que éste la hubiese rechazado, por eso se negó tantas veces a confesar sus sentimientos, pues sabía que el amor era imposible en un mundo tan corrompido. Sería solamente un estorbo, un impedimento, una carga para él. El humano

sublime no podía ceder ante algo así de ridículo, algo tan absurdo como el amor. Y, había aún más, pues ella sabía que lo que ahora sentía era pasajero y efímero, como todo lo humano. Y eso la asustaba, prefería conservarlo así, intacto y acendrado; eso era mejor que mostrarlo y perjudicarlo. El amor era intrascendente, se terminaba muy pronto, la magia acababa en tragedia y en llanto, y prefería ahorrarse esos contratiempos, y ahorrárselos también a ese hombre que ella admiraba, ese que escribía en las sombras de una sociedad que ya había sucumbido hace eones. Deseó entonces que él viviera, aunque fuera horrible, pero, al menos, podría intentar cambiar algo, luchar por algo. Pero ella ya no lo podría hacer, ya había sido capturada, había caído en ese derrumbamiento interno donde a cada momento sentía la necesidad de escapar del mundo, de desaparecer para siempre. Necesitaba, sin duda, morir cuanto antes.

-¡Oye, tú! ¡Quiero ir al sanitario! Si no, haré que los hombres lagarto vengan por ti. ¡Je, je, je! -dijo estremecida cuando el guardia pasó.

Paladyx era conocida y ridiculizada por lo que había visto. Los guardias solían pegarle y manosearla, llamándole *la chica de los lagartos*. Se encontraba, curiosamente, dentro de los casos menos importantes y, en cualquier momento, seguramente la desaparecerían para siempre. Consciente de tal situación, Paladyx la aprovechaba ahora para lograr su cometido.

-¡Menuda loca! Con razón te encerraron aquí. Pero algún día de estos me las pagarás, ¡te voy a romper el culo! -replicó el gorila con malicia.

-Sí, claro. Abre ya, que no resisto más. ¡Abre ahora o me hago aquí mismo!

El guardia se apresuró y abrió, aunque estaba prohibido. Pero una simple mujer no podría lograr algo ante su corpulencia y, en todo caso, tenía las manos atadas. Pensó que quizá podría al fin tomar ventaja y hacerla suya, penetrar esa vagina demente.

-Sal ahora, y más te vale que no intentes algo, pues te irá mal. De cualquier modo, cuando regreses, tendrás que devolverme el favor, puta. Y

¡tú ya sabes cómo! ¡Je, je!

-Claro, lo que tú digas -pensó Paladyx lamentando que el humano se viera tan contaminado por experimentar un placer efímero como el sexual.

Cuando llegaron al baño, Paladyx se apresuró a entrar. Tan pronto como cerró la puerta, buscó el taladro que había visto el día anterior. Sabía que el plomero lo había puesto en alguna ventana, lo había dejado ahí para terminar su trabajo la próxima semana, pues había enfermado. Necesitaba encontrarlo a la brevedad para poner fin a su miseria.

-Vaya suerte que tengo... -musitó con agradecimiento hacia el azar.

-¡No te tardes tanto, puta! Si no sales pronto, iré ahí para adelantar mi pago -gritó el guardia con voz aguardentosa.

Se trataba de un hombre corpulento y con barba, como de 35 años. Siempre se la pasaba hablando de fútbol y de sexo, también se emborrachaba los fines de semana y tenía aventuras fuera del matrimonio. Paladyx solía escuchar sus historias mientras alucinaba en su celda. Justamente aquel hombre denotaba para la pelirroja joven todo lo contrario a lo que creía podía llegar a ser el humano. Le entristecía saber que el mundo en su mayoría estaba poblado por sujetos así, tan carentes de sentido y tan a gusto con el sistema que imperaba. Ahora se sentía agobiada y se percataba de su error. En cuanto saliera, aquel cerdo se abalanzaría sobre ella. Había escuchado que aquel malnacido había violado a muchas mujeres en el manicomio, aunque a ella no la había violado hasta ahora, siempre decía que esperaba el momento adecuado. Pero la manoseaba tanto como podía y siempre la miraba con lascivia. No podía salir ahí como si nada, pues era seguro que la violaría en ese preciso instante. Buscó el taladro tanto como pudo, pero no estaba.

-Si tan solo estuviera por aquí, maldita sea. No entiendo, yo lo vi aquí -replicaba al aire, airada-. Quizá sea mejor que eche una mirada a ver qué está haciendo ese cerdo.

Por la abertura de la puerta, miró y se asqueó. Ese animal se masturbaba ahí fuera, tan furiosamente que parecía querer arrancarse el miembro. Paladyx pensó que, de encontrar el taladro, podría usarlo para

defenderse, pero no era ese su propósito, no era lo que había decidido hacer. El dolor de cabeza le nublaba la visión, así que se apresuró y bajó la palanca del retrete para no levantar sospechas. Continuó incesantemente la búsqueda, pero nada aparecía. Todo estaba en su contra, ¡maldita sea!

-¿Dónde lo vi? -se cuestionaba intentando dispersar por unos momentos el intenso dolor de cabeza-. Tiene que estar por aquí, ¡demonios!

Salir no era una opción. No le interesaba lo que le ocurriese a su cuerpo, pues sabía que, dentro de poco, ya no lo necesitaría más. Ya estaba decidida a terminar con su miserable existencia ese día. Era solo que sentía tener algo que hacer antes de partir, y no era precisamente complacer a ese hombre deplorable. Entonces, fugaz y violento, una imagen atravesó su pensamiento. Sí, podía ver al plomero, como rebobinando hacia el pasado, metiendo el taladro en una caja y subiéndola a la base encima de los lavabos, justo donde lo buscara anteriormente. Precipitada, subió en los lavabos en vez de solo tantear con la mano, jaló la caja y la abrió. Ahí estaba el taladro con la tuerca bien colocada. Lo tomó y lo conectó a la luz. La puerta recibía fuerte golpes, posiblemente el guardia la había llamado y, al no recibir respuesta, había decidido entrar. Ante esta situación, Paladyx actuó raudamente. Pensó en todo lo que podría perder al morir, y nada fue suficiente para mantenerla viva. Detestaba el mundo y también quería acabar con esos malditos dolores que la atacaban ferozmente y sin contemplación.

-Supongo que así es como debe ser, este es el fin de todo -farfulló mientras probaba la tuerca del taladro, el sonido le produjo escalofríos, pero ya no había vuelta atrás-. Aquí se terminan mis intentos de sobrevivir en este apocalipsis absurdo y humano.

Tomó el taladro y lo acercó a su cabeza, algo en ella quería aún permanecer en el mundo, pero mantuvo su voluntad y decidió que era sencillamente banal existir tal cual era la sociedad. Experimentó una sensación de vértigo y en su interior se desencadenó un conjunto de sucesos a través de los cuales observó cada vivencia, pero de un modo anormal. Se contemplaba a sí misma sentada en el borde de una roca,

parecía viajar por el espacio y podía respirar, atravesaba planetas y universos, múltiples dimensiones colapsaban ahí. No supo cómo nombrar aquel lugar, aunque le parecía que el tiempo actuaba de un modo distinto, como si hubiese enloquecido, tal como ella. Contempló a un sujeto que pasaba riendo y con talante sarcástico, con una mueca siniestra en su rostro. Estaba montado sobre una pirámide invertida y usaba ropa muy elegante, de un azul extremadamente oscuro.

Sin embargo, todos sus pensamientos al respecto del lugar y de aquel pintoresco personaje que sentía ya conocer de algún modo terminaron por ofuscarse cuando se percató de la forma que ahora sostenía su espíritu. Se miró primero las manos, luego los pies, posteriormente el estómago y el pecho; toda ella era de un color verde y tenía la piel escamosa y dura. ¡Se había convertido en un reptil! ¡Era uno de ellos! Su aspecto no le dejaba la menor duda, pero ¿cómo? ¡No era posible que ella...! A través de sus ojos, sus nuevos ojos, atisbó un suceso que de forma enigmática creía transmitir a los sueños de alguien más. Ya no se sentía humana, había trascendido esa fase. ¿Acaso el paso siguiente era una experiencia reptiliana? ¿Por qué? ¿Cómo es que ahora su espíritu, o lo que fuera que restara de ella, se hallaba encapsulado en ese cuerpo verdoso y escamoso? Pero la visión continuaba y se mostraba de manera imperante.

Un sujeto, uno que en un comienzo no reconocía y que más tarde identificase como el profesor Fraushit, se hallaba discutiendo con el director sobre los nuevos asuntos. Valientemente, había ido a su oficina para presentar su renuncia, pero el director no la firmó aduciendo que no podía irse por ahora, pues podía ser peligroso para ellos. La conversación se transformó en querella, el profesor se marchó a su cubículo disgustado y decidido a denunciar todos los abusos que se cometían en la escuela, nada le importaba ya. Paladyx podía mirarlo todo, se repetía como una película, una demasiado atroz. El profesor abrió el ensayo que había preparado durante todo el periodo, el cual pensaba presentar ante las autoridades más allá de la secretaría, pues bien sabía que también ellos estaban corrompidos. Pero no importaba, estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario con tal de denunciar los abusos y las muertes de los

estudiantes. Él debía tomar la iniciativa, ya no le interesaba su vida, todo lo que quería era sacar a la luz todas las injusticias cometidas.

Paladyx apreció cómo alguien parecía llamar a la puerta, el profesor tomó la memoria electrónica y la guardó en su bolsillo, preparó el cuchillo que había mantenido oculto desde hace años y acudió a abrir. Se trataba del director y parecía tener un semblante más calmado. Se miraron fijamente y luego el director entró al cubículo, para hacer lo indecible. En cuanto el profesor le dio la espalda, aquel se convirtió en un ominoso monstruo verde con ojos amarillos, se abalanzó sobre aquel ávido lector de libros prohibidos y lo sostuvo con fuerza del cuello, apretando con todas sus fuerzas la mandíbula. Entonces, el profesor reaccionó y, con el cuchillo ya en mano, alcanzó a hundirlo en una pierna, ocasionando un enorme dolor en su agresor. Cuando lo sintió lo suficientemente débil, lo empujó y lo arrojó sobre la puerta, pero el temor se apoderó de él en cuanto apreció a la ignominiosa criatura. Era tal y como la mencionaban en esas teorías de conspiración que tanto le encantaba leer, las fotografías no mentían. Se decía que los grandes dirigentes mundiales, los gobernadores, artistas y líderes religiosos, tenían ciertos tratos demoniacos con estos seres, habitantes en los planos más bajos de un posible multiverso. De hecho, se sospechaba que algunos de estos dirigentes y entidades multimillonarias eran, en sí mismos, pertenecientes a estos usurpadores del poder y del control.

En el ensayo del profesor, que extrañamente Paladyx podía sentir llegando a su mente, sabía aquellos reptiles que eran monstruos hostiles al humano, que se alimentaban de energía negativa y que buscaban esclavizar a todo ser que se apareciera ante ellos. Su ambición era demasiado grande y sus poderes de persuasión y control eran excelentes. Habían caído en la dimensión del humano por accidente, por una distorsión en los planos. En realidad, ellos pertenecían al bajo mundo, aquel que colindaba con el astral. Unos cuántos habían escapado y se habían infiltrado entre los humanos con el fin de absorber la mayor cantidad de energía posible, incluso robar las almas para resucitar a sus antepasados. Tales disparates los creía el profesor y se preocupaba por saber el futuro de la humanidad; empero, ahora comprobaba en carne

propia que aquellas disparatadas historias eran verdaderas. En realidad, si existían esos seres y eran más sorprendentes y horripilantes de lo que se imaginaba.

Incluso Paladyx podía leer los pensamientos del profesor, era una situación increíble, una telepatía rara. Vio cómo el profesor entraba en crisis, parecía enloquecer y su mirada era la de un extraviado. En tanto, el hombre reptil escapaba ante su atónita mirada. El profesor permaneció unos segundos en trance y luego, con mucha dificultad, se estiró y tomó una cuerda que tenía guardada en su cajón, posiblemente había ya antes pensado en hacerlo. Esta vez el impacto mental fue demasiado atroz y no existía otro escape. Preparó el nudo, comprobó que estuviese firme y se colgó, terminó con su vida antes de que el susto lo hiciera. Probablemente a esas alturas era lo mejor, pues ya había enloquecido. Solo dejó una nota que los paramédicos no miraron, una que decía: ellos son reales, ellos están aquí entre nosotros. Este es el fin, y yo prefiero partir por mi propia mano antes que ser esclavizado y sometido por ellos.

La visión terminó y Lezhtik se sobresaltó, había soñado todo lo anterior. O ¿es que no se trataba de un sueño? Pudo también sentir que alguien muy importante para él desaparecía, una tristeza impertérrita lo invadía. Miró a través de la ventana y observó cómo algo caía del cielo, rasgando el firmamento y anunciando una desgracia inminente. En el manicomio, Paladyx yacía tendida en el suelo, ensangrentada. Y lo último que recordaba era la nota del profesor y el sonido de aquella cosa taladrándole la cabeza. Sentía un agujero y cómo la sangre fluía y goteaba, la troca se hallaba ensartada en su cabeza, atorada en el cráneo. El dolor había cesado finalmente, todo había terminado, ya todo estaría bien. Y, en esos últimos momentos, percibió cómo la puerta se abría. Era el gorila, pero ya no tenía sentido, quizá nada lo tuvo jamás.

Sintió como si una telepatía extraña hubiese transmitido su visión a alguien más, escuchó el sonido de algo cayendo, rasgando las estrellas, como un anuncio burdo de un final absurdo. Por fin habían cesado las visiones, todo terminaba allí. De cualquier modo, no valía la pena vivir en un mundo así, tan injusto y opresivo, tan materialista y viciado, pero en verdad que ya nada tenía significado alguno. Todo ocurría en cuestión de

segundos, lo último que musitó antes de desmallarse fue algo así como: esta vez seré libre, al menos tengo más esperanzas... Y su cabeza se desplomó, ahora ya no respiraba más. En sus pensamientos, imaginó que Lezhtik podía ser algo más que otro humano absurdo, y que ella era algo más que un simple cadáver, pero luego vino el vacío, desolador y silencioso. Eso era lo único que le esperaba ahí: tan solo el vacío, pero eso era mejor que cualquier cosa en el mundo de los vivos. La muerte en verdad le haría tanto bien.

XXIII

Lezhtik se cuestionaba profundamente camino a la escuela, con la cabeza sumida en tantas elucubraciones obtusas. Era extraño, primero habían muerto los únicos estudiantes con sentido alguno en aquella cárcel, luego una extraña raza de hombres reptiles había aparecidos, después hombres de negro tipo máquinas, y ahora se suicidaba el profesor Fraushit de manera incomprensible. Además, estaba ese sueño...

-¡Lezhtik! -pronunció una voz sacándolo de sus meditaciones-. ¿Quieres venir a platicar un poco el viernes? Ya sabes, en el bosque, como en los viejos tiempos.

Se trataba de Filruex, por fin aparecía, pero no era el mismo de siempre. Lucía pensativo y preocupado a la vez. Era difícil que sostuviese ese semblante, su naturaleza era la de la total indiferencia. Ciertamente, nada parecía inquietarlo jamás, se la pasaba borracho, drogado, escribiendo poesía y faltando a clases; empero, sus notas no eran del todo malas, era demasiado inteligente. Siempre se inventaba algún stratagema para salirse con la suya.

-¡Ah! Filruex, al fin. Me alegra tanto que aún estés bien, yo pensé que...

Tras el incidente con el profesor Fraushit, ambos no habían vuelto a verse y, al parecer, desde entonces no podían sentirse tranquilos. Lezhtik intentó hablar y cuestionar tantas cosas como en su mente divagaban, pero fue interrumpido por Filruex, quien hizo un gesto de silencio con su dedo. Luego de una breve pausa, se acercó y expresó:

-Nos vigilan, es mejor no decir algo aquí.

-Pero veo todo solitario, no creo que...

-¿Crees acaso que te permitirían ser libre en este mundo? Tú mejor que nadie lo sabes; de algún modo, ellos siempre se las arreglan para ver y saber todo lo que haces.

-Y ¡vaya que sí! -musitó Lezhtik, más tranquilo por saber que su amigo estaba a salvo-. Supongo te has enterado ya de todo lo que ha pasado en tu ausencia, nada agradable desde luego.

-Sí, me he enterado de todo. De hecho, he investigado y obtuve algo que deseo mostrarte, pero el viernes. Nos vemos donde siempre, por ahora te dejo. Y ya sabes, la mejor forma de evitar ser vigilado es no tener ningún aparato eléctrico en tu hogar, además de hablar siempre en voz baja.

-Sí, eso lo sé. Desde luego que no miro televisión, aunque la computadora...

Filruex no escuchó aquellas palabras, ya se había marchado hacia el interior del bosque. Todo se tornaba misterioso, ¿qué era eso que le mostraría Filruex el viernes por la tarde? ¿Tenía acaso evidencia? Y, aunque así fuera, ¿quién creería que un grupo de hombres reptil buscaba adueñarse del mundo en conjunto con sectas que usan todos los medios disponibles para mantener a las personas dormidas, que se han apoderado de la banca, que esparcen enfermedades y miseria, que han ideado los vicios y entretenimientos adecuados para someter la mente, que han prohibido los libros incitadores de un auténtico despertar espiritual y que han hecho de la realidad un ciclo absurdo?

Entristecido y cabizbajo ante la imposibilidad de cambiar al mundo, Lezhtik se alejó y asistió a sus clases, todavía dubitativo de los planes que tendría Filruex. Esa era la última semana del periodo, en realidad la penúltima, ya que la próxima se reducía a la clausura y los exámenes extraordinarios. Para Lezhtik, el último día sería el lunes, día en que se llevaría a cabo el festejo de cierre de periodo. Recordaba, con anhelo y cariño, que el periodo pasado se organizó un concurso de lectura, otro de composición musical, otro de narrativa y otro de poesía. Además, se rifaron libros extraordinarios, que después fueron prohibidos y exterminados para siempre, con excepción de los que guardaba el profesor Fraushit.

Mientras Lezhtik soportaba el devenir de las ominosas clases, el sol abrumaba la pintoresca fachada de la facultad. El día se pasó absurdamente, como todos, de hecho. Los estudiantes estaban cada vez más ansiosos por saber cuál sería la sorpresa para fin de año. Algunos argüían que tenía algo que ver con el jardín trasero donde con tanto esfuerzo se habían plantado especies de plantas muy raras y en peligro de desaparecer; empero, desde que el nuevo director llegó, el proyecto fue clausurado y a nadie se le había permitido la entrada. Algunos, entre ellos Emil, que siempre se fijaba en todo, dijeron que habían visto algunos albañiles y que se estaba levantando una especie de habitación inmensa en el lugar donde previamente estaban ubicadas las plantas, pero nadie supo decir a ciencia cierta de qué se trataba. Con el tiempo, a todos les dio igual, incluso agradecieron que el jardín hubiese desaparecido, pues ya no tenían que cuidarlo ni prestarse a tan fastidiosas labores que solo les quitaban el tiempo tan valioso que ahora dedicaban a los videojuegos en su respectiva hora.

Mientras caminaba de vuelta a casa, Lezhtik pensaba en todos los cambios que había tenido en los últimos meses. No sabía por qué, pero una nostalgia tremenda y desgraciada lo acongojó hasta el extremo. Miró a las personas y sintió lo absurdo de su existencia, lo banal de las preocupaciones, la forma patética y miserable en que se había sometido a los humanos a vivir, y que éstos, paradójicamente, habían aceptado y ahora defendían incluso. No se recibían sino migajas de todo cuanto

tragaban esos cerdos asquerosos que gobernaban el mundo. Era bastante creíble y, de hecho, no le quedaba ni la más mínima duda, de que la iglesia, la banca, el gobierno, las empresas, las farmacéuticas, los actores, los futbolistas y toda esa caterva horripilante de ignorantes se atiborraban dinero y recursos que bien podría usarse para la construcción de escuelas, hospitales o albergues, o para ayudar a aquellos que ni siquiera alcanzaban la más pequeña porción de desperdicio. ¿Cuántos humanos no se podrían haber formado o pudiesen haber pensado y se hubiesen comportado de modo distinto si se les hubiesen inculcado valores? ¿En cuánto se podría reducir el crimen, la prostitución y demás blasfemias si tan solo se hiciera el mínimo esfuerzo por un cambio verdadero? ¿Estaba verdaderamente tan lejano ese cósmico despertar de consciencia que él anhelaba con tal fervor? El humano, indudablemente, no estaba destinado para grandes cosas.

En tanto pensaba todo esto, Lezhtik miraba fijamente a su alrededor, como si fuese la última vez que fuera a pasar por ahí. ¡Cuánto había detestado ese lugar, con qué frecuencia maldijo su destino cuando perdió su hogar a causa del imbécil de su tío! Sin embargo, ahora ya ni siquiera podía sentir desprecio, pues sabía que todo el mundo era la misma estupidez. Quizá no estuviera tan disparatado cuando creyó que solo suicidándose lograría ser libre, tal y como se lo contó a Paladyx. Y sentía el calor, ese sol que lo hacía sentir tan absurdo, cansado y sin ganas de continuar. En verdad tenía pensamientos raros, como si todo lo que hiciese no sirviera de nada. Todo estaba controlado a final de cuentas, nada había de natural ya en la civilización. Se sentía como atrapado por el calor, sensación que incrementaba cuando estaba por llegar a ese sitio que odiaba. Realmente llegaba a sentirse de un modo enigmático, no tenía la percepción de vivir de verdad, sino solo de existir como un autómatas, sin criterio ni esencia propia. Todo lo que conformaba a los humanos era parte de una programación bien ejecutada para pasar desapercibida por la mayoría. Y, cuando menos esperaban, ya carecían de ideales y sueños, ya habían sido absorbidos por el absurdo universal que tendía sus garras sobre toda la vida.

Caminó más lentamente que de costumbre, como si algo le dijese que debía analizar más a fondo la situación. Observó niños corriendo, mujeres cargando sendas bolsas de mandado, viejos leyendo los diarios y maldiciendo sus articulaciones, hombres cargando cajas y despachando artículos, unos de traje y otros con las ropas desgarradas, unos altos y otros chaparros, unos negros y otros blancos, unos aquí y otros allá; empero, todos se le mostraban con una característica en particular: la ignorancia y la felicidad. Esa mezcolanza cada vez más común en la realidad le molestaba, pues le parecía hipócrita sobremanera. Las personas solían conformarse con tan poco, era eso o el hecho de no poder aceptar la realidad con la infamia que representaba lo que más laceraba su estancia en el plano carnal. Sin importar qué, consideraba insensato conformarse tal como el resto lo hacía. No quería esa vida donde se observaba laborando todo el día en cosas inútiles, donde formaba una familia y se casaba. Esos derroteros absurdos ya habían sido caminados tantas veces, y, a pesar de todo, seguían siendo atractivos para la mayoría. Pero él era diferente, él se negaba a aceptar el modo de vida impuesto.

Lezhtik se cuestionaba, mirando a todos esos seres absurdos, ¿por qué el humano sucumbía tan fácilmente? ¿Qué clase de maleficio o de trampa secreta actuaba en los cerebros para hacer que cedieran tan repentinamente ante la opresión? Jamás creyó llegar a tal estado, nunca imaginó que podría pensar en lo mucho que le desagradaba el mundo y su gente. Estaba ya demasiado harto a su corta edad, no quería sentirse parte de la sociedad. La tristeza reinaba en él, la melancolía le atacaba como un perro enfurecido que mordisquea por doquier. Quería a sus padres y, a la vez, los detestaba por ser como el resto del mundo: comunes y acondicionados. Asimismo, experimentaba esa misma dualidad de sentimientos hacia su propia naturaleza. A veces sentía ser un dios, se vanagloriaba de sus talentos y de saber la verdad; otras, en cambio, se sumergía en un mar siniestro de inutilidad, se sentía tan común y eso le jodía. Se reclamaba por ser un humano más, por no lograr ser distinto del resto, por tener los mismos vicios y deseos que cualquier otro. No era él un humano sublime, sino una criatura esclava de sus impulsos, como todos esos a los que tanto detestaba.

Decidió que ya era hora de regresar a casa, pues se había desviado un poco del camino habitual para echar un vistazo a la plaza. Todo era como siempre, la cotidianidad lo enfermaba, la muerte le atraía tanto. Pensaba en si Paladyx aún seguiría viva, si los estudiantes muertos estarían ahora mismo experimentando un mundo distinto, uno libre. Tal vez sería lo contrario, serían ya nada, no serían entonces. Como sea, quizá pronto experimentaría en carne propia eso, al menos tenía esa impresión. Ya en el último tramo antes de arribar a su hogar, pensó en lo mucho que pensaba diariamente. Su cabeza era un torbellino, sus ideas una constante tormenta de la cual no lograba escapar, ni siquiera refugiarse. Era singular el calor ese día, peor que los demás en que con tanto oprobio había recorrido el lugar. ¡Maldita sea! ¿Por qué la existencia era tan insustancial?

Con tono solemne y desgastado, pensaba que, al fin y al cabo, había sido agradable caminar entre aquellas callejuelas. Su padre había salido temprano ese día para mirar la final del fútbol, cosa que le pareció ridículamente trivial. Su madre preparaba la comida, como de costumbre. Todo seguía igual, sus pensamientos solo eran eso; nada había cambiado, todavía. No supo qué hacer con la sensación de creer que tenía una estaca atravesándole el pecho. Ir al doctor no le serviría de mucho, le dirían lo mismo de siempre. Además, no quería preocupar a sus padres, que de por sí estaban ya bastante contrastados con sus ideas y su comportamiento rebelde hacia sus principios y ataduras mundanas. Al llegar, se recostó y durmió un buen tiempo. Y cuando despertó, su madre le informó que la comida estaba servida, ya era tarde. A la mañana siguiente, no se sentía con deseos de proseguir su errante paso por una vida insulsa y asquerosamente rutinaria. Pero no tuvo opción, se vistió, tomó sus cosas y se largó a ese lugar donde los cerebros eran tan bien moldeados diariamente. En el fondo, tan solo añoraba la muerte para purificarse de su asquerosa y banal humanidad.

...

El momento esperado llegó y la alegría detonó en la universidad. Al salir Lezhtik de aquella inmundicia, miró cómo el alcohol corría de mano en mano. Ya todos bebían y bromeaban indiscriminadamente, fumaban

descaradamente y se entretenían sobremanera con el juego, tanto virtual como real. Nada parecía importar más que sentirse bien, distraerse y enfocarse en el buen rato que se estaba viviendo. Se anunció que se ampliaría el tiempo de entretenimiento una hora más de lo habitual. Lezhtik se dirigió al Bosque de Jeriltroj, pensando en la ominosa naturaleza de aquellos con quienes compartía las clases, ¿se podía ser más insensato y estúpido para caer tan fácilmente en el absurdo que se propaga como pandemia? Todos estaban equivocados, él sabía que debían estarlo, y que él tenía la razón, pero nada importaba ya. Conforme se adentraba en el bosque, una peculiar sensación lo conmovía y le alentaba a no detenerse, hasta que al fin halló, tirado junto a unas hojas amarillas y desgastadas, bajo la sombra de un árbol ingente, a su viejo amigo.

-Filruex, finalmente te encuentro -exclamó después de haber caminado- Pero ¿qué ha pasado contigo? Lucas cansado y demacrado, tú no eres así.

-Nada fuera de lo común, solo he tenido que relacionarme con el mundo.

-¿En verdad es tan malo estar allá? ¿Aún peor que aquí? Yo pensaba que no existía algo peor que esta prisión.

-La escuela es un juego, la verdadera carnicería en contra de los valores y sueños está en el mundo fuera de la facultad. A pesar de todo, veo tristemente que aquí se nos está preparando para vivir como todos y no protestar -afirmó Filruex con un semblante decaído y ojeroso-, pero vamos a sentarnos por ahí y disfrutar de la quietud de este lugar, mientras aún la tenga. Tengo algo de ácido por ahí, por si acaso gustas.

Ambos fueron y se sentaron a un costado de los árboles gemelos donde se rumoraba se aparecía el misterioso monje y también donde Lezhtik había observado esa iridiscencia bucólica. Algo de nostálgico tenía aquel sitio para el joven, quien se asomó para comprobar que la vereda de la otra ocasión no estuviese ahí, y, en efecto, no estaba. Eso lo tranquilizó, aunque le causó inquietud también.

-Tú aún eres un niño, Lezhtik; todos lo somos. Te contaré cómo es el mundo allá fuera, eso que se llama civilización, así que pon atención, pues será algo trágico para ti que siempre te la has pasado entre salones y libros, y que jamás has laborado ni sido explotado.

-Sí, ya lo he visto. En esas caminatas de vuelta a casa, solía observar a las personas y me entristecía cómo lograban estresarse y preocuparse por nimiedades.

-Así es, en el mundo se toman en serio cosas inútiles. Las personas se preocupan por llegar a tiempo a sus trabajos, por saber cosas acerca de futbolistas y actores. Y, en fin, por cualquier cosa que no implique progreso alguno en su atrofiada cabeza.

-¿Quieres decir que todo es una distracción? Así lo he pensado también.

-Sí, una mera distracción. Lo que no sé es con qué propósito. Pareciera que quisieran mantener ignorante a la mayor parte del mundo. O tal vez lo son desde que nacen.

-Es interesante ver el actuar de este sistema. Es como lo que aquí se hace, se enmascaran bagatelas.

-Como te decía, allá en el mundo exterior a la facultad es mucho peor -adujo Filruex encendiendo un cigarrillo-. Las personas tienen que trabajar largas jornadas a cambio de un sueldo miserable, eso hice yo.

-¿Trabajaste? ¡Yo pensé que habías estado haciendo cualquier cosa menos eso! ¡Vaya sorpresa!

-Sí, trabajé mucho. Y ¡es horrible! Pero lo hice con el propósito de comprar algo que nos servirá para defendernos. Sin embargo, sé que trabajar significa renunciar a tu libertad a cambio de algo tan asqueroso como el dinero. Y la mayor parte de las personas lo hacen, ya sea por voluntad propia o por obligaciones familiares. Tú sabes, es un gran plan. Se tienen hijos y hay casamientos, con lo cual vienen los gastos. De tal suerte que, cuando menos se percata, el humano se encuentra imbuido en un matrimonio fallido con bocas por alimentar. Entonces se da cuenta de

su errata nauseabunda, pero ya es demasiado tarde, ya se ha condenado a entregar su vida y su libertad a una empresa, todo ni siquiera por él ni para él, sino para su descendencia, la cual repetirá el mismo ciclo absurdo.

-¿Por qué será que las personas han decidido vivir de ese modo y seguir ese patrón? Es lo que diariamente me cuestiono sin obtener respuesta alguna.

-Es un misterio, no logro entender cómo sobrevive el ser tan mal guiado. Como sea, allá en el mundo hay muchas cosas execrables. Hay pobreza, miseria, hambruna, muertes, guerras, violaciones, robos, raptos, secuestros, suicidios, enfermedades, consumismo, esclavitud, explotación, entre otras. Y todo eso se esconde ante los ojos de los humanos. O, en su defecto, es algo que está ahí y nadie quiere ver.

-Te entiendo, pues difícilmente alguien lucha por sus sueños. Y quizá nadie imagina que un mundo mejor puede surgir, tal vez porque no quieren que éste cambie; están bien con él, como dices. Las personas están conformes con el sistema, a tal grado que lo protegen. ¿Cómo podemos extirpar tal ideología?

-No podemos ni debemos. Si lo hiciéramos, tendríamos un suicidio masivo. ¿Crees en verdad que el humano puede cambiar tan radicalmente su modo de vida? Ya está contaminado de la pestilencia que impera. Intentar salvarlos es un pecado, deben vivir así. Lo lamentable es para aquellos que aún queremos luchar por nuestros sueños, pues nos vemos involucrados en esta civilización decadente.

-Siempre me ha parecido raro el ser, con su incesante búsqueda de poder y su extrema inclinación a placeres terrenales, materialismo y vicios. ¿Por qué será que una criatura con raciocinio y con tales facultades se empeñará en apocarse de ese modo?

Filruex guardó silencio y elucubró, al tiempo que recordaba aquella plática con esos hombres borrachos, ahí igualmente había discutido acerca del bien y del mal. Pero no tenía caso mencionarlo ahora, no quería enredar más el asunto. Decidió entregarse por completo a los efectos del

LSD que, para esta altura, ya estaba haciendo efectos asombrosos, mostrándole una iridiscencia fulminante. Para como estaban las cosas, vivir o morir ya era indiferente. Sí, el mundo era un lugar horrible para existir, estar en él no era algo que un ente sensato tolerara.

-No lo sé, es paradójico. Tenemos todo para construir el cielo en la tierra, pero es el infierno el que hemos recreado con nuestras acciones. De los mayores males que observé mientras trabajaba jornadas intensas y convivía con esos seres supuestamente civilizados, es la religión.

-¿La religión? Pues es fehaciente que nada bueno puede traer - coincidió Lezhtik estimulado con visiones matizadas de realidad.

-Sí, la religión no es otra cosa que una gran farsa cuyo objetivo es el control total del hombre. Lamentablemente, en la facultad se nos ha prohibido enterarnos de todo esto, por eso se han prohibido libros y asesinado personas.

-Pero eso ha sido algo que se ha dado a lo largo de toda la historia - interrumpió Lezhtik en tono precipitado-. La idea del pecado y de una recompensa por nuestras buenas acciones han nublado la visión de los humanos. Ni hablar del gran impedimento que ha representado la religión en la evolución del ser, siendo en gran medida la causante de tantas disputas.

-Se ve que, a pesar de todo, estás bien informado. Pero, por desgracia, solo eres una aguja en un pajar, ambos lo somos. Es fácil que se deshagan de nosotros cuando comencemos a denotar una amenaza seria. No quisiera admitirlo, pero nuestra única vía de escape parece ser el suicidio.

Lezhtik recordó entonces cómo había sentido que las personas eran absurdas y vacías, pero él tampoco llegaba a considerarse diferente. Un exterminio le pareció adecuado, como en el gran diluvio. ¡Diablo, esa cantaleta religiosa! Así debía purificarse la humanidad y empezar todo de nuevo, eso era lo mejor.

-En verdad que las religiones son la cosa más insoportable - prosiguió Filruex con premura-, y ni hablar de sus seguidores: esos

miserables son capaces de matar en nombre de algo que jamás han visto. Es asqueroso ver lo que defienden los humanos, solo concepciones y tradiciones heredadas, nada que ellos mismos hayan cuestionado o buscado sinceramente, pero ese es el gran complot que ha tenido tanto éxito, precisamente.

-Me parece que es verdad. Y, por otra parte, pareciera que los líderes religiosos hubiesen corrompido el mensaje de los supuestos maestros que intentaron una redención espiritual en el mundo. Están tan seguros del mensaje que deben transmitir y de cómo deben proceder, de cómo ofrecer el reino de los cielos y del castigo por no tener una creencia absurda como ellos. Nada más inverosímil e hipócrita, quizá solo equiparable a la gran farsa de la política.

-Yo te he contado mi experiencia allá en el mundo, en el trabajo y la tragedia que he vivido, pero tú ya lo sabes. De hecho, pareciera que todo cuanto hacen en la universidad, el nuevo orden, es precisamente con la intención de preparar a los estudiantes para la vida laboral, para que no les cueste trabajo aceptar esa atroz y miserable forma de existir.

-Sí, sospechaba eso. Por desgracia, nuestros compañeros han cedido ante esas cosas. Han renunciado ya a sus sueños y se solazan con tonterías, como será una vez que hayan terminado la escuela. Allá en el mundo, fuera de aquí, así se vive. Se trabaja todo el día, se desperdicia el valioso tiempo en estupideces, se emplea casi todo el día en absurdas tareas que mantienen al humano alejado de sus ideales supremos, si es que aún los tiene. Y todo es por el dinero, por esa basura de papel que todo lo gobierna, pues es el instrumento de esclavitud y de opresión mejor diseñado. Al regresar a casa, las personas se entretienen mirando la televisión o con alguna realidad virtual mostrada en los videojuegos, lo que les hace olvidar momentáneamente su miseria. Los viernes se embriagan sin remedio, se hunden en una ficción aún peor que su vida caricaturesca y sin sentido. Los fines de semana los dedican a holgazanear, a asistir a tontas reuniones religiosas, a pasarla en compañía de familiares igual de banales que ellos, a realizar viajes a lugares que no tienen nada que ofrecer y a comprar cosas que no necesitan. Así es como

se vive una vez fuera de la universidad. O, de otro modo, entonces solo quedan tres opciones: el manicomio, robar un banco o suicidarse.

-Pareces conocer bien la mediocridad en que el mundo está sumergido -dijo Lezhtik recostándose para apreciar mejor la gama tan variada, casi infinita, de matices-. Yo, por otra parte, solo he leído e investigado, pero no he tenido esa oportunidad para averiguar cómo es en el mundo laboral la opresión que aquí ya vivimos.

-Te aseguro que mucho peor, aquí todo es un juego, allá comienza el auténtico suplicio. Y, por desgracia, no hay opción. Si no se emplea uno, no hay dinero. Así es como funciona el sistema. No tenemos escapatoria, todas las opciones están agotadas.

-Lo sé. He visto a las personas sufrir por ello, endeudarse es la forma más moderna de esclavitud. En todos lados, existe la necesidad de gastar el dinero, una enfermiza terquedad por adquirir productos innecesarios.

-Eso es solo el comienzo -argumentó Filruex con un aspecto ya más tranquilo, tanto como el que siempre mostraba Lezhtik-. Pronto, todos seremos marcados, todo será inútil, toda oposición terminará por doblarse. Solo la muerte, como solías decir, ostentará la esplendorosa libertad. Y así, al suicidarnos, quizá seremos finalmente reales y existiremos más allá de este plano. ¿Nunca has pensado que la muerte aquí bien podría ser el nacimiento en un lugar superior?

-O inferior, también podría ser -replicó Lezhtik dubitativo por las pesquisas de su amigo-. La idea de un vacío me gusta, desaparecer para siempre tras la muerte sería lo mejor. Para mí, resultaría demasiado cansado tener que volver a vivir, y más en este mundo estúpido.

-Vivir cansa, esa es una gran verdad -asintió Filruex con la mirada perdida-. Y eso que todavía somos jóvenes, no me imagino más allá de los treinta viviendo absurdamente como todo el mundo.

-Mientras estemos vivos no hay de otra, tendremos que vivir así, por triste que sea. Y eso me jode, pues sé que tendré cosas triviales por hacer

en un empleo y que, gracias a esas actividades insulsas, no podré realizar mi propósito verdadero, que no es ya ser filósofo, sino escritor.

-Recuerdo a los demás integrantes del club de los soñadores -sostuvo Filruex indignado, parecía molestarle más que entristecerle-. Por cierto, ¿qué fue realmente lo que los mató? Fue ese bastardo del director, ¿cierto?

-Bueno, pensé que ya también habías escuchado rumores sobre ello. La verdad es algo inverosímil, pero quizá no tanto. Verás, dicen que se trata de una raza extraña de hombres reptil que intentan apoderarse de la escuela y del mundo entero. Los propósitos no los sé con certeza, pero parece que se alimentan del miedo y los sentimientos negativos. Al parecer, añoran esclavizar al humano y usarlo como cascarón de almas antiguas. Es toda una locura, parece tan irreal. Pero todo se ajusta, todo el acondicionamiento cuadra con sus planes.

-No me parece tan descabellado -dijo Filruex en tono serio-. Muchas cosas pasan en el mundo a nuestras espaldas. Ya había escuchado algo de esas criaturas, pero no he creído hasta ahora que pueda ser cierto, pensé que eran locuras.

-Pues ya ves que no. Yo tampoco me la creo todavía. Pero todo apunta a que están entre nosotros. Y aún hay más, pues parece que nos vigilan unos extraños centinelas del ojo.

-Sí, eso escuché también -colegió Filruex, que parecía estar al tanto de todo de algún modo-. Son los que están siempre que ocurren cosas raras, son como autómatas.

-Así es. Pues bien, ellos se están encargando de limpiar el mundo de los estorbos. Acabaron con los integrantes del club porque intentaron defender sus sueños.

-¡Qué triste! Pero no me extraña. Sé que habrá pérdidas, y quizás es mejor que estar aquí. No agradezco su muerte, pero tampoco hubiese querido que siguieran aquí, sufriendo en este plano. Tenían demasiado talento para pertenecer al mundo terrenal. En especial, me agradaba Emil. Creo que era homosexual, pero me caía bien.

-Eso nunca lo supe, con razón era tan tímido. Probablemente estés en lo cierto, la muerte es misteriosa y paradójica. Es interesante cómo los humanos intentan escapar de ella dándole un sentido a sus vidas; uno falso, evidentemente. Se engañan con cualquier bagatela, con hijos y parejas, religiones y dioses, creencias y patrones, puestos de trabajo y poder adquisitivo, deporte y espectáculo. Buscan desesperadamente ese sentido inexistente.

-Hablas muy atrevidamente sobre la vida, pero eso es bueno. Y, en realidad, dudo demasiado que esta existencia tenga propósito alguno; en especial, en los tiempos actuales. Mira, tengo algo para ti.

XXIV

Filruex sacó un morral repleto de libros, los había tomado el día en que el profesor Fraushit se había suicidado, pues bien sabía que los quemarían. Esa era la razón de que se hubiese quedado ahí, como una estatua, ante el nauseabundo cuerpo del profesor. Eran tomos demasiado especiales, algo que a Lezhtik le atraía locamente y que había intentado conseguir durante tanto tiempo. Por desgracia, cuando comenzó el nuevo orden en la facultad, y presumiblemente en todo el sistema educativo, demasiados textos habían sido prohibidos. Quizás esos fueran los últimos ejemplares en todo el mundo, y ahora pertenecían a aquellos dos sujetos deprimidos y con tintes suicidas. El tiempo se terminaba, la muerte esperaba impacientemente por sus almas rebeldes.

-Y esos libros, ¿de dónde los sacaste? -inquirió Lezhtik sorprendido.

-Los tomé del cubículo del profesor Filruex cuando ocurrió el incidente. Me apresuré y logré echar al morral lo más que pude. Hubo algunos que no logré tomar, pero espero poder tenerlos pronto, si es que aún no los queman.

-Ya veo, hiciste bien. De todos modos, son libros que las personas no leerían.

-Supongo que existirán algunos que lo hagan. O, quién sabe, puede que en verdad ya a nadie le interese.

-Así es, pues, sin importar si los tuvieran en sus narices, aun así, no serían leídos. A las personas no les concierne actualmente saber acerca de ese tipo de cosas. Inclusive si la verdad se les muestra una y otra vez, preferirán perpetuar este sistema en donde pueden darle un falso sentido a sus vidas. Y esos libros encierran ciertas concepciones que molestarían a la sociedad moderna, pues denuncian lo absurdo del mundo actual y toda su miseria.

-Posiblemente estés en lo cierto, pero no por eso podemos dejar de intentarlo. Yo he tratado de entender ciertas ideas, pero es difícil. Lo que he podido colegir y corroborar al ver la miserable forma en que existimos es que la vida no tiene un fin, es solo un sufrimiento sin sentido, una incansable cumbre de tormento plagada de seres sin espíritu, de seres vacíos y deformes que corrompen los cielos donde aspiramos llegar aquellos que aún tratamos de ver más allá. No es adecuado leer cosas que desacrediten el sentido abominable y pendenciero que este sistema ha implantado en las mentes, programándolas para no rebelarse, para no buscar ser sublimes o alguna otra cosa que resulte perjudicial. Y, en pocas palabras, para no dejar de ser un zombi como hasta ahora casi todos lo son: meros títeres carentes de objetividad y de alma.

-¡Qué triste que tengamos que vivir así, en esta lucha interna por no suicidarnos al percibir la realidad tan desastrosa! Y, si como dices, saliendo de la facultad la vida es peor, entonces ¿qué clase de mundo tan patético tenemos? No deseo pasar mi vida realizando labores absurdas que no quiero tan solo para obtener dinero.

-Supongo que nadie, amigo -asintió Filruex con cierta tristeza- pero no es una elección, sino una obligación. Y están esos humanos aún más absurdos que se atreven a traer más humanos, a engendrar y a esparcir su condición estúpida, como hace unos minutos te dije. Esos son los peores, pues, en la mayoría de los casos, es gente idiota la que decide unir sus

vidas y, por ende, sus hijos crecerán rodeados y contaminados de esa imbecilidad, formando así seres sin sentido. Es lamentable que desde pequeños los humanos ya seamos unos monos parlantes sin pensamientos propios, con ideales implantados para la preservación de este sistema.

-El mundo es un lugar triste y horrible -expresó Lezhtik como queriendo englobar todo lo hablado-. Y en verdad que no encuentro motivo para que estemos aquí, parece todo tan azaroso y banal, pero quisiera creer en algo más.

-Yo también, y espero que así sea. Sería una pena que este mundo fuese todo lo que existiera, no quiero pensar así. Espero que en la muerte pueda tener nuevos bríos para comenzar a vivir, pero lejos de esto que conocemos como civilización y de cualquier clase de estólida humanidad.

Ambos permanecieron en silencio, tratando de entender por qué les resultaba tan duro aceptar una vida tan vacía. Además, Filruex continuaba debatiéndose si era cierto eso de los hombres reptil y su propósito de esclavizar a los humanos. Parecía una historia de ciencia ficción, pero los resultados y todo lo que observaba en el modo de vida predilecto le indicaban que algo de cierto había en ello. Quizá no fueran reptiles, sino solo humanos renegados que intentaban desviar la atención con esas payasadas. Terminó de fumar y parecía agotado, miró a su amigo y le dijo:

-El lunes pienso acabar con esto, al menos aquí en la facultad puedo hacer algo. Tú continúa, puedes hacer todavía bastante por el mundo. No tienes vicios como yo, también eres distinto a mí. Tú tienes fuego, pasión para combatir la injusticia, no como yo y el resto. Quisiera poder ayudarte, pero probablemente no soy distinto a los que tanto odiamos. Toma estos libros y aprovéchalos, pues están escasos y prohibidos, pero tú los conservarás bien. Recuerdo que las personas no querrán escuchar lo que destruye sus concepciones de cualquier clase: religiosa, moral, política, social, etc. Así que será un camino difícil si quieres abrir mentes, pero quizá sí se pueda.

-No lo sé -respondió Lezhtik mientras guardaba los libros en su mochila, que por suerte eran de tamaño pequeño y cabían bien-. No sé si

aún se pueda hacer algo, tal vez ya no hay salvación y este mundo está condenado a pudrirse.

-Tal vez... -murmuró Filruex con una eminente decepción en su rostro-. Entonces ¿qué sentido tiene que estemos aquí y ahora? ¿Qué es la vida sino injusticia pura?

Lezhtik solo observó y en su mente formuló sus propias respuestas, que tampoco le satisficieron. A decir verdad, ya nada quería saber del mundo, le hartaba sobremanera, le molestaba el hecho de escuchar a las personas y de convivir con ellas.

-Bien, me voy. Volveré a casa, espero que pases una tarde agradable.

Y ahí se quedó Filruex, recostado y drogado en el bosque. Era paradójico, era raro y sutil su modo de actuar. Un solo momento era todo lo que necesitaba, ya conocía cómo era de basura el mundo fuera de la facultad y no deseaba ser partícipe de ello. Entonces todo lo que le quedaba era intentar algo, aceptar el riesgo y también la desaparición. Lezhtik, por su parte, regresó a casa con los libros. Se pasó el resto del día leyendo, enfrascado en teorías y novelas extravagantes. No paró sino hasta ya muy entrada la madrugada, casi era sábado cuando finalmente el sueño se impuso. Un día nuevo y absurdo nimbaba, un sol vertiginoso lo bañaba todo con su resplandor luminoso, iluminando a todos sin igual, a todos esos humanos que existían tan trivialmente.

...

Cuando Lezhtik despertó, se percató de que se le hacía tarde para el último día del periodo. Ya era lunes y él solo había dormido unas cuatro horas en todo el fin de semana, se la había pasado leyendo incesantemente, devoró cuantos libros pudo de los que Filruex le había obsequiado. Se levantó y lamentó no haber podido terminarlos todos, pero había leído como nunca, ni siquiera se había alimentado bien. Estaba totalmente ido del mundo, abstraído con elucubraciones e ideas que había absorbido de aquellos textos. Entendía, finalmente, por qué estaban prohibidos. Se preparó y desayunó, luego se despidió de su madre con una extraña sensación. Hoy era el día en que Filruex usaría su plan, eso lo

sabía de antemano, pero tenía un mal presentimiento, pues en realidad no se trataba de un plan como tal, sino de una ejecución.

Nuevamente caminaba por aquellos rumbos que apenas y le eran familiares. Se había acostumbrado a ellos sin quererlo, así como se hace con las personas. Una especie de humor estulto arremetía contra su persona cada vez que negaba su realidad, introduciéndose en complejas ideas y desarrollando teorías que intentasen explicar la miseria del mundo que tanto lo atormentaba. A diferencia de los otros, él sufría por ello. Había leído algo de budismo, algo acerca de la historia de cómo un hombre se había hecho monje para liberar a los humanos del sufrimiento. Le parecía sublime que alguien pudiese renunciar a sus propias vivencias con tal de rescatar, o cuando menos intentar rescatar, a algunos cuántos de entre todas las almas perdidas.

Se necesitaba más de esos hombres, pero era imposible hallarlos hoy en día, pues se mantenían entretenidos en nimiedades y asuntos terrenales. Consciente o inconscientemente, todos aceptaban una vida ordinaria tarde o temprano, eso es lo que siempre escuchaba. Algún día tendría que casarse, tener hijos, establecerse en un empleo, trabajar para alimentar bocas, contentarse con llegar a casa y ver a sus propias creaciones, intentar que eso lo satisficiera y llenara cada aspecto de su vida. ¡Con qué gusto todos parecían aceptar ese patrón, lo que en parte le entristecía! No podía asumir y asentir una vida así, pues no denotaba algo más allá de una miserable y patética condición subdesarrollada.

Pensaba que el humano, tal y como también lo creían los demás integrantes de aquel club de los soñadores, debía ser libre. Si lo anterior no ocurría, entonces no debería vivirse en ninguna circunstancia. No valía la pena ni siquiera molestarse en intentar vivir, pues todo convergía a un absurdo en el cual el humano se enfrascaba en un ciclo maldito y eterno. Le aterraba salir de la universidad y descubrir que no había algo más en las personas y en el mundo, cosa que sospechaba y que negaba rotundamente. En parte, su descontento se debía a que todavía esperaba algo de los humanos, algo que fuese sublime y no material o sexual; esa magia capaz de crear, imaginar y soñar. Y cada vez que observaba cómo las personas se sometían más conformes al nuevo orden, le dolía el alma.

Pobre humanos que sin duda alguna no lograban entender la divinidad y lo sublime que podía llegar a fulgurar su espíritu. Era un mero desperdicio existir de ese modo tan trivial, pero no quedaba de otra. Lo más seguro era que, en su mayor parte, la humanidad se podía definir como insulsa, vacía, banal, superflua, insignificante y sin sentido.

Además, el plan era casi perfecto, sino es que lo era. No sabía mucho de la vida laboral, pero tenía una cierta idea de cómo sería. El trabajo era el impedimento para la creatividad y la imaginación, pues fatigaba la mente y absorbía el tiempo. Los humanos pasaban largas jornadas, las cuales incluían en muchas ocasiones hasta seis o los siete días de la semana, sentadas frente a una computadora, realizando tareas repetitivas y absurdas, engordando y apocando su ya reducido intelecto. Dichas jornadas ingentes eran, cuando menos, de ocho horas al día, pudiendo llegar hasta doce o catorce en casos extremos; incluso más en algunos sitios execrables sobremanera. Sin embargo, nadie parecía inconforme con esto, sino que se aceptaba, ya fuese por resignación o por miedo. Pero tal vez era algo más, algo llamado dinero lo impedía. A los trabajadores se les ofrecía un sueldo, desde luego parco, por su trabajo. Esto era todo el eslabón entre las diversas partes de la cadena de acondicionamiento, era el punto central en la inmensidad de una vida irrelevante, la cúspide de la pirámide.

Los trabajadores se sometían a toda clase de vil explotación y de labores ridículas con tal de obtener esa remuneración ínfima denominada dinero. Con él, podían al menos sobrevivir y tener lo básico: vivienda, ropa y alimentación. Aunque en muchos de los casos ni eso se conseguía. Otros, tenían salarios excesivamente altos con los cuáles pagaban sus vicios, podían conseguir mujeres para follárselas, jugaban en los casinos, apostaban, se embriagaban mientras miraban el fútbol, fumaban o se drogaban, no escatimaban en cuánto destinaban a ello. Y algunos otros, en apariencia menos torpes, pero en realidad igual que los anteriores, gastaban su salario en tiendas departamentales, en plazas, en cines, en ropas y atuendos de lujo y moda, en comida basura, en cualquier cosa que pudiera llenar su vacío momentáneamente. Y así es como el ciclo se describía, todo era el trabajo, no había tiempo para más. Por desgracia, el

mundo funcionaba solo con dinero, sin él el humano no sabía cómo existir. Todo el sentido de la vida humana era solo lo material y lo mundano, nada quería saber el ser de espiritualidad ni de aprendizaje.

Así, en la sociedad de los humanos modernos, la injusticia era dueña de todo. Unos andaban en automóviles último modelo, vestían de traje y con vestidos carísimos, comían en restaurantes lujosos, se hospedaban en hoteles de primera, mandaban a sus hijos a escuelas particulares, tenían casa, propiedades y empresas. Y otros, la mayoría, no tenían ni siquiera un miserable centavo, comían una vez cada tres días, dormían debajo de los puentes si bien les iba, mendigaban y anhelaban las migajas que los seres primeramente descritos arrojaban con diversión a la basura, vestían con harapos, enfermaban constantemente, eran despreciados y hasta golpeados si se atrevían a alzar la voz.

Y todo eso era normal, aun con tales impurezas e infinidad de injusticias más, el mundo era un lugar feliz para muchos, porque ellos no debían preocuparse en lo más mínimo por aquellos para quien la vida era sumamente miserable; ellos solo debían despertar y ver que sus ganancias en la bolsa subieran. Aun con toda la porquería y falta de valores que en el mundo imperaba, las personas decían que todo estaba bien, que el mundo era alegre y que la vida era algo maravilloso. Lástima que el maldito azar haya provisto a esos pendencieros y blasfemos con poder monetario, que realmente era el adorno y hasta la burla a su endeble espíritu y su reseco intelecto, pues eran los más estúpidos y aborregados de entre todos los seres.

Se detuvo a pensar un poco, a observar a las personas, entonces sintió náuseas. No se imaginaba siendo uno más de esos humanos a los que detestaba, pero tampoco se sentía distinto. Era difícil entrenar la mente, rechazar lo establecido, pues estaba arraigado en lo más profundo, pero debía hacerse. El humano que aspirase a ser sublime debía sin duda oponerse ante lo injusto, los vicios, lo material y lo económico. Debía buscarse algo ya extinto, algo enterrado en paisajes no horadados que yacían en el profundo abismo del interior. Lezhtik estaba seguro de que había algo más, debía de haberlo. Algo le inquietaba y, aunque en todos esos libros se mencionaba que a final de cuentas la existencia era un

sufrimiento agudo y encarnizado sin propósito alguno, él todavía creía en algo, o quería hacerlo. Y cuanto más creía en algo más allá del mundo terrenal, más decepcionado se sentía.

No entendía la incapacidad de los humanos, el egoísmo que los impulsaba a procrear, a traer otro ser a este infierno. Era un acto que denotaba la imbecilidad y la soberbia de una especie tan fútil como la humanidad lo era. Eso completaba el ciclo, ciertamente; todo era trabajo, dinero, vicios, inutilidad y distracciones. Ahí encajaba perfectamente el factor de la reproducción, pues con los hijos el humano se olvidaba por completo de sí mismo, se perdía en un mar de profundidades insospechadas donde se hundía más y más, hasta abandonarse al abismo oscuro y sin esperanza, ahí donde reinaban la ignorancia y la estupidez. El humano abandonaba sus sueños por mantener a sus hijos, por intentar que ellos fuesen más que él, pero eso conllevaba, paradójicamente, a un retroceso evolutivo. Lo mejor sería que no se tuvieran hijos, pues éstos obligaban al ser a trabajar sin remedio, a preocuparse por bagatelas y a olvidar por completo su propósito sublime. En todo caso, los hijos no debían ser criados por los padres, así no podrían éstos últimos inculcar su retrógradas concepciones de la vida ni sus sucias y enfermizas creencias y tradiciones serían transmitidas a los seres nuevos.

Pero ya el colegio se hallaba a la vista de Lezhtik, todo parecía calmado afuera, aunque por dentro seguramente habría un gran alboroto. Cuando se acercó un poco más, comprobó lo anterior. En efecto, tan pronto como atravesó las puertas de aquella prisión, sus oídos retumbaron con el terrible ruido que resonaba a todo volumen. Era una música horrible, pero todos la bailaban y pegaban sus cuerpos como animales. Se trataba de la famosa y tan escuchada música actual, un género de lo más idiota en el cual las canciones no tenían el más mínimo sentido, solo haciendo referencia al contacto sexual, al consumo de drogas, alcohol y demás estupideces. Sin embargo, por alguna razón aún no comprendida, los humanos estaban encantados con ella, era lo único que querían escuchar.

Así transcurrió otra media hora, en la que Lezhtik se limitó solo a observar cómo los cuerpos sudorosos se pegaban. Y el aliciente no era

otro que la bebida, el director había autorizado que se consumiera sin limitación alguna, era *barra libre* como se decía coloquialmente. Algunos insensatos ya estaban sumamente briagos y apenas y podían sostenerse en pie, otros empezaban a sentir los efectos y se entregaban al ambiente ominoso de aquel cierre de periodo. Finalmente, el ruido cesó y las autoridades pidieron un poco de orden; del nuevo orden, mejor dicho. El director, en compañía de un séquito de profesores y demás hombres elegantemente ataviados, subió al pedestal y comenzó con la perorata; de hecho, era el único que hablaba, los demás parecían no tener voz.

-Muy buenos días tengan todos ustedes, jóvenes de la universidad. Les doy el más cordial saludo, esperando que se encuentren excelentemente bien y que se la estén pasando de maravilla con este festejo que hemos organizado especialmente para ustedes.

A Lezhtik algo no le parecía sincero del todo. En las palabras del director notaba cierta malicia, como si fuese uno de esos políticos corruptos que intentan lavarles el cerebro a las personas. Pero seguía dudando de si sería humano aquel malnacido, pues en sus visiones no lo era, pero en la realidad jamás había comprobado con sus propios ojos lo contrario. Atisbó en todas direcciones, pero Filruex parecía no haber hecho acto de presencia aún. El director prosiguió:

-Quiero decirles a todos ustedes que, con su ayuda, cooperación y entrega, la universidad recuperará el nivel que hace siglos no se lograba ni en sueños. Todo debido a las mejoras, al margen estricto y al nuevo orden. Todos estaremos de acuerdo en que las cosas no han sido fáciles para nadie, pero también han sido recompensados con la hora de los videojuegos, una selección de libros adecuada para ustedes, un viernes social donde tienen juegos de azar, alcohol y, además, pueden fumar libremente.

-En eso tiene razón. ¡Él ha premiado nuestro esfuerzo! ¡Merece nuestro respeto! ¡Es el mejor director de toda la historia en la universidad! -exclamó uno de aquellos blasfemos que parecía ya entonado y que bailaba vigorosamente.

-¡Así es! -expresó uno de los que estaban al lado de aquel infame- ¡Él nos ha devuelto las ganas de venir a la universidad! ¿En qué otro lugar se nos brindaría lo que él nos ha ofrecido?

-Además, ha quitado todas esas lecturas tan molestas que anteriormente nos veíamos obligados a leer -dijo una jovencita que sudaba como puerco de tanto bailar.

-Ahora veo que todas las medidas para el nuevo orden no son tan malas, compañeros. ¡Todo ha sido por nuestro bien! En realidad, no es opresivo el director, él nos premia en la medida en que se nos exige sumisión.

Y así, Lezhtik miraba a su alrededor y, mientras el director continuaba con su hipócrita y pendenciero discurso, los estudiantes ahí conglomerados, pertenecientes a las distintas facultades, parecían aceptar y afirmar todo lo que el expositor decía. Justificaban los actos deplorables que se habían cometido en su contra, la opresión, las injusticias, las agresiones y humillaciones; todo valía ahora la pena, pues habían sido recompensados. Tenían todo lo que querían, todo lo que valía su existencia les pertenecía ahora, les era brindado a cambio de sumisión y servilismo. De ahí que se prohibieran ciertos libros, por ser incitadores de una rebelión que ya no era necesaria, pues con el nuevo orden nada estaba oculto. Y todo lo que había en las mentes de los humanos era bien conocido por las autoridades, que sencillamente programaban la realidad de la forma en que más les conviniera. Tenían los medios para hacer que las personas pensarán lo que ellos querían. El director continuaba su coloquio:

-Como les decía, de ahora en adelante seremos la primera escuela que ha tomado cartas en el asunto. Pero pronto, más de lo que creen, nuestro sistema se extenderá por su innovación y su importante contribución.

-¿Eso quiere decir que en todas las universidades habrá lo que aquí? -interrumpió un joven moreno con tatuajes en ambos brazos- Ya sabe, todo con lo que se remunera nuestro acatamiento al nuevo orden.

-Desde luego que sí, lo habrá. El nuevo orden estará en todas partes, lo controlará todo. Y nadie podrá escapar; nadie querrá escapar, mejor dicho. Nosotros tenemos la solución a sus problemas, les hemos brindado una nueva oportunidad de vivir, les hemos simplificado las cosas quitándoles de encima el peso de averiguar el sentido de su existencia, como tanto se cuestionan los filósofos de aquí.

-Pero director, si usted lo sabe, ¿puede decirnos ahora cuál es el sentido de nuestras vidas? -preguntó otra de las muchachas que conformaban la caterva de estudiantes que se amontonaban al frente del pedestal.

-¡Oh, querida! -exclamó en tono solemne el director-. Desde luego que yo lo sé, y no te sientas mal por no saberlo, pues, en realidad, no existe.

-¿No existe? No comprendo -replicó la jovencita, chapeada y de cabellos rubios; muy atractiva y que ya había restregado su jugoso trasero entre sus compañeros.

-Así es, no existe. Ustedes y las personas del mundo existen sin razón, quizá ni siquiera lo hacen; empero, ahora eso ha cambiado. El nuevo orden brinda identidad e iluminación, con él descubrirán cosas maravillosas. El sentido ahora es gozar, ser feliz en el mundo. Debes centrarte en estudiar para poder incorporarte en el mundo laboral y así obtener lo único valioso en este mundo: dinero.

-¡Dinero, dinero, dinero! -se escuchó por todas partes en cada rincón de aquel patio amplio en donde se hallaban reunidos todos los estudiantes.

Y, como si se tratase de un eco infernal, los estudiantes se encendieron al escuchar la palabra dinero. Lezhtik observó en sus caras algo inusual, desagradable y estúpido. Una especie de ambición fugaz y un fuego desolador, un hambre por poseer lo que el director acaba de decir. Todos se miraban fijamente y parecían carecer de algo, luciendo humillados y tan desorientados.

-No deben preocuparse por el dinero ahora -afirmó el director con cierto sarcasmo mal reprimido-, pues tendrán mucho tiempo para obtenerlo. Por eso los estamos preparando, por eso hemos modificado los planes para que puedan salir y obtener dinero. ¿Qué importan todos esos libros sobre el sentido de la vida o el control mental? ¿Qué interesa saber sobre la espiritualidad, el misticismo o las corrientes ocultistas? ¿No es acaso absurdo buscar algo más allá de lo que podemos tocar? ¿Es concebible que pudiese ser real algo que únicamente habita en las mentes de los soñadores? El día de hoy les digo que deben olvidarse de leer, de hacer música o de escribir, pues eso es de lo más inútil que hay. Si quieren ustedes permanecer en este sistema, y yo creo que en verdad lo quieren, deben alejarse de esas actividades. Deben entender que la creatividad, la curiosidad y la imaginación son antípodas de lo que se les ha brindado y que ustedes tanto aprecian. Nosotros los estamos preparando para que, cuando salgan, su inclusión en el mundo laboral sea satisfactoria. Lograrán unirse a alguna compañía y serán recompensados por un bajo costo: tan solo su tiempo, cosa que ni siquiera es relevante, ¿verdad? Se les pide solo estar sentados realizando un trabajo fácil y ligeramente agotador, pero, a cambio, recibirán dinero. Y así, podrán pagar ustedes mismos lo que tanto han gozado: alcohol, fútbol, diversión, baile, etc. ¿No es acaso un precio justo? Y aún hay más, pues, cuando ya se encuentren bien incorporados al mundo fuera de aquí, ya ni siquiera recordarán que alguna vez fueron libres, pues la libertad corrompe el alma. De una vez les digo que es necesario tener hijos, pues necesitamos cuidar del nuevo orden y necesitamos nuevos prospectos, gente a la que ustedes le inculcarán todo lo que saben, apoyándose en la televisión y en la radio; los educarán para que sigan su ejemplo. Tendrán su dinero, magníficamente será suyo, pero a cambio de algo tan ínfimo que ni siquiera debería preocuparlos, a cambio de su libertad, de algo que no necesitan. ¿Para qué quieren ser libres? Aquellos que dicen serlo son los que mueren de hambre y pasan frío, ustedes no. Les esperaba un futuro brillante donde vestirán de traje, tendrán su automóvil, su hogar, irán a plazas y podrán disfrutar de todo lo que deseen. ¿Quiénes de ustedes quieren dinero a cambio de su tiempo y libertad? ¡Quiero escucharlos ahora mismo, compañeros!

XXV

Lezhtik no podría creer lo que estaba escuchando, viendo, viviendo incluso. Parecía todo tan irreal, todo iba en contra de lo que leía, escribía y hacía. Era justamente la forma en la que el humano perdería esa divinidad tan propia. Empero, el grito que se escuchó al unísono lo sacó de concentración. Los estudiantes estaban eufóricos y desdeñaban la libertad, solo exigían dinero. Sí, lo necesitaban cuanto antes, era algo como una crisis de abstinencia la que sufrían. Querían adquirir su propia consola de videojuegos, su televisor, sus bienes materiales, presumir, casarse, tener hijos, viajar, ir y tomarse fotos comiendo en restaurantes caros; añoraban sentirse importantes, tener finalmente sentido, pues eso era lo que entendían como tal. Estaban ansiosos por trabajar y abandonar para siempre esos estudios infames que a nada los conducían. Si estudiaban era solo porque sabían que, de ese modo, ganarían más dinero, pero a nadie le importaba realmente hacerlo por una razón sincera. En sus ojos, ya no se observaba brillo ni ese resplandor de las mentes avezadas, sino una sucesión de espirales que no terminaba. Y parecían como embobados, hipnotizados y dispuestos a lo que fuese con tal de gozar y apocarse.

-¡Yo quiero! ¡Yo deseo tener mucho dinero! ¡Al diablo la libertad! - gritaba uno con euforia y decisión.

-¡Quemen esos libros, me da igual! ¡Yo solo deseo divertirme, pasarla bien y tener muchas mujeres! -espetó otro sin alguna muestra de vergüenza.

-¡Yo también! ¡Arriba el dinero y el alcohol! Si por mí fuera, usaría todo el dinero del mundo para emborracharme todos los días -vociferó el moreno de los brazos tatuados.

-¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! -clamaban los estudiantes sin control alguno, con los ojos fijos en aquel personaje que ya era un salvador para ellos.

-¡Así es! ¡Eso es justamente lo que necesitamos! -dijo finalmente el supuesto salvador-. Pero aún no es tiempo, aún falta un poco más. Pronto lo será, trabajarán incansablemente y tendrán hijos, se casarán y nada evitará que ganen dinero. Ya han ustedes progresado demasiado al percatarse de que ser libre en este mundo no sirve de nada. Merecen mucho dinero, y ¡lo tendrán indudablemente!

Entonces, apareció un globo gigantesco en el aire, tenía la forma de una pirámide y en la punta parecía tener un ojo, pero a nadie le importó aquel símbolo por lo que pudiera significar, solo les interesaba lo que pudiera albergar.

-¡Oigan, chicos! ¿Ya vieron eso que flota sobre nosotros? -dijo la mujer que no paraba de sudar y cuyas ropas estaban ya empapadas, transparentándose así su sostén negro a través de la playera blanca.

Lezhtik notó que aquel inmenso globo bloqueaba la luz del sol, oscureciendo el instante el lugar. ¡Qué rara forma tenía, la recordaba de algún sitio, alguien se lo había dicho! Hizo un esfuerzo ingente, pero no recordó. De pronto, el director retomó la palabra:

-Como muestra de mi agradecimiento por su servidumbre y el acatamiento hacia el nuevo orden, les tengo dos sorpresas además de todo lo anterior. Y esta vez les aseguro que quedarán enormemente complacidos con lo que he reservado.

-¿Qué es eso? ¿Qué hay dentro de esa forma flotante? -se cuestionaban sin cesar los estudiantes, como si estuviesen en un estado de sopor sumamente dulce.

Subrepticamente, un ruido rasgó el lugar, la figura estalló produciendo una iluminación como nunca la habían visto aquellos estudiantes. Incluso, algunos fueron cegados por el destello, pero no abandonaron el lugar, se mantuvieron. Del cielo llovían billetes, un montón de ellos caían silenciosamente. Los estudiantes no lo podían creer, se

abalanzaron inmediatamente para recoger tantos como pudieran, empujándose, discutiendo y algunos hasta encarándose para pelear. El hecho es que a Lezhtik le pareció percibir un raro hedor que emanaba de la figura flotante en conjunto con los billetes. Era como un gas que caía sobre todos y los alegraba, les producía euforia y deseos de tener más billetes, tal como esas veces en que el rastro de los aviones le producía tantas dudas. Asimismo, ahora no acertaba en pensar siquiera cómo podría liberar a esos zombis de un estado voluntario de estupidez y esclavitud.

-Bien, chicos. Tomen todos los billetes que gusten, los hemos reunido especialmente para ustedes. Esto es por su buen comportamiento, sabemos que los quieren y los necesitan -mencionaba el director entre risas y carcajadas por el micrófono.

-Y este dinero, ¿nos será entregado cada periodo? -preguntó uno de los estudiantes que hasta ahora había permanecido en las sombras.

-Por supuesto que sí, chicos. Eso siempre y cuando cumplan con los requisitos para el nuevo orden -respondió el profesor Saucklet con presteza.

-¡Qué bien, esto es magnífico! -replicó otro que ya se había apoderado de bastantes billetes-. Desde luego que cambiaría lo que fuera por este dinero, ¡que tomen lo que gusten de mí!

-Muy bien, chicos. Ahora, presten atención -indicó el director una vez que la euforia por los billetes hubo menguado-. Hay algo que deben saber, y tiene que ver con la sorpresa de la que les había comentado.

Lezhtik, desde luego, miraba aquellos acontecimientos con una expresión nauseabunda. Por unos momentos, reflexionó sobre su estado actual. Sin duda, nadie negaba que el dinero era útil, necesario, imprescindible; empero, no debía ser aquello razón suficiente para abandonar la dignidad y los valores. Y no se refería justamente a los inculcados por la familia, sino al descubrimiento interno de una esplendorosa fortaleza que le impedía someterse a las reglas del sistema. Algo en ello no estaba bien, tal servidumbre y acondicionamiento no

podían ser el destino de los humanos. Aún confiaba en que el ser podría desenvolverse en su naturaleza divina, pero era difícil. Y lo era precisamente por tantos obstáculos, por la necesidad de alimentarse, vestirse y acomodarse en algún lugar. Con lo miserable de los salarios actuales, ni siquiera se alcanzaban a cubrir las cosas más básicas. Y ni hablar de las actividades que él consideraba sublimes, pues no valían ni un centavo.

Todo tendía a evitar que los humanos pudiesen realizarse, que vislumbraen la auténtica razón de su existencia. El universo era tan infinito y asombroso, el tiempo tan calculador y veloz, la vida tan nimia, fútil, insulsa y efímera, los humanos tan ciegos y terrenales, los dioses tan lejanos y olvidadizos, los demonios tan precarios y sutiles, Y, en el fondo, una experiencia tan sublime como existir se convertía en un sufrimiento insoportable y sin sentido alguno. Si tan solo las personas pudiesen ver más allá, si viesen eso que está tan cerca y tan lejos, paradójicamente, de la conciencia cósmica, pero no se podía. En verdad era nostálgico y absurdo creer que alguna vez, por unos muy breves momentos, el ser tendría alguna idea de su auténtica esencia. La humanidad, entonces, debía ser exterminada.

En toda esa mezcla de elucubraciones superfluas, se hallaba, para aquel atolondrado y raro ser, la entelequia más desoladora y trepidante. La concepción de un mundo donde las personas buscasen mejora auténticas, un despertar de la conciencia y una búsqueda de la espiritualidad estaba ofuscada casi por completo. Mirando a aquellos humanos que abandonaban e incluso rechazaban su libertad a cambio de unos pedazos de papel que significaban todo en este mundo, entendió que él ya no podía permanecer por más tiempo vivo, pues vivir significaba ser esclavo en automático del gran holograma, de una prisión diseñada por quién sabe qué criaturas. ¿Qué había de esos personajes que habían intentado rebelarse? Y ¿qué había de esos libros que con tanto empeño y dedicación había estudiado, escrito y leído? Esos mismos en los que se dilucidaba un mundo distinto, de concepciones etéreas, de meras quimeras, ciertamente.

El universo era tan infinito que, en su miseria, aquel joven depresivo se sentía como un vil gusano, como la más viva representación de la nada, de la insignificancia que se materializaba tan esplendorosamente. ¿Qué era la vía láctea en el universo? ¿Qué era el sistema solar? ¿Qué era la Tierra? Y ¿qué era todo lo que el humano había construido, su dinero, sus inmensos edificios que descollaban en el cielo, sus construcciones monumentales, su cultura, sus creencias, tradiciones, costumbres e ideologías, sus estudios, su ciencia? ¿Qué eran la poesía, la literatura, la magia y el arte? ¿Acaso no terminaba todo por ser banal, tan intrascendente y patético? Ser rico era tan patético como ser un mendigo, pues la vida era tan efímera que de ningún modo podía ser valioso hacer algo en ella. A final de cuentas, lo más valioso en el mundo, el personaje más relevante en la historia de la humanidad, el suceso más extraordinario, la creación misma por así decirlo, no era razón suficiente para que la existencia de un ser sin origen ni fin significase algo o fuese al menos real en el sempiterno cosmos.

Aun así, inclusive en esa intrascendencia y esa basura que representaba el mundo, en esa insignificancia del ser, aun así, se debía vivir. Ya fuese por necesidad, por obligación o por terquedad, por decreto divino o sin razón alguna. La vida era concedida o surgía, no se sabía. El azar y el destino no brindaban tregua ni respuesta, el libre albedrío no era para nada un asunto resuelto. Múltiples concepciones atribuían un peso mayor a diversos factores, la naturaleza ocultaba todavía demasiados misterios a un ser cada vez más ciego y sediento de absurdidad. Con todo esto, todavía había humanos que merecían, tal vez, vivir. O, al menos, había aquellos que cuestionaban. Esos, aunque acondicionados como el resto, comenzaban a despertar, a desconectarse y vislumbrar ligeramente la verdad; esa que imperaba en cualquier lugar. La verdad era lo único que siempre sería concomitante con la luz y la oscuridad, la mediadora entre los eternos opuestos. Por eso era lo principal que había que ocultar y disfrazar a como diera lugar. El mundo moderno no era sino el producto de una sucesión de mentiras bien hiladas.

Se preguntaba Lezhtik por qué había personas que se suicidaban. Hasta ahora no lo había entendido, pero, tras haber leído aquellos libros

prohibidos, tenía ya una perspectiva más clara. En la muerte, el humano expresaba su esencia, esa que en vida era imposible. La muerte era la más clara expresión de vida, de una nueva y fulgurante oportunidad de libertad. Nadie sabía qué ocurriría tras morir, pero no importaba en lo más mínimo, pues nada podía ser peor que una existencia vacía y sin sentido como la que se vivía en el mundo de los supuestos vivos. La muerte enseñaba y privaba de lo material, era ahí cuando el espíritu denotaba su fortaleza, cuando la mente finalmente se apoderaba de los aposentos que había prestado al cuerpo. Nada ni nadie escapaba a la muerte, era la única justicia. Y había seres que habían cometido suicidio, fuese de la clase que fuese, pero suicidio finalmente.

Los tontos decían estupideces respecto a ello, les lloraban y los extrañaban, al igual que cuando un ser querido fallecía, pero Lezhtik sabía ahora que no valía la pena desear que alguien continuase con vida, no con toda la blasfemia en que la que todo se había tornado. Suicidarse era la única alternativa para el ser que renunciase a su acondicionamiento. Y no, no había otra manera, no existía otra forma de gritarle al mundo la libertad de la que había sido privado. Sin importar nada más, los suicidas recorrían la línea más delgada entre las cavernas, el infierno y el cielo. En efecto, nada podía ser peor que existir sin saber por qué o para qué, sin entender la razón de ello, sin saber el origen ni el fin. Entonces, ¿qué evitaba que el humano se suicidara? Sencillamente que la vida terrenal era más fácil y atractiva para los carentes de espíritu, pues el suicidio exigía amar la libertad más que todas las cosas. Era un estado en el cual los humanos modernos habían decidido no estar desde el momento en que algo del mundo, tan banal y terrenal, era suficiente para llenar ficticiamente su vacío interior.

De pronto, algo sacó a Lezhtik de sus tan ufanadas concepciones, esas que había plasmado en sus escritos nocturnos, los que realizaba a escondidas de sus padres y de la facultad. Quizás alguna vez alguien los leería, alguien creería que todo eso era en parte cierto, o al menos dudaría, pero daba igual ahora. El sonido de la voz del director rasgó sus meditaciones y lo regresó de nuevo a la fatídica realidad.

-Y ahora, sin más interrupciones, le presento el siguiente proyecto, el cual implementaremos al comienzo del siguiente periodo -vociferó el director.

-Se trata, nada más y nada menos, que del lugar donde ustedes, tanto hombres como mujeres, podrán liberarse del posible estrés acumulado. ¡Se trata del primero prostíbulo escolar! -dijo el profesor Saucklet muy emocionado.

En la pantalla aparecían imágenes de un prostíbulo, del diseño que tendría el lugar, tanto exterior como interior. Estaría situado a un costado del edificio 11, en el sitio que antes ocupase la biblioteca, la que por cierto había sido clausurada y derrumbada. Aquel supuesto nicho de lujuria era toda una innovación en cuanto a placeres prohibidos. Ahí, los estudiantes podrían experimentar las más succulentas fantasías y dar rienda suelta a sus deseos más funestos.

-Como ya no necesitamos libros, hemos decidido darle un uso adecuado al lugar. Claro, uno impensable en las precarias concepciones del pasado -explicó el director benevolente.

La grabación mostraba también personas en ropa interior, lo cual calentó los ánimos de los espectadores. Era un efecto parecido al que los periódicos ocasionaban, pues en las portadas combinaban perfectamente los desnudos, el fútbol, los asesinatos y robos, las noticias financieras y demás, ocasionando un fuerte golpe al subconsciente. Los estudiantes miraban estupefactos y absolutamente imbuidos aquella pantalla gigantesca mediante la cual se proyectaba todo el diseño de aquel nefando sitio.

-Pero ¿será solo para hombres o también habrá entretenimiento para nosotras? ¡Creo que debería haber más igualdad! -inquirió una joven que durante todas las clases se la pasaba alabando el nuevo orden.

-Desde luego que habrá algo para todos y todas, de eso me encargo yo, ustedes no se preocupen -contestó el director con malicia.

Todos estaban asombrados, pues sería la primera vez que una escuela, que una facultad de filosofía, especialmente, contaría con algo

así. Desde cierto punto de vista, a nadie parecía desagradarle la idea. Ya tenían otros entretenimientos, pero necesitaban algo sexual para corroborar que efectivamente podían abandonar su libertad. Dinero y sexo eran los símbolos del adoctrinamiento, la cúspide del holograma que hacía imposible escapar de la pseudorealidad. Así se habían moldeado las mentes durante tantos años y así seguirían, indudablemente, siendo acondicionadas las masas. Mientras el ser tuviera estos elementos, en conjunto con algunos otros distractores, jamás podría pensar en su libertad.

-Bien, con esto todo será más real. Cuando salgan de aquí y vivan su adultez, recuerden bien que su mundo será este. Tendrán entretenimiento y diversión, tendrán alcohol, televisiones, sexo y, sobre todo, dinero. Para eso están aquí estudiando, para salir y tener buenos puestos, para obtener el medio con el cual pagarán lo anterior. Desde luego, no deben jamás preocuparse por aquellos miserables que mueren de hambre diariamente, pues a ustedes no les concierne tal situación. No olviden que todo está perfectamente acomodado, y si existen situaciones desagradables para ciertas personas es porque indudablemente así ha sido planeado.

-¡Qué brillante es usted, señor director! Siempre piensa en nosotros -exclamó un estudiante cuyos ojos parecían ir en espiral, como si estuviese hipnotizado.

Otros tantos aceptaron el proyecto, muy pocos mostraron disgusto. Y fue tan poca la cantidad de disgustados que, evidentemente, el proyecto terminó por ser aprobado.

-Finalmente, estudiantes de la universidad, les quiero decir que, en efecto, el prostíbulo se situará en la facultad de filosofía, pues es donde más casos extremos de rebelión se han presentado. Con esto, nadie debería seguir oponiéndose al nuevo orden. Y, si hay alguien que esté en desacuerdo, que ahora exprese su inconformidad, no solo con el nuevo proyecto, sino con todo -cuestionó el director animado por la euforia con que había sido recibido el prostíbulo bisexual.

Un silencio sepulcral se produjo en el ambiente. Absolutamente nadie se atrevió a decir algo. ¿Quién, en su delirio, podría atreverse? ¿Qué

clase de imbécil rechazaría el nuevo orden? Se les estaba instruyendo para vivir en el mundo, para poder encajar en la realidad que para ellos había sido construida y para la cual habían sido preparados desde su nacimiento. Todo era solo gloria y felicidad, no podía concebirse algo más perfecto. Aquellos idiotas tendrían todo lo que habían deseado siempre al alcance de sus manos. Alimentaría la pseudorealidad con cada acto y no dudarían en proteger y amar aquello que los esclavizaba.

-¡Yo me opongo! -exclamó Lezhtik con aire valiente y decisivo, ante la mirada inverosímil de todos los presentes.

El silencio se incrementó como jamás lo había hecho. Luego, como saliendo de su estupefacción, algunos estudiantes comenzaron a soltar su verborrea execrable, recurriendo a argumentaciones que creían convenientes en la persuasión que pretendían:

-Pero ¿qué demonios estás diciendo? ¡Debes estar loco, amigo! -exclamó atónita la jovencita que sudaba como puerca.

-¿Quién te crees que eres para decir tal injuria? ¿Acaso no ves que el director nos quiere apoyar? -expresó el sujeto de los brazos tatuados, preñado de ira y nerviosismo a la vez-. Pero ¡tú no lo comprendes! Ahora recuerdo que eres miembro de ese odioso club de los soñadores en donde realizaban actividades tan inútiles, ¡con razón eres tan rebelde!

-No puedo creerlo, en verdad ha rechazado todos los beneficios que se nos están brindando. Inclusive, quizá piense también en oponerse al trabajo que nos ofrece el director -farfulló uno de los tantos estudiantes ahí conglomerados.

-Pero ¡qué idiota! No se da cuenta de lo difícil que es el mundo allá fuera. No entiendo cómo alguien así puede decirse filósofo. Debería estar feliz, pues finalmente tendremos un empleo digno con nuestra profesión tan desdeñada en el campo laboral -arremetió con desdén un grandulón que era pésimo estudiante.

Y así, sucesivamente, nuevos comentarios despectivos fueron esparciéndose entre aquella caterva. Todos consideraban una imprudencia y una estupidez que alguien pudiese rechazar el nuevo orden, en especial

cuando ofrecía tantas cosas. ¿Qué importaba la libertad? ¡Al demonio con el arte, la poesía, la magia o la literatura! ¡También al diablo con esos libros prohibidos de soñadores fracasados! Lo único que de verdad era menester y sagrado era el dinero; de eso sí había qué preocuparse, pues justamente de esta preciosidad dependía toda la existencia. Con él, podían tener fiestas, materialismo excesivo, adquirir propiedades, comprar cosas innecesarias, pero atractivas, presumir y ser parte de la élite. Y, en esencia, ser mejor que los demás, que esos miserables pordioseros que dependían de la dádiva ajena. Solo el dinero interesaba, pues, sin él, la existencia no tenía el más mínimo sentido. Al fin, el director tomó nuevamente la palabra:

-Estudiantes de las diversas facultades, estudiantes de toda la universidad, les pido una disculpa por esto. Parece que, como ustedes pueden ver, aún hay alguien aquí que se resiste a aceptar su destino, y no solo el suyo, sino el del mundo entero. Sin embargo, no se alarmen demasiado mis pupilos, pues es de esperarse que la última resistencia se evidencie pronto. Todavía haya algunos como él, pero les aseguro que son minoría.

-Pero ¿por qué se resisten, director? ¿Qué hay de malo en ser como somos? ¿Acaso esta forma de existir es absurda? -inquirió un estudiante cuyo ojo izquierdo estaba ligeramente desviado.

-Desde luego que no. Esto no podría ser absurdo, sería ridículo. Somos felices con esta forma de existir, no requerimos de complicaciones. Los sujetos como él simplemente buscan la duda porque eso alimenta su rebelión. Nosotros ya no aceptamos tal duda puesto que todo está determinado ahora, con nuestro nuevo orden, con el nuevo sistema. Es imposible que caigamos, que cedamos habiendo llegado tan lejos.

-Pero ¿qué tal si...? -cuestionó nuevamente el estudiante curioso.

-Qué tal si... ¿qué? -interrumpió el director molesto-. ¿Acaso piensas que él podría tener la razón? ¿Sientes que sus palabras, su mirada, su mentalidad, su simple existencia, que algo en él es suficiente para hacerte dudar del nuevo orden? ¿No te das cuenta de que, si eres como él, serás infeliz el resto de tus días?

-Bueno, es solo que yo... Pienso que en todos lados es bueno que exista un equilibrio, es parte de la esencia humana. Si no dudásemos alguna vez, ¿cómo podríamos tener contraste? Y, sin contraste, ¿cómo sería posible vivir? Debe haber dualidad, siempre la hay, siempre existe el choque, la confrontación entre un par de opuestos. Y ahora realmente estoy confundido. Algo en él me hace pensar cosas raras, parece muy distinto de nosotros, como si él tuviera algo que todos nosotros no.

Lezhtik se percató de que podía crear duda en algunos estudiantes, eso era exactamente lo que estaba buscando. Ese era el camino mediante el cual el humano podía alcanzar su libertad, así era como debía existir el ser: dudando siempre, cuestionando todo. Por desgracia, era lo primero que se erradicaba al nacer. Incluso, se tenía tanta seguridad de existir, de vivir, de ser tan real como la supuesta realidad, que el humano jamás cuestionaba tales factores. Y ¡qué engañado vivía el ser moderno, asumiendo su existencia como algo único y supremo! Cuando tal vez solo era un producto azaroso de una inteligencia no tan superior. O, tal vez solo una triste casualidad sin sentido. Como sea, siempre se engrandecía todo lo realizado por los supuestos humanos elevados, pero eso era la vil nada en el universo magnánimo. Incluso vivir era distinto de estar vivo, y en verdad que la gran parte de los humanos no conocían esto último, pues solamente vivían porque sí, porque no se les podía desaparecer. Una voz sacó al joven de sus meditaciones nuevamente:

-¡Tú eres diferente! ¿Crees acaso que puedes sembrar la duda en las personas? Pues te equivocas, lo sé muy bien -espetó el director furioso-. ¿Qué ha obtenido la gente como tú? Mira en dónde han quedado todos los que en su tiempo se han rebelado contra el sistema. Nosotros hemos estado aquí desde el comienzo, desde antes de que el primer hombre pisara la sucia tierra que ahora nos pertenece. Y ¿crees que alguien como tú puede afectar nuestros planes? ¡Tonterías!

-Yo no sé quién eres o de qué hables, solo estoy seguro de que esto no es todo lo que hay en nosotros. En los humanos hay fortaleza, amor y espíritu, cosa que quizá ustedes han tratado de destruir. Yo odio este sistema y detesto también a los que son parte de él, desearía su extinción, pero no pierdo la esperanza de que un día todo cambiará, por utópico que

parezca. Tendremos un mundo libre de asesinatos, violaciones, esclavitud, vicios, desigualdad, entre otras cosas inmundas que hoy imperan. Y lo afirmo porque una persona, una mujer que todos tachaban de loca, me enseñó que hay más incluso que ciencia, arte y literatura. Ella me mostró que hay magia, que hay cosas en esta naturaleza que aún son un misterio y que el ser, en su ingenuidad, ha desdeñado. Y creo, con toda firmeza, que en el ser se esconde algo inefable y etéreo que puede hacer de este mundo pestilente uno bello y sublime, con habitantes cuya conciencia vibre en igual sintonía que la de las estrellas más refulgentes.

XXVI

Cuando Lezhtik termino su discurso, los estudiantes parecían despertar de un sueño, se tiraban al piso y soltaban injurias, se quejaban de un dolor de cabeza y de algo que no podían describir. Era como si una especie de masa pegajosa luchase por permanecer en su interior, al menos eso expresaron varios con gritos inhumanos. Entonces, contemplando con temor el suceso, como si de una maldita novela de horror se tratase, los ojos del director se tornaron amarillos y sus pupilas se rasgaron violentamente; además, su forma humana se trasfiguró en una más salvaje, más rugosa y verdosa, como si fuese un reptil. No solo él, sino también los profesores Saucklet e Irkiewl; era una locura monumental lo que ocurría. Los hombres reptil se acercaban a Lezhtik apresuradamente, apartando del camino a los estudiantes que continuaban retorciéndose en el suelo. Cuando estaban por alcanzarlo, una mano se apoyó sobre su hombro y una sensación familiar le invadió; giró la cabeza y su pesar se aligeró un poco.

-¡Filruex! ¿Cómo rayos es que has llegado aquí?

-Eso no importa por ahora, debemos ver el modo de salir lo más pronto posible.

-Sí, estoy de acuerdo. Pero ¿qué haremos para escapar?

-Tengo una idea que puede ayudarnos -dijo aquel salvador con perseverancia.

De su bolsillo, sacó un arma y apuntó contra todos los que se acercaban torvamente. Al instante, éstos detuvieron su caminar y retrocedieron ligeramente asombrados. Tanto los centinelas del ojo, quienes habían aparecido prácticamente de la nada, como los reptiles se detuvieron. Sin embargo, el que había fungido como el director durante todo el periodo se desternilló y animó a los demás a proseguir.

-¡Solo es un arma! -expresó con decisión mientras observaba con sus pupilas amarillas a los dos jóvenes-. No hay razón para alarmarse.

-Pero ¿cómo es que puedes hablar nuestro idioma? -profirió Filruex anonadado y ligeramente nervioso.

-Nosotros nos comunicamos telepáticamente, pero hemos pasado ya algún tiempo aquí, entre ustedes, y hemos aprendido los sonidos de su lengua incluso sin nuestra forma humana.

-¿Forma humana? -inquirió Lezhtik muy sorprendido por aquella denominación.

-¡Así es! ¡Forma humana! -respondió el hombre reptil- Nosotros usurpamos los puestos de los profesores, o al menos de la mayoría de ellos. Los aniquilamos y conservamos sus cuerpos para posteriores proyectos.

-Sin embargo, sabíamos que no bastaba con tomar la forma externa -aclaró el reptil que anteriormente fuese el profesor Saucklet-. También obtuvimos, gracias a nuestra tecnología avanzada, parte de sus pensamientos, su forma de hablar, de comer, de sentir. Tomamos su esencia y la clonamos para utilizarla como nuestra. No solo robamos su identidad física, sino la mental. Podemos hacer eso y más, ustedes no tienen idea del inmenso poder de control mental que poseemos. Son solo seres desesperados y mal guiados, pero pronto eso cambiará.

-Ya veo, con razón pudieron controlar y poner a su favor a los estudiantes, gracias a sus técnicas funestas -expresó con desagrado Lezhtik.

-Sí, aunque no fue muy difícil someterlos. Y ahora mismo terminaremos con ustedes de una vez por todas, serán los últimos que se atrevan a oponer resistencia -dijo exaltado el reptil que fuese el director.

-¡No se acerquen o usaré esta cosa contra quien sea! -espetó Filruex algo contrariado por todo lo comentado.

-¡Idiota! -dijo el director saltando sobre él-. ¡Ya te dije que tus armas humanas no pueden dañarnos!

Filruex no sabía si funcionaría aquello, pero había trabajado tantas horas y había gastado tanto dinero en esa arma, que le tenía una fe demencial. Por otra parte, dudaba demasiado de su efectividad en una situación como la actual, pues ya nada normal podía esperar después de todo lo presenciado. Estaba casi por abandonar su propósito y ceder ante aquellas criaturas hasta que una voz singularmente tranquila lo envolvió y le dijo:

-Si crees con el espíritu, nada fuera de él podrá resistirse a tus deseos.

-¿Quién eres? ¿De dónde proviene eso? -cuestionó Filruex en su mente, pues solo él parecía escuchar aquella voz armoniosa.

-Si eres sincero y tus deseos lo son, nada podrá escapar ante la verdad de tus intenciones -repitió aquella voz con una calma extrema.

Filruex no sabía qué hacer, pero el reptil estaba por tomarlo y destruir todas sus esperanzas de libertad. Decidió hacer caso a la voz y apretó el gatillo, deseando con todas sus fuerzas que la bala atravesase a aquella criatura no humana. No sabía si funcionaría o no, pero no le quedaba tiempo para reflexionar sobre ello. Cuando abrió los ojos, contempló cómo aquella cosa caía al suelo con un agujero en la cabeza. El arma había funcionado, había matado al director, o lo que fuese aquello, que se había desplomado por el suelo sin dar señales de vida. Los demás

miembros de su raza, y también los centinelas del ojo, quedaron estupefactos. El cuerpo, casi instantáneamente, comenzó a evaporarse y desprendió un olor funesto.

-¡Rápido, Lezhtik! ¡Vete ya! -dijo Filruex sosteniendo el arma con fuerza-. ¡No tengo balas para todos! Yo ya estoy perdido, pero tú aún puedes escapar.

-Pero ¿cómo podría hacer eso? Todas las salidas están selladas, nos encontramos en el patio de la universidad, será imposible escapar. Además, ¿qué será de ti?

-Eso no importa, yo ya no tengo salvación. He vivido de un modo no muy distinto al de los zombis que ahora se encuentran frente a ti. He intentado seguir ciertas creencias propias y no someterme a las normas morales, sociales, políticas o religiosas. He conseguido sentirme bien, pero nada más que eso. Hubiera querido que todo fuese distinto, pero el mundo es un lugar triste. Quizá nadie crea todo lo que aquí hemos visto y vivido; empero, debemos denunciar que existen criaturas no humanas entre nosotros, que nos gobiernan y que están aliados con sectas fraguadoras de guerras, armas y desigualdad. ¡Vete ya! ¿Qué haces aquí?

-¡No existe lugar por donde escapar! ¡Te he dicho que todas las salidas están cerradas! -contestó Lezhtik un tanto descorazonado.

Los centinelas del ojo y los reptiles contemplaban el cuerpo ya casi evaporizado de su antiguo líder, parecían recobrar su valor y su vigor, virando nuevamente hacia los dos únicos rebeldes en pie. Esta vez, su actitud reflejaba un odio increíble, como nunca lo habían expresado. Tal parecía que la muerte de uno de sus compañeros los había puesto furiosos en extremo. Sin embargo, detrás de ellos, varios estudiantes comenzaban a entrar en razón, se estaban recuperando de las intensas jaquecas que los habían atacado minutos antes.

-¡Oh, no! ¡Están despertando de verdad! -comentó uno de los reptiles desconcertado.

-¡Todo es culpa de ese maldito humano! Algo debe haber en él que es capaz de romper el hechizo de control mental -dijo otro, el más feo de

todos.

-De ningún modo debemos permitir que alguien con ese poder se nos escape. ¡Vayamos por él ahora mismo!

Unos gritos desgarradores se escucharon detrás de los reptiles. Los primeros en voltear fueron los centinelas del ojo, que hasta ahora habían permanecido como auténticas estatuas, esperando órdenes como máquinas programadas para actuar al pie de la letra. Los horripilantes gritos pertenecían a los estudiantes, quienes no daban crédito a lo que miraban.

-¿Qué demonios son esas cosas? ¿Acaso son reptiles en dos patas? ¡Mis ojos deben estarme jugando una pésima broma! -dijo el joven con los brazos tatuados.

-¡Yo estoy mirando lo mismo que tú! ¡Qué asquerosos se ven! ¡No puede ser verdad esto! -mencionó la mujer que sudaba en exceso.

-¡Maldición! ¡Maldición! -balbuceó uno de los reptiles-. Si despiertan por completo, será nuestro fin. Necesitamos que nos teman, pero, si no es así, lo habremos perdido todo. Sin su miedo y su sumisión, no tendremos poder...

Lezhtik y Filruex se detuvieron a contemplar el resurgimiento de aquellos compañeros suyos, algo en su semblante lucía distinto. Los reptiles ordenaron a los centinelas del ojo que incrementaran la frecuencia de las ondas que esparcían para adormecer el cerebro, pero al parecer éstos estaban en una especie de suspensión mental, pues no parecían actuar con claridad y sus movimientos, otrora bien coordinados, eran ahora torpes. De tal suerte que todo parecía indicar el fin de los reptiles ante su incapacidad para alimentarse de las emociones negativas, pues los estudiantes que les sirvieran de alimento emocional parecían, aunque temerosos por el aspecto infame de éstos, libres de todo sentimiento negativo.

Fue cuando en la pantalla apareció subrepticamente la imagen que Lezhtik jamás olvidaría. Se trataba de un ojo inmenso e imponente, parecía estar en la cúspide de una pirámide. Dicho ojo ocupaba la

totalidad de todos los monitores, pero con la particularidad de que parecía pertenecer a alguien o algo, como si tuviese vida propia, pues miraba a un lado y al otro raudamente. Se detuvo unos instantes y de su centro desprendió una luz muy rara, oscura y mortecina, la cual cayó sobre todos los ahí presentes, ocasionando un cambio total a la situación. Los estudiantes que parecían ir despertando se convirtieron en zombis, literalmente. Comenzaron a babear y a caminar erguidos, sus ojos se tornaron blancos y su semblante cabizbajo. Los reptiles y los hombre de negro, por su parte, parecieron fortalecerse con aquel resplandor fatuo y execrable. Lezhtik y Filruex sintieron una debilidad increíble en el cuerpo y en la mente, incluso parecía que esa luz deseaba tomar algo de ellos que se hallaba más allá del cuerpo. Resistieron con todas sus fuerzas hasta que la iluminación demencial cesó.

-Tienes que salir de algún modo, Lezhtik. Si tan solo yo... -expresó Filruex contrariado y con la mano temblorosa.

Entonces recordó las palabras de aquella tenue y etérea voz, la que le impulsaba a obrar con el pensamiento, a desear cosas con todo su corazón y dejar que el espíritu se encargase. Así decidió hacerlo, pues se encaminó hacia Lezhtik y colocó su mano en el corazón de éste. Entonces sintió la vibración de sus latidos, el palpar agitado de ese ser que consideraba tan distinto al resto, único inclusive. Tantos momentos habían compartido juntos, tanto tiempo habían perdido cada uno en sus respectivas existencias. La diferencia radicaba en que Lezhtik, pese a todo, era de corazón puro, buscaba un cambio que Filruex no podía ya lograr, pues, dadas sus acciones, se consideraba parte del problema. Había cosas que le atraían en el mundo y eso lo condenaba, hubiese querido no desear ya nada. Tal vez ese ser frente a él también deseaba cosas así, pero su voluntad era distinta. Su tristeza era más fuerte que sus deseos de una vida terrenal, y eso era razón suficiente para que viviese, al menos un poco más que él.

-¿Qué es lo que estás haciendo, Filruex? ¿Acaso te volviste loco? De algún modo, ese ojo y su oscura luz acondicionaron más a los estudiantes. ¡Debemos irnos ambos! ¡Ahora!

-Eso no será posible, alguien debe detenerlos hasta que puedas cruzar. Hasta pronto amigo, espero volver a verte en alguna ocasión. Ojalá que nuestros destinos vuelvan a coincidir –exclamó con lágrimas en los ojos Filruex, admirando en todo su esplendor a Lezhtik, con esos hermosos ojos y esa virtud tan excelsa que solo en él encontraba.

-Pero ¡Filruex, no! ¿No estarás pensando en hacer alguna locura?

-No, esta vez no –respondió el poeta rebelde al tiempo que sus labios se unieron con los de aquel a quien siempre amó y admiró.

Y justamente cuando aquel beso sublime aconteció, cuando sus bocas se unieron no en la carne, sino en el espíritu, se produjo entonces un destello inefable. Luego, una luz iridiscente, tan distinta de la esparcida por el ojo gigante, iluminó el lugar. Para cuando Lezhtik volvió a abrir los ojos, dicha luz había desaparecido. Y en su lugar se hallaba el exterior de la universidad, coronado por aquel cielo límpido, como si ningún mal amenazara la existencia. Filruex lo había logrado, lo había trasladado justo fuera de la entrada principal. Lezhtik miró a su alrededor y distinguió el Bosque de Jeriltroj. ¡Realmente estaba fuera! Pero ¿qué sería de su amigo ahí dentro? En cuando intentó reflexionar, vio cómo un grupo de centinelas del ojo se dirigían hacia él. No lo pensó dos veces y corrió lo más rápido que pudo.

Los centinelas del ojo perseguían a Lezhtik incesantemente, se desplazaban como auténticos autómatas. Sus pasos eran largos y contundentes, como si una clase de anatomía anómala operase en sus movimientos. No deseaban perderlo de vista, sabían que necesitaba pagar por sus crímenes. ¿Qué clase de idiota se atrevería a oponerse al nuevo orden? Era absurdo, el nuevo orden lo tenía todo, absolutamente todo lo que se podía desear. Todo aquel que rechazase la dulzura de un materialismo tan elucubrado y benevolente no merecía existir en la obra maestra del señor todo poderoso. En sus mentes programadas para funcionar conforme los requisitos que el señor dictase, no cabía la menor duda. La amenaza no podía huir, era menester terminar con todos los rebeldes, o si no... Si no, podía ser que esos extraños seres llamados humanos comenzasen a pensar y pudieran despertar. Bueno, era cosa casi

imposible, pero siempre cabía la posibilidad. Y, mientras Lezhtik escapaba, Filruex no corría con igual suerte.

-¡Tráiganlo aquí! -indicó uno de los reptiles, quien parecía ahora querer tomar el mando.

-¡No se atrevan a tocarme, bestias asquerosas! -espetó Filruex sobresaltado, con la mano temblorosa.

Pero su arma ya no funcionó, descargó las balas restantes en aquellos cuerpos verdosos, pero no cayeron. Las balas rebotaron como chocando con una inmensa pared, mientras Filruex contemplaba con horror cómo era arrastrado por aquellos seres anómalos hacia un destino horrible. Lo desnudaron mientras toda la caterva de estudiantes clamaba y se agitaba, como si careciesen de pensamiento propio. El ojo en la pantalla ya no emitía la iluminación de antes, ahora parecía estar fijo en lo que ocurría, no parpadeaba siquiera, pero, cuando Filruex lo miraba, sentía como si estuviese siendo observado por una presencia divina. Ese ojo tenía algo raro, algo de demoniaco y divino, algo inusual. En su interior no existía el fin, era eterno lo que podía observar. Sí, nada le estaba oculto ni le era desconocido, y hasta podría decirse que el infinito y la sabiduría suprema eran intrínsecos en su esencia.

-¡Miren todos! -dijo el reptil que antes era el profesor Saucklet-, esto es lo que les espera a todos los imbéciles que se atrevan a darnos la contra. Bien deberían saber que su mundo ya no les pertenece; de hecho, quizá ya nada es suyo, pues lo han corrompido todo con su perversidad, su maldad, su dinero, su injusticia, su muerte, su violencia... ¡Con su humanidad!

-¿Qué estás diciendo? ¡Ustedes son los malvados aquí! -replicó Filruex zafándose momentáneamente del agarre de aquel reptil que lo contenía.

La muchedumbre ahora lucía ansiosa, como si un furor diabólico hubiese caído sobre ellos. Filruex escuchó que algunos soltaban injurias mientras que otros parecían estar en un estado de somnolencia. Lo cierto era que ahora lo despreciaban sobremanera, era él el malo de la novela

por haberse opuesto al acondicionamiento. Era él, el joven poeta, el que había desafiado lo que era imposible de cambiar. Y aquellas criaturas no humanas habían corrompido la supuesta sublimidad en el humano, incitándole a un mal irremediable.

-¿Criaturas no humanas? ¿Nosotros les trajimos el mal? -repitió uno de los reptiles burlonamente.

-¡Malditos! ¡También pueden leer los pensamientos! -expresó Filruex con repugnancia.

-Tus ojos solo te muestran lo que tu reducida esencia puede ver. Nosotros y todos los seres carecemos de una forma determinada, pero esto ustedes no lo entienden, humanos patéticos. Su raza es tan precaria, tan enfermiza, tan nauseabunda. De todos los planetas que hemos conquistado, ustedes han sido los más divertidos. Tienen todo para alcanzar las estrellas, para desprenderse de este plano superfluo, pero eligen vivir miserablemente. Les gusta ser esclavizados, esa es la verdad, eso ha hecho más fácil nuestra misión. Todo lo que piden a cambio es dinero, vicios, entretenimiento. Si tienen algo de eso, es imposible que se rebelen; incluso, con el paso del tiempo, se sentirán agradecidos con su forma de vida. Y realmente que son inferiores, más de lo que imaginábamos. Cuando pisé este miserable mundo por primera vez, jamás llegué a pensar en toda la decadencia de su raza. Y creí que sería difícil entrometerme entre ustedes, pero paulatinamente fue aprendiendo, fui estudiando. Recuerdo que los primeros humanos que encontré me parecieron buenos, eran campesinos que se dedicaban a la cosecha y a la pesca. Asesiné a uno de ellos y tomé su forma, me mezclé y fui aprendiendo. Comprendí que me había equivocado, pues yo necesitaba de sentimientos negativos, de malicia, de ambición, de poder y de temor. Sin embargo, las auras de esos campesinos no irradiaban algo así. En su lugar, había en ellos una pureza, una paz que no cuadraba con lo que yo creía saber de este mundo. Convencido de que aquellos humanos no eran lo que buscaba, decidí explorar más. Fue así como me desplazé hasta otros pueblos más lejanos, pero ocurría lo mismo, humanos sin temor ni ambiciones.

“Casi estaba por desistir en mi misión y por irme de este planeta, cuando escuché a un niño hablar sobre la civilización; era justo lo que necesitaba. Aquel humano subdesarrollado mencionó que en la llamada sociedad moderna existía una gran cantidad de algo llamado dinero. Era la razón por la cual las personas vivían, era lo que todos perseguían; tenerlo significaba ser dichoso, ser lo mejor. No tenerlo, por el contrario, siempre conllevaba a la miseria y a los problemas. Le pedí que me contara un poco más, pero no sabía mucho. Me dijo que los humanos trabajaban casi todo el día para obtener eso llamado dinero, con lo cual podían comprar cosas como mujeres, alcohol, tabaco, ir a los juegos de azar, usar ropa de marca, poseer autos lujosos y mansiones. Por supuesto, en ese momento no comprendí mucho de lo que aquel enclenque me decía, pero, cuando decidí venir a la civilización, entendí todo aquello.

“En un principio, me costó aprender de los humanos, debo decirlo. Me parecían criaturas paradójicas, como si existiesen múltiples personalidades en su interior. Eran capaces de crear cosas demasiado bellas, muy complejas y abstractas. Y su habilidad de razonamiento me pareció asombrosa, sus capacidades intelectuales eran sencillamente impresionantes, su creatividad y su imaginación me deslumbraron por completo. Pensé que debía alejarme lo más pronto de una raza así, pues no podría un ser como yo sobrevivir mucho tiempo entre seres como los humanos. Fue así como decidí regresar a mi nave e irme, ser sin antes contemplar los fantásticos edificios y las construcciones monumentales que el hombre había edificado. Y cuando estaba a punto de irme, algo me detuvo. No había prestado atención a ello hasta el momento, pero siempre estuvo ahí.

“Era cuestión de concentrarse un poco para sentirlo, para poder alcanzar esa vibración tan particular que proviene de la energía negativa, esa que solo los humanos son capaces de emitir. Me concentré aún más, indagué más allá. Mis facultades mentales me permitieron averiguar cosas que hasta ahora había ignorado. En mi mente, observé la historia de tu raza, los periodos más oscuros, ¡las guerras! Sí, eso era. Sabía que en alguna parte estaban esos sentimientos y no me equivoqué. Decidí emprender nuevamente un recorrido por el mundo, esta vez prestando

atención a todos los detalles, ahí encontré mi razón de ser aquí. Pude verlo todo, así como escuchas, ¡todo! Niños muriendo de hambre mientras en otros lugares se tiraba comida en demasía. Humanos que se emborrachaban los fines de semana, que fumaban y se drogaban, que pagaban a mujeres para experimentar un placer terrenal, que trabajaban largas jornadas con tal de obtener eso llamado dinero. Y todo eso mientras en otros lugares había gente que moría, que yacía en hospitales agonizando, que suplicaba no por placeres o bebidas, sino por un pedazo de pan. Había unos que pasaban todos sus días mirando una caja donde se proyectaban imágenes que pudrían la mente o escuchando un aparato donde se difundían puras tonterías que las personas aceptaban como verdades. También había aquellos que vivían en mansiones, que tenían demasiado poder, que ostentaban muchos bienes materiales; en contraste, había otros que incluso lamían las migajas del suelo, que trabajan horas extra para tener el estómago mínimamente lleno.

“Noté tantas cosas en el mundo, tantas que antes había obviado evidentemente. Y esos patrones se repetían en todos lados. Un hueco se abría para mí, pues comenzaba a pensar en cómo usar aquellos elementos a mi favor. Ahora veo que hubiese sido un error haberme marchado, haberme ido sin haber reflexionado. Existían tantos elementos para controlar a las personas, para hacer que actuaran como quisiéramos, para alimentarnos con ese conglomerado exquisito de energías destructivas y negativas cuyo flujo parecía no detenerse jamás. Había tanto por explotar que ahora pienso con felicidad en el regreso de nuestros dioses, todo a costa de cuerpos como el tuyo. Los elementos principales que hemos utilizado en nuestra treta han sido la iglesia y los gobiernos. Sí, hemos adoptado sus formas, hemos aprendido tanto sobre ustedes que en verdad pasamos desapercibidos sin problema alguno. Me atrevería a decir que sabemos más sobre ustedes que ustedes mismos, ignorantes de su origen y de su fin, de su sentido al estar aquí, de su posición en el universo, del poder de sus mentes.

“Ustedes, monos parlantes, no merecen la vida, no merecen nada. Yo pude aprender y comprender que su raza está condenada a la extinción por el modo en que viven, pero no pienso desaprovechar tan magnífica

oportunidad. Durante eones hemos recorrido el Hipermedik con el objetivo de encontrar un lugar y seres como ustedes. Sí, como los humanos, los únicos que destruyen aquello mismo que es fuente de su existencia, que extienden su estupidez por doquier y aniquilan el entorno en que subsisten. Ustedes, que se matan sin cesar los unos a los otros y que no pueden vivir sin pelear un solo día ¿Acaso hay algo por lo que no peleen? ¡Dinero, sexo, alcohol, tabaco, drogas, petróleo, riqueza, poder, tierra, aire, agua, luz, gas, poder, democracia, producción, entretenimiento! ¿Ahora lo ves? Ustedes son los amos de la guerra, pelean por todo. La existencia de tu raza está condenada, no haré más que darles un uso útil a esos cuerpos huecos.

“Y por eso estamos aquí, por la cantidad tan inmensa de energía negativa que se acumula en todos lados de un modo tan sencillo. Por eso les hemos dado este sistema en donde ni siquiera saben que están inmersos. Pasan sus vidas en absurdas tareas, nos entregan su tiempo y su dinero. Solo les damos lo suficiente para que se sientan recompensados por lo que hacen, para que puedan pagar sus vicios y sus entretenimientos. ¡Nosotros decidimos qué verán, qué sentirán, qué degustarán, qué escucharán, qué olerán, qué serán! Absolutamente nada de ustedes nos es desconocido, lo sabemos todo... ¡Todo de verdad! Tenemos un registro y número para cada uno, mismos que aceptan gustosos y sin preocupación. Pero viven en burbujas, en sus propios mundos, anhelando cosas terrenales, materiales y, sobre todo, hemos hallado el instrumento perfecto de manipulación: el dinero. Sí, esos pedazos de papel deciden al instante quién es rey y quién es un mendigo solamente; quién vive y quién muere, quién crea enfermedades y quién las contrae, quién crea guerras y quién las padece, quién implanta democracia y quién la recibe. Pero debes saber que, al fin y al cabo, sus vidas son nuestras. Solo son recipientes que usaremos para nuestros propios propósitos; su esclavitud es tácita, pero letal, pues ni siquiera lo notan. Lo tenemos todo planeado, nada ni nadie podrá detenernos, mucho menos gente como tú.

“Después de todo, todavía dices que fuimos nosotros los que hemos contaminado tu mundo, pero te equivocas, humano. Nosotros solamente

fuimos atraídos por el estado putrefacto y decadente de tu raza, ese en el que se sumerge cada vez con más vehemencia y hasta con placer. Incluso sin nosotros, tu raza siempre ha seguido a falsos profetas, ha caminado a tientas a través del umbral de la perdición. Y, para colmo, ha llevado los ojos vendados, ha pensado que sus pasos eran firmes, pero nada más lejano de la verdad. Nosotros no hemos traído miseria y perdición a tu raza, eso estaba aquí desde antes y lo estaría aún sin nuestra intervención. La humanidad es un error, un defecto, una amenaza, un maldito virus que debe ser erradicado. Mi propósito no es corregir su camino ni desviarlo, solo obedezco a mis intereses. Usaré los cuerpos de los humanos como recipientes que serán ocupados por los antiguos dioses. Nos está resultando una labor muy fácil, solo un poco más y finalmente tendremos esos cascarones. Tan solo requerimos que las personas se idioticen más, que estén más huecas, que no aprendan, que no evolucionen y que no abran los ojos. Nosotros les hemos concedido una libertad ficticia y superflua, hemos tomado el reloj de sus vidas y los sueños que tanto aprecian los hemos despedazado lentamente, reemplazándolos con banalidades. En pocas palabras, hemos rediseñado el mundo y lo hemos hecho más a modo para la humanidad.

-Yo no quiero ser humano... -fueron las últimas palabras de Filruex antes de que el sacrilegio comenzara.

XXVII

En seguida, los reptiles formaron un símbolo muy raro en el suelo, uno que Filruex recordaba en los dibujos que Emil solía mostrarle, como ese de cierta bandera azul y blanca. Daba igual, pues sus ojos soltaban las últimas lágrimas entre gritos perturbadores de horror y alegría. Y en esa perturbación pudo observar, como última imagen, los rostros humanos de aquellos seres que antes identificase como reptiles. ¿Acaso habían

adoptado nuevamente una figura humana? ¿Con qué fin? No tenía sentido alguno. Ahora ya no podía distinguir claramente si los hombres eran los malvados o lo eran los reptiles. ¿Quién era quién? Los estudiantes ahí reunidos bramaban cual animales salvajes al tiempo que los reptiles desgarraban la carne del rebelde, para posteriormente desmembrarlo poco a poco. Primero fue la pierna izquierda, luego la derecha; le siguió el brazo izquierdo, que se complicó ligeramente; posteriormente el derecho. Finalmente, le arrancaron los genitales y la cabeza que, junto con el tronco, permanecieron en el centro de la estrella. Las partes restantes fueron distribuidas entre los estudiantes, quienes las pateaban y las maldecían con una repugnancia enfermiza.

-Este rebelde no merece ser recipiente de una deidad antigua, así que ya no requerimos de su cuerpo. El pobre ingenuo aún creía en esas estupideces de un despertar, ¡vaya que era idiota! Le hacía falta percatarse de la auténtica naturaleza de los humanos -exclamó triunfante el reptil de piel más oscura y de ojos más rasgados.

Entonces, de los restos de Filruex emergió una extraña forma, muy llamativa. Poseía un brillo sin igual, una iridiscencia inefable. Los reptiles se abalanzaron sobre ella y la devoraron, la engulleron por completo. Esto ocasionó un incremento en todas sus facultades, parecían más despiertos y avezados, incluso físicamente lucían más fuertes y vigorosos. El reptil que había tomado el mando tomó un báculo y se colocó unas joyas lapislázuili en el cuello, a modo de collar. Se trataba de aquel que en su forma humana había sido el profesor Paljabin, era él quien realmente estaba detrás de todo. Se acercó al cuerpo del reptil que fuese el director y, con desaprobación, informó a los demás que nada se podía hacer por él, pues algo raro lo había golpeado, algo más allá de una bala. Luego, se dirigió hacia el pedestal y cada uno de los reptiles se colocó a un costado de su silla, formando un círculo. Viró hacia la caterva y dijo:

-Ya casi hemos terminado con todos los rebeldes, solo queda uno. Pero no se preocupen, pues pronto caerá en nuestras manos. Lo trituraremos al igual que a éste, no será digno de ser recipiente. Mientras esperamos, pueden divertirse del modo que mejor saben. Adelante, sírvanse.

De inmediato, los estudiantes se encueraron y empezó la orgía entre toda la universidad. Los humanos no conocían otra forma de otorgar un falso sentido a su existencia sino a través de la reproducción. El hecho de copular y de procrear era una obligación, una necesidad de la cual no podían zafarse. El egoísmo por hacer valer la vida propia era eminente, solo un azaroso y paradójico espíritu omnisciente sabría por qué les era permitido tal acto a seres tan infames. Pero así era el humano, tan solo una vil entidad adoradora de lo más banal y putrefacto, hambriento de sexo, dinero y entretenimiento.

-¿Está bien que hagan eso? -preguntó uno de los reptiles al del báculo.

-Sí, no te preocupes. Es hora de empezar ya, después de tanto tiempo en las sombras. Nos alimentaremos de la lascivia que ellos desprenden al copular y, además, tendremos una producción en masa de nuevos cascarones que el sistema se encargará de acondicionar inmediatamente.

-¡Muy bien! Pero ¿ya es hora de que todo el mundo nos conozca? ¿Es finalmente el tiempo de abandonar el abismo y ser uno con *Labbu*? -volvió a inquirir el curioso reptil.

-¿Nos conozcan? ¿Acaso bromeas? Al mundo no le interesa conocernos, eso les es indiferente. ¡Al mundo le interesa el dinero y ya! -replicó el mandatario reptil mientras formaba unos pedazos de papel verdes con un cúmulo de energía negativa que surgía de la orgía demencial que los estudiantes llevaban a cabo.

Por otra parte, en la absurdidad de la existencia de los insignificantes humanos, Lezhtik se detuvo cuando aparecieron frente a él los dos árboles extraños de aquel mito contado en la facultad y ahora olvidado, esos bajo los cuáles se decía que un monje solía aparecerse. El corazón casi se le salía del pecho, ya no podía más, había corrido demasiado. Pero sabía que no debía detenerse, pues los centinelas del ojo lo alcanzarían en cualquier momento. Se preguntaba qué habría pasado con Filruex, pero no importaba ya, seguramente algo horrible. Ahora tan solo le atañía hallar un lugar donde parapetarse. Miró en todas

direcciones sin sentirse convencido, estaba en lo más profundo del bosque, nada le era favorable. Los pasos de los centinelas se escuchaban cada vez más cerca, el tiempo ya casi se le agotaba; sin embargo, una voz le susurró algo, o al menos así le pareció. Sintió un cosquilleo en el oído y nuevamente aquel susurro.

-Por aquí, pequeño. Por aquí, pequeño capullo... -repetía la voz que susurraba.

-¿Quién eres? ¿Acaso un espíritu? Pero si esa voz es de...

No tuvo tiempo de completar su pensamiento, aunque estaba seguro de que la voz pertenecía a aquella persona. Se dirigió hacia donde el susurro, el cual se detuvo justo donde se encontraban los dos árboles. Entonces éstos comenzaron a refulgir con una iridiscencia bucólica, como aquella otra vez. Parecía todo como un sueño, pero ¿qué podía ser más loco e inverosímil que una raza de extraños reptiles haciéndose pasar por humanos y aliándose con sectas secretas que intentaba dominar el mundo? Nadie le creería nunca, pero ¿qué más daba? Sin otra opción, cruzó por los árboles de iridiscente fulgor y lo último que recordó fue cómo se desvanecía a través de una espiral infinita... Cuando despertó, le dolía un poco la cabeza. Estaba en el bosque, pero lucía algo distinto de la forma en que él lo recordaba. Había un riachuelo cuya agua era cristalina y fresca, lo cual supo tras enjuagarse el rostro para saber si no estaba soñando. Las flores tenían un aroma muy dulce, pero tampoco empalagoso. Los animales parecían feroces, pero tampoco daban señas de querer atacar. El agua daba la sensación de fluir, pero tampoco pasaba. ¿Qué demonios estaba ocurriendo entonces? Algo paradójico en ese lugar le inquietaba, algo no concordaba.

-Ya sé, debe ser por el tiempo -exclamó con asombro-. ¡Aquí no existe el tiempo!

-Y eso ¿qué importa? -cuestionó una voz demasiado sutil, totalmente preñada de una sabiduría milenaria.

Lezhtik viró, pero nadie estaba ahí. Solamente el eco de aquella voz tan profunda y hermosa invadía el idílico paisaje en donde se encontraba

ahora.

-¿Quién es? ¿Quién está ahí? ¿Acaso eres un espíritu?

-No, no lo soy. ¿Cómo podría ser yo un espíritu? -respondió la voz etérea, luego continuó-. Pero tú ¡sí que lo eres! Puedo ver claramente tu aura.

-¿Mi aura? ¿De qué rayos hablas?

-No te preocupes, usualmente no es algo que deba verse. ¿Por qué has venido aquí? -cuestionó la sabia voz.

-Pues esperaba encontrar alguna respuesta, la verdad es que no sé en dónde estoy.

-Ya veo, aquí no hay respuestas para el que no quiere escuchar. ¿Tú quieres?

-Supongo que sí.

-Pareciera que no quieres, no te notas seguro. Cuando uno escucha, debe ser con todo su ser. Escuchar es lo que hace falta en el mundo, tan solo entender.

-¡Quiero escuchar! -afirmó Lezhtik con decisión.

-Caíste en la trampa, te has exaltado.

-¿Qué? ¿Cuál trampa?

-Perdiste tu impasibilidad por algo tan nimio, pero es natural. No vienes aquí para quedarte, solo de paso. ¿Acaso estás buscando al maestro? ¿Al monje que se perdió en los árboles?

-Es una historia que se cuenta en mi mundo, no sé si sea cierta o no.

-Y tú ¿qué crees? La fe es un mero asunto subjetivo, una cuestión inherente ante cualquier efecto sustancial de los elementos exteriores que intentan perturbar las oscilaciones de la ecuación que representa tu interior.

-Creo que eres raro, tu forma de ser me ha intrigado.

-Impasible, siempre. Recuérdalo: impasible, ante todo. Si logras serlo, habrás ganado el mayor tesoro de cualquier cielo, pues la divinidad, al final, será solo de unos cuantos.

-Entonces ¿puedes llevarme con tu maestro? ¿Está muy lejos?

-No, para nada. De hecho, está muy cerca. Vamos, yo seré tu guía. En el camino, puedes preguntarme todo lo que quieras, pero, cuando lleguemos, deberás callar. Solo el silencio absoluto puede brindar la energía para los estados intrínsecos de la consciencia que necesitan ser purificados. ¡Sígueme, humano!

Y así, Lezhtik no tuvo más opción que seguir aquella voz, la cual parecía provenir del río mismo. Como sea, ya el tiempo no funcionaba ahí, ¿qué más podía hacer sino seguir a la sabia voz? Solo debía ser cuidadoso, todo el lugar parecía tan quieto, tan calmado. Podía apreciar sonidos que antes no, incluso en el bosque donde todo parecía en paz. Ahora, empero, una vibración distinta lo invadía. Una iridiscencia bañaba todo el paisaje y hacía funcionar a la vida misma, era ella misma. Para salir de su mutismo, Lezhtik decidió que comenzaría con el coloquio; o con las preguntas, mejor dicho.

-¿Cuál es el sentido de la vida? -arremetió sin pensarlo dos veces.

-Ninguno, que yo sepa -respondió finalmente la sabia voz-. En todo caso, ¿por qué quieres saberlo? Eres solo un humano, eso debería serte trivial.

-Debería, como bien dices -replicó con cierto tono de reproche el joven, luego miró al cielo y notó que diversos y muy inusuales matices se mezclaban.

-¿Hay algo que te haga pensar que la vida no tiene un sentido? - cuestionó la sabia voz mientras Lezhtik seguía caminando y mirando fijamente el río.

-Todo y nada a la vez. Es complicado de explicar, pero así me parece. Lo que quiero decir es que sería absurdo que esta existencia no tuviera un

sentido.

-Pues entonces ya has respondido a tu pregunta. La duda es un componente esencial en los seres de tu especie. La incertidumbre guía en conjunto con el azar, al menos así lo conoces tú. No tienes certeza porque eso solo equivale a un dios, uno que dudas que exista. Mientras no estés totalmente seguro de algo, jamás podrás explotarlo al máximo.

-Eso quiere decir que, si estoy absolutamente seguro de que dios existe, ¿él existirá?

-Naturalmente, pero ningún humano está nunca absolutamente seguro de nada. Las mentes estrechas se cuarteán por sí mismas. Tu poder es reducido por su simple esencia, pues no les fue concedido a los de tu especie poder ver más allá.

-Y ¿por eso vivimos en esta miseria? -cuestionó Lezhtik, quien ya se estaba revolviendo con tantos temas de los cuáles la sabia voz no daba respuesta concreta.

-¿Cuál miseria? ¿A qué te refieres con eso?

-A la forma en que se vive en el mundo. Tú sabes de qué hablo, todas las sensaciones y situaciones adversas que hay. Hablo de la pobreza, el consumismo, la desigualdad, la sobreproducción, la esclavitud, la explotación, entre muchas más.

-¡Ah! Te refieres a eso... Debí imaginar que lo preguntarías. Pues bien, nadie dijo alguna vez que el mundo debía ser justo, o ¿sí?

-En eso tienes razón -afirmó Lezhtik con una expresión de ironía muy mal disimulada-. Pero entonces ¿qué hay de los sueños de libertad y de rebelión por un mundo mejor?

-¿Acaso crees tú que los de tu especie merecen un mundo mejor? -contestó con una calma extraordinaria la sabia voz.

-Quizá sí, al menos se podría hacer algo por intentarlo.

-Y, suponiendo que tuvieran un mundo mejor los humanos, ¿no sería eso igual de irrelevante? ¿No son la perfección y la belleza algo superfluo? Piensa en ello, tu mundo seguiría siendo una migaja del infinito.

-Sí, eso es lo que me entristece, saber que no somos más que las sobras de una existencia infame. Posiblemente, sean naturales la tristeza y el sufrimiento que se experimentan cuando se piensa en todo esto. La vida carece de todo sentido, es solo un sufrimiento ilógico, una blasfemia de lo peor...

La sabia voz no se escuchó más por unos momentos, el silencio reinó y solo el sonido etéreo producido por el flujo del agua en el río osó romper con aquel bello lapso.

-Bueno, ya lo sabes. La incertidumbre es algo intrínseco en la mente, no es posible pensar en una existencia cuya certeza sea absoluta. Cuando dejas de dudar, cuando crees que todo está determinado, sea por estudiar alguna ciencia o por una creencia religiosa o filosófica, estás renunciando a tu libertad. La incertidumbre es el principio de la vida, de la rebelión y de la imaginación. El no saber nada también es libertad, una muy gloriosa. Así, puedes hacer lo que te plazca sin preocuparte. ¿Qué más da si hoy te corren del trabajo? Y ¿qué si no comes esta semana o si mueres mañana? ¿Qué importa si el mundo está podrido? ¿Para qué martirizarse con todo eso, mi joven amigo? Todo es absolutamente incierto y absurdo, pero eso es libertad.

-Me intriga tu forma de responder, sabia voz inmaterial.

-Solo soy un reflejo de una percepción más amplia. No existen posturas, tampoco respuestas buenas o malas, solo simples opiniones. Yo no tengo la verdad, tampoco la mentira, solo soy un mensajero de una inteligencia inconmensurable. Recuérdalo, Lezhtik, tú eres tú, y solamente eso. Todo depende del punto de referencia que has elegido para mirar la realidad. Y eso condiciona la verdad en la que has decidido creer, pero ¿qué significa realmente esto? Pues quiere decir, a grandes rasgos, que no existe la verdad. Hay tantas verdades como consciencias, como personas, como distorsiones. Tu verdad te acercará al centro del universo, pero jamás conseguirás el absoluto contacto con lo divino. Así es para todos, así

será por siempre. Tú deformas la realidad con base en la perspectiva que has elegido para crear y destruir. Lo único cierto es que tú eres tú... Y así con todo, nada está determinado. Sé que suena como algo obvio lo anterior, pero créeme cuando te digo que casi ningún ser logra entender el poder oculto tras comprender que tú eres tú. Los seres viven siempre influenciados y manipulados, y eso les impide evolucionar. La cúspide del adoctrinamiento no es otra cosa sino lo opuesto a dios. Y ¿quién es dios? ¿Qué es dios? ¡Tú eres dios! ¡Tú eres tú! Jamás olvides eso, humano. Si comprendes la sabiduría y el poder que hay en el fondo de tal sentencia, habrás obtenido la única y sublime libertad.

-Entonces ¿es natural que este mundo esté en la inopia, estupidez y decadencia más pronunciada?

-Es natural si es lo que debe pasar. Te inquieta demasiado el mundo, pero morirás en un periodo menor a un pestañeo del universo. De hecho, toda tu raza lo hará. Ustedes anhelan poder y conocimiento, pero están demasiado limitados, demasiado cortos de tiempo. Ninguna existencia será relevante en sus condiciones, es mejor no pensar en la vida cuando la muerte triunfará finalmente.

-Entonces todo esto me lleva a pensar más profundamente... ¿Para qué vivir? ¿No es todo una mentira solamente? -replicó Lezhtik con cierta angustia y frustración, con el rostro aplanado-. ¿No es el acto de vivir una mera estupidez? ¿Qué sentido tiene hacerlo si todo morirá y nada será relevante?

-Bueno, eso no lo sé. No he logrado comprender si vivir para ti tiene algún sentido. Cada uno puede decir sí o no, pero, al final, ¿acaso importa? Es decir, ¿qué significaría que vivir tuviera sentido? La misma pregunta debería primero ser analizada, ¿no crees? Ya te he dicho lo que creo, pero supongo que solo un dios podría esclarecer todo lo que absorbe tu energía. Siempre recuérdalo: ¡tú eres tú! ¡Tú eres dios! Tienes en tu interior algo que nunca nadie podrá arrebatarte: la esencia magnificante.

-¡Yo... soy yo! -exclamó Lezhtik, sonriendo como jamás en su miserable y humana existencia lo había hecho. Parecía haber entendido algo de tan sutil discurso.

-Sí, mi pequeño amigo. Y, sin duda alguna, la humanidad se encuentra en un agujero sin fondo, pero ella misma ha querido estar ahí. En lugar de intentar salir, parece hundirse cada vez más y sentirse muy bien en el abismo más sórdido y absurdo. Ya lo sabes también: no puede ser salvado aquel que no quiere ser salvado, es mejor dejar que todo fluya hacia la perdición. Al final, no hay muchas opciones. O aceptas tu miseria o enloqueces, pero tú ya conoces el camino hacia dios: el suicidio -afirmó la sabia voz mientras el cromatismo invadía el arroyo.

XXVIII

Los colores del lugar se tornaban cada vez más refulgentes. Ahora ya ni siquiera era distinguible combinación alguna, pues la mezclanza era tremenda. Incluso los matices se encimaban, se devoraban y se escupían entre sí. Toda una gama inmensa de sensaciones parecía resultar de aquellos giros matizados y adornados que impregnaban el lugar. Los árboles, las rocas, las plantas y absolutamente todo se bañaba con esa peculiar e inefable mezcla. Lezhtik sentía como si su mente estuviese muy por encima del universo, como divagando por rincones infinitamente lejanos y donde el tiempo era solo un suspiro.

-Supongo que son muchas cosas las que me incomodan del mundo. Sería imposible intentar explicarlas todas, de nada serviría. Estar inconforme conlleva a la infelicidad y al posterior suicidio. Al menos ahí, en la muerte, guardo más esperanzas de empezar a vivir.

-Nadie ha dicho que esta vida sea la única, ni tampoco que sea en verdad la vida. Todo son conceptos y percepciones. Pero podría ser que en algún lugar se escondiese una magia solo atisbada por los corazones más puros.

-¿A qué te refieres? ¿Acaso sería posible que este mundo humano fuese solo una etapa?

-Eso tú lo sabrás pronto, muy pronto... El gran misterio reside en la muerte, pero todo llegará a su determinado tiempo. Veo que eres un ser triste y atormentado, todo te será dado cuando sueltes las riendas de tu carruaje, cuando el cordón de plata sea al fin cortado.

-Es solo que vivir resulta demasiado frustrante, si es que esto es la vida. Si se trata de un holograma, entonces no tenemos remedio alguno. Estamos atrapados en una jaula cuyos límites no podemos dilucidar, cuya forma de absorbernos no queremos contrarrestar.

-¿Qué te hace infeliz? -preguntó la sabia voz en tono solemne.

-Todo, vivir es mi infelicidad. No entiendo a los humanos y no quiero ser parte de ellos. Hay demasiado conformismo y materialismo, aunque se opina que vamos mejorando. La verdad es que yo creo lo contrario, pues las mejoras son solo para aquellos que pueden pagar por ellas. El mundo es triste, cruel y estresante; todo parece ser en vano. Cada vez hay más pobreza, desigualdad, enfermedades, muertes, violaciones, escases de recursos, control de mentes, exterminio de talento, inconsciencia, deshonestidad, etc. No comprendo cómo se puede destinar tanto dinero a las exploraciones espaciales y al descubrimiento de vida extraterrestre mientras aquí en la Tierra mueren millones de personas diariamente. Hay grandes corporaciones, personas que tienen demasiado; mientras otras buscan en basureros. Nadie tiene aquí lo que se merece, todo es dinero. Los valores y los sentimientos son opacados por factores económicos y materiales. Ya no hay amor, sinceridad ni empatía; ahora solo quedan la envidia, la lascivia y el odio. Se financian guerras para enriquecer a los políticos, se esparcen mentiras religiosas para recaudar recursos innecesarios, se crean enfermedades y se explota la naturaleza. ¡El humano ha hecho de su existencia una auténtica miseria!

-¿Qué te podría yo decir? Todo es duda, eso es lo único. Nunca abandones tu incertidumbre, pase lo que pase. Jamás aceptes alguna clase de creencia, costumbre o principio que haya sido transmitido y en el que las personas se sientan cómodas. Cuestiona todo, hasta lo más nimio. Tú

puedes ver un poco más de lo que tus ojos te muestran, no debes ignorar la intuición que te rodea. El mundo es triste, la vida es decadente, todo parece estar podrido; sin embargo, algo de esperanza debe haber, al menos en la muerte, como crees tú. La incertidumbre conducirá tu mente a otro nivel de existencia, a un plano donde te será revelada la verdad en una analogía esplendorosa. Solo no dejes de cuestionarte, no intentes vivir como ellos; sigue siendo tú, aunque seas el último de tu especie. Ya sabes que la vida es triste, pero más triste es vivirla de ese modo. Nunca lo olvides: ¡tú eres tú! ¡Tú eres dios! Y, finalmente: ¡tú eres vida y muerte!

La voz desapareció y solo un eco profundo quedó. En el arroyo, un pescado de cromatismo iridiscente apareció y pegó algunos brincos en el aire, de manera intermitente. Era muy bello, como sacado de un lienzo majestuoso, expiraba cierta tristeza y también una hermosura divina. Parecía representar la pureza de los mundos en su absoluta magnificencia, una oposición a la ignorancia y la estulticia malsana de las razas inferiores. No obstante, su aparición fue fugaz, pues, al poco tiempo de haber salido del límpido flujo de aquel susurrante arroyo, comenzó a desvanecerse entre supernovas inefables, y, antes de hacerlo por completo, dijo lo siguiente con una voz demasiado bella para ser real:

-Perfección: principio de lo eterno y convergencia de lo infinito. La esencia magnificante descansa en la sincronía de la perfección... -fue lo último que se escuchó, pues luego la voz tan apolínea desapareció junto con toda la mescolanza de fulgurantes matices.

Lezhtik permaneció inmóvil hasta que todos los colores desaparecieron por completo; pudo así visualizar una cabaña pequeña y derruida que era azotada por un viento furioso. Se acercaba cada vez más y más, algo místico emergía de aquella humilde choza. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se detuvo y, al mirar atrás, solo estaba la vil nada, todo lo demás había desaparecido. Cayó en cuenta de que quizá todo había sido una ilusión, ya no podía distinguir entre lo real y lo quimérico. Había estado dando vueltas en el mismo sitio, posiblemente solo su mente había despegado el diálogo con el misterioso pescado iridiscente y su sabia voz. Ya nada podía ser más extraño, se acercó a la puerta y, al ver que estaba entreabierta, decidió entrar.

Al penetrar en aquella cabaña humilde, una sensación extraña y única invadió a Lezhtik. Se sintió perturbado e invadido de algo que jamás antes había experimentado; incluso esta nueva y peculiar sensación superaba a la anterior, la que tuviese al sentirse inmerso en los cromatismos de aquel singular paisaje. Y ¡qué irremediable era ese sentimiento de contradicción en el cual divagaban sus humanos pensamientos! Tratando de entender lo que le ocurría, empezó por percatarse de lo inútil que era todo en su vida, en su mente y en su mísera existencia. Todo eran cuentos y entelequias, todo convergía a distraerlo de los auténticos propósitos que en ocasiones creía tener. Nada en los pocos años de su joven estancia en el mundo le parecía correcto, pero estaba condenado a habitar entre esos humanos corrompidos. El mal que imperaba no era distinto del bien que pudiera haber. Pensar en los cambios y en las personas, en los sucesos y los lugares. Pero ¡qué cansado se sentía ahora de sí mismo!

Era una asquerosidad todo lo que había vivido, era un asco irremediable el que sentía hacia su persona. Tantas conversaciones, ciencias y teorías superfluamente diseñadas. ¡Con qué seriedad se tomaba el ser su vida! Y ¡qué fútil terminaba por ser cada aspecto de ella! Siempre se había preguntado el sentido de la existencia y había cuestionado ferozmente todos los principios que los seres a su alrededor sostenían. Había discutido, humillado, callado y desdeñado diversas creencias, costumbres y personas. Se había olvidado de los detalles más efímeros, de esa bondad reducida a su mínima expresión, de aquello por lo que posiblemente valiera la pena el sufrimiento eterno de la existencia infinitamente suspendida en un maremágnum de tedio inverosímil y de una carencia de sentido megalítica. La muerte parecía serlo todo, la única justicia divina, la única cosa que el estúpido humano aún no había podido corromper.

La libertad y la justicia eran los elementos que había perseguido en los últimos años, y lo único que había conseguido era amargura, molestia, aburrimiento y una insoportable sensación de estupidez e inutilidad. Estaba como extraviado en un mundo que jamás le comprendería, porque jamás lo escucharía; no querían escucharlo ni darle la oportunidad de

expresarse. Para esos llamados seres humanos, la vida ni siquiera era cuestionable, se daba por naturaleza propia. Todos los inconvenientes y las erratas eran meros accidentes de los cuáles siempre podían apartarse con su dinero y presunción. Tanto incomodaba esto a Lezhtik, tanto detestaba estar perdido y extraviado. Había vivido así su vida, siempre pensando en un suicidio lógico e innegable, en una irrefutable verdad más allá del dolor que le parecía el vivir. Y todo eso lo hundió hasta el punto actual, hasta sentirse tan malditamente absurdo que ahora era incapaz de sentir el más mínimo aprecio por algo que naturalmente debía ser apreciado. Era solo una fantasía la historia de los reptiles, solo una excelente novela, interesantes personajes, incluyéndose. Había despreciado a su propia familia, detestaba el lugar donde estaba, el mundo que lo rodeaba y al cuál era incapaz de atesorar en modo alguno. Su miserable existencia no podía producirle otra cosa que no fuera hartazgo y un asco indecible.

Estaba amargado, asqueado de pertenecer a un conjunto de seres perdidos y ciegos en un universo inmenso. Sabía que nadie lo comprendería ni querría creer que un conjunto de reptiles intentaba dominar el mundo, pero al menos era algo distinto. Sí, algo que les gustaría a las personas leer y que distraería sus mentes esbozando teorías idiotas. Ya no diferenciaba entre la verdad y la mentira, lo real y lo irreal, lo auténtico y lo fantástico, lo bueno y lo malo, lo valioso y lo aborrecible. De cualquier forma, no importaba, nada interesaba ya en una existencia absurda y asquerosa, en una sociedad totalmente destrozada y explotada al límite en sus valores ahora extintos. ¡Qué lejos estaba el mundo de ser una divina creación de dios, en ser aquel paraíso que tanto se añora! Y ¡qué lejos estaba el humano de merecer tal cielo! Las personas vivían siempre preocupadas por nimiedades, por problemas que ni siquiera eran suyos. Había una constante en ello, en adoptar el sufrimiento ajeno tanto como se pudiera, en hacer las querellas ajenas propias, en preocuparse por las inquietudes de los demás que, siendo tan miserables, necesitaban de una caridad extraña para compartir el vacío de sus vidas. Era nauseabundo pensar en seres así, solo traídos al mundo por accidente, por terquedad, por un egoísmo vil y estúpido. Sin duda, el humano había

convertido su existencia en algo aún más indeseable y repugnante de lo que y naturalmente era.

Tantas veces se sintió Lezhtik inclinado a tales cuestiones. Libros y estudios enfocados a un pensamiento común; y, sin embargo, entre más vivía, menos sensata le parecía la continuidad de una raza tal, menos se sentía parte del mundo. Se había convencido de que no pertenecía a la humanidad, pues, desde hace algún tiempo, incluso antes del nuevo orden y la supuesta invasión reptiliana, todo lo relacionado con el tropel de monos parlantes, morbosos, absurdos y estúpidos ignorantes de lo sublime le era molesto y le resultaba repugnante y vomitivo. La vida misma era un enigmático e ingente sufrimiento del cuál quería escapar cuanto antes. Tanta injusticia y desigualdad habían terminado por convencerlo de la necesidad imperante que había de exterminar al humano cuánto antes. Y ahora estaba aquí, en un momento de locura, sometido a los influjos de una historia sin sentido que escribía para sentirse menos muerto. ¡Cuán irrelevante ya le era todo! ¡Con qué desprecio observaba a las personas que decían adorar la vida! ¿Cómo era posible que existiera una criatura como el humano? Supuestamente provista de espíritu y raciocinio, de intuición y de tan complejos procesos biológicos y mentales. Y que, sin embargo, pese a todo, esta odiosa criatura pasaba sus días peleando, consumiendo y fornicando. ¿Solo para eso existía el ser?

Indudablemente, las guerras constituían el elemento principal del ser vil que era el mono pendenciero para extender su poderío. Había muertes, hambruna, enfermedades y miseria; también había religiones y gobiernos, corporaciones e industrias. La vida era totalmente manipulada, moldeada y acomodada de acuerdo con los propósitos de los títeres antes mencionados. Y todo sin que ese supuesto dios pudiera hacer algo para frenar tal raza enfermiza y pusilánime. ¡Qué triste era la vida, la existencia de un ser tan ahído de imperfección y estupidez! ¡Qué miserable tener que pertenecer a un mundo en decadencia y donde el bien era, paradójicamente, algo malo si se quería sobrevivir! Maldita sea la hora en que la vida fue concedida a una raza sin el más mínimo sentido, que destruía todos sus valores y se contentaba con entretenimiento sexual, monetario, deportivo y de cualquier clase que llenara su hueca mentira

donde creían ser reales. La pseudorealidad, al fin y al cabo, había terminado por conquistarlo todo.

-Ahora veo tus pensamientos -exclamó el monje que levitaba en total armonía cuando Lezhtik entró a la humilde cabaña.

Su voz era de lo más tranquila, una casi imposible de soportar debido a su extrema armonía y quietud; sin embargo, también denotaba una profunda sapiencia y una impresionante vastedad, como si al fin hubiese conseguido ese algo que tanto faltaba en el mundo y en cualquier universo absurdo. Sonreía con una mezcla de ironía y solemnidad, de sarcasmo y compasión; era una sonrisa sumamente anonadante y avasalladoramente hermosa. La mueca en el rostro de aquel monje, cuya etérea y amorfa esencia deslumbraba a aquel joven suicida, parecía aún más elevada que el infinito y la eternidad, que cualquier otro estado sublime en el mortal que amalgamaba todas las perspectivas de sus ángulos.

-Yo también he podido verlos, pero no entiendo cómo lo haces -farfulló Lezhtik, sorprendido ante las habilidades de aquel amorfo y fantasmal ser supremo-. ¿Tú eres el monje legendario del que se habla en la universidad?

-Eso no importa, no te preocupes por la universidad. Has llegado aquí y eso es lo interesante. Con todas tus limitaciones, puedes aún soñar con libertad y justicia. Sabes, eso es escaso en el mundo y me hace feliz que en tu interior logres mantenerlo vivo.

-Y ¿qué pasará ahora que te he encontrado? -inquirió Lezhtik, pensativo.

-Nada, absolutamente nada. ¿Esperabas algo distinto? ¡Ya lo sabes tú! -dijo el monje mientras abandonaba su meditación-. La respuesta yace solo en ti. No importa cuántos libros, pensamientos o creencias sigas, no hallarás la respuesta ahí. Busca la paz, la armonía con el uno y el todo. Unifica tu pasado con tu presente para hacer de tu futuro una infinita fuente de sabiduría; los tres son uno, que nada ciegue jamás tu visión ni empañe tu única forma de plenitud. Esa es la más básica de las

enseñanzas en el comienzo del fin y en la proyección del ínterin dorado en el laberinto de los retorcidos retazos de polvo cósmico que en el caos y el destino se funden con la materia, la energía y la existencia.

-Del algún modo, comprendo parte de lo que dices, pero solo quiero saber algo más antes de que te esto se termine, por favor -suplicó Lezhtik temeroso de que la visión de aquel improbable ser se esfumase de forma vertiginosa-. Quisiera que me contestaras esto: ¿qué hay del sufrimiento, el dolor y la maldad que gobiernan el mundo?

-Tu pregunta es absurda, pero entiendo a qué te refieres -dijo el monje esbozando una sonrisa absolutamente pacificadora-. Por desgracia, siempre es complicado querer entender esa clase de cuestiones. Y no estoy evadiéndote, solo siendo sincero. A través de mis meditaciones, aún es difícil discernirlo. Seguramente te ha pasado así, pues todo parece funcionar de un modo anómalo. La frustración e impaciencia se apoderan de ti, sintiendo esa intrínseca necesidad de ayudar a los demás, de no conseguir disfrutar los más ínfimos detalles de la vida, las más simples sonrisas o los momentos en que deberías de poder calmar tu agobiado espíritu. Y luego te resignas y te destruyes sabiendo que eres parte del problema, pues de nada te sirve el poder ser consciente de todo ese sufrimiento y agonía por la que pasan otros mientras tú te diviertes, comes, duermes o pasas un rato agradable. Pero tú ya no eres así, has perdido la capacidad de sentirte bien, y esa sensación de inutilidad se mezcla con un extraño deber hacia los oprimidos, la injusticia y la represión. Nada puedes hacer para calmar el dolor del mundo, aunque igual te atormenta. Y, de cualquier modo, sigues con tu vida, cargando con el dolor que tanto te lacera y del que no puedes librarte ni hacer algo por aliviarlo.

-Entonces ¿qué queda por hacer? ¿Debemos permitirnos tener todo este resentimiento hacia lo injusto que es el mundo? ¿Acaso no debería dios intervenir y hacer algo por los miserables? ¿Qué hay del amor y del propósito divino? ¿Qué hay de todo lo bueno en los humanos? ¿Por qué hemos de vivir así tan ciegos? Por favor, no te vayas así nada más...

-No debes perderte entre aquello que quieres encontrar. No dejes que tu búsqueda te pierda más, solo hallarás dolor entre esas cumbres. Todo empieza en ti, en tu interior y en tu mente. Y luego eso se proyecta hacia las fases de tu espíritu, algún día lo entenderás, ya sea vivo o muerto.

Viendo que el monje comenzaba a desvanecerse, Lezhtik intentó detenerlo, pero fue en vano; sin embargo, antes de marcharse, viró y sonrió. Entonces el joven pudo reconocer una familiaridad extraña, hasta el punto de identificar los patrones del rostro del monje con el suyo. Tal idea no tuvo tiempo de germinar lo suficiente en su mente, pues sintió que él también se desvanecía y todo terminaba, todo fundía a negro.

...

Cuando despertó, Lezhtik se hallaba en medio de un denso bosque, parecía haber pasado demasiado tiempo desde que se desmayase, o así lo sentía. Se puso de pie y caminó, ocultándose entre los robustos troncos y los espesos arbustos, pero se detuvo cuando escuchó un estridente sonido. Al observar con detenimiento la escena, se aterrorizó. Unos seres que no logró asociar sino con reptiles, manteniéndose en dos patas, con ojos amarillos y rasgados, ordenaban y sometían a los humanos. Éstos últimos ni siquiera parecían incómodos con sus cadenas, se diría que hasta lo añoraban.

Dos cosas llamaron particularmente la atención de Lezhtik. Por una parte, estaba una especie de campo donde se les permitía a los esclavos conectar el lugar donde otrora estuviese su cerebro. Ahora ya no había nada ahí, tan solo una manguera conectada a una incisión hecha a un costado de la oreja izquierda, donde eran transmitidas imágenes y sonidos emitidos por enormes pantallas. Cada esclavo se conectaba a una de estas pantallas durante algunos minutos, lo cual parecía ocasionar un indecible placer en todos sin excepción. En las pantallas había principalmente pornografía, fútbol, espectáculos, chismes, vidas de personajes supuestamente exitosos, telenovelas, muertes, disparos, guerras, armas, droga, racismo y demás. En resumen, un conjunto muy selecto de

contenido era el que pasaba mediante la manguera hacia la cavidad de los esclavos, los cuáles parecían tan hipnotizados con aquel sistema.

La otra cosa que impresionó a Lezhtik fue un ingente agujero en el cielo, como una puerta a otra dimensión. A través de ella y después de un elaborado ritual exótico, se tomaba a alguno de los esclavos, se le despellejaba y se le preparaba con presteza. Luego, mediante cánticos y una magia rara, era extraída una esencia de cromatismos inidentificables que se suponía era el alma, la cual era ofrecida a cambio de una deidad. Esto es, el cuerpo se vaciaba y era ocupado por una de aquella sombras que atravesaban el portal. Previamente, se fragmentaba la personalidad del individuo, consiguiendo así que la sombra se apoderase del cuerpo plenamente, con lo cual se producía una metamorfosis y el nuevo individuo se elevaba, le surgían alas, pico, garras y un aura tremendamente poderosa lo envolvía. Al parecer, era una clase de deidad, pues se colocaba en un jurado donde había otros como él, los cuáles se alimentaban de almas medianamente trabajadas. O sea, de aquellas que estaban preñadas de miedo, odio y energía negativa de cualquier clase. Las pantallas y todos los entretenimientos y diversiones, así como los anhelos y las concepciones de los que antes se habían hecho llamar humanos, estaban sumergidas en una nauseabunda pestilencia imposible de purificar.

-Será mejor que vengas con nosotros cuanto antes -exclamó una voz que le fue familiar a Lezhtik-. Si permaneces ahí, te atraparán y correrás la misma suerte.

-Pero si tú eres... -expresó Lezhtik boquiabierto por el parecido de aquel sujeto con su antiguo y mejor amigo Filruex.

-¿Acaso me conoces? Yo nunca te había visto antes, pero me alegra encontrar un sobreviviente -replicó el humano que cargaba con un corazón iridiscente, cuyo fulgor era bastante parecido al que imperaba en el mundo donde Lezhtik se hallase hace apenas unos segundos.

-¿Sobreviviente? ¿Acaso eso significa que...? ¿No eres Filruex?

-No sé de qué hables, amigo. Será mejor que nos demos prisa y huyamos. En la montaña tenemos una guarida bien oculta. Además, ahí hay otros cuatro como nosotros. Podría decirse que somos la última resistencia de la humanidad.

-Y ¿qué le ocurrió al resto? ¿En qué año estamos? -inquirió Lezhtik absolutamente confundido.

-¿El resto? ¿Te refieres a los seres humanos? Pues mira allá -espetó el supuesto Filruex señalando los campos de acondicionamiento mediante pantallas y demás formas de esclavitud-. Todos han caído bajo el dominio de la raza reptiliana y las sectas aliadas. Llevamos años resistiendo y rechazando esas pantallas con su contenido que le ha llenado la cabeza de basura a todos sin excepción. Solo nosotros quedamos, por eso es extraño verte. Me parece que han pasado treinta y tres mil años desde que todo aconteció. Mis ancestros han guardado el registro desde entonces, se dice que aquí fue una antigua escuela, o eso descubrimos en los ensayos de un tal Lezhtik...

-¡Imposible...! -susurró Lezhtik, pues tal era su nombre, al menos en el mundo que recordaba someramente- Y ¿qué es lo que hacen ahora? ¿Solo ocultarse?

-Por desgracia sí, no conocemos otra forma de ser libres. La profecía habla de un monje y de una iridiscencia como la de este corazón. Se dice que, cuando ambos se juntan, entonces el secreto será revelado y los antiguos y falsos dioses expulsados. También dice que el portal colapsará y un nuevo imperio reinará. La serpiente del abismo será derrotada por aquel que posea la esencia magnificante.

-Suena algo apocalíptico. Me parece que iré contigo, pues no tengo elección, según veo. Creo que dormí bastante, pero desperté en una era infame sobremanera.

-¿Qué dices? ¿Acaso crees que vienes de otra dimensión?

-No estoy seguro -respondió atolondrado Lezhtik-. Solo sé que, en donde sea que esté, la desgracia es inminente.

Y así, Lezhtik siguió a aquel misterioso ser, con la esperanza de parapetarse en ese escondite supremo y encontrar ahí a otros cuatro sobrevivientes. El resto era historia, solo unos cuantos reptiles queriendo fundir todo en un solo universo y ser amos de los miserables, como fuese en tiempos milenarios. Solo truenos abominables preñaban el cielo, que no era tal, sino una inmersión de una blasfema oscuridad azul y de hilos colgantes en cuyas puntos se retorcían sombras amorfas y cuyas emanaciones parecían modificar los destinos del multiverso. Aquello no podía ser el mundo, al menos no como Lezhtik lo conocía, o quién sabe. ¿Desde hace cuánto tiempo la sociedad humana había estado viviendo de tal modo, en tal decadencia? ¿Hace cuántos eones todavía el mono pensaba en ser libre y fundirse con el todo?

¿Qué era ahora de la poesía, el arte, la música y la literatura? ¿Dónde estaba la supuesta ciencia, la magia, el misticismo y el ocultismo? ¿Acaso al fin el humano se había vencido a sí mismo? Entre todas las preguntas que atormentaban a Lezhtik, la principal seguía siendo cuál era el maldito sentido de todo esto. Sí, ¿cuál era el propósito, el fin, la convergencia de una raza tan mísera y estúpida cuya esencia era el caos y la destrucción? ¿Al fin se habían extinguido los humanos sublimes y el mundo entero había sucumbido ante la falta de oposición? Sin importar la época, los resultados parecían ser los mismos. Mientras existieran humanos, existirían corrupción y estupidez.

No podía ser posible tal percepción, pues al menos él seguía con vida, al menos él continuaría luchando, aunque solo se tratase de una minoría de uno. No importaba si eran reptiles, humanoides, sectas o sencillamente humanos hambrientos de poder y maldad, él no renunciaría jamás a la libertad y a esa esperanza de sublimidad. Y, si no quedaba otra opción, si en verdad el mundo estaba ya jodido y el humano en cualquier época era vil y malvado, propiciador de una asquerosa y repugnante sombra de energía ignominiosa, entonces siempre quedaba algo por ejecutar. Sí, le gustaba pensar que todavía restaba la gran y única madre, el origen y el fin de todo, aquello que se mantenía inmutable e incorruptible ante cualquier ser de cualquier dimensión. Y, aunque no lo comprendiera, se sentía todavía impelido por considerar aquello como la

única y verdadera vida, como lo que se debe merecer y que solo puede consolar a los auténticos poetas sublimes. Sí, aún podía correr muy lejos de su propia humanidad y tener esperanzas de comenzar a existir en la poesía de dios: en la muerte.

...

En algún otro tiempo y espacio alterno, la pluma se deslizó, estaba prohibido usar alguna máquina. Al salir de su tremenda abstracción, el sujeto responsable se colocó frente a los muros, imaginó una libertad inexistente y esperó a que los rayos del sol iluminaran la estancia para que un nuevo día comenzara. Nada cambiaría para él ni para el resto, conminados a ese sitio ominoso; tan solo a un tremebundo aislamiento y una comida insípida. Era tratado como un loco entre la anormal y enfermiza cordura que imperaba en la civilización. Cerró el libro y se conformó con repasar su plan. Ya estaba decidido: tomaría a escondidas alguna navaja y se rasgaría la garganta, terminando así con su patética existencia. Además, siempre había considerado al suicidio como el acto más sublime de amor propio que pudiera realizarse.

Y, en fin, cualquier cosa era mejor que continuar en una existencia cuya realidad lo enfermaba cuando recordaba que algún día, uno no muy lejano, tendría que torturarse de nuevo con su inutilidad. Pero no, esa noche se tenía que matar costase lo que costase, pues ya ninguna medicina podía atenuar la depresión psicótica que lo taladraba desde hace tanto tiempo cuando recién lo habían encerrado en aquel manicomio tras haber contado aquella historia sin sentido de unos reptiles que dominaban el mundo. Bueno, después de todo, tan solo su locura y su soledad podían consolarlo en aquella habitación de muros blancos. En fin, como siempre, mantenía aún la estúpida esperanza de desaparecer misteriosamente, de visitar y migrar hacia la epopeya de los sueños infinitos donde reina únicamente un sempiterno y místico silencio.